

2^a
Edición

A través de

ESCOCIA

Alexia Seris

Thesis Aestuarium
hodie Fyrth of Cromarty



A través de Escocia

Autora:
Alexia Seris

Contenido

[Glosario](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

Glosario

Abair ach beagan is abair gu maith e: habla poco y habla bien.

Athair: padre o papá.

Aye: sí.

Bràthair: hermano.

Highlands: tierras altas de Escocia.

Laird: señor, refiriéndose al líder del clan.

Mac: hijo.

Mo bana-phrionnsa: mi princesa.

Nighean: hija, niña pequeña.

Piuthar: hermana.

'S tusa gràdh mo bheatha: eres el amor de mi vida.

Tha gaol agam ort: te quiero, te amo.

Tha gràdh agam dhut: te quiero, te amo.

Capítulo 1

Castillo Bradbury. Durham. Inglaterra.

Año 1519.

El día amaneció gris, triste, aburrido y de nuevo llovía. Otro día más típicamente inglés. El ánimo de la joven Katherine estaba igual de gris y anodino que el clima de esas tierras porque echaba terriblemente de menos a sus padres y a su hermano mayor, era plenamente consciente de que no debería estar donde estaba, pero sin sus seres queridos en la fortaleza, estar rodeada de soldados le hacía sentirse más segura.

Sin duda alguna, la soledad era lo que más odiaba en el mundo, por supuesto en el castillo no es que estuviese sola, pero al no estar sus padres ni su hermano, no podía evitar sentir pesar en el corazón y recurría a todo lo que podía para alejar ese negativo sentimiento de ella.

Se subió a una enorme piedra que los soldados usaban para descansar y se inclinó hacia fuera para intentar ver más lejos, pero no se veía absolutamente nada, la niebla caía densa sobre ellos y ni siquiera se podían vislumbrar las pequeñas hogueras que marcaban la entrada a la fortaleza. La gran puerta estaba cerrada como era costumbre al no estar el señor del castillo.

Como siempre desde que era una niña y apenas tenía uso de razón, el paisaje inglés no le hacía sentir nada dentro de ella. Su padre le hablaba a menudo de la pasión por la tierra, del abrumador sentimiento de pertenecer a un lugar concreto, pero ella jamás había experimentado nada de eso. Sí, su vida era muy cómoda, eso no podía negarlo, pero cuando miraba al exterior de los inexpugnables muros de piedra, incluso aunque el día fuese soleado y brillante, y por más que ella se esforzase, no sentía que ella perteneciese a aquel lugar.

Los guardias de los muros la miraban y sonreían, la joven se subía a esos muros desde que tenía seis años, era la pesadilla de su madre y de su ama de cría, que continuamente se enfadaban con los soldados por permitir a la pequeña deambular a sus anchas por la zona, los hombres agachaban la cabeza ante su señora pero les era casi imposible ocultar la sonrisa. Adoraban a la duquesa con todo su corazón, eran profundamente leales a su señor, pero sin duda, sus almas le pertenecían a la joven que les llenaba de alegría.

Katherine quería a todos y cada uno de sus guardias. Les conocía desde que tenía memoria y algunas de las travesuras que hacía, habían sido aprendidas de la mano de alguno de los bravos guerreros, que pese a sus escudos, sus espadas, sus yelmos y sus armaduras, en cuanto la veían, le sonreían y le contaban historias que la hacían reír a carcajadas. Y ella se lo agradecía haciéndoles galletas y pan que les llevaba a escondidas.

—¡Mi señora! Baje de ahí ahora mismo, podría hacerse daño ¿tiene idea de lo que su padre me haría si eso ocurriese? — Rose, el ama de cría, la regañaba porque era su obligación, pero en su interior disfrutaba al ver la libertad de su señora.

—¡Oh Rose! Lo que hará será reírse a carcajadas y lo sabes... por la contra... de lo que haría mi madre no estoy tan segura — dijo mirando con cariño a la mujer que siempre cuidaba de ella.

Después de despedirse de los soldados que la miraban riendo, bajó por las escaleras del muro hasta el patio de armas, pero cuando le faltaban cuatro escalones, se remangó el vestido dejando a la vista sus calzas de algodón blanco y saltó. Tuvo suerte de que el suelo no estuviese lleno de barro o a la mujer que la estaba mirando con desaprobación le hubiese dado un ataque.

Todo el mundo estaba acostumbrado a las formas de la joven, de lo contrario, habría sido todo un escándalo, sólo Rose la miraba como si no pudiese creerse lo que veía. Katherine la miró sonriente y ésta le devolvió una mirada furiosa, quería a esa niña, pero ponía a prueba su paciencia.

La joven sabía perfectamente que su ama de cría no podía pasar más de dos minutos enfadada con ella y aun así, siempre se aprovechaba de su cariño para conseguir un perdón inmediato, así que pese a que Rose la cogió de la

muñeca de malas formas, Katherine se giró, la abrazó con fuerza y la besó con todo el amor que sentía por ella.

Ser la persona que se encargaba de que todo en el castillo funcionase no era una tarea fácil, sin embargo, la mujer jamás se había quejado, hubo un tiempo cuando ella era pequeña que la veía limpiarse las lágrimas a escondidas, pero poco a poco los momentos de debilidad fueron reemplazados por una intensa energía para cuidarla a ella y a su hermano a la vez que organizaba al resto de los que trabajaban en el castillo. Era la mujer más fuerte que conocía.

—Te quiero, aunque seas una cascarrabias, te quiero — le dijo al oído e inmediatamente sintió como Rose se ablandaba.

—¿Sabes una cosa niña? Deberías guardar esas palabras para cuando las sientas de verdad — le dijo antes de dejar de abrazarse.

—Las siento de corazón ama, te prometo que las siento, junto con mis padres y mi hermano, eres la persona más importante de mi vida — la miró fijamente para que viera que lo decía de todo corazón y el corazón le dio un vuelco cuando notó que a la mujer le temblaba el labio inferior.

Besó de nuevo a Rose y tras una delicada reverencia, se separó de ella.

—¡Seguramente tus padres no lleguen hasta el anochecer! — le gritó una acongojada Rose.

Katherine subió con la intención de ir a sus aposentos, pero cambió de idea y subió al torreón, sin duda alguna ése era el mejor lugar del castillo para verles llegar desde lejos. Esperaba impaciente a su familia, según el mensaje que habían recibido hacía unos días, llegarían a lo largo del día y no podía esperar a que su hermano le contase cómo les había ido en el viaje.

Recordó el día de su partida, su cara triste, su mirada apagada, sin sonrisa pese a sus esfuerzos por hacerle reír... su hermano Jacobo decía que sus padres le habían condenado en vida, le obligaban a casarse con una dama inglesa de alta alcurnia.

Se dejó llevar por los recuerdos, el día que el emisario partió con las condiciones del enlace, a Jacobo casi le da un infarto, decía que él no quería vivir así, que él quería casarse con la joven de la que estaba enamorado desde

que era un niño, Ivy, una chica del pueblo con los ojos oscuros como la noche y una sonrisa llena de picardía, pero su padre no se lo permitió, ellos eran de la nobleza y tal distinción requería de ciertos sacrificios. Le intentaba explicar una y otra vez que el matrimonio de sus padres también había sido concertado y que pese a sus reticencias, sus padres se amaban profundamente.

Katherine miró por el pequeño ventanal y suspiró, se arrebujó más en su capa de pieles y pensó en cómo sería amar a otra persona. Su hermano le contaba que cada vez que tenía a Ivy a su lado, el corazón le latía desbocado, apenas podía pensar y su sangre se le aceleraba en las venas, todos sus impulsos estaban centrados en una cosa, amar a esa doncella. ¿Cómo sería amar con semejante intensidad? A ella ni siquiera le habían dado su primer beso.

Se perdió en las vistas que desde allí tenía. El castillo Bradbury era una maravilla arquitectónica, su abuelo lo conquistó para la Corona y el Rey Francisco se lo regaló en compensación, acompañado del título de duque. Desde que se convirtió en su propiedad, su abuelo había hecho una serie de reformas para mejorar sus defensas, convirtiéndolo en una fortaleza inexpugnable.

Sin embargo ella no se sentía anclada a ese lugar, sí, había crecido allí y lo adoraba por la cantidad de pasadizos secretos y rincones por descubrir que tenía, pero para ella se parecía más a una jaula dorada que a otra cosa. Los muros eran tan altos y gruesos que el sol no bañaba todo el interior de los patios, los ventanales eran tan estrechos que apenas entraba el aire fresco... ese castillo podría ser el sueño de cualquier princesa, menos el de ella. Era su hogar, allí vivía su familia, pero cuando ella era realmente feliz y ella misma, era cuando cabalgaba por el maravilloso bosque que rodeaba la propiedad.

Rose llevaba más de una hora buscando a su niña, porque aunque fuese la hija de los señores, ella siempre la vería como a su niña pequeña, pero tras mirar en todas las habitaciones supo que sólo había un sitio en el que ella se escondía cuando se sentía preocupada, un lugar que a ella la aterraba por el infierno vivido, pero eso era parte del pasado y su pequeña no se merecía verla decaída, de forma que apretó los dientes y subió al torreón a buscarla.

—¿En qué piensas mi señora? — Rose la sacó de sus recuerdos, se le rompió

el corazón al verla tan triste.

—En lo injusto de la vida ama... Jacobo está enamorado de Ivy pero no se les permite estar juntos — se lamentó.

—¡Tú no tienes derecho a decir que la vida es injusta! — se enfadó — mi señora, vives en un castillo rodeada de un centenar de personas que morirán por ti antes de permitir que te ocurra algo, por nimio que esto sea... vives una vida llena de privilegios y eso exige un cierto sacrificio, además, Jacobo no estará tal mal, tengo entendido que su prometida es una de las jóvenes más bellas de toda Inglaterra, además, no me gusta esa muchacha del pueblo, cuando están juntos él parece otro.

—Hablas igual que padre — se acercó a su ama para besarla.

—Venga milady, la costurera os espera en vuestros aposentos — le dijo cuando el frío empezó a entrarle en los huesos.

—¿Otro vestido? — preguntó hastiada.

—Sí mi señora... es parte de la injusticia de la vida... tener un vestido nuevo cada tres semanas — le respondió con ironía.

—Te burlas de mí ama — dijo fingiendo desolación.

—Lo hago mi pequeña niña... no conoces la injusticia, no malgastes tu tiempo, tus energías y tus pensamientos en algo que jamás has vivido — la cogió con cariño de la mano y bajaron juntas las escaleras.

De vuelta en sus aposentos, mientras Katherine se quitaba la capa de pieles con desgana, Rose estiró las telas sobre la cama con la ayuda de otras dos doncellas y dio gracias a Dios de pertenecer a una casa como la del ducado de Bradbury. Pues sus señores eran amables, justos, buenos de corazón y leales, trataban a todo el mundo con cariño y no exigían más de lo que podían. Y nadie mejor que ella sabía cuán buenos y protectores eran.

Todos los residentes del castillo eran felices y nadie soñaba con una vida mejor, pues sabían por las historias de los mercaderes, que en otros lares las cosas eran muy distintas. Pero el señor de Bradbury se regía por un principio: el miedo se supera, la lealtad no. Y así había ido pasando de padres a hijos.

Katherine observaba las ricas telas, los vistosos hilos para los brocados

y la pedrería que se cosería en su nuevo vestido, ella no necesitaba tantos lujos, sólo pedía ir bien vestida pero cómoda, con esos pesados atuendos que su madre le encargaba cada pocas semanas apenas podía montar a caballo, casi no podía ni tensar el arco, pero también sabía que no podía contradecir a su madre. ¡Y Rose decía que su vida no era injusta!

Acarició las suaves telas y se imaginó con ellas. De su familia paterna había heredado el tono pálido de piel y los ojos azules como el mar, de su familia materna había heredado todo lo demás, un cabello negro como la noche, unas curvas sinuosas como las de su madre y un carácter fuerte y decidido.

Finalmente decidió que quería un vestido de color añil con brocados plateados y algún que otro zafiro pero de pequeño tamaño, la elección de las piedras le costó una discusión con su ama de cría, ya que Katherine era la única noble de Inglaterra que se negaba a usar todas las joyas que tuviese a su disposición. Después de tomarle las medidas, las costureras se llevaron las telas, los adornos y los hilos para empezar a trabajar en el vestido.

La joven Katherine se sentía palidecer por momentos, estaba ansiosa, pues no veía el momento de que su familia regresara y cuando al anochecer sonaron las trompetas que anunciaban el esperado regreso, salió corriendo de su alcoba y no paró hasta llegar al patio de armas.

Rose corría detrás de ella con su capa de pieles al viento para tapar a la inconsciente que se moriría de unas fiebres por esperar bajo la lluvia y el frío. En cuanto llegó a su lado la tapó con la capa pero se abstuvo de regañarla, no iba a prestarle atención, ahora sólo tenía una cosa en la cabeza, volver a abrazar a sus padres y a su querido hermano mayor.

En cuanto las puertas del castillo se abrieron, un corcel negro como la noche entró raudo y se paró justo delante de Katherine, Jacobo se bajó de él de un salto y se fundió en un abrazo con su preciosa hermana pequeña a la que tanto había echado de menos, se moría de ganas por contarle su viaje.

Cuando el carruaje que transportaba a los duques de Bradbury entró, los hermanos aún se abrazaban y reían felices, habían sido dos largos meses de ausencia. Ana, la madre de los jóvenes, sonreía con cariño a su marido al ver cuánto se amaban sus hijos, un sentimiento que también alegraba al duque Eduardo.

Una vez que Katherine había besado y saludado como correspondía a sus padres, se lanzó a sus brazos besándoles y haciéndoles reír, habían sido días muy largos para todos.

—Bienvenidos a casa señores — les dijo Rose a los nobles con una sentida reverencia.

—Rose, querida — Ana la abrazó con cariño — te hemos echado de menos — entonces la miró a los ojos — ¿estás bien? — le preguntó con preocupación en la voz.

—Lo estoy señora — ella la miró con una ceja alzada — se lo prometo, de verdad, milady, estoy perfectamente y yo también les he echado mucho de menos.

Tras la fastuosa cena en el salón principal donde los duques contaron las buenas nuevas, los hermanos se quedaron charlando junto al fuego como hacían desde niños. Katherine estaba ansiosa por conocer todos los pequeños detalles, esos que sus padres no aprobarían que supiese, pero que sin duda alguna, su hermano le iba a contar.

Jacobo no decepcionó a su hermana pequeña, estaba deseando contarle que el encuentro con la bella mujer con la que estaba prometido había sido toda una sorpresa para él, pues la dama en cuestión, de nombre Ana como su madre, era una mujer realmente encantadora y anhelaba con todas sus fuerzas comenzar su nueva vida.

Le describió con detalle como sus ojos de color ámbar le habían cautivado, tenía el pelo de un maravilloso tono castaño con reflejos dorados que le hipnotizaba y su voz era melodiosa, además era inteligente y habían pasado largos ratos hablando del mundo. Se mostró entusiasta por conocer las tierras del ducado y eso fue lo que remató el encaprichamiento del joven heredero.

—¿Y qué pasa con Ivy? — le preguntó su hermana — se morirá de pena — Jacobo suspiró y miró al fuego.

—No sé lo que pasará con ella — se encogió de hombros — pero en este viaje me he dado cuenta de que aunque la deseo de una forma irracional, tan sólo es eso... papá y mamá dicen que el amor es más que deseo carnal, que es

más que pasión desenfundada, que es algo que se siente aquí — se tocó el pecho con la mano — y que cuando lo sientes, darías tu propia vida a cambio de una sonrisa de la persona amada.

—No lo entiendo — dijo ella abrazando a su hermano.

—Yo tampoco lo entiendo — la rodeó con sus brazos y observaron el fuego durante unos instantes.

El amanecer les sorprendió hablando y bebiendo leche caliente con miel, finalmente se despidieron con un tierno abrazo y Katherine se metió en la cama sonriendo porque su hermano estaba feliz, era lo que más le había preocupado de todo el viaje. Sabía que la joven aldeana sufriría al conocer el futuro enlace de su hermano, pero aunque no terminaba de comprender las palabras que Jacobo le había dicho respecto al amor, siempre supo que entre él e Ivy no había ese sentimiento.

Unos días más tarde, los hermanos galopaban por las colinas mientras disparaban con el arco, Jacobo era un líder natural y estaba muy versado en las artes de la guerra, conocimientos que siempre le inculcaba a su hermana, pues aunque vivían una existencia privilegiada, Jacobo sabía que había vientos de guerra en dirección a Inglaterra y necesitaba saber que su hermana sabría defenderse en caso de que nadie pudiese hacerlo por ella.

Katherine era fantástica con el arco y las flechas, su puntería era excelente, al menos una vez que usó el puñal que su hermano le había regalado para rajar las mangas de su vestido. Jacobo se reía a carcajadas cuando la vio rasgar la seda de forma tan radical.

—Cada día me gusta más este puñal — le dijo ella con una pícaro sonrisa — ¿te he dado ya las gracias por regalármelo?

—Me alegra haberlo hecho, sobre todo al ver lo bien que lo manejas — se acercó a ella con los brazos abiertos — nunca te separes de él ¿de acuerdo? — la abrazó con fuerza.

Las sesiones de entrenamiento eran duras, pero Katherine jamás se quejaba, si se caía del caballo aún dolorida, se levantaba rauda, si fallaba un tiro, lo repetía hasta la saciedad. Ella quería ser fuerte como su hermano, no porque quisiera reemplazarle sino porque quería que estuviese orgulloso de

ella, lo que más odiaba Jacobo en el mundo era la debilidad.

Capítulo 2

Al cabo de unos meses, el hijo del rey mandó un emisario para advertir de su paso por el castillo de Bradbury, lo que produjo desasosiego entre las gentes del ducado. No obstante, iban a ser los anfitriones del futuro rey de Inglaterra.

Durante el tiempo restante ante la regia visita, el castillo se convirtió en una vorágine de movimientos, se trabajaba el doble de horas y todo se comprobaba dos o tres veces. El día anunciado llegó y tanto Katherine como Jacobo pensaban que a sus padres estaba a punto de darles un infarto, sabían que no temían al rey, pero una sola indiscreción con su hijo y lo lamentarían profundamente.

El futuro monarca llegó en una comitiva mucho más reducida de lo esperado, tan sólo veinte caballeros para escoltarle, lo que provocó que la ansiedad de anfitriones y aldeanos se disparase aún más.

—Todo un honor mi señor — saludó cortés el duque Eduardo como cabeza de familia.

—Es un placer visitaros al fin — respondió el príncipe — no deseo molestar a tu familia, sólo quiero pasar aquí la noche antes de seguir viajando al norte — le explicó para tranquilizar a su anfitrión.

—No es una molestia mi señor, al contrario, nos sentimos honrados con su presencia — Eduardo estaba cada vez más nervioso y le costaba disimularlo.

—Me gustaría conocer a su familia, pues es la primera vez que nos vemos.

El duque miró a su esposa Ana que dio un paso al frente y se inclinó ante el futuro monarca a la vez que era presentada.

—Tú debes ser Jacobo — el príncipe se acercó al heredero del ducado — mis hombres hablan maravillas de ti, dicen que eres un bravo guerrero.

—Es un honor servir a vuestra majestad — respondió con humildad.

—Y tú eres... — dijo posando la vista sobre la joven que tanto le intrigaba

desde que posó sus ojos en ella.

—Lady Katherine de Bradbury mi señor — hizo una reverencia y no se atrevió a mirarle a los ojos.

—Milady... — el joven monarca le cogió la mano y le besó en el dorso.

Tras las presentaciones, entraron en el castillo y el personal corría presto a ayudar al joven príncipe en todo lo que éste pudiese necesitar.

La comida fue alabada por el príncipe y disfrutaron de los entretenimientos proporcionados, pero cuando todo terminó, el príncipe solicitó poder pasear con la encantadora Lady Katherine. Los duques se tensaron de inmediato, pues conocían de sobra la reputación del príncipe, así que con un nudo en el estómago, cedieron ante su petición, aunque tampoco es que pudiesen negarse.

Salieron a cabalgar y el joven monarca quedó fascinado por la facilidad que tenía la joven para gobernar al semental al que montaba con tanta gracia, hablaba de casi cualquier tema y su sonrisa podría iluminar el firmamento. El príncipe Enrique se quedó totalmente prendado de ella.

Katherine se sentía extraña al lado del futuro monarca, cada vez que sentía como la miraba, sus mejillas se ruborizaban y no podía evitar bajar la mirada y sonreír coqueta. Era algo involuntario. El joven príncipe era realmente apuesto y por las historias que su hermano le había contado era valiente, también conocía la reputación de mujeriego que tenía, pero no obstante, era un príncipe, futuro rey de toda Inglaterra.

Enrique estaba fascinado con la joven, no podía dejar de conversar con ella sobre cualquier cosa, le divertía su punto de vista, en algunas cosas no compartía su indignación o su algarabía, pero sin duda, le gustaba ver el mundo como lo veía ella, era una joven realmente hermosa, inteligente, divertida y todo cuanto él deseaba en una esposa.

Nadie conocía los verdaderos motivos del viaje del hijo del rey, la versión oficial era que quería conocer en persona a todos sus súbditos y fieles servidores, tan sólo dos personas conocían el fin de aquel extraño viaje. Enrique estaba buscando una esposa y por los sentimientos que la bella Lady Bradbury despertaba en él, acababa de encontrarla.

Finalmente la estancia en el castillo de Bradbury se alargó una semana,

tras la cual, la comitiva real partió dejando en un estado de alerta y nervios a los duques y a sus hijos.

Una misiva real llegó al castillo apenas tres meses después, en ella solicitaba el permiso paterno para concertar el matrimonio entre Enrique, el príncipe heredero y Lady Katherine de Bradbury. La noticia tuvo un efecto desolador en el ducado.

Eduardo y Ana, los padres de la joven a desposar no daban crédito, no querían entregar a su hija a una corte llena de confabulaciones, mentiras y entresijos que su dulce hija no comprendería, por no hablar de las exigencias de ser reina, algo para lo que Katherine no había sido preparada.

Jacobo por su parte no quería ni pensar en el tema, sabía que no podían negarse, pues una orden real aunque esté disfrazada de petición seguía siendo una orden, tan sólo intensificó los entrenamientos de su hermana y la instruyó en el arte de pelear a cuchillo y cuerpo a cuerpo, pues sabía que no podría ocultar un arco y un carcaj bajo su vestido.

Katherine recibió la noticia con un anhelo extraño en su pecho. Sabía, o al menos creía saber, lo que significaba la misiva real y aunque se había quedado fascinada con el príncipe no se veía compartiendo su vida con él. También sabía que no tenía otra opción.

Los sentimientos dentro de ella la asustaban de tal forma que en varias ocasiones se había descubierto a sí misma pensando en posibles rutas para huir del castillo, pero después pensaba en que su familia pagaría las consecuencias de su rebelión y eso la dejaba en una posición en la que odiaba estar.

La boda entre Jacobo y la bella dama inglesa Ana Collingwood, se aplazó hasta que el príncipe Enrique fijara una fecha para sus nupcias con Katherine.

Mientras tanto, las aguas estaban revueltas en la corte, Enrique era el sucesor del rey Francisco, pues era el primogénito real, pero lo que el joven príncipe no sabía era que su hermanastro Ricardo no era el hermano fiel que él suponía. Al volver de su viaje, había hablado durante semanas de la bella

Lady Katherine y en mitad de una de esas conversaciones anunció que se casaría con ella.

Ricardo no tardó en poner en marcha su plan, pues estaba previsto que en cuanto Enrique se desposara, el rey Francisco abdicaría en su favor. Y él no estaba dispuesto a ser el hermano bastardo del rey, él quería ser el rey de toda Inglaterra. Tenía grandes planes de conquista.

La boda real se fijó para junio del siguiente año, tan sólo faltaban nueve meses para la fecha señalada, tiempo más que de sobra para que la joven Lady Katherine viajara a palacio y empezase a ser instruida para su futura labor como reina.

El ducado de Bradbury lloraba y celebraba la noticia a partes iguales, era un honor que eligiesen a su señora para ser la esposa del futuro rey, pero todos echarían de menos sus risas, sus bromas, su calidez, sus amables detalles o su ayuda en las disputas. El país ganaba una maravillosa reina, pero ellos perdían parte de su corazón al entregarla, porque todos sentían que ella les pertenecía, igual que ella se empeñaba en decirles mil veces.

El día anterior a que Katherine debía partir hacia Londres, un caballero llegó al castillo. Era un hombre de mirada oscura, alto y musculoso, con ojos grises, pelo trigueño y labios finos, no obstante portaba el sello real y el estandarte del rey Francisco.

Informó al duque Eduardo que sería la escolta personal de su hija durante el viaje a palacio, pues él era el hermanastro del futuro rey. Inmediatamente Jacobo advirtió a su hermana que no se fiase de él para nada, pues había oído rumores sobre las intrigas por parte de Ricardo y aunque tan sólo se trataba de rumores, prefería que su hermana se mantuviese alerta.

—Mi señora — Katherine se giró para ver a una llorosa Rose, que cerró la puerta tras ella — mi pequeña — la estrechó entre sus brazos como cuando era una niña y lloró — te voy a echar tanto de menos... — la mecía mientras la escuchaba sollozar — empiezas una nueva vida mi niña.

—Pero yo no quiero ama — se revolvió para mirarla a los ojos — yo no quiero dejar de vivir en el castillo, no quiero separarme de mis padres, de Jacobo, de ti... yo quiero ser feliz en mi casa, en mi hogar, no es justo.

—Ahora tienes derecho a hablar de injusticia, pues que te obliguen a ser la esposa de alguien a quien no amas es una tortura muy cruel — le acarició la cara — pero podrás con ello mi niña, lo sé porque te he visto montar a sementales, doblegar a valientes guerreros y hacer sonreír a los que ya no tienen nada en esta vida.

—¿Crees que algún día tendré algo como lo que tienen mamá y papá? — preguntó tímidamente.

—Lo deseo de todo corazón, el amor que tus padres sienten... nunca he visto nada como ellos — suspiró recordando viejos tiempos.

—Ama... ya que es mi última noche en casa, cuéntame por qué llorabas cuando yo era niña — le pidió en un susurro.

—Oh — Rose se quedó pálida de pronto — ¿me viste? — sus ojos brillaron por las lágrimas que apenas contenía y Katherine asintió — bueno, supongo que ahora ya no importa — cogió aire y comenzó a hablar — mi padre era el jefe de la guardia y me prometió con el hijo de un importante comerciante de Londres, sólo que él no era quien todos creíamos, se confabuló en varias ocasiones para acceder a algo que en su imaginación le pertenecía — Katherine la miraba horrorizada — el castillo de Bradbury era lo que más ansiaba, pues se decía que dado el cisma que se vivía en la Corte, el futuro rey o reina de Inglaterra, saldría de estas tierras, tu padre y tu abuelo siempre fueron fieles a la corona — la abrazó fuerte y continuó — cuando me enteré de sus planes corrí a avisar a Lord Bradbury, pero para mi desgracia, una criada con la que se acostaba le advirtió de mis planes y mi marido me encerró en el torreón y bueno... — bajó la vista avergonzada — digamos que allí descubrí lo que era vivir en el infierno, gracias a Dios que tu padre se dio cuenta de mi desaparición, pues éramos compañeros de juegos desde niños y me buscó por todo el reino, cuando me encontraron yo había intentado cortarme las venas con un trozo de piedra.

—¡Dios santo! — exclamó la joven.

—Tus padres cuidaron de mí y sobreviví gracias a ellos, dos días más tarde, tu abuelo decapitó a mi marido delante de todo el mundo mientras explicaba la traición que había cometido, acto seguido me nombró dama de compañía y desde entonces cuido de vosotros — los dolorosos recuerdos le quemaban en el corazón.

—¡Oh ama! Mi dulce ama — Katherine la abrazó con tanto cariño que ella se derritió.

—Pequeña, no sé si descubrirás el amor de tu futuro marido, pero seguro que amarás a los hijos que tengáis — le dijo besándola en la frente — creo que os amo tanto como vuestra madre.

La dejó sola en su habitación con el corazón roto por el sufrimiento de su querida ama Rose, sin duda alguna, era la mujer más fuerte que jamás había conocido y se prometió a sí misma que intentaría que ella se sintiese orgullosa de ella, igual que sus padres y su hermano. Jacobo la fue a ver casi al amanecer y pasaron todo el día entrenando y peleando.

Jacobo sentía que estaba fallando a su hermana, ella iba a ser expuesta a un millón de maldades para las que no estaba preparada y se le había acabado el tiempo de instruirla, cuando el sol comenzó a caer se dio por vencido, no podían robarle más tiempo al día.

—Katherine — le dijo antes de que se subiera al caballo — le declararé la guerra a quien sea si te hace sufrir — tenía la mandíbula apretada, los puños cerrados con fuerza — nunca dudes, nunca te arrepientas, nunca olvides que soy tu hermano y que tanto papá como yo arrasaremos con quien se atreva a provocar tus lágrimas, somos leales a la Corona, pero nuestra máxima prioridad es proteger a nuestra familia.

—¡Oh Jacobo! — se echó en sus brazos y aunque quería llorar, no lo hizo — te quiero tanto que no sé cómo voy a poder sobrevivir sin ti.

—Lo harás porque eres la mujer más fuerte, más inteligente y más hermosa que jamás he conocido y esas tres cualidades serán tu arma más peligrosa — la estrechó entre sus brazos sintiendo que el corazón se le partía — aprende a usarlas para protegerte.

Capítulo 3

La noche de su partida, Katherine no podía dejar de llorar, no podía creer que no fuese a ver a sus padres y a su querido hermano cada día al levantarse, que no fuesen a compartir la comida y la cena y sobre todo echaría de menos las charlas junto al fuego con Jacobo, así como las largas horas de entrenamiento. También echaría de menos a Rose y sus dulces caricias o sus besos sanadores.

Entró en el carruaje como el cordero va al matadero. Los ojos llenos de lágrimas, la tristeza paralizándole el corazón y el desasosiego y la sensación de pérdida atenazándole las entrañas. Su vida tal y como la conocía había terminado, se envolvió más en la capa de pieles que llevaba encima de su vestido y lloró en silencio.

No llevarían ni tres horas de viaje cuando a su comitiva se unieron caballeros vestidos para la guerra, Katherine se asomó por el ventanuco del carruaje y observó como uno de esos peligrosos caballeros hablaba con el hermanastro de su futuro marido. Unos instantes más tarde, todos los nuevos viajeros desaparecieron al galope en la noche.

Una hora más tarde, el siniestro Ricardo paró la comitiva y solicitó entrar al carruaje de la futura reina. Katherine se preparó mentalmente para cualquier cosa, pues sabía que esa visita no traería nada bueno y menos cuando el chófer del carruaje había subido a un caballo de repuesto y había salido al galope, sólo estaban ellos dos en mitad de ninguna parte y con la luna y el cielo estrellado como únicos testigos.

—Mi señora — dijo entrando en el carruaje y sentándose enfrente de ella — lamento informarle de una triste noticia. El castillo de Bradbury ha caído.

La sangre no circulaba en las venas de Katherine y Ricardo observaba la reacción de la joven, pues había advertido que era más de lo que aparentaba.

—¿Cómo? ¡Tenemos que volver inmediatamente! ¡Debemos enviar una misiva al rey! Estamos bajo su protección — las lágrimas le nublaban la vista.

—Cierto, estabais bajo la protección del rey Francisco, pero lamentablemente mi padre ha fallecido apenas hace un hora — una sonrisa se dibujó en sus labios — y a no ser, mi señora, que te ganes el favor del nuevo rey, vas a correr la suerte de tus padres y de tu hermano.

A partir de ese momento todo pasó lentamente. Ricardo se abalanzó sobre ella mientras metía la mano en su escote e intentaba tirar de la tela para desgarrarla, consiguió tumbarla en el asiento y peleaba por mantenerla quieta mientras Katherine se agitaba como si fuese un pez fuera del agua.

Cuando sintió la asquerosa lengua de Ricardo sobre la piel de su cuello recordó el puñal que siempre llevaba consigo, el que su querido hermano Jacobo le había regalado y tras unos segundos consiguió alcanzarlo y empuñarlo con fuerza.

—Voy a tomarte de todas las formas posibles, voy a convertir a la futura reina en una vulgar ramera — le susurró al oído mientras le alzaba el vestido y la arañaba las piernas.

—¡No! jamás conseguirás — no pudo continuar, Ricardo le metió su lengua en la boca mientras la sujetaba con fuerza y se restregaba contra ella.

No supo de dónde sacó las fuerzas ni la habilidad, pero el hermoso puñal tallado estaba en su mano y terminó clavado en el cuello de Ricardo que sangraba encima de ella mientras la vida se escapaba de su cuerpo y la miraba fijamente a los ojos.

Tardó pocos segundos en morir, pues la puñalada era profunda, se desplomó sobre Katherine y ésta tardó unos instantes en conseguir quitarse a semejante mole de encima. Estaba asustada, sola, llena de sangre y temía haber perdido a toda su familia, quería echarse a llorar pero no podía, tenía que volver al castillo, tenía que regresar a su hogar.

Con gran esfuerzo consiguió soltar a uno de los caballos que tiraban del carruaje y rajando su precioso vestido desde los muslos hasta los pies se subió como si fuese un hombre, cabalgó veloz sin ser consciente del paso del tiempo antes de ver los destellos de luz en el cielo que presagiaban un gran incendio, espoleó al animal y éste corrió veloz como el viento, en cuanto entró en el pueblo se detuvo en seco.

Todos estaban muertos. Hombres, mujeres y niños. Sus cuerpos yacían en el suelo, las casas ardían y todo olía a fuego, sangre, dolor y muerte. Se dejó caer del semental y acarició al bebé que había nacido hacía tan solo unos pocos meses, su madre aún le aferraba con fuerza entre los brazos pese a que no había vida en ninguno de ellos.

Con la rabia instalada en su corazón y un sofocante deseo de venganza, subió de nuevo al caballo y salió al galope hacia el castillo. El portón principal estaba reventado y el ariete aún se mostraba orgulloso de su victoria.

Katherine bajó del caballo y cuando se dispuso a entrar, una mano la sujetó firme del tobillo. Era uno de los guardias del muro.

—Mi señora, huya de aquí, aún hay rebeldes en el castillo, si la cogen sabe Dios lo que harán con vos — le suplicó el guardia.

—¡Oh! Mi querido Alfred, ¿qué te han hecho? — se arrodilló y le besó con cariño en la frente.

—Mi señora, ha sido un honor servirla, lamento no haber sido capaz de... — de la boca le salía sangre y sus ojos se apagaban rápidamente.

—¿Dónde está mi familia? — preguntó temerosa de la respuesta.

—Muertos mi señora... están todos muertos... Jacobo peleó hasta desfallecer, pero no pudo hacer nada, nos han atacado más de quinientos hombres — se justificó ante ella.

—Alfred...

—Huya mi señora, huya... salve su vida por Dios... aquí no puede hacer nada — hablaba entre jadeos.

Pero antes de que Katherine pudiese responder, el caballero encargado de la apertura del portón murió entre sus brazos. El silencio se cernió sobre ella como avisándola de seguir el consejo del guardia. Pero no fue hasta que oyó unas risas que se dispuso a huir.

Subió rauda al caballo y cabalgó hacia el norte. Jamás había ido en esa dirección, pues Escocia no era precisamente amable con los ingleses, o al menos eso era lo que los guardias le habían contado en innumerables ocasiones, que los moradores de las Highlands eran hombres orgullosos, viles, crueles y sin compasión. Todo su mundo se había desvanecido y no tenía ni

idea de qué hacer a continuación, lo único de lo que estaba totalmente segura era de que si se quedaba en el castillo, moriría.

Sus sentidos se agudizaron mientras la adrenalina le recorría las venas. Escuchó como algunos caballeros la seguían al galope, pero tras unos minutos decidieron dejarla huir, seguramente pensaron que tan sólo era una aldeana que había conseguido huir de su trágica muerte y le dio gracias a Dios por permitirle seguir viviendo una noche más.

Las lágrimas pugnaban por salir, el cuerpo le dolía como jamás lo había hecho y se sentía tan sola y abandonada que le costaba respirar, a medida que se alejaba de su antiguo hogar, sentía que las fuerzas la abandonaban. Pero no iba a rendirse, se pondría a salvo y conseguiría enviarle una misiva a su futuro esposo, cuando éste supiese lo que su hermanastro había querido hacerle, la perdonaría por matarle, estaba segura de ello. O al menos rezaba mentalmente para que así fuese.

Cabalgó hasta que su corcel no pudo más. El frío se estaba metiendo en sus huesos, tenía hambre y sed y no tenía ni idea de qué hora era, lo único que sabía era que estaba perdida, triste y totalmente sola en el mundo, había perdido a las personas que más amaba en la vida.

Decidió descansar en las entrañas de un bosque e intentar encontrar algo de agua para el caballo y para ella, caminó mientras le susurraba al semental que no la abandonase también, que se quedase con ella. Parecía que la fortuna le sonreía pues encontró un enorme árbol con las raíces saliendo a la superficie y creando una especie de cueva en la que podría guarecerse.

Todo su cuerpo le pedía un descanso, pero el animal necesitaba agua y ella tendría que beber y comer si no quería morir antes de poner sobre aviso al futuro rey.

Caminó unos pasos más y escuchó el rumor de agua corriendo, lo que la llenó de la energía suficiente como para llegar hasta el pequeño riachuelo. Tanto ella como el caballo bebieron de las cristalinas aguas y acto seguido se dejaron caer en el suelo. Estaban exhaustos.

De nuevo en la guarida improvisada y tras haber cogido unas bayas de unos arbustos cercanos, Katherine se abrazó a sí misma para darse algo de calor pues la capa no era suficiente y se quedó profundamente dormida.

El día les descubrió agotados, al límite de sus fuerzas y con la cabeza abotargada, pero la joven Lady Bradbury tenía algo en su favor, determinación e inteligencia. Decidió seguir caminando hasta encontrar un pueblo donde poder cambiar alguna de las joyas de su vestido por comida y alojamiento.

Tras casi dos horas se topó con una pequeña cabaña de la que salía humo de la chimenea, se recompuso lo mejor que pudo y llamó a la puerta.

Una mujer de mediana edad abrió y observó a la joven sucia, desaliñada y aun así hermosa que estaba ante ella, ésta le ofreció un rubí rojo como la sangre a cambio de comida y alojamiento.

Katherine comió pan negro, carne ahumada y queso agrio como si estuviese comiendo un manjar, estaba realmente famélica y agradeció la leche caliente que le ofreció su anfitriona, después se metería en el jergón y dormiría cuanto pudiese antes de emprender el viaje de nuevo. También se había asegurado de que su corcel estuviese alimentado.

Cuando el sol entró por la ventana, Katherine tuvo la sensación de estar viviendo una pesadilla, pero cuando terminó de abrir los ojos, se dio cuenta de que no era un sueño, era real, era su vida la que se había desmoronado de repente.

Se sentó en el lecho y suspiró profundamente, le quedaba un largo camino por delante y hasta que estuviese completamente a salvo y pudiese pedir ayuda a la Corona no podía permitirse el lujo de cruzarse de brazos y echarse a llorar, no era el momento de tener debilidades, ahora solo había una cosa que tenía que hacer, ponerse a salvo y pedir a la Corona que acudiese en su auxilio para vengar a su familia.

Tras asearse y picar algo para desayunar, se cambió de ropa, pues la anciana le había regalado un vestido que aunque era de humilde aldeana no estaba hecho jirones, se puso rápidamente el nuevo atuendo y se cubrió con la capa para guarecerse del frío que hacía fuera. Arrancó todas las piedras preciosas y los hilos de plata que los ataban a la tela de su destrozado vestido y los guardó, estaba segura de que los necesitaría para pagar y tener derecho a comida y alojamiento.

Tras despedirse de la anciana dejándole un diamante sobre la mesa para agradecerle todo cuanto había hecho por ella, comenzó a caminar hacia el

norte, se había propuesto alcanzar las Highlands, pues aunque los clanes no eran amigos de Inglaterra, sabía que la mayoría de esos clanes respetaban su nombre, pues habían establecido relaciones comerciales con su padre, el duque de Bradbury.

El corcel parecía totalmente repuesto de las dos duras jornadas anteriores, por lo que caminaron al trote durante casi tres horas. Por consejo de la anciana, había decidido evitar los núcleos de población pues era bastante probable que si la cogían con un caballo marcado de la corte del rey, joyas y sin una explicación, podría acabar encerrada.

Tras unas largas jornadas, estaban llegando a su destino, pero la emoción pudo con la precaución y Katherine que estaba más que cansada de estar sola se dirigió a un pueblo por uno de los caminos principales abandonando la seguridad del bosque.

No pasó ni media hora hasta que un grupo de cuatro hombres le salieron al paso y por sus expresiones, sus sonrisas burlonas y las espadas que portaban no tenían buenas intenciones. Uno de ellos se acercó a la carrera y tiró de su pierna hasta que cayó al suelo, el caballo salió al galope tras un azote de otro hombre.

Katherine estaba tirada en mitad del camino, no podía creer su mala suerte, estaba muy cerca de su objetivo, pero tal y como estaba rodeada no creía que llegaría muy lejos, al menos no sin luchar y agradeció a su hermano que la instruyera en el combate cuerpo a cuerpo. El recuerdo de su hermano le provocó un dolor sordo en el corazón, pero rápidamente apartó todo de su mente, no era el momento de mostrarse débil y vulnerable, pues estaba claro que aquellos que la amenazaban usarían todo lo que pudiesen en su contra.

Uno de los hombres se abalanzó sobre ella y en cuanto sus cuerpos chocaron, el puñal que Katherine ya tenía en la mano se le clavó hasta lo más profundo de las entrañas. Los otros hombres tardaron unos segundos cruciales en darse cuenta de lo que había ocurrido. Una mujer había matado a su amigo.

Cuando alzaron las espadas, Katherine ya estaba en pie con el puñal en la mano y dispuesta a morir antes de dejarse mancillar por aquellos salvajes. Por fortuna para ella, no la atacaron a la vez, uno de ellos se acercó con la espada en alto y justo antes de que se la clavara, Katherine se agachó y le alcanzó con el puñal detrás de la rodilla lo que le hizo caer de bruces,

rápidamente cogió la espada y amenazó a los hombres que la miraban perplejos.

Otro de los hombres la atacó, pero ella era bastante buena en el manejo de las armas, aunque la que tenía en las manos era más pesada que las que estaba acostumbrada a usar, aun así, no se amilanó y girando sobre sí misma clavó la espada en mitad del pecho del tercer hombre, sólo quedaba uno más.

Empezaron a luchar, las espadas chocaban una y otra vez soltando chispas que demostraban la fiereza del ataque, pero Katherine estaba a punto de derrumbarse, sólo el orgullo la mantenía en pie, no obstante, no le duró mucho tiempo y cometió un error que el agresor aprovechó. Le quitó la espada de las manos y comenzó a reírse a carcajadas.

Katherine se agachó en el suelo para pedir clemencia y cuando el hombre estuvo lo suficientemente cerca, le lanzó un gran puñado de tierra directamente a los ojos y salió corriendo como alma que lleva el diablo. Sabía que el hombre estaba tras de ella, oía sus pasos, pero no podía girarse o se caería. Los pulmones le ardían en el pecho y las piernas le gritaban que parase, pero se negó a hacerlo.

Se adentró de nuevo en el bosque y cuando los pasos de su perseguidor se hicieron más tenues por la distancia, trepó a un árbol y se escondió entre las ramas. Allí esperó a que el hombre se diese por vencido, tenía esa esperanza y se aferró a ella.

Cuando anocheció ya no había rastro del hombre y ella ya casi había recuperado las fuerzas, al menos sus músculos ya no le ardían aunque todo su cuerpo suplicaba por que le permitiera seguir descansando. No obstante, no podía quedarse en el árbol el resto de su vida, así que decidió bajar y comenzar a andar el trecho que le quedaba hasta llegar al primer clan de los Highlanders.

No supo cuánto tiempo caminó, tenía hambre, sed y ya no le quedaban fuerzas para continuar. No quería rendirse, pero no sabía qué otra cosa podría hacer. Sus pasos eran terriblemente lentos, el sol brillaba con una fuerza increíble para las fechas en las que estaban, pues era noviembre, aunque agradecía no tener que sufrir también la lluvia, el viento helado y el frío.

Alzó la vista para ver lo que la rodeaba pero sólo pudo ver una extensa

colina de brillante hierba verde, después todo se apagó y quedó a oscuras.

Capítulo 4

Nairn, territorio de los McRae. Escocia.

Año 1519.

Ian McRae galopaba siguiendo la costa, tenía que despejarse de las presiones del liderazgo, últimamente se le hacía cuesta arriba asumir el mando de su clan, entre las continuas discusiones con su mejor amigo y la insistencia de algunas de las mujeres para que las tomara como esposas, el futuro se le antojaba demasiado lúgubre.

Cerró los ojos un instante para apreciar con mayor intensidad el olor del mar, el viento le golpeaba en la cara con benevolencia teniendo en cuenta el mes que era. Llevaba sin llover varios días y la tierra estaba más seca de lo normal. El sol se filtraba entre las espesas nubes teñidas de añil. Y él se sentía a punto de estallar.

Era la tercera vez que discutía con su mejor amigo sobre la forma de actuar y el protocolo a seguir dado el giro que habían sufrido los acontecimientos en el país vecino, ¡y les llamaban a ellos bárbaros! Al menos cuando se batían con alguien y terminaban con su vida lo hacían de frente, mirándoles a los ojos, no como cobardes añadiendo venenos a sus comidas.

Hacía tiempo que todo el mundo creía que tarde o temprano el hermanastro del príncipe heredero atentaría contra el trono, en las visitas que habían hecho a las tierras del norte había demostrado su desmesurada ambición en más de una ocasión. Al parecer el difunto rey Francisco y su heredero eran las únicas personas en toda Britania que no conocían el verdadero carácter de Ricardo, el hermanastro bastardo del rey.

Aún estaba dándole vueltas a la conversación con Fergus, no compartía su visión de la situación, estaba de acuerdo en que debían estar atentos y permanecer alerta, pero unir a todos los guerreros de los clanes de las Highlands y situarlos en la frontera con Inglaterra sería una clara invitación a

la guerra y eso nunca era buena idea.

Detuvo el caballo y se dejó maravillado por las vistas. Adoraba Escocia, la llevaba tatuada en su corazón. Era una tierra salvaje llena de vida, voluptuosa y tan hermosa que era imposible no enamorarse de ella, los verdes eran vivos y brillaban con la misma fuerza que las esmeraldas, el cielo habitualmente era de color añil, pero en verano, cuando la vida explotaba de golpe, se volvía de un azul tan intenso que le hacía sentirse humilde, el agua de sus costas golpeaba con fuerza las rocas, con la misma brutalidad que marcaba el carácter de los highlanders... sin duda alguna, su bello país era un regalo de los dioses y él se sentía profundamente agradecido de ser quien era y haber nacido donde lo había hecho.

Cuando estaba a punto de dar media vuelta, percibió al fondo de la extensa pradera una figura que se movía con una lentitud decadente, decidió acercarse un poco más y entonces fue cuando distinguió a un ángel caminando como una simple mortal. Una mujer hermosa como ninguna otra, pero terriblemente herida y maltrecha. Justo cuando empezó a cabalgar a toda velocidad hacia ella, ésta alzó la vista y se desplomó inconsciente.

Ian corrió a su lado, galopando a toda velocidad, saltó del caballo y tardó un latido en comprender que se encontraba en una situación difícil, era una extraña, había incongruencias en su atuendo pues llevaba una saya de aldeana pero una capa de dama de alta alcurnia, estaba sucia, despeinada y los zapatos estaban destrozados, pero eran de buena calidad. Su piel resplandecía cuando uno de los tímidos rayos de sol le acariciaban y todo su cuerpo se revolucionó ante la imagen que tenía ante él.

La sostuvo entre sus brazos durante un segundo, su corazón sólo necesitó ese tiempo para hincharse con un extraño y muy intenso sentimiento de protección, era algo que no podía evitar, desde la muerte de su madre se sentía así, no soportaba ver a una dama herida. La misteriosa mujer tenía el pelo negro, la piel pálida pero que parecía deliciosamente suave, unos labios carnosos, dulces y apetecibles, lo único que no había visto era el color de sus ojos, pero se sorprendió a sí mismo al decidir descubrirlo cuando despertara.

La subió con cuidado a su caballo y se dirigió con paso veloz hasta su hogar, el hecho de llegar con una mujer desconocida le traería problemas con sus hermanos, ya que los ánimos no es que estuviesen precisamente calmados,

pero no podía dejarla sola, algo dentro de él le obligaba a protegerla, a cuidarla. Y esos sentimientos le estaban volviendo loco.

Nada más atravesar el portón principal, Fergus ya estaba esperando con cara de pocos amigos y además tenía la espada desenvainada. Ian no estaba preparado para una pelea en esos momentos, sólo quería que la hechicera hiciese todo lo posible para devolverle la vida de la mujer que estaba inconsciente. Se bajó del caballo con ella en brazos y comenzó a andar ignorando a su mejor amigo.

—¿Ahora traes mujeres inconscientes a nuestro hogar? — preguntó Fergus poniéndose delante de Ian.

—Ahora no — intentó esquivarle.

—Sí, ahora sí — volvió a ponerse delante.

—¡Maldita sea Fergus! ¡Quítate del medio si no quieres que te pase por encima! — su voz sonó como un trueno en mitad de la noche — soy el *laird*, no tengo que darle explicaciones a nadie.

Se alejó a grandes zancadas atravesando el patio interior, llegó hasta la puerta de entrada al castillo, cruzó el Gran Salón comunitario y subió las escaleras de dos en dos, recorrió el largo pasillo que llegaba hasta su alcoba y abrió la puerta de una patada, colocó a la misteriosa mujer en la cama con suavidad y con un gesto totalmente involuntario le retiró el pelo de la cara para poder observarla mejor, que los dioses le ayudaran, pero había disfrutado del calor de esa caricia.

El corazón le galopaba en el pecho, pero no por el esfuerzo, pues la bella desconocida apenas pesaba, era menuda comparada con él, pero con unas deliciosas curvas justo donde debía tenerlas y por un momento, se sintió avergonzado por sentir crecer el deseo en lo más profundo de su ser cuando la mujer que le excitaba estaba inconsciente, era algo que no podía evitar, esa mujer le provocaba más allá de lo razonable.

—Serás mi perdición — susurró justo antes de salir de la habitación en busca de la hechicera.

Tras varios intentos, Katherine consiguió abrir los ojos, pero la luz la cegaba, por lo que tardó un poco en habituarse a la claridad que la rodeaba.

—Al fin despiertas — una voz grave la asustó y cuando miró al hombre que estaba a su lado necesitó aclararse la voz antes de poder responder.

—¿Quién sois vos? — Katherine estaba asustada y confusa.

—Eres tú la que está en mis tierras, deberías decir tu nombre primero — respondió con el semblante serio.

—¿Conseguí llegar a las Highlands? — preguntó curiosa y el apuesto hombre asintió — antes de revelar mi nombre debo saber si sois favorables al ducado de Bradbury.

—¿Eres pariente de Eduardo? — arqueó una ceja — todos los ingleses me parecéis iguales — mintió descaradamente, jamás había visto a nadie como ella — aunque Lord Bradbury me cae bien.

—Mi nombre es Lady Katherine de Bradbury — dijo con la voz estrangulada por el dolor.

—¿Lady? — soltó una carcajada — no tienes pinta de ser Lady — la recorrió con la mirada descaradamente desde la cabeza a los pies.

—He sufrido algunos contratiempos — intentó taparse ya que ese hombre la intimidaba.

—De eso no me cabe la menor duda — respondió secamente.

Sin decir nada más, el enorme hombre que la había hablado como si fuese una don nadie se levantó de la silla, se dio media vuelta y salió de la habitación, pero mientras lo hacía, Katherine no se perdió ni un solo detalle del cuerpo del hombre que la había rescatado, porque aunque desconocía el motivo, con él se sentía a salvo.

Ese hombre de modales rudos era lo más exótico que ella había visto jamás, era alto como un coloso, con una espalda fuerte, ancha y musculada por cómo se le ceñía la camisa en los bíceps, bajo la tradicional falda escocesa se adivinaban unos muslos poderosos a juzgar por la parte de las piernas que estaban al descubierto, las manos eran grandes, tenía el pelo de color castaño, largo, justo por debajo de los hombros, la piel estaba ligeramente tostada por el sol, pero lo que la estaba trastornando eran esos ojos de color miel.

En cuanto la puerta se cerró tras de él, Katherine suspiró involuntariamente, no entendía qué era lo que le ocurría con el hombre del

norte, no había sido amable con ella, de hecho, estaba segura de que ni siquiera la había creído cuando le dijo quién era y sin embargo, se sentía extrañamente dichosa de que le dedicara unas palabras.

Ian se subía por las paredes. Los intensos ojos azules de la mujer se le habían clavado en lo más hondo, nunca, jamás, una hembra le había dominado tan sólo con su mirada, pero a esa inocencia, a esa fortaleza escondida que le estaba volviendo loco había que añadirle que su voz era suave y melodiosa, y por supuesto, su cuerpo estaba a la altura de sus otras virtudes, tenía largas y suaves piernas, vientre plano, caderas exuberantes y pechos colmados, ahora sí que estaba totalmente seguro, esa mujer sería su desgracia.

Bajó al salón comunitario mientras bufaba lleno de frustración y para alterarle aún más, allí estaban esperando por él los consejeros del clan, la mesa ya estaba dispuesta para la comida y sin decir una sola palabra se sentó en su lugar correspondiente, la cabecera de la enorme mesa de madera tallada. El resto de los hombres se sentaron y empezaron a comer con avidez.

Fergus observaba a su amigo y sabía que algo le ocurría con aquella hermosa mujer, al *laird* jamás le habían faltado preciosas mujeres que le entretuviesen, pero con la extranjera se comportaba de forma irracional, para empezar la había metido en su propia cama. Él jamás había visto una cosa así.

Una muchacha de apenas unos doce años entró en la alcoba portando una jarra y un vaso, se acercó en silencio hasta la cama y depositó los objetos en la mesita bellamente tallada que había a un lado, le dedicó una larga mirada a la extranjera y en ese momento la odió, se dio cuenta de que Ian estaba prendado de ella, era evidente, por eso estaba en su cama.

—Mi nombre es Katherine — intentó entablar conversación al darse cuenta de cómo la observaba.

—Me da igual tu nombre, sólo quiero saber cuándo te irás de aquí — respondió con desdén.

—Lo cierto es que no lo sé — confesó encogiéndose de hombros.

—Estupendo — refunfuñó la niña airada.

La chiquilla salió de la habitación con gesto hosco, pasos acelerados y muy enfadada. Dio un portazo que estremeció a la inglesa. Sin duda alguna, los escoceses odiaban con todo su ser a los ingleses, ella jamás había entendido del todo el origen de esa animadversión, pero también era cierto que su padre era un hombre sin prejuicios y siempre la había enseñado a respetar a todos sus congéneres, naciesen donde naciesen. La prueba más fehaciente era que se había casado con su madre, una mujer española, con marcadas facciones de aquella tierra tan pasional.

Katherine se sentía cada vez peor, tenía un hambre voraz, se sentía extremadamente débil y estaba claro que estaba rodeada de personas que la odiaban por el mero hecho de ser inglesa, bufó frustrada. Necesitaba que la ayudasen y nadie lo haría si no dejaban de verla como a una enemiga, cosa bastante difícil teniendo en cuenta el motivo por el que ella estaba en aquellas tierras tan lejanas a su hogar.

Los recuerdos le llenaron la mente y las lágrimas pujaban por salir con rabia. El olor del fuego, la muerte y el odio la envolvieron de nuevo y por un instante se sintió rodeada de tanta maldad, el sentimiento de culpa la golpeó con tanta fuerza que se mareó ligeramente. Sus padres habían muerto peleando, su hermano había intentado defender su hogar y había perecido a manos de unos salvajes y ella se había salvado. Aún no era capaz de comprender ni los motivos para atacar el castillo de su familia ni por qué la Providencia había decidido que su vida valía más que la de todos sus seres queridos.

Intentó levantarse de la cama, pero al destaparse descubrió que estaba totalmente desnuda y se sintió profundamente avergonzada, sólo deseaba que no hubiese sido aquel hombre el que la quitó sus ropas, llenándose de determinación, se enrolló la sábana en el cuerpo y se levantó de la cama, le costó un par de intentos mantenerse en pie sin sentir que el suelo se movía bajo sus pies.

Caminó hacia la mesita y bebió el líquido de un sorbo, pero lo escupió casi todo. Ella jamás había probado el licor, pero tal y como le ardía la garganta estaba claro que eso debía ser algún tipo de brebaje que bebían en aquellas tierras.

Su estómago rugió de nuevo y volvió a marearse, estaba claro que necesitaba comer algo, no podía recordar cuál había sido su última comida.

De forma que empezó a buscar su vestido por la habitación, pero no lo encontró, aunque eso no la detuvo. Recolocó la sábana sobre su cuerpo de forma que no se le viese nada, cogió uno de los cintos que colgaban de una silla y se lo cerró con fuerza, al menos la parte de cintura para abajo estaría tapada, de la parte superior tendría que encargarse ella misma.

Haciendo acopio de toda su determinación y sintiéndose menos vulnerable por no estar desnuda, caminó hacia la puerta de la habitación dispuesta a encontrar la cocina, comer algo y volver a la cama hasta que el hombre que estaba con ella cuando despertó volviese a buscarla y de paso le diese algunas respuestas. Dudó un par de veces, pero ante los extraños ruidos de su estómago, decidió que no tenía nada que perder.

Salió y cerró la puerta tras de sí con mucho cuidado de no hacer ruido, se pegó a la pared y comenzó a andar. No tenía ni idea de hacia dónde tenía que ir, pero quedarse muerta de hambre en la habitación no era una opción, debía recuperarse lo antes posible para contactar con el príncipe heredero. Caminó hasta que se tropezó con otra puerta, intentó escuchar algo, pero al no oír nada, decidió seguir caminando.

Tampoco sabía si era de día o de noche y prefería no pensar demasiado en todo lo que le había llevado hasta donde estaba, si perdía ahora las fuerzas y se echaba a llorar no podría vengar la muerte de su familia, porque eso lo tenía totalmente claro, iba a vengarles.

En ese momento fue consciente del barullo ensordecedor que se filtraba a través del suelo, gritos y golpes que provenían de la planta de abajo, no quiso pararse a escuchar pues los recuerdos le retorcían el corazón, de modo que siguió caminando hasta que el olor a comida caliente y a pan la guio hasta la cocina.

—¡Oh por todos los Dioses! — gritó una de las cocineras — muchacha ven aquí — la cogió de la mano y la hizo sentarse a la mesa — ¡pero si estás descalza! — cogió uno de los trapos que estaban colgando del horno y se los tapó.

—Mmmm — fue todo lo que alcanzó a decir Katherine, la tela estaba caliente y la confortaba mucho.

—¿Tienes hambre? — le preguntó la mujer después de sonreír, ella asintió

avergonzada — sabe Dios por las penurias que has pasado muchacha.

—Katherine — la cogió del brazo con delicadeza — me llamo Katherine, gracias por cuidarme y alimentarme — la mujer la miró con los ojos aguados — sé que los ingleses no somos bienvenidos en las Highlands, haré lo necesario para no causarles problemas.

—Niña — se sentó a su lado — no nos gustan los ingleses, eso es cierto, pero también es cierto que no todos pensáis en quitarnos nuestras tierras y matarnos mientras dormimos.

—Yo jamás haría eso, se lo juro — dijo ella ante la descripción tan horrible que tenían de ella y de sus compatriotas.

—Todos somos capaces de hacer lo impensable si las circunstancias son propicias — acto seguido se dio la vuelta y comenzó a poner viandas sobre la mesa.

Unos instantes después, Katherine se relamía al comprobar los manjares que tenía delante de ella, carne asada, vino, pan caliente y un guiso que no conocía pero que olía de maravilla. Intentó comer de forma comedida, pues era una dama, pero en cuanto un trozo de carne tocó su lengua, el instinto se apoderó de ella y ya no pudo controlarse. Comió todo lo que pudo y un poco más, estaba realmente famélica.

La mujer se presentó como Idoia y le preguntó si no tenía sed, ruborizándose respondió que nunca bebía vino, le ofreció una cálida sonrisa y acto seguido fue a buscarle una jarra con agua fresca.

Observaba a aquella extraña mujer que comía con tal ansia que estaba convencida de que después le dolería la barriga. Sin duda, era una mujer muy guapa, aunque rara para ser inglesa, todos esos estirados eran rubios como el sol con ojos azules, al menos, los ojos sí que era británicos.

Capítulo 5

Por su parte, Ian había bajado al Gran Salón para discutir con sus consejeros. Tal y como se esperaba, Fergus fue el primero en hablar.

—Has traído a una inglesa a nuestro castillo ¿se puede saber en qué demonios piensas? — le gritó golpeando el puño contra la mesa.

Los otros hombres rugían con él, ninguno estaba muy contento con la actitud de su *laird*.

—¡Y nada más y nada menos que la asesina del Rey! — gritó de nuevo Fergus mientras Ian le fulminaba con la mirada — ¡nos has condenado! ¡Has traicionado al clan!

Todos le miraron con los ojos como platos, ellos eran su círculo más cercano y podían cuestionarle, pero de ahí acusarle de traidor había un abismo y por la calma que emanaba del cuerpo de su *laird*, estaban seguros de que sólo precedía a la tormenta.

Ian estaba contando mentalmente los huesos de Fergus que iba a romper con sus propias manos en cuanto el resto de los consejeros se fuesen del salón. Cuando llegó a la conclusión de que no le iba a dejar uno solo sin romper, se relajó. Entonces recorrió a los hombres con la mirada y se levantó.

—¿Has terminado de hablar? — hablaba calmadamente mientras miraba fijamente a su mejor amigo que también estaba de pie — ¿o piensas acusarme de algo más?

—Mi *laird*... — intentó explicarse, esta vez se había pasado.

—Exacto — dijo con la furia inundando su cuerpo — ¡yo soy tu *laird*! — gritó y las paredes del castillo retumbaron — una sola palabra más y te arranco la cabeza del cuerpo — dijo dándole una patada a su silla, todo el mundo agachó la cabeza — sí, es inglesa y una extraña y sí, la he metido en el castillo, en mi cama para ser más exactos, pero ni he condenado a nadie ni he traicionado a mi clan, y a menos que la ley haya cambiado sin que yo me enterase, no se

condena a nadie por simples habladurías de viejas, porque de momento, eso es todo lo que hay contra ella, absurdas conjeturas salidas de las bocas de los borrachos en la taberna — dio un paso en su dirección y le clavó la mirada — vuelve a insinuar que os he puesto en peligro y te convenceré con mi espada de mi valía como *laird*.

Los momentos siguientes fueron todo tensión, los diez hombres que había en el Gran Salón además de los dos enfrentados, se miraban unos a otros como si temiesen que empezasen a luchar en ese mismo momento, algunos querían evitar el derramamiento de sangre, otros entendían que Fergus había llegado demasiado lejos, su *laird* era noble y leal al clan, eso era algo indiscutible.

Ian le retaba con la mirada, esperando a que moviese un solo músculo, no le daría más oportunidades, sabía perfectamente a qué venía toda esta historia de desafiarle continuamente, pero aunque en parte estaba convencido de su decisión, no podía tolerar semejante comportamiento, no cuando una guerra estaba a punto de estallar en el país vecino y les iba a tocar meterse tarde o temprano.

Fergus miraba fijamente a su *laird*, se había comportado como un imbécil con él. Habían sido amigos desde que eran niños, se criaron juntos, eran casi hermanos... hasta que una mujer se interpuso entre ellos, y no cualquier mujer, Nerys, la hermana pequeña de Ian, por lo que ahora no eran capaces de tener una conversación sobre nada sin estar a punto de cruzar las espadas. Sabía que todo era culpa de él, pero por muy leal que fuese a Ian no podía perdonarle, le había arrancado el corazón y no le había importado lo más mínimo.

—*Bràthair* — una voz femenina inundó el salón y todos se giraron a mirarla, salvo el aludido — *bràthair* por favor — Ian se giró y la fulminó con la mirada — lamento interrumpir mi *laird*, pero... necesito que te ocupes de algo — ella le rogó en silencio que no hiciese más preguntas.

—Iré en un momento *piuthar* — ella fue a decir algo, pero al ver su espada en la mesa decidió callar, agachó la cabeza y salió con el mismo sigilo con el que había entrado.

Fergus no volvió a la conversación con su *laird* hasta que aquella bella mujer de la que estaba enamorado se había ido, desde que le hizo la petición a su hermano para casarse con ella y éste se había negado, apenas soportaba

verla por el castillo por lo que siempre que podía se iba a hacer guardia a los límites de sus territorios, pero cuando no le quedaba más remedio que estar en la misma estancia que ella, el corazón se le rompía en mil pedazos y tenía la sensación de que no podía respirar.

Ya estaba cansado de toda aquella situación, no era capaz de seguir soportando tanto dolor. De forma que tuvo claro lo que tenía que hacer. Cogió su espada, el resto de los consejeros contuvieron la respiración, Ian le miraba furioso, miró la hoja por última vez y le dio la empuñadura a su *laird*.

Todos se quedaron en silencio, Fergus era un hombre valiente, orgulloso como todos los highlanders y uno de los más leales a Ian, eso estaba fuera de toda discusión, pero nadie en el Gran Salón podía entender el porqué de su comportamiento. Ese simple gesto significaba algo muy importante. No retaba a su *laird*, tan sólo le daba la oportunidad de matarle antes de que abandonase el consejo y con ello su puesto en el clan.

Ian se hubiese esperado cualquier cosa menos esa. El corazón se le paró en seco, Fergus, su hermano, le estaba dando la oportunidad de matarle antes de que le abandonase. ¿Por qué? No era capaz de entenderlo, era cierto que se había tomado muy mal la negativa para cortejar a su hermana, pero suponía que con el tiempo otra mujer le quitase esa idea de la cabeza. Al parecer, estaba equivocado.

—No voy a matarte y no vas a abandonarme — le dijo más furioso aún.

—Ian — tiró la espada al suelo — eres más que mi *laird*, eres mi hermano, pero no puedo permanecer ni un minuto más en este castillo y los dos lo sabemos.

Acto seguido y sin esperar una respuesta, salió del Gran Salón y del castillo, se dirigió con paso firme al establo, montó en su semental y salió al galope para perderse entre las montañas.

El resto de los que estaban allí dentro se miraban atónitos. ¿Un desplante así al *laird*? Eso podría costarle la vida, no eran tiempos fáciles y su líder no podía permitirse semejante falta de respeto. Ian aún estaba atónito por la reacción de Fergus, últimamente no es que fuesen amigos, pero jamás pensó que le abandonaría.

Apretó los puños con fuerza y se colocó la espada en el cinto, acto

seguido disolvió la reunión y salió del Gran Salón en dirección a la cocina para ver qué era eso tan urgente y que había llevado a su hermana a interrumpirle.

Caminó furioso por el largo pasillo, la ira se apoderaba de cada parte de su ser, echaba de menos a su mejor amigo, su padre cada vez estaba más enfermo y había una mujer muy extraña en su cama que hacía que se le erizara la piel de la nuca, además de provocarle una erección cada vez que pensaba en ella.

Entró en las dependencias de la cocina abriendo la puerta de par en par golpeando la pared con fuerza, no tenía ganas de controlar sus movimientos.

Katherine estaba sentada en el banco de madera con los pies tapados por otro paño caliente que la amable cocinera le puso para sustituir al primero. La comida estaba haciendo maravillas con su humor y con sus modales, pues había pasado de devorar todo cuanto le ponían delante a comer como la dama que era.

Al rato de estar allí se había unido a ellas una mujer muy hermosa de cabello trigueño y unos espectaculares ojos verdes, era más joven que ella pero parecía que la vida la había hecho madurar. En cuanto se hicieron las presentaciones, salió disparada para volver al poco tiempo con la cabeza gacha y los ojos llenos de lágrimas.

Para Katherine todo era demasiado perturbador, en el castillo de su padre no había habido más lágrimas que las que Rose derramó siendo ella una niña y que no había entendido hasta su última noche con los suyos, una punzada de dolor la atravesó el pecho al recordar a su familia y sintió ganas de llorar, pero se contuvo, a duras penas, eso sí. Las damas no lloraban y esas mujeres aunque era amables, la seguían viendo como el enemigo, si viesan sus lágrimas pensarían que tan sólo era una estrategia, estaba segura de que pese a que la estaban dando de comer no confiaban en ella.

Aun así, la joven Nerys había visto como también se le encharcaron los ojos y se sentó a su lado rodeándola con un brazo, estaban apoyadas la una en la otra en completo silencio mientras la cocinera preparaba más guiso para la cena, ya casi estaba repuesta de su momento de debilidad cuando un fuerte

golpe la asustó tanto que casi se cae del banco.

—¿Qué demonios haces aquí? — gritó Ian fuera de sí.

—Yo... — la voz la temblaba — tenía hambre y bajé a preguntar si tenía derecho a comer algo mi señor — agradeció estar sentada porque no creía poder mantenerse en pie, en ese momento se dio cuenta de su falta de respeto y se levantó — lamento haberle ofendido mi señor — bajó la mirada al suelo.

—¿Qué si tenías derecho a comer? ¿Acaso eres una prisionera? — preguntó Ian aún más furioso — y no soy tu señor.

—Lo lamento de nuevo mi... — dudó porque no sabía cómo llamarle.

—*Laird* — le susurró la joven de ojos verdes.

—Mi *laird* — repitió ella.

—Y tampoco soy tu *laird* — respondió él acercándose un paso más a esa mujer vestida con una sábana y uno de sus cintos, algo dentro de él se despertó y le pareció bien que usase su ropa, tuvo que recordarse a sí mismo que no podía confiar en ella — eres una mujer que encontré desplomada en mis tierras, no me gustas porque eres inglesa y por otros motivos, pero hasta que se demuestre que eres enemiga, serás una especie de — hizo una pausa mirándola de arriba abajo con descaro — invitada.

Katherine no se lo podía creer, aquel hombre tan alto, tan fuerte, tan viril y tan atractivo se estaba comportando con ella como si fuese un salvaje, con razón le habían repetido miles de veces los soldados de su padre que los highlanders no eran de fiar. Sentía que el corazón le iba a explotar en el pecho ante semejante tono de autoridad, quiso remangarse y retarle a una lucha con espadas, pero sabía que si lo hacía estaba muerta, a fin de cuentas, la habían rescatado y le habían proporcionado cama y comida, y de momento, gratis. De forma que suspiró profundamente, cerró los ojos un instante y cuando los abrió le dedicó la mejor de las sonrisas.

—Tenéis razón *laird* — se estiró un poco porque se sentía muy pequeña a su lado — he malinterpretado toda la situación, le ruego que me disculpe también por ello, me temo que no estoy versada en sus costumbres — volvió a sonreírle.

—Ordené que te llevaran algo de comer — dijo aún fascinado por aquellas sonrisas, eran las más bonitas que le habían dedicado jamás.

Katherine pensó con rapidez, temía que si decía que tan sólo le habían llevado aquel brebaje, el hombre volvería a enfadarse y probablemente gritase a aquella niña hasta hacerla llorar.

—¡Oh y lo hicieron *laird*! — respondió — pero es que llevaba varios días sin comer y no fue suficiente — no pudo evitar sonrojarse y bajó la mirada.

—Bien, ¿ya estás satisfecha? — le preguntó con un tono de voz algo más sosegado y ella asintió — perfecto — se dio media vuelta y se dispuso a irse cuando ella le sujetó del brazo.

—Por favor *laird* — él miró su mano sobre su piel desnuda y ella la retiró rápidamente — lo lamento — sus miradas se encontraron y ambos sintieron algo dentro de ellos — por favor, necesito que me ayude, se lo suplico — se puso de rodillas delante de él, no le importaba suplicar si conseguía ayuda — mi familia fue asesinada y necesito contactar con el futuro rey de Inglaterra, el príncipe Enrique sabrá qué hacer.

Algo dentro del corazón de Ian le dijo que no estaba bien que una mujer suplicase de rodillas, pero también despertó un lado de él que no conocía cuando ella pronunció el nombre de otro hombre, no le gustó.

—Enrique ha muerto — le dijo secamente mientras la sujetaba de los hombros y la ponía en pie — los hombres de su hermanastro le mataron, o al menos, eso es lo que se rumorea.

Katherine se echó a llorar y volvió a caer de rodillas, se tapaba la cara con las manos y las lágrimas corrían por su piel sin control abrasándola a su paso. Todo se había perdido, su familia, sus seres queridos y sus amigos habían muerto y su única esperanza también.

—¿Tan unida estabas al futuro rey? — la preguntó volviendo a ponerla en pie.

—Íbamos a casarnos — le dijo entre sollozos y todos los presentes ahogaron un gemido.

—¿Eres la futura reina? — preguntó él con el corazón en un puño, pero ella negó con la cabeza.

—No lo soy *laird*, el príncipe pasó por el castillo de mi padre, el duque de Bradbury, nos conocimos y unos meses más tarde solicitó mi mano para ser su esposa, pero durante el trayecto que debía llevarme a mi nuevo hogar, un hombre me atacó — el miedo la inundó y decidió ocultar que ese hombre

había sido el traidor de la corona, el propio hermano de Enrique, y tampoco dijo que le había matado — logré escapar y volví a mi casa para descubrir que todos estaban muertos y habían destruido mi hogar, salí corriendo para salvar mi vida y acabé en vuestros territorios.

Todos la escuchaban con el corazón encogido por el dolor. La hermana pequeña del *laird* se tapaba la boca con las manos y algunas lágrimas le caían de los ojos, la cocinera había dejado de darle vueltas al guiso y la miraba con tanta compasión que a Katherine se le hizo un nudo en el estómago, pero se puso aún peor cuando el *laird* la miró fijamente.

—Lo lamento — se puso en cuclillas delante de ella para estar a su altura ya que estaba sentada de nuevo en el banco — lamento mucho tu pérdida, te ayudaré en lo que pueda — ella le sonrió en agradecimiento.

—Sois un buen hombre *laird* — suspiró — pero ya no me queda nadie en esta vida y la única persona que sabía que iba a casarme con Enrique, era el príncipe, así que supongo que tendré que volver a Inglaterra e intentar buscarme la vida.

—O podrías quedarte aquí — dijo la joven Nerys mirándola con esperanza con sus preciosos ojos verdes.

—*Piuthar* — le advirtió él.

—¡Oh venga hermano! ¡Por los Dioses! Está sola en el mundo y lo ha perdido todo, ¿de verdad vas a permitir que vuelva ella sola a Inglaterra? — le miraba llena de ira — si le ocurre algo malo, caerá sobre tu conciencia — acto seguido se levantó y salió de la cocina corriendo.

Ian cerró los ojos un momento. Estaba realmente cansado de toda la maldita situación con su hermana. Tendría que volver a hablar con su padre sobre el tema, realmente tampoco entendía la negativa para su relación con Fergus, él era un hombre de honor y sabía que la amaba por encima de su propia vida.

—Puedes quedarte en el castillo — le dijo a la extranjera.

—Mi nombre es Katherine — le sonrió de nuevo — Katherine de Bradbury.

Ian asintió y salió de la cocina para ir a hablar con su padre, pero entonces recordó que esa mujer había dormido en su cama y se giró de nuevo para dar instrucciones al personal del castillo.

—Idoia, que alguien prepare una habitación para milady, no puede seguir durmiendo en mi cama — no esperó contestación, se dio la vuelta y se marchó.

Katherine observaba su impresionante figura salir de la cocina y cómo el aire se iba con él. Su vida había terminado tal y como la conocía, con toda su familia muerta, tan sólo le quedaba la familia de su madre, pero ellos la habían repudiado cuando se casó con su padre, por lo que tampoco era una opción, podría intentar ponerse en contacto con la familia real, pero claro, no podía demostrar que iba a ser la futura reina... de pronto todo se volvió más negro que la noche para ella. El corazón comenzó a latir contra sus costillas y la mente se llenó de horribles imágenes de llamas sobre piedras.

Capítulo 6

Un sonido de cazuelas la hizo volver en sí.

Idoia removía una y otra vez mientras cantaba una canción que ella nunca había escuchado. Al cabo de unos minutos, otra mujer se acercó hasta ella para indicarle cual era el camino hasta su nueva habitación. Katherine la siguió sin protestar, sin quejarse y sin hablar. ¿Qué iba a ser de ella ahora? Tan sólo podía pensar en que ante ella se extendía la nada, su familia y todas aquellas personas que alguna vez la habían conocido y a las que ella había llegado a querer, estaban muertas. Apretó los dientes para que las lágrimas no le invadiesen el rostro, no se mostraría vulnerable hasta que estuviese a solas.

Cuando llegaron a la estancia que sería su habitación, un escalofrío le recorrió el cuerpo y se estremeció.

—Lo sé milady, hace mucho frío — se disculpó la doncella — pero es que este cuarto ha estado cerrado mucho tiempo, pediré que traigan algunos troncos y le encenderé la chimenea, en un santiamén estaréis entrando en calor.

—Gracias — la miró con una sonrisa — eres muy amable.

La muchacha salió algo turbada del cuarto y cerró la puerta tras ella. Katherine no temía a la oscuridad, pero se sentía muy vulnerable al saber que ya no contaba con nadie de su sangre para que cuidara de ella en caso de que lo necesitase.

Se movió por la estancia buscando algo con lo que iluminar un poco a su alrededor, pero no logró ver nada, de forma que comenzó a arrastrar los pies por el suelo con mucho cuidado para no chocar con alguno de los muebles, cuando encontró la cama, se sentó en ella a esperar paciente a que alguien trajese la leña.

Estaba nerviosa y muerta de frío, le castañeteaban los dientes, se arrebujó aún más en la sábana con la que se había tapado y por primera vez se dio cuenta de que olía al *laird*, a madera, a tierra, a fuerza, a valor, a hombre, a seguridad... y darse cuenta de eso, le produjo más confusión todavía.

Mientras estaba sola a oscuras, por primera vez, se permitió llorar la muerte de su familia. Las lágrimas le caían en silencio, su corazón se rompía desgarrado por el dolor. Jamás volvería a jugar con su padre al ajedrez, no volvería a bordar y a cantar con su madre y no volvería a pasar tardes de entrenamiento y noches de confesiones con su hermano mayor, tampoco recibiría de nuevo las regañinas envueltas en cariño de su querida ama Rose.

¡Cómo les echaba de menos!

Escuchó unos pasos al otro lado de la puerta y se limpió la cara lo mejor que pudo para que no la vieran en ese estado.

—¡Milady! — exclamó un hombre cuando abrió la puerta — ¿qué hace a oscuras?

—No encontré nada para iluminar la estancia — dijo mirándole a los ojos.

—Esta muchacha tiene la cabeza en las nubes — cabeceó y entró, tiró los troncos que traía en el hogar — lo lamento milady — se agachó para encender el fuego.

—Puedo hacerlo yo — sugirió ella y el hombre la miró con los ojos como platos — no quiero que se sienta incómodo — él la miraba sin comprender — soy inglesa caballero, no quisiera que se sintiera mal consigo mismo — él por fin sonrió.

—Milady, para mí tan sólo es una bella mujer que necesita que alguien se preocupe un poco por vos — el fuego comenzó a extenderse por la madera — sólo me haría sentir mal si no aceptáis mi ayuda.

—Acepto encantada entonces caballero — le dedicó una sonrisa sincera.

—Daré orden de que se vigile el fuego y de que le preparen la cama con ropa limpia — la miró con el ceño fruncido — supongo que también necesita algo de ropa ¿verdad?

—No quisiera ocasionar más gastos caballero, no se preocupe, me las arreglaré.

El hombre la miró con ternura y salió de la habitación.

Katherine no tardó en levantarse para sentarse cerca del fuego, estaba completamente helada, hasta los huesos los sentía cubiertos de hielo, por lo que se acercó todo lo que pudo y comenzó a frotarse el cuerpo entero con las

manos esperando a que el confortable calor que salía de la chimenea la calentase pronto.

Se sentía débil y cansada, había dormido algo, bueno, más bien había estado inconsciente, aunque no sabía cuánto tiempo había sido, pero su cuerpo aún le pedía descansar, tenía los músculos agarrotados. Por suerte, esa noche podría estar en una cómoda cama para pensar en qué sería lo que haría con su vida.

Ian caminaba de un lado al otro de la habitación de su padre, alrededor de la cama donde él estaba tumbado.

—*Athair*, de verdad que no consigo entender lo que está pasando — le dijo furioso — Nerys se ha propuesto volverme completamente loco y ¡ya no hablemos de Fergus! ¿Sabes lo que ha pasado hoy? — Su padre intentó evitar una sonrisa y negó con la cabeza — ¡se ha ido! ¡Se ha ido de Nairn! Ha cogido su espada, me ha ofrecido su empuñadura y cuando me negué a matarle me dijo que no podía seguir en el castillo y se fue — no podía dejar de andar de un lado a otro — y para colmo, ¡Nerys le ha ofrecido alojamiento a la inglesa!

—*Mac*, cálmate, últimamente no haces más que gritar por todo — tosió e intentó incorporarse pero no lo consiguió — escucha hijo mío — le miró con cariño — Nerys es mi *nighean*, pero aunque ella cree que ha crecido, aún es una niña, no puedo verla como a una mujer, sé que Fergus es un buen hombre, que es leal al clan y que es digno de ella, pero deberá esperar para tomarla como esposa — tosió por el esfuerzo de hablar y su hijo le dio un poco de agua — en cuanto a la inglesa, dime, ¿cómo es?

—Pues no tengo ni idea padre — le dijo sentándose a un lado de la cama pasándose las manos por el pelo — es extraña, su aspecto no coincide con su apellido, su forma de hablar tampoco coincide con una aldeana que quiera escapar, así mismo tampoco parece ser hija del duque de Bradbury.

—¿Has podido averiguar algo sobre lo que ocurrió?

—Una matanza, eso ocurrió — se pasó las manos por el pelo de nuevo — Adair dijo que cuando llegó al castillo, aún olía a humo y a carne quemada, todos estaban muertos, hombres, mujeres y niños — apretó los dientes — pero no pudo encontrar pruebas de que los Bradbury estuviesen entre los restos,

pero tampoco de lo contrario, dijo que había cuerpos por todas partes *athair*, conoces a Adair — él asintió — lloraba como un bebé al describir lo que vio, ¡maldita sea! Poco faltó para que yo también me echara a llorar — volvió a levantarse — y luego dicen que nosotros somos los salvajes.

—Hijo mío, los seres humanos somos el animal más cruel que mora en la tierra — volvió a toser — no te preocupes, todo se arreglará, Nerys y Fergus terminarán entendiendo que aún es pronto para ellos.

—¿Y qué hago con la inglesa? — le preguntó y su padre se echó a reír.

—Si a estas alturas no sabes qué hacer con una mujer, es que no te he enseñado bien — dijo riendo aún más alto, lo que le hizo toser de nuevo.

—Qué gracioso eres padre — le dio un poco más de agua — ya te iré informando sobre los avances.

Salió de los aposentos de su padre dispuesto a bajar al Gran Salón para la hora de la cena, entre unas cosas y otras el día se le había pasado de lo más rápido, no es que tuviese demasiado apetito, pero nadie del clan comería si él no estaba a la mesa. Caminó hasta su habitación para cambiarse el kilt cuando la imagen de la mujer envuelta en una sábana y su cinturón le cruzó la mente.

Cabeceando por lo que iba a hacer, se dirigió hasta la habitación que le había sido asignada a la extranjera.

Se sentía furioso consigo mismo por la absurda y extraña necesidad que tenía de proteger a esa mujer, si lo que le había dicho era cierto, era la señora de Bradbury y como tal tenía derecho a solicitar ayuda a la Corona y ésta debía acudir en su ayuda, pero no entendía por qué extraño motivo eso le ponía de tan mal humor.

La imagen de ella de rodillas suplicando su ayuda se le clavó en el corazón. No, ninguna mujer debería estar nunca de rodillas, la humillación no era algo tolerable en ningún caso y mucho menos para una mujer, ellas eran las que llenaban el mundo de hijos que luchaban por sus tierras o por la libertad, mantenían los hogares unidos y a los hombres enamorados. Su madre había sido una gran mujer amada por todos, que le había enseñado lo mucho que valía que una mujer entregara su corazón. Siempre le decía que la lealtad había nacido en el corazón de una mujer y él aunque no terminaba de entenderlo, lo creía firmemente.

Cerró los ojos con fuerza antes de llamar a la puerta. Era ridículo, deseaba a esa hermosa mujer de una forma irracional y a la vez deseaba esconderla para que nadie más pudiese hacerle daño. Las lágrimas que derramó delante de él se le clavaron como cuchillos.

Aporreó la puerta y escuchó un grito dentro, por lo que entró con la espada desenvainada.

—¡Por Dios *laird*! — exclamó ella — me habéis asustado.

—¿Estáis bien? — preguntó intentando ver algo, lo único que iluminaba la habitación era el fuego — oí un grito.

—Porque el golpe en la puerta me asustó — le dijo poniéndose en pie.

—¿Por qué estáis a oscuras? — envainó su espada.

—Porque no encontré nada con lo que alumbrar — se encogió de hombros — no importa, no le temo a la oscuridad, pero gracias por su preocupación — él ignoró la última parte.

—Ordenaré que traigan velas — dijo acercándose a ella — también le traerán ropa y todo lo que necesite.

—Gracias — respondió mirándole fijamente, era realmente atractivo con las luces que el fuego emitía — hace apenas un instante que se ha ido un amable sirviente que se ofreció a traerme algunas.

—Podéis quedaros tanto como gustéis milady — verla tan vulnerable hizo que se le encogiera el estómago — mis aposentos están al final del pasillo, podéis acudir a mí con cualquier asunto que os preocupe.

—Sois muy amable *laird* — le dijo ella con una sonrisa que casi le hace estremecer.

—Aún no sé si me fio de vos, pero odio ver a una mujer llorar — la miró fijamente.

—Lamento haberle incomodado, intentaré que no vuelva a suceder — bajó la vista y eso le entristeció más aún.

—No me sentí incómodo, pero odio no poder consolaros, odio no poder hacer nada para que dejéis de sufrir — apretó los puños para evitar abrazarla.

—Supongo que tengo que llorar mi pérdida — él asintió — gracias por venir a

verme *laird*.

Acto seguido, él se alejó de ella y salió de su habitación como si alguien le persiguiese, ella le observó totalmente fascinada, había algo en él que la hacía sentirse a salvo, segura, protegida y eso era más de lo que creía que tenía derecho a sentir. Ahora que lo había perdido todo, tan sólo le quedaba la dignidad y el orgullo, pero con esas dos cosas no podría vengar a sus padres, ni a su hermano ni a su ama.

Ian salió de sus aposentos y tras cerrar la puerta se apoyó en la pared, estaba convencido de que esa mujer iba a ser su mayor debilidad, ¡maldita sea! Ya lo era. Verla llorar le había herido profundamente, casi se había hecho sangre al clavarse las uñas en la piel de las palmas para evitar estrecharla entre sus brazos y hacerla suya en ese mismo instante, la deseaba de una forma enfermiza, pero no podía acercarse a ella, no en el estado en el que se encontraba, pues... ¿qué clase de animal se aprovecha de la debilidad de un ángel?

Caminó hasta su alcoba y entró a oscuras, se sentía profundamente frustrado por la intensidad de los sentimientos que esa inglesa despertaba en él, ¿cómo diablos se suponía que iba a defender al clan si no podía dejar de pensar en ella?

Se desvistió después de encender la lámpara de aceite, no podía dejar de pensar en que estaba ella sola en el mundo, en el castillo y en su habitación, de forma que rápidamente se cambió el kilt y la camisa tras asearse un poco y maldiciendo de nuevo volvió a la habitación de la inglesa.

—Pase — dijo ella tras un toque comedido — ¡Oh! Me alegra veros de nuevo *laird* — le dijo con una sonrisa sincera, era extraño, cuando él estaba cerca, ella ya no se sentía tan sola.

—Disculpe que vuelva a molestarla milady — tragó saliva con dificultad, era la mujer más hermosa que jamás había visto — en un momento se servirá la cena en el Gran Salón y me gustaría que fueseis mi invitada.

—Sus visitas nunca son una molestia *laird* — le dijo de nuevo sonriendo — me encantaría acudir como su invitada, pero no tengo nada que ponerme y no querría avergonzarle delante de su familia.

—En ese caso... — la miró intensamente — ¿me permitiríais cenar aquí con

vos? — ella abrió los ojos como platos.

—¡Sí! — exclamó con demasiada euforia— es decir — se corrigió inmediatamente — como gustéis — no podía apartar los ojos de aquellos maravillosos del *laird* — me encantaría que cenaseis conmigo aquí, si no os molesta por supuesto.

—Más bien todo lo contrario milady — le dijo tras conseguir dejar de comérsela con los ojos.

No dijo nada más, simplemente se dio media vuelta y se marchó. Ella le miraba embobada, no entendía nada de lo que le ocurría cuando ese hombre estaba cerca, y tampoco conseguía comprender su extraña forma de actuar, sus modales eran rudos, la miraba de forma totalmente inapropiada y siempre que ella estaba cerca, él parecía más tenso y enfadado.

No lo comprendía, si tanto le disgustaba su presencia, ¿por qué se comportaba con ella de esa forma? No cabía duda de que su peculiar invitación a cenar había sido una falta grave del protocolo, no conocía las normas sociales de los highlanders, pero en el castillo de su padre, un hombre y una mujer no cenarían a solas en la alcoba de ella si no eran marido y mujer.

Sintiéndose turbada por semejante pensamiento, decidió que si iba a cenar con él, debería aparentar que estaba más o menos decente. Se puso en pie y se alisó el pelo lo mejor que pudo, pero tenía el pelo demasiado enredado y los dedos se le enganchaban continuamente, y dado que con la sábana tampoco es que pudiese hacer mucho, decidió que así tendría que valer, de modo que rezaría para que el *laird* no viese en su peculiar forma de vestir una invitación a algo más íntimo.

Al cabo de unos momentos, una de las doncellas, llamó suavemente a la puerta y entró cuando se le dio paso.

—Milady — le dijo con una sonrisa — mi *laird* quiere que se pruebe este vestido, cree que podría valerle y así se sentiría más cómoda.

—Es todo un detalle por su parte, pero no creo que pueda aceptar el vestido de otra mujer — le dijo claramente confusa.

—No es de una mujer cualquiera — le aclaró la muchacha — era de su madre — los ojos se la llenaron de lágrimas — mi querida Aileana — una lágrima se le escapó y Katherine se sintió profundamente conmovida.

—No querría mancillar su memoria usando uno de sus vestidos — le dijo lo más delicadamente que pudo.

—Milady — la miró a los ojos — ¿me permite una pregunta? — ella asintió — ¿vos traicionará a mi *laird*? — Abrió los ojos como platos y negó rápidamente — entonces no mancillará su memoria, nuestra dulce señora era muy generosa, estoy convencida de que le hubiese encantado prestarle uno de sus vestidos.

A Katherine no le quedó más remedio que aceptar. No le gustaba nada la idea, pero claramente necesitaba algo de ropa o no podría salir de la habitación jamás.

La joven también dispuso varias velas y las encendió, sonrió a la inglesa y salió para seguir con sus quehaceres. La cena se serviría pronto y tenía mucho que hacer.

Capítulo 7

Ian estaba en el Gran Salón esperando que llegasen los hombres de su clan, pero en cuanto el primero de ellos llegó, le informó de que se iba a ausentar de la cena puesto que cenaría con la inglesa, el hombre le miró sorprendido pero asintió, confiaba en su *laird* y él sabría lo que hacía. Ian subió inmediatamente de vuelta a los aposentos de la mujer que le estaba obsesionando.

Ya había dado orden de que le llevaran uno de los vestidos de su madre, pero lo hizo sólo para que ella se sintiese más cómoda, porque de momento no estaba preparado para compartir su compañía con nadie. Y darse cuenta de que se sentía profundamente territorial con ella le hizo sentir extraño. No tenía derecho a comportarse así, pero decidió engañarse a sí mismo y se convenció de que lo hacía para no exponer al clan.

Tímidamente por lo que se fuese a encontrar, la joven inglesa, destapó el vestido que un día fuera de la madre del *laird*, pero cuando lo tuvo totalmente ante su vista ahogó un grito, era el vestido más bonito que ella jamás había visto. Era de un azul intenso, tenía delicados bordados de hilos de plata y no era tan recargado como los que ella había tenido que usar.

Lo miró durante un instante, no se atrevía a ponerse algo tan bonito, pero por otra parte, había sido idea de él, de modo que no le importaría que lo usase... se sentía confusa, aunque al final su lado más vanidoso ganó, se moría de ganas por verse vestida de nuevo como una mujer. Debajo del vestido estaba la saya de lana y lo agradeció, pues aunque la pieza era soberbia, hacía frío.

En cuanto se vistió por completo, se sintió como cuando vivía en su castillo de Durham. Deseó tener un espejo para poder mirarse en él, se le ceñía bastante en el pecho pero extrañamente no le importó e incluso se atrevió a imaginar que el *laird* la miraba con deseo. Suspiró profundamente,

ojalá tuviese algo con lo que desenredarse el pelo.

Unos suaves toques la sobresaltaron, pero ahora que ya estaba visible, decidió abrir la puerta ella misma.

—¡Por todos los Dioses! — exclamó Ian nada más verla — milady, estáis absolutamente preciosa — ella se ruborizó y él tuvo que controlarse para no besarla en ese momento — me he tomado la libertad de traerle los zapatos que hacen juego con ese vestido, ¿me permite probárselos?

Ella no era capaz de decir nada, se sentía arrebolada por la mirada tan intensa que él le había dedicado, de forma que asintió levemente y él se arrodilló delante de ella, le tomó el pie descalzo con ternura y le colocó el zapato, le quedaba un poco grande, pero al menos podría caminar sin riesgo de coger una pulmonía.

—Muchas gracias *laird* — le dijo con una sonrisa — este vestido es una maravilla, aunque si a vos le molesta que lo lleve yo...

—No me molesta en absoluto — la cogió de las manos, las tenía heladas — milady, estáis congelada — tiró de ella y la acercó al fuego, después echó varios troncos más — ese vestido iba a ser un regalo para mi madre, por desgracia, falleció antes de que pudiese dárselo.

—Lo lamento muchísimo — y lo hacía de verdad.

—Katherine — se aventuró a llamarla por su nombre — gracias por cenar conmigo — le dijo incapaz de expresar lo que de verdad quería decir.

—Es todo un placer *laird* — ella hizo una reverencia y él sonrió.

Mientras ellos se miraban a los ojos cerca de la chimenea y con el fuego de fondo crepitando, varias doncellas entraron en los aposentos para colocar las bandejas sobre una de las mesitas, más tarde las sillas y más velas, así como una jarra de vino y otra de agua, pues Idoia les había advertido de que ella no bebía licor.

Durante unos momentos que a ambos les parecieron eternos, la habitación era un ir y venir de gente trayendo o llevando cosas, pero ellos sólo veían al otro, no habían dicho una palabra, les bastaba con estar a pocos pasos de distancia y mirarse a los ojos. La mirada color miel de él se clavó en la azul profundo de ella.

La cena fue una inesperada y placentera velada, la comida estaba deliciosa pero lo que más les gustó a ambos, fue la compañía, Ian disfrutó escuchando las historias que ella le contaba sobre su tierra, su antigua vida, sobre sus padres y él lamentó el dolor que sus palabras transmitían.

Acabada la cena, siguieron conversando hasta que ella bostezó y él se levantó presto para dejarla descansar, lo que menos le apetecía era no poder seguir disfrutando de su compañía, pero así eran las cosas.

—*Laird* — le dijo ella justo antes de que saliese por la puerta — ¿podría pedir que alguien me dejase un cepillo? — él la miró tan intensamente que se ruborizó — si no es una molestia — le dedicó una cautivadora sonrisa — me gustaría desenredarme el pelo.

Pero él no la contestó, tan sólo se acercó a una cómoda, abrió el primer cajón y sacó un cepillo, después la guio hasta la silla donde había cenado y comenzó a cepillarle el pelo con cuidado, lo tenía muy enredado y seguramente le provocase dolor de cabeza, sin embargo ella no se había quejado.

Katherine se sentía en una nube, el hombre que se estaba colando en su corazón sin permiso, la estaba cepillando el pelo con la intimidad de un amante y con el cariño de alguien que de verdad te ama de corazón y todo su ser se revolucionó ante tal pensamiento.

Se sentía profundamente culpable por estar disfrutando de su situación actual cuando lo que debería estar haciendo era llorar la pérdida de su familia, luchando por recuperar su honor, su buen nombre y sus tierras y vengándose de los viles seres que se lo arrebataron todo.

Sin embargo le resultaba imposible alejarse de Ian McRae. En cuanto le miraba a los ojos sentía que la calidez de su ambarina mirada le calentaba el alma y el corazón y no quería alejarse de él, porque aunque fuese lo más egoísta que había hecho jamás, con él se sentía a salvo.

Ian se sentía completamente eufórico, ella le había permitido un contacto íntimo, quizá no tanto como el que deseaba y que le quemaba las entrañas, pero contacto al fin y al cabo. Entendía que con su belleza le provocase un profundo y turbador deseo, pero... había algo más, sí, se moría por estrecharla entre sus brazos, pero no para saciar su hambre de ella, o al menos, no sólo

para eso, quería protegerla, hacerla sentir a salvo. Tenía la sensación de que apenas mostraba una parte de lo que era y eso le hacía enfurecer porque no conseguía descifrar las señales que ella le enviaba. Parecía una mujer fuerte y decidida, sin embargo se sonrojaba con facilidad y le dedicaba unas sonrisas que se le grababan a fuego en el corazón. Eso por no hablar de su seductora mirada.

Una vez que terminó de peinarla, no pudo evitar darle un beso en la cabeza mientras aspiraba su aroma, esa mujer iba a volverle completamente loco.

—Milady — la hizo levantar ofreciéndole la mano, sentía la imperiosa necesidad de hablar con ella, de explicarle algo que él no conseguía comprender — ha sido un placer pasar la velada con vos — le dijo al fin, desesperado por no encontrar unas palabras más apropiadas.

—Lo mismo digo *laird* — le hizo una pequeña reverencia mientras intentaba controlar el nudo de su estómago.

Éste se dispuso a salir de la alcoba mientras intentaba encontrar en su cabeza algún tema del que pudiese conversar con ella, sabía que estaba cansada, que necesitaba dormir, pero por algún motivo su corazón le pedía a gritos que no la dejase sola. Finalmente se rindió y cogió el pomo de la puerta.

—*Laird* — le llamó ella con la voz temblorosa, tampoco quería que se fuese — yo... me preguntaba... — bajó la vista y eso le enterneció.

—Dime — puso un dedo bajo su barbilla y la levantó el rostro con suavidad — ¿qué deseas milady? — no pudo evitar provocarla con el doble sentido de sus palabras.

—No sé qué debo hacer ahora — le confesó mientras luchaba por no echarse a llorar delante de él otra vez, cada vez le costaba más controlarse — no tengo familia, ni tierra... ni hogar , ¿a dónde debería ir? — le preguntó con el corazón en un puño.

“A ninguna parte sin mí” pensó para él. Y esa idea le hizo estremecer. La miró durante unos segundos, deseaba de todo corazón creer en ella, necesitaba sentir que no era una amenaza para el clan antes de abrirle las puertas de su corazón, pero por desgracia tenía esa horrible sensación de que ella le estaba ocultando algo y eso le destrozaba, no sólo porque al final su familia pudiese

estar en peligro, sino porque anhelaba que ella le contase sus secretos.

—Milady — se forzó a decir — no tienes que ir a ninguna parte — le acarició la mejilla con suavidad — puedes permanecer aquí tanto como desees — sin poder evitarlo, se acercó y la besó en la comisura de los labios — quizá aquí podrías encontrar un hogar — y sus palabras destilaron más esperanza de lo que le hubiese gustado revelar.

La sangre le golpeaba con fuerza en las venas, pero antes de que perdiese el control total sobre sus actos se dio media vuelta y salió por miedo a no ser capaz de reprimir sus impulsos.

Katherine se quedó de nuevo sola en la habitación que de repente parecía helada de nuevo y no supo qué haría con su vida a partir de ese momento, tendría que quedarse unos días en el castillo hasta que tomase una decisión y como si intentar sobrevivir a su tragedia personal no fuese suficiente, tendría que hacerlo mientras el *laird* del castillo, el irresistible Ian McRae, se colaba en su mente y en su corazón.

Ninguno de los dos alcanzaba a comprender qué era lo que les afectaba tanto del otro, se conocían desde hacía unas horas nada más, pero sus corazones y sus almas les gritaban que debían estar juntos, lo que sin duda alguna era una completa locura.

Un par de días más tarde, aburrida de estar continuamente encerrada, se aventuró a salir de su alcoba para pasear por los alrededores del castillo, llovía a mares y hacía mucho frío por lo que no llegó a cruzar el portón del Gran Salón, al verse completamente sola no pudo evitar la tentación de observar con detalle el lugar en el que se encontraba.

Lo primero que le llamó la atención fue la enorme chimenea que presidía la pared de enfrente a la puerta de entrada, totalmente de piedra, pero en el centro de la gran columna que subía hasta el techo, había una placa de piedra más clara con un símbolo grabado en ella, Katherine no entendía el significado que tenía, pero le pareció muy interesante, se trataba de tres líneas que parecían salir del mismo punto pero sin llegar a tocarse y se separaban a medida que se ensanchaban, tenían tres puntos sobre ellas.

También observó los dos tapices que había a cada lado de la columna, a

la izquierda había un escudo de armas, que ella suponía que era el de la familia del *laird*, lo observó con detalle. Un escudo con la punta inferior en ojiva y laterales redondeados, la parte superior era plana. En la parte superior había una hermosa rosa tallada justo encima de dos espadas cruzadas. Era sencillo, no tenía nada que ver con el intrincado diseño del blasón de su propia familia, pero le encantó.

Suspiró pensando en un posible significado. Las armas representarían a los hombres del clan, sin duda valerosos guerreros, fuertes y poderosos, la rosa podría representar a la mujer, a fin de cuentas no habría hombres si no fuese por las mujeres. Lo miró una vez más y decidió que era el blasón que más le había gustado de todos lo que había visto alguna vez en su vida y no habían sido pocos.

Al otro lado de la columna había un cuadro de un hombre y una mujer vestidos con las ropas tradicionales escocesas. Ella era muy hermosa, de tez morena y ojos casi negros, tenía el pelo recogido a un lado y su vestido era de color rosa pálido, pero atravesado por una pieza de tela exactamente igual a la que formaba el kilt del hombre, se miraban a los ojos y si alguien le preguntase, ella juraría que esa pareja se amaba más de lo que se podía imaginar. Se veía en sus expresiones sonrientes.

Suspiró de nuevo y continuó explorando el salón. Había antorchas por todas partes, Katherine supuso que cuando caía la noche apenas se notaría la oscuridad exterior en medio de tanta luz proporcionada por ellas. Sólo hubo un detalle de la decoración que no le gustó nada, la cabeza de un venado adulto, mostrado orgullosamente seguramente por su verdugo. Ella entendía que los animales debían morir, pero no le gustaba nada que se disfrutase tanto de la exhibición de la derrota, según le parecía, una vez que los mataban y usaban sus carnes para alimentarse, debían dejar a sus restos descansar en paz.

Paseó los dedos por la lustrosa madera de la enorme mesa que ocupaba el centro del salón, en ella podrían sentarse sin problemas al menos treinta personas. ¡Era magnífica! Y las sillas la impresionaron de la misma manera, estaban bellamente talladas en los respaldos.

El ambiente le parecía demasiado masculino y aunque entendía que así debía ser, no puedo evitar pensar que había muchos sitios donde poner un ramo de flores que le dieran algo de vida a esa estancia en la que sin duda

alguna se hacía mucha vida común.

Salió por la misma puerta por la que había entrado y dudó si ir hacia la derecha o hacia la izquierda, miró las escaleras que conducían a la planta superior y a las habitaciones y negó con la cabeza, no, seguiría explorando la planta baja. Cerró los ojos un segundo para guiarse por el resto de sus sentidos, esperaba oír u oler algo, pero nada le llamó la atención, de forma que decidió empezar por un lado y terminar por el otro.

Giró hacia la izquierda y recorrió un enorme pasillo que no parecía llevar a ninguna parte hasta que divisó una puerta, intentó abrirla pero no tuvo éxito, al parecer estaba sellada. La curiosidad se apoderó de ella, no entendía por qué motivo alguien sellaría toda un ala de un castillo, se moría de ganas por preguntárselo al *laird*, pero supuso que no le haría ninguna gracia y finalmente decidió que no era una buena idea.

Volvió sobre sus pasos y cuando iba a empezar a recorrer el pasillo de la derecha se cruzó con Idoia.

—¡Milady! — exclamó sorprendida — ¡qué grata sorpresa veros levantada! ¿Puedo ayudaros en algo?

—Yo... no Idoia, gracias, tan sólo quería estirar un poco las piernas pero como llueve tanto no he podido salir, pensé que no molestaría a nadie si andaba por el castillo ¿me he saltado alguna norma? — la mujer la miró estupefacta.

—¿Saltarse alguna norma? ¡No por los Dioses! Vos podéis caminar libremente por el castillo, estoy segura de que a mi *laird* le agrada saber que deseáis ver algo más que las paredes de vuestra alcoba — le sonó a reproche y se avergonzó.

—Debéis pensar que soy una desagradecida y una invitada horrible — dijo casi en un susurro bajando la vista al suelo.

—Mi señora — le cogió de las manos con cariño — lo que pienso es que habéis sufrido más de lo que os tocaba en esta vida, tenéis derecho a tomaros unos días libres para llorar la pérdida, sentir rabia por la traición recibida y para pensar qué haréis a partir de ahora — le limpió una lágrima que cayó de sus ojos — tranquila mi señora, no puedo decir que entienda como os sentís, mi hogar siempre ha sido este castillo, pero... quizá podríais darnos una

oportunidad, lo mismo termináis siendo realmente feliz aquí — sus palabras la estremecieron sobremanera al recordarle las que el *laird* le había dicho hacía un par de noches.

—Eres muy dulce Idoia... — un par de lágrimas se le escaparon de nuevo — me recuerdas tanto a mi ama — más lágrimas cayeron — ella era como tú, fuerte pero dulce, firme pero cariñosa... ojalá pudiese escuchar sus palabras una vez más o sentir sus besos, podían sanar cualquier herida.

—Milady — la mujer no se lo pensó, la abrazó con fuerza y la besó con cariño.

Capítulo 8

Ian entraba en ese momento en el Gran Salón para salir al exterior, tenía que ir a las caballerizas, ensillar su caballo y salir de inmediato hacia la frontera este, pues el *laird* del clan McGregor quería hablar con él. Pero no sólo no fue capaz de dar un paso más sino que además le costaba respirar. A unos metros de él, Idoia abrazaba, besaba y consolaba a la hermosa inglesa y él sintió unos celos terribles que le apretaron el estómago y le pararon el corazón.

Entendía el sufrimiento de la mujer, él había perdido a su madre en un desgraciado accidente de caza y la echaba de menos cada día. Sí, podía comprender el profundo dolor que se siente al perder a un ser amado, Katherine había perdido no a uno, si no a los tres miembros de su familia además de a su ama de cría, que por lo que ella le había contado, había sido una persona muy importante en su vida.

Observó que las mujeres se separaban y se escondió detrás de una columna, no quería que pensarán que había invadido su intimidad, al final, Idoia cogió con suavidad la mano de Katherine y la dirigió por el pasillo en dirección a la cocina, él se ocultó aún más e incluso retuvo la respiración aunque el corazón le latía tan deprisa que temía que pudieran oírle.

Apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos con fuerza.

En cuanto las dos damas pasaron de largo, salió corriendo hacia el exterior para enfrentarse al agua que caía con fuerza, la reunión con McGregor no podía aplazarse. Cabalgó con furia, incluso su semental se encabritaba al sentir la frustración de su amo, el agua le calaba hasta los huesos y hacía un frío de mil demonios, pero nada era comparable a lo que le provocaba el sufrimiento de aquella mujer de pelo negro y ojos azules.

Una vez que llegaron a la cocina, Idoia preparó un brebaje para templar los nervios que Katherine aceptó encantada. Mientras ella se lo bebía

observaba como la mujer preparaba una bandeja con varias viandas que le parecieron muy extrañas a esa hora del día, pues apenas había amanecido.

—¿Puedo preguntar para quién es esa comida?

—Para mi *laird* — la cara de Katherine era un poema y la mujer al verla se echó a reír — bueno, ¡no para Ian claro! — volvió a reír — si le llevara esto, seguramente me lo tiraría a la cabeza — agitó sus pensamientos cuando los recuerdos de un travieso niño rubio le cruzaron la mente — es el desayuno del padre del actual *laird*, hace unos años enfermó gravemente — los ojos se le empañaron de lágrimas — y desde entonces se encuentra en la cama, se recuperó un poco, lo suficiente para no temer por su vida, pero le cuesta respirar y ya no puede andar.

—Es una lástima — Idoia asintió con la cabeza.

—¿Tal vez le gustaría acompañarme milady? — le preguntó — estoy convencida de que al viejo Niall le encantará su visita.

Katherine no estaba tan segura de ello, pero no encontró una manera educada de negarse, por lo que terminó acompañándola al piso superior. Caminaron hacia el pasillo contrario en el que se encontraba su alcoba y a la tercera puerta que pasaron, la mujer le pidió que llamase a la puerta, pues tenía las manos ocupadas con la bandeja.

En cuanto la voz del hombre se oyó, ellas cruzaron el umbral y mientras Idoia parloteaba dando los buenos días, ella esperaba a que su vista se adaptase a la oscuridad, pero entonces las pesadas y enormes cortinas se abrieron y una tenue luz entró por el gran ventanal.

Se quedó helada al mirar en dirección a la cama. ¡El *laird* era la viva imagen de ese hombre! El anciano se percató de su presencia y la observó detenidamente durante unos segundos mientras Idoia paseaba de un lado al otro de la habitación, avivó el fuego y abrió una de las ventanas, acto seguido retiró la colcha superior de la cama y ayudó al hombre a incorporarse para que pudiese desayunar.

Las mujeres estaban a punto de irse cuando el caballero solicitó que la joven inglesa se quedase con él para hacerle compañía, ésta se sentía totalmente fuera de lugar, pero no osó rehusar la petición, por nada del mundo quería ofender a sus anfitriones, si la echaban del castillo no tendría dónde ir,

aunque ese no era el principal motivo para quedarse.

Le indicó que se sentara en una butaca que había a uno de los lados de la enorme cama y ella así lo hizo, estaba tan nerviosa que no paraba de retorcerse las manos y mirar al suelo, el viejo Niall la miraba totalmente maravillado por su serena belleza, ahora entendía un poco mejor a su hijo cuando le explicó cómo era ella.

—Mi nombre es Niall — le dijo al cabo de unos minutos.

—Encantada mi señor — respondió cortés, entonces se dio cuenta de su error y se ruborizó por completo — lo siento *laird*, es la costumbre, espero no haberle ofendido — él se rio a carcajadas.

—Ya no soy *laird*, milady — le dijo con una sonrisa — pero seré vuestro señor siempre que queráis — le guiñó un ojo con picardía y ella se sonrojó más aún — mi hijo me ha hablado de ti — comentó mirándola de reojo y vio como ella abría los ojos como platos asustada — aunque voy a tener que hablar con él seriamente, no te hizo justicia, ¡por los Dioses! La primera palabra que se debe usar para describirte es increíblemente hermosa, bueno, en realidad, dos palabras.

—Le agradezco el cumplido mi... la... — bufó frustrada y le sacó otra sonrisa.

—Niall — le guiñó de nuevo un ojo — llámame por mi nombre, los Dioses saben que soy demasiado mayor para ti y que en mi dormitorio estás a salvo porque esta maldita cama es mi jaula.

—¿Nunca ha intentado levantarse? — preguntó ella sin ninguna maldad — yo... ¡discúlpeme! A veces no pienso lo que digo, por favor, le ruego que me disculpe — el anciano frunció el ceño.

—¿Por qué tienes tanto miedo de ofenderme? — la miró fijamente y al ver como se le coloreaban las mejillas y le brillaban los ojos, creyó que la comprendía — ya sé que los ingleses creéis que somos unos salvajes pero milady — hizo una pausa y esperó hasta que ella levantó la vista para mirarla — nadie os va a echar de aquí porque tengáis carácter, y si alguien se ofende ya sabe dónde tiene la puerta, así que podéis estar tranquila, dejar de disculparos por cosas que no habéis hecho y empezar a mostrarnos qué clase de mujer sois, os aseguro que yo me muero de ganas.

Dicho esto, tuvo un fuerte ataque de tos y Katherine se levantó rápidamente para incorporarle y darle un poco de agua. Le miró durante unos segundos y se perdió en esos ojos color miel, del mismo color que los del *laird*, pero un poco más oscuros, algo se encendió dentro de ella.

—Creo que ya no sé quién soy — se encogió de hombros — ya no me queda nada, no tengo a nadie que me quiera y a nadie a quien querer, estoy sola en el mundo — Niall la acarició el brazo con ternura.

—Lo que te ha pasado ciertamente es muy cruel, pero... — la cogió la mano y la puso entre las suyas — ¿por qué no intentas dejarte querer? — sonrió — ¡quién sabe! ¡Quizá te enamores de un salvaje! — rio fuerte — los Dioses saben que nuestros hombres saben hacer arder a una dama.

—Yo no creo que seáis unos salvajes, más bien todo lo contrario, me habéis tratado con tanto respeto que me siento un poco abrumada — explicó a modo de disculpa, pues cuando estaba de camino a las Highlands sí que pensó que eran un puñado de salvajes — ojalá tengáis razón y alguien vuelva a quererme algún día... Dios sabe que lo anhele con toda mi alma.

Tras esa conversación, se quedaron en silencio mucho tiempo, cada uno pensando en sus cosas. Katherine sentada al borde de la cama y Niall tumbado como siempre, pero la cercanía de esa muchacha le reconfortaba. Y al hablar con ella terminó de comprender las palabras de su hijo Ian y también su actitud.

Cuando el anciano bostezó, Katherine le dio un beso en la mejilla que le dejó muy sorprendido, le dedicó una bella sonrisa, cogió la bandeja y la bajó de nuevo a la cocina. Se cruzó con varias personas que la miraban con cautela, pero todo el mundo la sonrió cortés y eso le resultaba tan extraño que no sabía muy bien cómo comportarse.

Decidió que si iba a permanecer en el castillo, tendría que hacer algo para compensar, no quería resultar una carga para el clan y mucho menos poner en una situación comprometida al *laird*, de modo que paró a un joven que llevaba unos troncos a la chimenea del Gran Salón y le preguntó dónde podrían necesitar un par de manos para ayudar. El joven no lo dudó, las caballerizas estaban hechas un asco, desde que el encargado había enfermado no se limpiaban en condiciones y de eso hacía más de dos semanas.

Katherine no se amilanó lo más mínimo, subió a la habitación a por algo de abrigo que no encontró, así que sin pensarlo mucho cogió el cobertor de la cama y se lo puso por encima, le daba dos vueltas y apenas podía moverse, bufó frustrada, así no podría trabajar, recordó que el *laird* había cogido el cepillo de uno de los cajones y rebuscó con la esperanza de encontrar algo con un poco de filo, encontró unas pequeñas tijeras que casi la hicieron saltar de alegría.

Cortó el cobertor el doble de su altura, le hizo un agujero en el medio y metió la cabeza, las manos le quedaban en los laterales abiertos, cogió el cinto del *laird* que había usado para atarse la sábana hacía unos días y repitió la operación cerrando los laterales del cobertor en torno a su cuerpo. Sonrió para sí misma. Estaba muy cómoda y no pasaría frío.

Como si le hubiesen encargado atender al mismísimo rey, Katherine salió del Gran Salón en busca de las caballerizas, no tenía ni idea de donde estaban, así que preguntó a una niña pequeña que resultó ser la chiquilla que le había llevado el agua el día que despertó. Le sonrió con dulzura, pero la niña frunció el ceño, sin embargo no dudó en darle la información que necesitaba.

Al llegar al establo se dio cuenta de que la ayuda era más que urgente, el chico tenía muchísima razón. Había muchos cubículos para los caballos, pero la mayoría estaban vacíos, así que decidió empezar por esos, buscó a su alrededor y encontró los aparejos que necesitaba para empezar a desempeñar su labor.

Unos minutos más tarde, pese al frío que hacía fuera, ella estaba sudando y muerta de calor, iba a quitarse el cobertor pero entonces se dio cuenta de que probablemente destrozaría el vestido que llevaba puesto, de forma que en vez de quitárselo, se lo apretó más fuerte.

Trabajó sin descanso hasta que su estómago rugió con furia, al final no había desayunado por la mañana y empezaba a sentirse desfallecida. Miró a su alrededor, probablemente no impresionaría a nadie por aquellos lares, pero ella sola había limpiado unos diez pesebres y estaba agotada.

Caminó de nuevo bajo la lluvia en dirección al castillo, seguía sin haber nadie en el Gran Salón así que lo atravesó rápidamente, quería asearse un poco antes de ir a buscar algo de comida. Nada más entrar en su alcoba se quedó con la boca abierta, le habían cambiado las sábanas y habían repuesto

el cobertor, también le habían llenado la enorme tina de piedra que mantenían caliente con algunas brasas debajo de ella.

No lo pensó, se desnudó y se metió en el agua. El frío de la lluvia le había calado hasta los huesos y sentía que tenía helada hasta la sangre, se recostó y cerró los ojos aliviada. Estaba agotada, le dolían todos los músculos del cuerpo, se moría de hambre y las manos las tenía llenas de llagas y molestos cortes, pero a excepción de los momentos que había compartido con el *laird*, se sentía mejor de lo que se había sentido desde que escapó del castillo envuelto en llamas de sus padres.

Las lágrimas le recorrieron el rostro y lloró por la pérdida, les echaba mucho de menos, a todos. Necesitaba con urgencia las risas de su madre y su dulce voz cuando le cantaba, necesitaba los fuertes y reconfortantes abrazos de su padre, sus besos llenos de amor, necesitaba pelear con su hermano y caer rendidos muertos de risa, quedarse hasta el amanecer frente al fuego bebiendo leche caliente con miel y contándose mil secretos y necesitaba los consejos de su ama. ¡Cómo les echaba de menos!

Ian estaba muy nervioso, después de la reunión con el *laird* vecino, las noticias eran esperanzadoras para ellos, Inglaterra estaba sumida en una guerra por la ascensión al trono y de momento no se acordaban de las Highlands, lo que les beneficiaba, pero también le había dicho que sus espías habían averiguado que no todos los miembros de la familia Bradbury habían muerto en el asalto al castillo, sólo que aún no tenían un nombre que darle por el momento.

Mientras volvía a su hogar pensó en la hermosa mujer a la que cobijaba y que nadie sabía que estaba allí, era una mujer de alta cuna, acostumbrada a tener de todo y ahora se encontraba en la miseria viviendo de la caridad de los demás, por supuesto no era así como él lo veía, pero estaba plenamente convencido de que así lo haría ella, por lo que decidió hacerle un regalo. Cambió bruscamente de dirección y fue al galope hasta la costurera de confianza que cosía los vestidos de su difunta madre.

La mujer cuando le vio le abrazó con cariño, echaba de menos verle por su taller y aplaudió como una niña cuando Ian le pidió el resto de los trajes que su madre le había encargado, no le dijo para quién eran y ella no preguntó,

pero la hizo muy feliz que por fin empezase a superar el pasado. Se los envolvió con cuidado para que no se mojasen y sonrió al verle irse a toda velocidad.

Al llegar fue a buscar a Katherine, pero al parecer había salido de su alcoba para dar un paseo y él no deseaba molestarla, suponía que querría estar sola para poder llorar su pena y sacar su dolor del corazón, de forma que le encargó a algunas doncellas que le hiciesen el favor de llevarle la ropa y los zapatos.

Llamaron a la puerta y Katherine rápidamente salió de la bañera y se cubrió el cuerpo con una toalla que estaba sobre el lavabo, entró en su habitación y vio a dos doncellas dejarle sobre la cama varios vestidos. Se quedó muda de asombro.

Las muchachas la vieron tan turbada y medio desnuda que se sonrojaron y sonrieron con picardía.

—Milady — dijo la más mayor de ellas — mi *laird* os envía estos presentes que espera sean de vuestro agrado y le gustaría que le acompañarais en el almuerzo, si es que no habéis comido ya.

—¿Regalos? — preguntó confusa — ¿para mí? — no salía de su asombro, las chicas asintieron con una sonrisa en los labios — yo... creo que no los merezco — se ruborizó y bajó la mirada — decirle a vuestro *laird* que aceptaré encantada compartir la mesa con él y el resto del clan — ellas hicieron una pequeña reverencia que no las salía de forma natural y ella agradeció el gesto — muchas gracias — las dijo mirándolas a los ojos y ellas se quedaron sorprendidas.

En cuanto se quedó sola de nuevo, se secó rápidamente con la toalla y empezó a observar los preciosos vestidos que ocupaban casi toda la cama. Eran maravillosos, simplemente maravillosos, pero lo que más le gustaba era que la mayoría eran de suaves lanas por lo que no volvería a tener frío.

Recordó con una punzada de dolor en el corazón cómo solía quejarse a su ama Rose, acerca de la molestia que le causaba tener que probarse un vestido nuevo cada pocas semanas porque su madre así lo decidía. Ahora echaba de menos todas sus posesiones. Antes de dejarse llevar por la pena, la

melancolía y los recuerdos, apretó los dientes y escogió un vestido de color verde oscuro que tenía delicadas filigranas doradas, se lo probó y se sintió mucho mejor. La tela era realmente suave contra su piel, como una caricia.

Se dio cuenta de que también había varios pares de zapatillas a juego con los vestidos y sonrió como una niña pequeña, se sentía como el día de su cumpleaños cuando su madre le llenaba la habitación de regalos, sólo le faltaban las canciones, los besos, los abrazos y el pastel de miel y nueces que su ama Rose hacía especialmente para ella. Apretó los labios y evitó llorar.

Intentó secarse el pelo pero lo tenía tan denso que no había forma, por lo que decidió peinarlo y escurrir todo el agua que pudiese, para después hacerse una trenza y dejárselo recogido en la nuca. Era un peinado demasiado formal, pero al menos no se le mojaría la espalda durante la comida.

No había caído en la cuenta de que era la primera vez que comía con alguien además de con el *laird* hasta que abrió la puerta de sus aposentos, en ese instante el corazón comenzó a latirle con fuerza y comenzó a sentir demasiado calor. ¿Y si se equivocaba con algo y alguno de los hombres se ofendía por su presencia? A fin de cuentas, ella era inglesa y aunque no eran unos salvajes, sí que odiaban a los ingleses.

Entonces las palabras de Niall acudieron a su mente: “nadie os va a echar de aquí porque tengáis carácter, y si alguien se ofende ya sabe dónde tiene la puerta” y sin entender por qué, ese recuerdo le dio el coraje que necesitaba, pues confiaba en la palabra de aquel hombre, ella le había mirado a los ojos y sabía que cada palabra había salido directamente de su corazón.

Bajó las escaleras intentando controlar sus nervios y agradeció que las zapatillas no tuviesen tacón, pues estaba segura que de haberlo tenido, ya se habría matado al tropezar en algún escalón. Conforme se acercaba al Gran Salón, oía gritos, risas, algarabía... y eso la llenó el corazón de esperanza, también de nostalgia, no hacía mucho tiempo así eran las comidas en su hogar, llenas de risas y de amor.

Sin darse cuenta de que estaba andando llegó a la entrada y entonces se percató de que todo el mundo la miraba y se habían quedado en silencio, inmediatamente tuvo la sensación de que se la iban a comer viva porque había interrumpido algo privado, se ruborizó de tal manera que podía sentir cómo le ardía el rostro. Buscó por el salón alguna cara conocida, pero las lágrimas

empañaban su mirada y no conseguía distinguir nada con claridad, se sentía demasiado vulnerable.

Capítulo 9

Ian estaba más ansioso a cada instante. La piel le ardía de deseo, se imaginó a Katherine vestida de color verde, gris plata, azul, rojo... y en su mente todos los colores la sentaban tan bien que él se moría de deseo por ella. Estaba muy impaciente por verla y esperó hasta el último momento para poder contemplarla a solas antes de que llegasen las gentes del clan para comer todos juntos, pero el salón se llenó y ella no aparecía, se sentía como un animal enjaulado.

Estaba tan nervioso que ni siquiera se había quitado la espada del cinturón, por lo que cuando se dio cuenta, caminó hasta el extremo opuesto del salón para apoyarla sobre una de las mesas auxiliares y entonces el silencio se hizo y él se giró al presentirla.

Dio gracias a los dioses porque todo el mundo la miraba a ella, si alguien le mirase a él, habría visto como se le abrió la boca por la sorpresa y los ojos le brillaban llenos de una pasión tan fogosa que le quemaba las entrañas. Tardó unos segundos en recomponerse. Sus fantasías no le hacían justicia.

Allí estaba ella, tan condenadamente hermosa que cortaba la respiración, con ese aire tan inocente que le volvía loco y entonces se dio cuenta de que estaba terriblemente asustada y supo que estaba a punto de echar a correr escaleras arriba.

Se adelantó casi a la carrera y se acercó a ella que tardó un segundo en reconocerle.

—*Laird* — dijo ella a punto de echarse en sus brazos por el alivio de sentirse a salvo, consiguió contenerse a duras penas e hizo una reverencia.

—Milady — respondió él cogiéndole delicadamente de la mano e izándola, odiaba verla tan sumisa.

—Creo que ha sido un error que me invitara — le dijo en un susurro y él la miró confuso — su familia parece... incómoda — bajó la vista al suelo muerta

de vergüenza.

—Yo creo que están impresionados por tu belleza — le susurró al oído — eres muy hermosa, es normal que los hombres se queden sin habla ante ti — le acarició el dorso de la mano que no le había soltado y la miró con hambre en los ojos, entonces los cerró un segundo y se giró sin soltarle la mano — ¡amigos, familia, clan! — gritó — os presento a Lady Katherine de Bradbury — miró fijamente a sus hombres.

Intentaba ver en alguno de ellos desprecio, desconfianza o algún signo de que no la aceptaban en su mesa, pero tan sólo vio admiración, y les entendía perfectamente, sí, los celos le estaban destrozando, pero les comprendía, ¿cómo no hacerlo?

Durante esos días los rumores se habían extendido como la pólvora, Idoia había hecho un trabajo excelente quitando de las duras cabezas de todos aquellos highlanders que la dulce inglesa había tenido algo que ver con la muerte del Rey o de alguno de sus hijos. Cada vez que escuchaba algún comentario sobre ella, les recriminaba sus palabras y les invitaba a que se acercasen a ella y le preguntasen abiertamente sobre su desgracia. Obviamente ninguno lo hizo, pero confiaban en Idoia y se dejaron influenciar por su juicio sobre la extranjera.

Tiró de ella con cuidado y la guio hasta la silla que le había reservado a su izquierda, ella tomó asiento y entonces miró a todos los hombres.

—Lamento mucho haberles interrumpido su conversación, espero que puedan disculparme — todos la miraban fijamente.

—¡Por mí como si quieres interrumpir mis sueños! — gritó Logan — ¡mi *laird*! ¿Hay más como ella donde la encontrasteis? — bramó y todos rompieron a reír, pero al ver la cara de pocos amigos de Ian, callaron de repente.

—Lo siento mi señor — dijo ella con voz amable dirigiéndose al enorme highlander que había hablado — me temo que mis padres sólo tuvieron una hija, pero les habría gustado saber que aprueba vos mi aspecto, así que le agradezco su cumplido — le dedicó una sonrisa que les derritió el corazón a todos los presentes.

—¡Bien dicho Katherine! — gritó Nerys desde la puerta de entrada — ¡gracias

a los Dioses que hay otra mujer aquí para pararles los pies a estos salvajes!
— la hermana de Ian caminó hasta la mesa mientras se quitaba la capa.

—¿De dónde vienes? — le preguntó su hermano furioso.

—De arreglar tus desastres mi *laird* — respondió retándole, en ese momento entró Fergus en el Gran Salón y todos se volvieron a quedar en silencio.

—Mi *laird* — dijo a Ian que le miraba con ganas de matarlo, rezaba porque se hubiese comportado con Nerys, porque de lo contrario, que los dioses se apiadasen de él.

Katherine comprendió al instante lo que ocurría, lo había vivido demasiadas veces con su hermano mayor, Jacobo era tan intenso y protector que se había enfrentado en varias ocasiones a algún joven que quiso cortejarla y entonces hizo, lo que su madre había hecho tantas veces para no provocar una guerra con otra familia o para que la Corona no les retirase su favor.

Le puso la mano con suavidad en el brazo a Ian que se tensó como un arco al sentirla, le miró fijamente y cuando clavó sus ojos azules en los pozos de miel de él, le sonrió dulcemente. Al *laird* se le congeló la sangre en las venas, que los dioses le ayudaran, por aquella sonrisa estaba dispuesto a derrocar él mismo a los aspirantes al trono del reino vecino.

—Disculpadme mi señor — le dijo — me gustaría presentarme, si no le ofende por supuesto — se levantó y con paso decidido se acercó Nerys, la hermana del *laird* y la besó con cariño en la mejilla — gracias a Dios que estáis bien, os he echado de menos — le guiñó un ojo y la joven comprendió al instante — soy Lady Katherine de Bradbury — le dijo al hombre que la miraba con los ojos como platos.

—Fergus — respondió con la voz ronca.

—Encantada mi señor — le hizo una reverencia.

—¡Por los Dioses! — exclamó Ian muerto de celos — dejáros de tanta tontería y sentaros a la mesa, ya hablaremos tú y yo más tarde — le dijo a su mejor amigo.

Le había echado de menos y estaba cabreado, pero la ira que sentía ahora corriéndole por el cuerpo no sabía si era porque él hubiese estado a solas con su hermana o por la mirada que le había dedicado a Katherine, ¡por los Dioses! Se suponía que estaba enamorado de Nerys, ¿cómo podía mirar así

a su mujer?

El estómago le dio un vuelvo y el aire escapó de sus pulmones, se sintió como si le hubiesen golpeado, pero no... acababa de darse cuenta de la última frase que había pensado. “Su mujer”, la sangre se le agolpaba en las venas líquida y caliente como lava ardiendo. Sí, esa mujer sería suya y sólo suya.

Todos tomaron asiento y la comida empezó a llegar a la mesa. Poco a poco la conversación fue atronando el lugar.

Katherine se sentía abrumada por todo lo que sentía, por una parte se sentía terriblemente culpable de disfrutar tanto de la vida cuando todos sus seres queridos se habían ido antes de su hora y de una forma tan horrible, pero por otra parte, sus padres siempre le habían dicho que lo que deseaban para ella es que fuese feliz y que Dios la perdonase, pero en ese mismo momento, casi podía olvidar el dolor de su pérdida.

Probó todos los platos que la pusieron delante, pero cuando fue a coger un poco de pan, una de sus manos comenzó a sangrar y un par de gotas cayeron sobre la mesa. Katherine horrorizada intentó esconder la mano y tapar la sangre, pero era demasiado tarde, Ian ya lo había visto y bufaba como un caballo encabritado.

—¡Idoia! — bramó y todo el mundo se quedó congelado — ¡Idoia! ¡Rápido! ¡Trae la bolsa de las curas! — volvió a gritar y todo el clan le miraba como si se hubiese vuelto loco, pero él ya no les veía ni les sentía, sólo sentía el dolor que le debía producir ese corte a la mujer que le estaba volviendo loco — ¿cómo os habéis herido milady? — le preguntó, intentó sonar calmado pero fracasó y sonó a una orden.

—Lamento... — comenzó a decir ella.

—¡Maldita sea! — volvió a bramar él — deja de disculparte ¡por los Dioses! No has hecho nada malo ¿lo entiendes? Solo quiero saber qué te ha ocurrido — la miraba tan intensamente que los nervios se apoderaron de ella y apenas podía pensar.

Idoia entró en ese momento en el salón y vio la sangre de lejos, gritó asustada y comenzó a limpiar la herida cuando se fijó en las llagas que tenía la inglesa en toda la palma, le cogió la otra mano y la giró para verla y volvió a gritar horrorizada, las manos debían arderle y dolerle una barbaridad.

Ian apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos, tenía la mandíbula tan tensa que creyó que se partiría las muelas, pero ahora mismo le daba igual todo, mataría a quien le hubiese hecho semejante daño a su mujer, su instinto protector le estaba destrozando por dentro.

—Pero milady — le dijo Idoia con cariño — ¿qué os ha pasado? ¿Acaso el borde de la tina estaba caliente? — preguntó temerosa de la respuesta, pero Katherine negó con la cabeza — ¡por los Dioses mi niña! — exclamó mientras le untaba un unguento que se le ponía a los chicos que se ocupaban del establo y entonces cayó en la cuenta, pero no podía ser... ella no lo haría... — señora ¿acaso... — calló al ver a mirada aterrada de ella y entonces miró a su *laird* y la entendió, suspiró profundamente — debéis esperar a que el unguento seque, después se caerá sólo y ya deberíais empezar a sentir alivio.

—Muchas gracias Idoia — le dedicó una sonrisa — sois muy amable.

Todo el mundo seguía en silencio esperando la reacción de Ian, todo el clan sabía que cuando se enfadaba así no había nada que hacer, lo mejor era quitarse de en medio, cuanto más lejos mejor, muchos de los hombres que estaban allí sintieron lástima por la inglesa, pondrían la mano en el fuego por su *laird*, sabían que jamás le haría daño a una mujer, pero seguro como el infierno que la haría llorar, no había más que mirarla, ya estaba aterrada y él sólo la estaba mirando.

—Por favor *laird* — le suplicó — estoy bien, se lo prometo — le pidió con la mirada que reanudara la comida, no soportaba tantos ojos puestos en ella en ese momento.

—Hablabamos después de comer — le dijo susurrándole al oído y ella se estremeció, creyó que el miedo se apoderaba de ella al sentir como todo su ser se revolucionaba, pero no estaba segura.

—Por supuesto mi señor — respondió con los nervios atenazándole la garganta.

“¡Ojalá fuese tu señor!” pensó Ian enfurecido y excitado a partes iguales.

Cuando ella intentó coger de nuevo un trozo de pan, él se adelantó y se lo partió, se lo acercó a la boca y esperó paciente hasta que ella entendió que iba a darle de comer. Katherine quería morir en ese instante, se sentía estúpida a más no poder, por su mala cabeza ahora el señor de esas tierras y de ese

maravilloso castillo tenía que darle de comer como si fuera un bebé porque tenía las manos en carne viva.

Los hombres del clan intentaron volver a una conversación normal, conocían a su *laird* y sabían que perdía los papeles ante una mujer herida, desde aquel desgraciado accidente en el que su madre Aileana había muerto, él era así, daba igual si la mujer en cuestión tenía marido o no, él se ocupaba de ella como si fuese su hermano mayor.

Las únicas personas en el salón que vieron lo que realmente significaban las atenciones de Ian hacia la inglesa, eran Fergus y Nerys, que sentados el uno al lado del otro, se miraron entre ellos y sonrieron complacidos, quizá ahora Ian entendiese lo que ellos sentían el uno por el otro y por fin les permitiese estar juntos. Ella suspiró esperanzada y él le regaló una caricia furtiva en el muslo por debajo de la mesa.

—No te estoy castigando — le dijo Ian a Katherine y ella le miró con los ojos llenos de lágrimas — no llores mi señora — no quería limpiarle la lágrima que le recorría el rostro, era un signo de debilidad y supuso que ella no querría verse tan expuesta ante el clan — por favor Katherine, no llores... sólo quiero cuidar de ti — ella le miró sin comprender — no soporto ver a una mujer herida, es superior a mis fuerzas, necesito cuidar de ella y asegurarme de que está a salvo, te lo ruego, permite que te alimente — la miró tan cálidamente que ella se derritió por dentro y no pudo menos que asentir.

La comida prosiguió sin más incidentes. Cuando terminaron de retirar todos los platos, la mayoría de los hombres del clan se habían ido a sus casas para descansar un poco o volver a sus tareas, tan sólo quedaban sentados a la mesa, Nerys, Fergus, Katherine e Ian.

—Podéis iros — les dijo a Fergus y a su hermana — pero no juntos ¿entendido? — Ambos asintieron, aunque ella puso los ojos en blanco — milady, me gustaría acompañaros a vuestros aposentos, necesitáis descansar — asintió tímidamente y ambos se levantaron de la mesa.

Caminaron en silencio, ella no podía sujetarse el vestido para subir las escaleras y cuando Ian se dio cuenta, la cogió en brazos para sorpresa de ella y la llevó hasta su alcoba, entró de golpe y la tumbó suavemente sobre la

cama.

—No os enfadéis *laird* — le suplicó con la mirada — siento haberme herido — él se tensaba por momentos — yo... quería colaborar con vuestra familia y pregunté a un muchacho, él me dijo que las caballerizas estaban hechas un desastre y decidí que sería una buena forma de pagar mi alojamiento y mi comida ya que he perdido todas mis posesiones.

Ian estaba que se subía por las paredes, el corazón le latía desbocado en el pecho con tanta fuerza que tuvo la sensación de que le iba a romper las costillas. No se lo podía creer, esa bella mujer se había desollado las manos trabajando en las cuadras para que no la echase del castillo... ¿pero qué clase de hombre creía que era? Aunque por otro lado le sorprendió muy gratamente su humildad y su sencillez, estaba seguro de que no había tenido que coger una pala en su vida y sin embargo ahí estaba delante de él, temblando como una hoja al viento con las manos en carne viva, el dolor tenía que ser terrible, pero no se quejaba, ni siquiera hizo una mueca... ¡Dioses! Esa mujer era increíble.

Meditó durante unos segundos sus palabras, veía que ella le observaba con atención y sin duda alguna tenía miedo y él no quería que le temiese, por nada del mundo, lo que él esperaba de ella, era justo lo contrario.

Era increíble que en tan poco tiempo todos sus instintos se hubiesen alterado por la presencia de la inglesa, no iba a negar que se sentía bastante confuso al respecto y que en el fondo de su corazón tenía miedo, pero tampoco podía obviar lo que sentía cuando estaba cerca de ella. Llevaba tanto tiempo cansado y abrumado por lo que suponía ser el *laird* de aquellas duras tierras que ya apenas podía sentir la pasión de la tierra que le rodeaba, su amada Escocia siempre le había hecho latir el corazón, hasta que ella apareció y ahora latía más fuerte que nunca, su alma se sentía revitalizada y él mismo se sentía como si le hubiesen quitado un gran peso de encima.

—Escúchame atentamente — se acercó tanto a ella que podía oler su piel — no tienes que hacer nada para pagar tu estancia en el castillo — su voz sonaba más grave de lo que quería, pero el deseo le estaba volviendo loco, ella intentó protestar, pero él levantó una mano para hacerla callar — no, milady, no tienes que hacer absolutamente nada que no quieras hacer, eres más que mi invitada, eres mi protegida, así que deambula por el castillo, sal a pasear a caballo si sabes montar, observa los atardeceres, pero no vuelvas a las

caballerizas con la intención de trabajar — la miró tan fijamente que ella pensó que iba a derretirse — ¿me has entendido? — ella asintió pues se sentía incapaz de decir una sola palabra.

Ian tuvo que controlar sus impulsos, deseaba a esa mujer más allá de lo que era aconsejable para su estabilidad emocional, el olor de su piel le llamaba como un canto de sirena, el color de sus ojos le invitaban a ahogarse en ellos, su sonrisa hacía que se le parase el corazón y la piel de todo el cuerpo le hormigueaba por la acuciante necesidad que tenía de tocarla, besarla, abrazarla... pero sobre todo, protegerla.

La besó lo más dulcemente que pudo en la mejilla y salió con paso airado de la habitación antes de perder el poco control que le quedaba. En pocas zancadas llegó a sus aposentos, se desnudó con rabia mientras intentaba controlar el impulso de volver con Katherine, deseaba poseerla, pero ya no sólo por saciar su sed y su hambre por ella, sino para poder reclamarla como esposa y ponerla a salvo de la Corona, pues los rumores que se habían extendido por toda Britania la señalaban a ella como la artífice de la innoble muerte del Rey Francisco, lo que la situaba en una situación muy comprometida y era un hecho que su vida corría un serio peligro.

Katherine se sentía más triste de lo normal, sabía que no debía sentir lo que sentía al estar cerca del *laird*, pero no solo no podía evitarlo sino que la estaba costando todo su autocontrol mantenerse serena en su presencia. Mientras Idoia le curaba las heridas, había sentido su intensa mirada en ella todo el tiempo, su corazón se desbocó y le costaba respirar con normalidad.

La joven inglesa dio vueltas en la cama hasta que finalmente se decidió a levantarse a por un poco de leche caliente con miel, supuso que todo el mundo en el castillo se habría acostado ya y dado el ritmo que llevaban cada día, caerían rendidos en sus lechos. Lo último que quería era despertar a alguien.

Lo más sigilosamente que pudo, se deslizó por los pasillos, bajó por la enorme escalera y entró en la cocina sin hacer ruido, se calentó un poco de leche en un cazo y buscó la miel, pero no la encontró y no quería rebuscar demasiado, por lo que se conformó con el vaso que tenía en las manos y se dirigió al Gran Salón, estaba convencida de que la chimenea aún conservaría algún rescoldo.

Capítulo 10

Ian se metió en la cama lleno de frustración y con un dolor enorme en la entrepierna ya que tenía una erección que pulsaba exigiendo atención desde que se habían quedado a solas en la alcoba de ella, su mente le bombardeaba con miles de imágenes de lo más sugerentes y él se negó a satisfacerse a él mismo. Nunca le había importado quitarse algo de tensión sexual a solas, pero por algún motivo no le parecía bien hacerlo con Katherine en su mente.

Intentó dormir, pero tras dar varias vueltas y taparse y destaparse más de diez veces, no lo conseguía, de forma que se levantó, se puso sólo unos pantalones de los entrenamientos de lucha y bajó a las cocinas a por algo que llevarse al estómago, se estaba engañando a sí mismo creyendo que no podía dormir debido a que se había quedado con hambre.

Descubrió un cazo aún caliente con restos de leche y le pareció una idea excelente, le recordó a cuando era niño e Idoia le daba un vaso de leche templada para que pudiese descansar mejor.

Salió de la cocina con la intención de meterse de nuevo en su cama y esta vez, dormir a pierna suelta hasta el día siguiente, pero algo le impulsó a ir hasta el Gran Salón, al acercarse escuchó una dulce voz femenina entonando una canción. La curiosidad pudo con él y se acercó en completo silencio para observar a la mujer sentada frente al fuego que cantaba con tanto sentimiento en la voz. La letra le maravilló.

*“Cuento la historia de un viejo lugar
Que por la noche escuchaba cantar
Tengo recuerdos de noches de sol
Y días fríos buscando calor
Duerme mi niña, no llores más
Que las estrellas te cuidarán
Duerme mi niña, duérmete ya
Y así tus sueños dulces serán*

*Si te despiertas yo estaré aquí
Siempre a tu lado, velando por ti
Los sabios duendes vigilarán
Y así la luna descansará”**

Katherine dejó que sus lágrimas rodaran por sus mejillas quemándole la piel, recordaba una y otra vez a su madre, la echaba tanto de menos... la imagen de ella sonriendo y besándola dulcemente tras cantarle esa nana la acompañaría de por vida, quizá la letra era totalmente cierta y siempre velaría por ella y siempre estaría a su lado, pues vivía en su corazón. Y lloró de nuevo.

Verla tan sola y tan desolada, caló a Ian más hondo de lo que estaba dispuesto a reconocer, pero no podía evitarlo, la inglesa le escondía algo y eso le volvía loco, pero pese a estar seguro de que no había sido totalmente sincera con él, cuando hablaban no percibía en ella traición, odio o algo que no fuese gratitud, lo que le volvía más loco aún.

—Una bella canción milady — le dijo en un susurro y ella se sobresaltó mirándole aterrada — no os asustéis mi señora.

—¿Le he despertado? — preguntó temerosa y obligándose a sí misma a no mirarle descaradamente el poderoso pecho que lucía totalmente desnudo.

—No, no podía dormir y pensé que la leche caliente me ayudaría, la oí cantar y me quedé embelesado por la belleza de la canción — le explicó sinceramente, ella sonrió e Ian pensó que el Gran Salón era más luminoso.

—Mi madre me cantaba esa nana todas las noches cuando era niña — bajó la mirada ante el peso del recuerdo — después se convirtió en nuestra canción — dejó el vaso vacío en el suelo a su lado y él se sentó a su lado — cuando bordábamos, cuando me caía, cuando tenía pesadillas... — le miró y se ruborizó al mirarle con los ojos llenos de deseo — ella me cantaba esa nana y yo sentía que todo saldría bien, me hacía sentir a salvo, protegida, amada... — una lágrima rodó por su piel y se la limpió disimuladamente, tenía tantos sentimientos enfrentados dentro de ella que se sentía siempre desconcertada.

—Mi madre también me cantaba por las noches — dejó el vaso en el suelo y se levantó para echar otro tronco al hogar, ella se deleitó con el movimiento de sus músculos y cómo la luz de fuego acariciaba su piel — era un momento

entre nosotros, solos ella y yo.

—Me han hablado de ella — sus miradas se cruzaron — todo el mundo la quería — él asintió solemne — lamento mucho tu pérdida — en un gesto inconsciente posó su mano sobre el brazo de él y ambos se tensaron.

—Katherine — fue más un susurro que otra cosa — yo también lamento tu pérdida — se moría de ganas por decirle que había alguien de la casa de Bradbury que había sobrevivido, pero hasta que no supiesen de quién se trataba sería como darle falsas esperanzas.

—*Laird* — le miró a los ojos — ¿le importa que me quede un rato más junto al fuego?

—Sólo si no me permites estar a tu lado — sonaba más seductor de lo que había planeado, pero no pudo evitarlo, estaba preciosa con esa luz.

Ella se sonrojó y asintió levemente.

Durante un buen rato no dijeron nada más, tan sólo estaban sentados en el suelo, uno al lado del otro, mirando el crepitar del fuego y en completo silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

La inglesa se negaba a mirarle directamente aunque era lo que más deseaba en ese momento... no, lo que más deseaba era acariciar la piel masculina tostada por el sol, tan cálida, tan sugerente, Ian McRae era el hombre más deseable que jamás había conocido, despertaba en ella tantos sentimientos y sensaciones que la mayor parte del tiempo no era capaz ni de respirar con normalidad.

Ian necesitaba saber más de esa mujer que tanto le frustraba, como le hacía enfurecer, como conseguía que sonriese como un niño pequeño al que regalan un dulce. Le tenía totalmente hechizado, pero siendo ella quien era, eso suponía un gran peligro, al menos hasta que las cosas en el país vecino se calmasen y dejasen de buscarla a ella como cabeza de turco.

Katherine estaba muy nerviosa, tenía la sensación de que con el *laird* podría hablar de cualquier cosa, pese a su gran tamaño, a su voz grave, a su carácter explosivo, algo dentro de ella le gritaba que podía confiar en él, que nunca le haría daño y Dios sabía cuánto necesitaba sentirse segura y protegida, estaba harta de tener miedo, estaba cansada, se sentía sola y era consciente de que se estaba negando a sí misma, ella no era todo candor y sonrisas sumisas,

ella era explosiva, era un alma inquieta como su padre solía decirle y cada día que pasaba, la necesidad de mostrarse tal y como era la asediaba con más fuerza.

En varias ocasiones se miraron el uno al otro con disimulo, pero no se atrevían a dirigirse la palabra, entre los sentimientos que cada uno tenía y los que eran provocados por el otro, ambos se encontraban en una situación en la que no sabían cómo actuar.

—La nana que cantabas menciona a los duendes — dijo finalmente Ian pues el silencio de ella le estaba matando — ¿crees en ellos? — ella le miró unos segundos.

—Lo cierto es que no — se sinceró.

—Nuestra cultura popular es muy rica en lo que a seres mágicos se refiere — no se atrevía a mirarla a los ojos, temía perder el control y lanzarse a besar esos labios que le parecían tan dulces y apetecibles.

Y así, de la forma más inocente, Ian comenzó a explicarle los mitos y leyendas que había sobre esas tierras. Comenzó por los “*brownies*”, unos pequeños elfos hogareños que por la noche ayudaban en los hogares, también le habló de la “*caoineag*” un demonio de agua femenino que presagia la muerte o una catástrofe para quien la escuche llorar, después le habló sobre “*cat sìth*”, un gato que robaba las almas de un fallecido antes de que éste sea enterrado.

—Por favor, no me cuentes más o tendré horribles pesadillas esta noche — le dijo ella fingiendo estar asustada, la única verdad era que ver la pasión que ponía al contarle todas esas leyendas a ella la estaba conquistando y no podía apartar los ojos de esos labios que pedían a gritos ser besados con adoración.

—Lo lamento, no era mi intención asustarte — le acarició la cara con ternura — tan sólo pensé que era una buena forma de empezar a conocernos mejor.

—¿Y por qué no me preguntas lo que quieres saber? — no era un reto, aunque sonara como tal.

—¿Cómo pudiste escapar de la matanza del castillo de Bradbury? — preguntó directamente, no estaba enfadado, pero él no creía en las casualidades y ésta era abrumadora, ella suspiró lánguidamente.

—El hermano del Príncipe Enrique vino a buscarme para llevarme a Londres

— una arcada se le formó en la garganta al recordarle — nos dijo que a través de mí podrían hacerle daño al futuro Rey, pues había cortesanos demasiado ambiciosos — Ian la miraba fijamente — pero todo fue mentira, nos engañó — apretó los puños para contener la ira — durante el trayecto intentó atacarme, pero logré escapar, me llevó varios días llegar hasta aquí, tantos que perdí la cuenta.

—Me intriga que una mujer como tú pueda escapar de alguien como Ricardo, de él se cuentan muchas cosas y ninguna de ellas es agradable — ella se encogió de hombros.

—Yo no sabía nada de eso, mis padres me educaron como a una dama, pero me querían muy lejos de la corte real, que el príncipe Enrique se encaprichara de mí, fue una casualidad.

—No creo en las casualidades — bufó él.

—El hecho de que no se crea en ellas no quiere decir que no existan — volvió a encogerse de hombros y miró al fuego — yo no quería que mi familia muriese *Laird*, se lo juro, de haber tenido alguna sospecha, jamás les hubiese abandonado.

Ambos volvieron a quedarse en completo silencio durante un rato, hasta que Katherine comenzó a sentir que le hormigueaban las piernas por tenerlas encogidas durante tanto tiempo, por lo que se puso de pie, recogió su vaso y tras despedirse de él, se dirigió a su alcoba aún más turbada de lo que estaba cuando bajó a buscar un vaso de leche caliente.

Ian se había pasado innumerables horas pensando en cómo comenzar una conversación con ella que le llevase a descubrir todos sus secretos, no estaba seguro de si quería conocerlos para vencerla o para algo más íntimo, pero el caso es que necesitaba llegar hasta ella, sentía un deseo incontrolable de que ella confiase en él, no podía explicarlo, ni siquiera a él mismo, simplemente necesitaba que ella le abriese su corazón.

Se quedó unos minutos más sentado en el suelo, observando el vaivén de las llamas mientras su mente evocaba cada una de sus palabras, cada uno de sus gestos, pero sobre todo volvía a recordar la bella canción que estaba cantando a solas junto al fuego. Suspiró con pesar, esa imagen iba a perseguirle el resto de su existencia, estaba seguro de ello.

Al día siguiente apenas cruzaron una palabra, Katherine se había pasado casi toda la mañana en sus aposentos, o al menos eso era lo que Ian pensaba, lo cierto era que estuvo con el viejo Niall. El padre del *laird* era un hombre divertido, sincero, amable, simpático y además con él se sentía un poco más como ella misma.

Compartieron la comida en el Gran Salón con el resto del clan, pero Nerys, la hermana de Ian, se sentó al lado de ella y conversaron durante todo el tiempo, él la miraba de soslayo, intentaba cazarla mirándole a él, pero no lo consiguió ni una sola vez. La ira comenzó a extenderse por su cuerpo, desde la noche anterior no había dejado de fantasear con quedarse de nuevo a solas con ella.

Por la tarde tuvo que ir con varios de los hombres hasta una de las cuadras donde guardaban el ganado, parte del tejado se había derrumbado y aunque no había que lamentar la pérdida de ningún animal, era de imperiosa necesidad repararlo cuanto antes, cuando volvieron al castillo ya era noche cerrada y casi todo el clan había cenado ya. Al no verla en el Gran Salón, la furia le nubló el juicio y cuando estaba a punto de irrumpir en su alcoba para preguntarle el motivo de que no le esperara para cenar, ella abrió la puerta y al verle allí, le dedicó una sonrisa que le desarmó.

—Buenas noches *laird* — dijo ella dulcemente — me alegra que ya estéis de vuelta, iba a calentarme un poco de leche ¿habéis cenado? — él negó totalmente hipnotizado por sus ojos — si no le molesta, me gustaría acompañaros mientras os alimentáis — tan sólo pudo asentir.

Bajaron a la cocina y ella muy eficazmente le preparó un plato con algo de carne asada, pan negro, queso agrio y patatas hervidas, después lo puso sobre una de las bandejas y lo acompañó de una jarra de vino y un vaso, lo llevó todo hasta la mesa del Gran Salón, pero una vez allí, Ian le dijo que cenaría mientras ella se tomaba su leche caliente junto al fuego, posó la bandeja en la mesa y se dirigió a la cocina a por la leche.

Cuando volvió al salón vio que el *laird* estaba sentado en el mismo sitio que la noche anterior, esta vez con la bandeja a un lado y comía con avidez la cena que ella le había preparado, con una gran sonrisa de satisfacción en sus labios, se sentó a su lado y le preguntó cómo le había ido el día.

Hablaron durante horas, de hecho cuando ella se levantó del suelo, el sol comenzaba a despertar.

—Mi hermano y yo solíamos quedarnos por las noches hablando hasta el amanecer mientras bebíamos leche con miel — le dijo ella mirando a través del enorme ventanal — gracias por compartir conmigo este tiempo *laird*, sois muy amable — se volvió para sonreírle.

—Ha sido todo un placer milady — la miró intensamente — aunque me gustaría que dejaras los formalismos — no podía dejar de devorarla con los ojos y ella asintió con las mejillas sonrosadas — que descanses mi señora.

Salió del Gran Salón y se perdió escaleras arriba. Katherine también deseaba meterse en la cama y descansar, pero por nada del mundo subiría tras él, eso sin duda alguna, podría llevarle a pensar algo que no podía ser y no quería provocar ningún malentendido, no con él.

Miró de nuevo por el ventanal y suspiró. Sin duda alguna ese highlander era un hombre sin igual, compartir con él ese tiempo, hablando de todo un poco y de nada en realidad, era justo lo que ella más necesitaba, se sentía sola, perdida y sin rumbo... y ya no recordaba cómo ser ella misma y eso la frustraba.

Cuando al fin se metió en la cama, el cansancio la golpeó con fuerza y se quedó profundamente dormida. Pero no tuvo dulces sueños ni siquiera la pesadilla recurrente que solía tener en la que se encontraba en su castillo de Durham, no... ese amanecer soñó con profundos ojos de color miel que la devoraban con ansia, con poderosos brazos que la rodeaban con fuerza pero sin lastimarla, con grandes manos que la acariciaban despertando en ella sensaciones totalmente desconocidas y tentadores labios apropiándose de cada rincón de su cuerpo.

Y se despertó agitada, con la respiración entrecortada, el corazón latiendo con fuerza y la piel perlada de sudor. Esa fue la primera noche de muchas que le siguieron en las que soñaba y deseaba con cada fibra de su ser a un hombre totalmente inalcanzable para ella.

Los días pasaban y aunque Ian le había prohibido acercarse de nuevo a las caballerizas para limpiar los establos, Katherine no se sentía bien consigo misma sin hacer nada, por lo que a escondidas del *laird*, ayudaba en la cocina,

con la limpieza del castillo o sacando a pasear a los caballos, a veces incluso salía del castillo y ayudaba a las otras mujeres con sus tareas del día a día. Al principio la miraban con recelo, pero ella no se rendía y continuaba como si nada ocurriese, les regalaba sonrisas a los adultos y tiernas caricias a los niños.

Por supuesto iba cada día a hablar con Niall, su presencia era casi un bálsamo para su maltrecho corazón, no se atrevía a decir en voz alta lo que sentía por el *laird*, eso hubiese sido una locura, pero disfrutaba mucho de las historias que su padre le contaba.

De vez en cuando acompañaba a Nerys con sus clases de costura, pero nunca habían sido su fuerte y tampoco el de la joven, al final casi siempre terminaban siendo expulsadas de la clase con una reprimenda, pero ellas se reían y corrían libres por el castillo. También pasaba largas jornadas ayudando a la curandera, con ella había descubierto que sus manos eran buenas para la sanación.

Y todas las noches, sin falta, cuando se aseguraba de que todos los habitantes del castillo dormían, bajaba a la cocina a prepararse un vaso de leche caliente y después subía al Gran Salón, donde se sentaba en el suelo frente al fuego y esperaba a que el *laird* apareciese junto a ella para hablar durante horas mientras su corazón latía con fuerza, el deseo incontrolado y un sentimiento al que aún no se atrevía a ponerle nombre se apoderaban de ella.

Capítulo 11

A Ian los días se le hacían eternos y amargos, apenas soportaba el trato con los hombres y qué decir de las mujeres que se le insinuaban. Estaba cansado porque apenas dormía, él se levantaba al amanecer para atender al ganado, a las necesidades de su clan y a todas sus responsabilidades, pero no podía perder la oportunidad de estar cada noche durante varias horas a solas con Katherine.

Hablar con ella frente al fuego se había convertido en algo necesario para que pudiese conciliar el sueño, ya no concebía sus noches sin esas charlas sobre su infancia, sobre las diferencias entre sus culturas, la forma en la que ella le contaba que empezaban a mirarla sin rencor en los ojos... él sabía que la inglesa participaba en las tareas domésticas del castillo y que incluso ayudaba a las mujeres del clan, no le hacía gracia, pero estaba convencido de que si ella se distraía lo suficiente no pensaría en abandonarle y quizá con el tiempo, comenzase a verle como a un hombre.

Alguna que otra noche ella le había vuelto a cantar aquella nana que aprendió de su madre y él sentía que otro trocito de su corazón le abandonaba para acomodarse en el pecho de ella y ni siquiera era consciente de ello.

—Me encanta el escudo de armas de tu clan — le dijo ella aquella noche — es sencillo, pero tiene algo que me fascina.

—Es una historia muy romántica — la miraba fijamente — hace muchos años, los McRae no éramos un clan independiente, convivíamos con los Sutherland — sonrió — bueno, eso no es exacto, más bien éramos sus mulas de carga... el caso es que mi tatarabuelo se enamoró locamente de la hija del *laird*, lucharon contra lo que sentían, pero era tan intenso, tan profundo que no pudieron hacer nada y finalmente se rindieron a su amor — observaba con detalle el rostro de Katherine que le escuchaba embelesada y sin perderse una sola palabra — con el tiempo, ella se quedó embarazada y su padre la echó del clan, mi tatarabuelo se enfrentó al *laird* y lucharon a muerte, se dice que el

combate fue salvaje y épico, finalmente mi antepasado ganó la pelea y reclamó a la hija del vencido como su mujer, abandonaron el clan y durante unos meses se hicieron nómadas, pero entonces llegaron hasta estas tierras que no le pertenecían a nadie, trabajaron arduamente en reconstruir el castillo y fundaron el clan McRae, con el tiempo establecieron relaciones y poco a poco el clan creció.

—De forma que las espadas representan la lucha — ella había sospechado eso la primera vez que reparó en el escudo — ¿pero qué significa la rosa? — preguntó llena de curiosidad.

—La flor favorita de mi tatarabuela eran las rosas — se encogió de hombros.

—Es una historia preciosa — los ojos se la empañaron — un amor épico, tan intenso, tan real... capaz de superarlo todo — a él se le disparó el corazón con sus palabras.

—¿Crees en ese tipo de amor? — preguntó él maldiciendo al difunto príncipe Enrique por haber despertado esos sentimientos en ella.

—¿Crear en él? — le miró divertida — ¡sueño con un amor así! Un amor que me consuma, que me haga perder la cabeza y el sentido común — suspiró emocionada — ojalá yo encontrase a alguien al que entregarle mi corazón y que él me amara con esa intensidad — volvió a suspirar, ella ya amaba así a alguien — ¿qué opinas tú del amor?

—No puedo darte una respuesta a esa pregunta — se encogió de hombros — he visto a grandes hombres, valientes guerreros arrastrarse como alimañas por el amor de una mujer, he visto como otros se olvidaban de la lealtad y el honor... lo cierto es que no estoy seguro de querer enamorarme jamás, por supuesto disfruto con las mujeres y reconozco que no hay mayor placer que su amorosa compañía, pero no me veo capaz de anteponer a una mujer por encima de todo lo demás — se odiaba a sí mismo por mentir así, pero no podía decirle lo que sentía, ella se quedó pálida de repente y sintió como su corazón se rompía.

—Mis padres decían que el amor era algo más intenso que el deseo carnal y la pasión desenfrenada, que cuando se sentía, se daba la vida por la felicidad de la persona amada — casi se echó a llorar al recordar aquella conversación con su hermano cuando éste volvió de su viaje para conocer a su prometida,

parecía que había pasado un siglo desde aquella ocasión — por aquel entonces yo no comprendía su significado.

—Mis padres también se amaban mucho — reconoció él — mi madre decía que la lealtad nació en el corazón de una mujer enamorada — la miró de nuevo — tampoco lo entendía y a día de hoy sigo sin hacerlo.

Los dos estallaron en carcajadas ante sus palabras y su gesto de total confusión.

Ya habían pasado casi cuatro meses desde que Katherine llegó al castillo del clan McRae en Nairn y aunque aún había familias que no terminaban de confiar en ella, lo cierto es que la mayoría la trataban como a la señora de la casa, pues se habían dado cuenta de que algo ocurría entre su *laird* y la inglesa.

Un día en el que estaban paseando a caballo por la costa, uno de sus hombres se acercó a él al galope.

—Mi *laird* — le dijo solemne — lamento interrumpir, pero el *laird* del clan McGregor desea hablar — miró un segundo a la inglesa — lo antes posible.

Ian captó enseguida lo que su hermano de clan quería decirle, por lo que cogió las riendas del caballo de ella, las ató a su montura y después la sujetó fuerte por la cintura y sin preguntarle, la subió a su caballo poniéndola delante de él, estaba totalmente pegada a su cuerpo, su olor y su calor le envolvían y eso le estaba torturando, salió al galope.

—¿Por qué me has sentado en tu caballo? — preguntó ella incrédula por su actitud.

—Porque tenemos que ir al galope y no quiero que te caigas al suelo y te rompas el cuello — la estrechó entre sus brazos con la excusa de espolear a su caballo.

Katherine podía sentir cómo la ira se abría paso a patadas por su interior, ¿acaso ese highlander se creía que ella era una muñequita? ¿De verdad la había cogido por la cintura como si pudiese manejarla a su antojo? ¿Es que nadie le había dicho que eso era una afrenta? ¿Cómo era posible que acabase de insultarla de semejante forma? ¡Al menos podría haberle preguntado si ella sabía montar al galope!

Como no podía hacer otra cosa se cruzó de brazos y permitió que su enfado aumentase. ¡Ese hombre la estaba volviendo loca! Sí, se había tomado demasiadas libertades con ella, pero ¿era eso lo que realmente la molestaba? Bufó frustrada. No, no era eso lo que la había hecho perder los nervios. Sentir el calor que él desprendía, la forma tan protectora en la que su cuerpo envolvía el de ella, el ritmo desahogado al que su corazón latía por la cercanía de él... y su olor, ese olor a hombre, a madera, a tierra mojada y a virilidad. ¿No se supone que un hombre que cría ganado tiene que oler diferente? ¡Pero no! ¡Ian McRae tenía que oler condenadamente bien!

Volvió a bufar enfadándose más y más con ella misma.

A duras penas Ian conseguía reprimir y esconder la sonrisa que se formaba en sus labios. Cuando la cogió de la cintura todo su cuerpo se tensó como la cuerda de un arco, sabía que era muy peligroso para su obsesión estar tan cerca de ella, pero la ocasión era irrepetible y él no la iba a desaprovechar, sentirla tan cerca de su cuerpo, poder abrazarla disimuladamente era algo que le afectaba muy íntimamente, incluso había estado a punto de disculparse con ella cuando le preguntó que por qué la había cambiado de caballo... pero entonces la oyó bufar y algo dentro de él le dijo que la incomodidad de ella no se debía a que no quisiera mostrar que no sabía montar a caballo, si no que probablemente se debiese a él, por estar tan cerca que podían sentir latir el corazón del otro.

Y su orgullo masculino, su ego, se hinchó. Si a ella le afectaba de una forma tan clara estar tan cerca de él, quizá tuviese la oportunidad de seducirla. Y ahora que lo había descubierto no iba a cejar en su empeño, esa mujer sería suya en cuerpo y alma, lo sentía dentro de él, ella le pertenecía de la misma manera que él le pertenecía a ella.

En cuanto llegaron al castillo, Ian bajó de su montura con agilidad y sin preguntarle de nuevo la sujetó por las caderas en un gesto íntimo y premeditado, y con tanto anhelo como esperanza y deseo, observó su reacción. Los ojos de Katherine se abrieron por la sorpresa, sus mejillas se ruborizaron y no se atrevía a mirarle a los ojos. Ian se sentía eufórico ¡Por los Dioses! Si no tuviese que ir a hablar con el *laird* McGregor iba a subirla hasta su alcoba y allí la presionaría hasta que cediese a sus deseos o hasta que le golpease.

—Ya estás a salvo — la susurró al oído cuando la posó en el suelo con

deliberada lentitud restregándola contra su duro cuerpo.

—Muchas gracias — tenía la garganta seca y no fue capaz de mirarle a los ojos.

Acto seguido se irguió, cuadró los hombros y con un paso totalmente femenino pese a su firmeza se alejó de él en dirección al interior del castillo. Él la observaba hechizado, esa mujer era su perdición, pero estaba completamente seguro de que merecía la pena, incluso si pudiese, le daría cien vidas para descubrir con calma todo lo que ella le hacía sentir.

—Mi *laird* — Logan le sacó de sus ensoñaciones — deja de mirarla así, todos tenemos claro que ya tienes las pelotas azules — le dio una palmada en el hombro.

—Algún día voy a cortarte la lengua Logan — le dijo sin poder dejar de mirar el sensual vaivén de las caderas de la inglesa.

—Mientras sigas embobado con ella no me preocupa mi lengua — se rio — sin embargo que te quedes impotente sí que me preocupa — otra carcajada salió de su garganta — ¡oye! ¿Es literal eso del color azul? — se acercó a su *laird* y estiró la mano con la intención de bajarle los pantalones cuando sintió algo duro contra su parte más íntima.

—Tócame y te convierto en eunuco — Ian estaba furioso, hasta sus hermanos se habían dado cuenta de su debilidad, apretó un poco más su puñal contra la entrepierna de Logan, éste había levantado las manos en señal de debilidad — ¿cuándo vas a aprender a comportarte? — le preguntó fulminándole con la mirada.

—Lo lamento mi *laird* — dio un paso atrás y después se giró para montar en su caballo intentando disimular la sonrisa que tenía en los labios.

Ian montó en su semental de nuevo y los tres hombres se dirigieron al este para la reunión con el clan de los McGregor, no llevaban ni dos minutos cabalgando cuando Ian se puso entre sus hombres.

—Aún no son de color azul — dijo de repente y los highlanders estallaron en carcajadas — muy bonito — espoleó a su caballo y se alejó un poco de ellos.

—No te pongas así mi *laird* — le dijo Logan cabalgando de nuevo a su lado — pero desde que eras pequeño nunca has tenido una debilidad y esto es muy divertido para nosotros.

—¡Qué suerte que me tenéis para divertirlos! — exclamó furioso.

—Ian — le dijo mirándole y deteniendo el galope — no es sólo deseo ¿verdad? — No recibió respuesta — ¡por los Dioses! ¡Es cierto! ¡Estás enamorado! — estalló en carcajadas.

—Te juro que no sé por qué aún sigues vivo — le fulminó con la mirada.

—Venga Ian — se acercó a él — sabes que puedes contar conmigo siempre que quieras y para lo que quieras, no sólo eres mi *laird*, también eres mi amigo, mi hermano.

—Gracias Logan — dijo sin mirarle.

—¡Pero prepárate para lo que se te viene encima! — estalló en carcajadas de nuevo.

Ian bufó y maldijo en voz alta. Todos los varones del clan iban a estar al corriente de lo que sucedía en cuanto volviesen al castillo. Los días iban a ser una auténtica tortura para él y lo peor de todo era que no podría callarles con una sonrisa de satisfacción masculina porque la condenada inglesa no se lo iba a poner fácil. Y eso hacía que la desease aún más.

Capítulo 12

Cablgaron al galope hasta que entraron en las tierras de los McGregor, el *laird* de esos dominios les esperaba flanqueado por tres hombres, un gesto que no le gustó lo más mínimo a Ian, siempre habían sido aliados y eso era claramente una muestra de desconfianza.

—McGregor — dijo en cuanto llegó hasta él — ¿traes a tus guerreros? — preguntó lleno de ira.

—McRae no seas imbécil — respondió tranquilo — los dos sabemos que en una pelea no tendrías problemas en cortarme la cabeza — le miró a los ojos e Ian sintió como respetaba más aún a ese hombre — no están aquí por ti, están aquí por las personas que faltan en esta reunión.

En ese momento cuatro jinetes envueltos en capas oscuras aparecieron al fondo de la pradera en la que estaban. Ian y sus hombres se pusieron en guardia inmediatamente. Logan y Marcus se pusieron delante de él para protegerle lo que provocó que se enfureciera aún más, éste les miró taladrándoles la cabeza, ambos bufaron y se apartaron de su camino, sabían que su *laird* era más que capaz de protegerse sólo, pero se suponía que ese era su trabajo, aunque cuando habían peleado siempre era Ian el que acababa protegiendo la vida de alguno de sus hermanos.

McGregor observaba divertido. El viejo Niall tenía suerte de tener a un heredero como él, sin duda alguna Ian era un buen *laird* y también un buen hombre. Su esposa sólo había podido darle dos hijas y ninguna de ellas tenía el arrojo suficiente para liderar a su clan y él no se veía capaz de entregarlas para sobrevivir, eran demasiado especiales. En el pasado había tenido la esperanza de que alguna de ellas encandilara a Ian McRae, pero esa circunstancia jamás se dio.

Los jinetes llegaron hasta ellos, arrojaron un pesado bulto envuelto en pieles y esperaron hasta que recibieron una bolsa llena de monedas.

Ambos *lairds* les observaron alejarse y perderse en el bosque.

—¿Por qué has pagado el precio? — preguntó Ian desconfiado.

—Porque esto es un “regalo” — se bajó del caballo con cierta dificultad, gesto que no pasó desapercibido para nadie y McRae también desmontó — necesito tu protección Ian, mi clan está en peligro, sólo tengo dos hijas y los McIntosh están haciendo incursiones en mi territorio.

—No necesitas regalos para eso Angus — le tuteaba por primera vez — nuestros clanes son aliados por tu amistad con mi padre, eso es ley, lo sabes.

—Considéralo un refuerzo de esa amistad entonces, pero prométeme que acudirás en mi ayuda si las cosas se complican — le ofreció su mano.

—Palabra de highlander Angus — Ian aferró con fuerza el antebrazo de Angus y éste el de él — No estás solo, acudiremos a tu llamada.

—Gracias — y le salió de lo más profundo de su corazón.

Tras mirarse a los ojos fijamente durante unos instantes para reforzar la promesa que las palabras habían hecho, ambos *lairds* se acercaron al bulto inerte que descansaba en la hierba mojada, pero Logan y otro de los escoltas de McGregor se les adelantaron y lo destaparon antes de que pudiesen quejarse.

A todos se les congeló la sangre en las venas.

Conocían al hombre que estaba a las puertas de la muerte, prácticamente desnudo y con su cuerpo lleno de heridas que revelaban una cruel tortura. Ellos no entendían esa clase de maldad, sí, entre sus antepasados había habido secuestros, luchas interminables y sangrientas, pero no había habido ensañamiento, conocían su reputación, pero ellos eran incapaces de hacer algo parecido.

Logan miró a su *laird* preguntando con la mirada qué debían hacer.

Ian no lo dudó, se quitó su capa de pieles y la usó para tapar al hombre que tenían delante de él, comenzó a levantarlo y los hombres le ayudaron, lo echaron sobre su semental y cogió las riendas.

—¡Mi *laird*! — protestó el joven Dilan — ¡no puedes dejarle tu caballo a un moribundo y tú ir andando!

Todos alzaron las cejas por las palabras del joven y éste enseguida se encogió ante ellos, hasta él se había dado cuenta de que había sido una falta de

respeto. Miró a su *laird* a los ojos, aceptaría su castigo con honor.

—Dilan — dijo Ian — puedo hacer lo que me dé la gana — él asintió avergonzado — pero agradezco tu preocupación — sonrió misterioso.

En su cabeza ya se había empezado a formar un plan, sí, era mezquino, retorcido y probablemente no funcionase, pero ¡qué Diablos! Era una forma maravillosa de acercarse a su inglesa, de demostrarle que él no era un salvaje, que era un héroe, no es que él se creyese esas palabras, pero deseaba de todo corazón que ella sí lo hiciese. Casi podía saborear la gratitud de ella en sus labios y en una parte muy específica de su anatomía.

—Mi *laird*, coged mi caballo — la mirada que le dedicó le enterneció, Dilan sería un bravo guerrero, tan sólo era demasiado joven.

—¡Por los Dioses! — intervino Logan — Ian sube al maldito caballo y vámonos — le tendió su brazo al joven y le levantó para colocarle detrás de él — me estoy calando hasta los huesos — volvió a protestar.

Todos rieron a carcajadas, se despidieron del clan McGregor y salieron al galope.

Logan se adelantó cuando se acercaron al castillo para asegurarse de que Katherine no estaba por los alrededores, a quien sí vio fue a Fergus besando a escondidas a Nerys y sonrió para sus adentros, esos dos conseguirían que a él le cortasen la cabeza, le encantaba ver a sus amigos enamorados y aunque jamás lo reconocería, se moría de ganas por sentir algo tan intenso.

Cuando se cercioró de que Katherine estaba en la habitación del viejo Niall, se lo comunicó a Ian, rápidamente llevaron al hombre hasta una pequeña habitación en el ala contraria del castillo y llamaron a la curandera.

Se moría de ganas por acompañar a su preciosa inglesa hasta aquella habitación, pero no lo haría si la sanadora no les daba alguna esperanza, pues por nada del mundo querría causarle más dolor aún del que ya sentía.

—Mi *laird* — dijo la mujer portando una bolsa donde llevaba sus remedios.

—Dame tu opinión sanadora — cerró la puerta tras ella y destapó al hombre.

—¡Por los Dioses! — exclamó ella — ¿quién ha sido tan salvaje? — preguntó pero nadie respondió — no puedo hacer una valoración si no limpio primero el cuerpo, hay demasiada sangre seca que me impide ver con claridad.

Ese era un contratiempo con el que no había contado, podían haber pasado con el herido sin levantar demasiadas sospechas, pero si empezaban a llevar tinas de agua a una habitación, alguien se percataría de que limpiaban a un herido y esas cosas corrían como la pólvora. Pero no había otra opción.

Llamaron a Idoia y enseguida se pusieron a calentar agua, al cabo de unos minutos, la chimenea de esa habitación crepitaba por el fuego para caldear el ambiente y poco después, una de las muchachas traía una pesada tina, Ian la ayudó y la puso al lado de la sanadora. Ésta echó unos polvos y el agua se enturbió ligeramente.

Sacó un paño de su bolsa y comenzó a limpiar el rostro sanguinolento del hombre. Lo hizo con extrema delicadeza, pues no estaba segura sobre cuales eran heridas abiertas y cuales eran cicatrices infectadas. Después procedió a limpiar el cuello y continuó por el torso.

Las mujeres no paraban de traer tinas de agua limpia y se llevaban las otras con el líquido teñido de sangre. Cuando Idoia transportaba uno de esos recipientes se cruzó con Katherine que la miró preocupada.

—¿Hay algún herido? — preguntó ella y el corazón se le paró al imaginar que podría ser el *laird*.

—Sí mi señora — le dijo con lágrimas en los ojos — es una desgracia, una desgracia... — la mujer se alejó con la tina rápidamente.

Katherine sintió como se le rompía el corazón, casi literalmente le estalló dentro del pecho. No podía ser, no... su Ian no... algo le llamó la atención, ¿desde cuándo era *su* Ian? Eso ahora no importaba... no, lo único que importaba era que él estaba herido, pero aún tenía que estar vivo, sin pensar en lo que hacía se dirigió casi corriendo hacia la puerta por la que otra joven llevaba otra tina de agua y la atravesó sin llamar.

Se tropezó con un fuerte pecho masculino que la sujetó por los hombros, cerró los ojos e intentó pelear, no podía llorar, pero ¡oh Dios! No podía perderle, a él no... ahora no... entonces percibió el olor a madera y tierra mojada y se atrevió a abrir los ojos.

Se perdió en la mirada sensual y caliente de Ian, sus maravillosos ojos de color miel la calentaron el alma y sin perder un segundo ni pensar en lo que hacía, le abrazó con fuerza, con mucha más fuerza de la que pensaba que tenía,

el corazón le latía desbocado en el pecho, la sangre le hervía en las venas, durante el segundo que pensó que le había perdido se sintió morir ella también y ahora estaba entre sus brazos, a salvo, de nuevo protegida y deseó besarle con toda su alma, deseó entregarse a él, sin límites, sin vergüenza, porque ella le pertenecía.

—¿Te alegras de verme? — le preguntó él tan sorprendido como orgulloso.

—No te imaginas cuánto — susurró ella, luchaba por mantener la compostura, pero se estaba tan bien entre sus brazos que le resultaba imposible separarse — gracias a Dios que estás bien — apoyó la cara contra su pecho y escuchó el latido de su errático corazón.

Inmediatamente se separó de él, ¿cómo había sido tan estúpida? ¿En qué momento había dejado de usar la cabeza para pensar? ¿Cómo había llegado a la absurda idea de que tenía alguna posibilidad con él? Tan sólo era una mujer perdida y desvalida, tan sólo era una don nadie a la que no quería dejar morir a la intemperie, jamás sería quien ella anhelaba que fuera. Se había dejado llevar y le había abrazado porque necesitaba el contacto con él para creer que era real, que estaba sano y salvo, pero evidentemente había sido un error, seguramente estaba furioso con ella.

Ian sintió como si el aire abandonase sus pulmones de golpe, como un puñetazo en el estómago, como un puñal clavado en el corazón cuando ella se alejó de él de golpe. Quería golpear algo, gritar de pura frustración. Por un momento se había permitido imaginar que ella sentía algo por él, algo tan intenso que le había llevado a romper todas sus preciadas reglas de protocolo y le había abrazado con fuerza, con intensidad, casi con pasión, como si temiese perderle, como si de verdad le importase su vida... el corazón se le rompió en mil pedazos... claro que le importaba, temía que si él muriese a ella la echasen del castillo. ¿En qué cabeza entraba que una mujer como ella se enamorase de un salvaje como él?

—Mi *laird* — interrumpió la sanadora devolviéndoles a ambos a la realidad — me gustaría que Katherine me ayudase con las suturas — Ian la miró sin comprender — en estas semanas me ha estado ayudando y lo cierto es que tiene unas manos asombrosas para coser heridas, apenas quedan cicatrices.

—No podías estarte quieta ¿verdad? — le dijo y sonó enfadado, aunque no lo estaba con ella.

—Lo siento *laird* — las mejillas le ardían y retenía a duras penas las lágrimas — sólo quería ayudar.

—Mi *laird* — dijo de nuevo la sanadora y él hizo un gesto con la cabeza.

—Milady — dijo Ian, debía decirle quién era el hombre que esperaba a ser cosido, la sujetó por los hombros — no sé cómo decirte esto — su cabeza funcionaba a mil por hora, pero no encontraba las palabras — él...

Pero ella ya no le escuchaba, había tenido un terrible presentimiento y se había revuelto en sus brazos para mirar al hombre herido al que la sanadora estaba limpiando con tanta ternura.

—Jacobó — susurró ella y cayó de rodillas al lado de su hermano.

El mundo dejó de girar.

Durante unos segundos nadie en la habitación se atrevía casi ni a respirar. A la sanadora le había costado un segundo entender que el hombre al que iba a sanar era el hermano mayor de Katherine, recordó de golpe las mañanas que habían pasado juntas mientras le hacían las curas al viejo Niall, ella les había contado anécdotas de todo tipo de su hermano y de sus padres, siempre que lo hacía, los ojos se le llenaban de lágrimas.

Ian la vio de repente tan sola de nuevo como cuando llegó al castillo y una terrible verdad le golpeó con fuerza, algo en lo que no había pensado hasta ese momento. Si Jacobo sobrevivía, reclamaría su ducado tal y como le correspondía y se llevaría con él a Katherine alejándola de él y que los Dioses le guiasen, porque no estaba seguro de permitir semejante acción.

Con toda la dulzura de la que fue capaz, la ayudó a levantarse del suelo y buscó su mirada, pero ella sólo miraba a su hermano, las lágrimas le caían por el rostro, en silencio. Y él casi podía ver cómo su corazón se restablecía y aunque se sentía miserable por ello, odió con todas sus fuerzas que Jacobo hubiese aparecido y durante un segundo deseó que no sobreviviese, él quería curar el corazón de la mujer que amaba, porque ya no había duda, la amaba profundamente y necesitaba ser él quien la hiciese feliz.

Apartó con rabia de su mente la idea de que el caballero no despertase, eso le rompería el corazón de nuevo a su preciosa inglesa, y él lo que más anhelaba en esta vida, era que ella fuese feliz. Y si eso significaba que ella volviese a Durham, que así fuese, aunque él muriese por dentro. Se sentía tan

confuso y contrariado que apenas podía contener la rabia que le carcomía por dentro.

Capítulo 13

Katherine estaba abrumada. Había rogado a Dios cada noche que le permitiesen volver a ver a su familia durante un segundo, tan sólo uno, aunque sólo fuese para decirles adiós, para que viesen en sus ojos que les amaba profundamente y que la perdonasen por haberse enamorado de un highlander. Sabía que su familia no tenía los prejuicios que tenían el resto de los ingleses, pero aun así necesitaba que lo entendiesen, que ella no había entregado su corazón y su alma al primer hombre al que vio, que había intentado no amarle, pero que le había sido totalmente imposible no hacerlo.

Y ahora tenía a su hermano ahí, delante de ella, peleando por seguir vivo mientras ella se sentía rota por dentro. La ley dictaba que Jacobo, como heredero debía reclamar el condado de Bradbury y ocupar el castillo de Durham. Y también exigía que velase por ella, por ser su hermana pequeña y por ser mujer, por lo que en cuanto se recuperase un poco y pudiese viajar a caballo, seguramente la arrancarían de ese lugar y la llevarían de nuevo al que antaño fue su hogar.

Las lágrimas empañaron sus ojos, si Jacobo la obligaba a volver a Inglaterra no volvería a ver los verdes y exuberantes valles, no podría oler el mar desde su ventana y no podría disfrutar de la belleza que se extendía ante ella cuando el sol bañaba de luz las tierras de los McRae. No podría volver a ver el maravilloso cielo añil lleno de nubes. Iba a echar terriblemente de menos aquellas tierras y a sus gentes. En especial al dueño y señor de aquel lugar que tanto le había dado.

Sintió las fuertes manos del *laird* en sus brazos ayudándola a ponerse de pie y una sensación de profunda tristeza se apoderó de su corazón. Le miró a los ojos fijamente y se alzó de puntillas para besarle en los labios.

—Gracias por traer a mi hermano *laird* — lloraba en silencio — estoy en deuda con vos y siempre le estaré agradecida.

Ian no podía pensar, se había quedado clavado en el sitio. Katherine le

había besado, un beso fugaz, extremadamente breve, pero que a él se le había grabado a fuego en el corazón. Sus labios eran calientes, dulces, sensuales... necesitaba más de ella. Lo necesitaba todo, pero cuando quiso reaccionar ya era tarde. Su inglesa se había lavado las manos y preparaba las suturas.

Katherine se concentró en lo que tenía que hacer, era el cuerpo de su hermano el que estaba inerte delante de ella, pero tenía que dejar a un lado sus sentimientos, tenía que ser fría y distante para hacerlo bien, las cicatrices no le importaban mucho, pero sí el hecho de cometer un error fatal y provocarle la muerte, pues sin duda, ésta quería a su hermano y le acechaba de cerca.

La mano de la sanadora se posó sobre la de ella y consiguió calmar su temblor, se miraron a los ojos y eso le dio las fuerzas que necesitaba, el corazón le galopaba en el pecho, la sangre le hervía en las venas y el aire apenas llenaba sus pulmones. Cerró los ojos un instante y procuró controlar la respiración, tenía que hacerlo bien y tenía que hacerlo rápido. La vida de su hermano dependía de ello y no podía fallarle, ya lo había hecho cuando el castillo de su padre cayó y el sentimiento de culpa ya era suficientemente pesado.

Tal y como la había enseñado la sanadora, preparó un poco de ungüento con unos polvos y un poco de agua limpia, cuando obtuvo la textura apropiada, la extendió por la terrible herida del costado pues era la más grave y se preparó para ayudar a coser las heridas, las lágrimas pugnaban por salir, pero se las limpió con rabia, no iba a permitir que una debilidad no le dejase hacer un buen trabajo.

Atravesaba la piel del cuerpo de su hermano con la aguja y el hilo y sentía en ella el dolor que debía padecer, pero estaba inconsciente y eso era de mucha ayuda, coser a un hombre consciente era una tortura para ambos.

Le dieron trece puntos, después de que la sanadora limpiara la sangre, extendió más ungüento y lo vendó con cariño. Tenía otra laceración en el muslo que ya había empezado a cerrar en falso por lo que se estaba infectando con rapidez, con todo el dolor de su corazón, cogió el puñal y lo lavó, después abrió de nuevo la herida y comenzó a limpiarla con cuidado, entre las dos extirparon toda la infección y cuando dejó de supurar, puso un paño limpio para contener la sangre mientras preparaba otra crema.

Tanto la curandera como Ian la observaban en silencio, sin duda alguna,

la inglesa tenía una mano especial para la sanación, no había más que observar la forma en la que llevaba a cabo los cuidados. Pero ella no se percató de que estaba siendo observada por varias personas que habían entrado al enterarse de que el hermano de la inglesa había aparecido.

Cuando tuvo preparada la mezcla de hierbas, le echó unas gotas de agua caliente y lo mezcló despacio, lo extendió sobre la herida abierta y procedió a coser la piel, esta vez le dio ocho puntos nada más, le extendió más del primer ungüento y procedió a vendarle la pierna.

—Un buen trabajo — le dijo la sanadora — gracias por tu ayuda.

—Gracias por atender a mi hermano — la miró con los ojos llorosos — le van a quedar demasiadas cicatrices — se lamentó — ¿sabes? Jacobo era un hombre muy apuesto, traía a todas las mujeres locas... — sonrió ante el recuerdo.

—Tranquila, los cortes son superficiales en la mayor parte del cuerpo — la abrazó con cariño — estoy convencida de que volverá a ser el rompecorazones que era.

—¿Se recuperará? — preguntó preocupada, la sanadora suspiró.

—Eso espero — no dejó de abrazarla — parece un hombre fuerte, aunque me preocupa el tono de su piel y de sus ojos, es como si no hubiese comido ni bebido durante varios días, sin embargo, no tiene ningún hueso roto, por lo que si conseguimos que la infección no se extienda, debería despertar en un día más o menos y en cuanto recupere las fuerzas, veremos...

—¿Qué te preocupa? — ya empezaba a conocerla y sabía que se había callado algo.

—Tendremos que esperar a ver si es capaz de moverse por sí mismo para ver si hay lesiones que no hemos visto — ella sabía lo que eso suponía para un guerrero, veía el dolor en los ojos del viejo Niall cada día, postrarle en aquella cama le estaba matando lentamente.

—Pase lo que pase — la miró — gracias de todo corazón — la abrazó con fuerza — gracias por curar a mi hermano, gracias por enseñarme, gracias por ser como eres.

—Eso suena a despedida — adivinó la curandera.

—Ya veremos — respondió ella con el corazón encogido en el pecho.

Durante todo el tiempo, Ian había estado observando a la preciosa inglesa que le había robado el corazón. Había sentido su dolor cuando cerraba los ojos con fuerza para evitar llorar, había visto cómo le temblaba el labio inferior mientras cosía a su hermano, se dio cuenta de lo tensa que estaba mientras aplicaba los ungüentos... estaba aterrorizada, sin embargo había sido capaz de llevar a cabo un trabajo magnífico y apenas le iban a quedar cicatrices. Y no pudo evitar sentirse profundamente orgulloso de ella.

Pero no resistió sus palabras cuando hablaba con la sanadora, a él también le había dado la sensación de que había sido una despedida y eso le consumía, el corazón le dolía y era como si hubiese perdido la mitad de su alma.

Se aferró a un clavo ardiendo, esperó que como era costumbre, cuando el castillo durmiese, ella se levantase a beber leche caliente con miel frente al fuego del Gran Salón, por lo que la esperó, lo hizo durante horas, pero hasta que el sol no comenzó a brillar en el cielo, él no se dio por vencido, finalmente cedió y se fue a su alcoba, pero de camino pasó a ver al caballero que deseaba que se recuperase, así al menos la vería sonreír de nuevo.

Entró en silencio y lo que vio le rompió más aún el corazón. Ella descansaba la cabeza sobre el borde del jergón de él, le había cogido una de sus manos entre las de ella. Era tan hermosa que le dolía mirarla, su precioso pelo negro caía como una cascada azabache y aunque tenía el rictus tenso y era evidente que sus sueños no eran placenteros, no pudo evitar deleitarse en su belleza, sí, era la mujer más hermosa que él jamás hubiese visto, pero también era dulce, buena, delicada, honesta, tierna y muy cariñosa.

Él sabía todo lo que ocurría en sus dominios y la gente del clan le habían empezado a comunicar que ella les estaba ayudando a hacer varias tareas, todas ellas muy por debajo de su clase de dama de alta alcurnia, pero al parecer eso a ella no le importaba. Curaba las heridas de los niños con besos y canciones de cuna, ayudaba a los ancianos y les llevaba pan caliente y vino, incluso ayudó a la sanadora en un parto y el feliz padre juraba y perjuraba que de no haber sido por ella, todos habrían perdido la esperanza, el bebé había nacido inerte, pero ella se negó a creerlo, destapó el pecho de la madre, puso el pequeño cuerpo sobre ella y les tapó con pieles mientras les susurraba a

ambos al oído.

Todo fueron gritos, silbidos y juramentos de lealtad, cuando el niño comenzó a moverse y más tarde a llorar. La mitad del clan la adoraba y la otra mitad la veneraban.

Cerró la puerta y se metió en sus aposentos, se desnudó y decidió que lo mejor que podía hacer era dormir durante al menos un par de horas, le esperaba un largo día por delante.

Al despertar, ella seguía con su hermano, por lo que dado el humor que tenía era mejor para todos que él mantuviese las distancias y eso hizo. Dio permiso para que se dispusiesen las comidas para el clan sin estar él presente, se despidió de su padre y salió a toda velocidad en busca de su semental.

Llegó a la parte oeste de sus territorios y decidió quedarse con sus hermanos durante un par de días, al menos eso le serviría para intentar olvidarse de la inglesa.

—Vaya... — Fergus le sacó de sus pensamientos — ¡qué raro verte por aquí!
— le palmeó en la espalda.

—Ya ves — ni siquiera le miró — se suponía que tenías que estar en el castillo.

—Mi *laird*, te respeto, pero ni siquiera tú puedes obligarme a ver cada día a Nerys y no poder acercarme a ella — él tampoco le miraba.

—Hablaré con mi padre — dijo reconociendo que no estaban siendo justos con ellos.

—Pensé que eras tú el que se oponía — ahora sí que le miraba de frente.

—No me gusta saber que te acuestas con mi hermana — el otro bajó la vista — pero sé que ella no se entregaría a un hombre al que no amase, así que algo habrás hecho bien.

—Hago muchas cosas bien — sonrió orgulloso.

—No te pases — le advirtió Ian — sigue siendo mi hermana pequeña.

—Si sabías lo que ocurría, ¿por qué no nos permites estar juntos? — se sentía confuso.

—Porque te veía como a mi hermano y tampoco entendía cómo te sentías —

dejó de mirarle para perder la vista en el horizonte.

—Hasta ahora — Fergus sabía que la inglesa había trastocado todos los planes de Ian.

—Hasta ahora — le confirmó su *laird*.

—Seguimos siendo hermanos — Fergus le miraba y por un segundo dudó de si se trataba de una pregunta o una afirmación.

—Siempre lo seremos — confirmó sintiendo en lo más profundo de su ser que así sería.

Vigilaron la frontera de sus territorios durante la noche en completo silencio, Ian se convenció a sí mismo de que le venían bien estos ejercicios, pues dormir siempre sobre una cama cómoda y caliente le estaba volviendo más blando. De lo contrario, esa mujer de cabello negro como la noche y hechizantes ojos azules, por muy hermosa que fuera, no se le habría colado tan hondo.

Capítulo 14

Jacobo llevaba tres días inconsciente y no parecía que eso fuese a cambiar.

Tres días en los que Katherine no se separó de su lecho, tan sólo abandonaba la habitación cuando Idoia, la curandera o Nerys la arrastraban hasta su alcoba y la obligaban a comer algo y a descansar en una cama en condiciones. La preocupación por su hermano estaba acabando con ella, aunque sabía que eso tan sólo era el principio de lo que realmente la estaba destrozando el corazón. Durante esos días no había visto a Ian ni una sola vez.

La primera noche no fue junto al fuego para estar con él porque no soportaba separarse de su hermano, pero después, cada noche había acudido para sentarse con él frente a la gran chimenea, compartir una jarra de leche caliente con miel y hablar como lo llevaban haciendo tantas y tantas noches. Pero él no aparecía porque se había ido del castillo, a la frontera oeste por lo que escuchó a varias jóvenes.

Entró en silencio en la alcoba de Jacobo y se sentó a su lado suspirando de nuevo. Daba gracias a Dios por tenerle a su lado, pero deseaba que despertase de una vez, se sentía tan sola y perdida que le necesitaba consciente para empaparse de su fuerza y su entereza.

Echaba de menos al *laird*, demasiado para el bienestar de su mente y su corazón, sabía que había sido un error besarle, ¡pero por Dios! ¿Tenía que irse a la frontera más peligrosa de sus dominios para no volver a verla? Imaginó lo bien que se tomaría la noticia de que su hermano se la llevaría a Durham y el corazón se le rompió de nuevo.

Sí, ese castillo había sido su hogar, donde nació, donde creció, donde fue inmensamente feliz porque tenía a su familia con ella... pero no estaba segura de poder volver allí y no sólo debido a que lo vio envuelto en llamas y totalmente cubierto por los cadáveres de sus gentes, sino porque ahora había encontrado que se sentía a gusto en las Highlands, se había acostumbrado a las

bajas temperaturas y a la lluvia casi constante y estaba totalmente enamorada de la vida y la libertad que se respiraba en sus verdes valles, pero sobre todo a lo que ya no podría renunciar era a compartir unas horas frente al fuego, bebiendo leche caliente con miel, al lado del hombre del que estaba enamorada.

No sabía qué podía hacer o decir, de forma que acudió al recuerdo de su madre y a algo que siempre la consolaba. Controló las lágrimas que pugnaban por salir y comenzó a cantar.

*“Cuento la historia de un viejo lugar
Que por la noche escuchaba cantar
Tengo recuerdos de noches de sol
Y días fríos buscando calor
Duerme mi niña, no llores más
Que las estrellas te cuidarán
Duerme mi niña, duérmete ya
Y así tus sueños dulces serán
Si te despiertas yo estaré aquí
Siempre a tu lado, velando por ti
Los sabios duendes vigilarán
Y así la luna descansará” **

—Cantas igual que madre — dijo en un susurro Jacobo.

—¡Oh Dios mío! — exclamó ella — ¡has despertado! — le besó en la mejilla — ¡oh Dios mío! Has vuelto, has vuelto, has vuelto — no podía dejar de hablar.

—¿Estás viva de verdad o eres una alucinación? — preguntó él mirándola fijamente, no la veía con nitidez.

—Te quiero hermano mío, te quiero tanto que ha sido una tortura vivir sin ti — le abrazó con fuerza — soy real, te lo prometo, estoy aquí, a tu lado.

—¡Oh Señor! — exclamó él abrazándola con fuerza — mi pequeña, mi pequeña — la besaba en el pelo y la mecía como cuando era una niña.

—Suéltame Jacobo, podrían abrirse las heridas — reaccionó ella.

—Me da igual Katherine — la abrazó con más fuerza — por fin te he encontrado.

Hablaron durante horas mientras la curandera revisaba las heridas y les escuchaba encantada de la vida, le había cogido mucho cariño a la inglesa y buscaba desesperada alguna solución para que ella no volviese a su tierra, sabía que aunque ella lo desease, jamás podría olvidar los cadáveres que vio y las llamas comiéndose el castillo de su padre.

Logan llegó junto a su *laird*, sabía lo que tenía que decirle, pero no sabía cómo hacerlo. Pese a que le admiraba y le debía su lealtad, pese a las bromas y las veces que le hablaba como si no fuese su *laird*, no sabía cómo decirle que su tiempo con la inglesa se le acababa. Lo que más odiaba en el mundo era ver sufrir a Ian y ahora él sería el portador de la noticia que le destrozaría el corazón.

Le vio en medio de una pelea a espadas contra uno de los espías del clan de los Sutherland, bajó de su caballo raudo espada en mano para apoyar a su señor, pero al acercarse vio como Fergus, Dilan y otros se habían sentado en el suelo y parecían disfrutar del espectáculo. Se acercó a ellos.

—¿Qué ocurre? — preguntó a Fergus.

—Aquí don valiente, que ha retado a Ian a un combate con espadas cuando le pilló intentando colarse en nuestras tierras — le hizo un gesto para que se sentara a su lado.

—Y el resto de su clan, ¿dónde están? — preguntó.

—Dilan les llevó el mensaje de que si querían guerra, tendrían guerra, pero que el espía iba a morir por retar a nuestro *laird* — se encogió de hombros — respondieron que aceptaban el castigo por infringir el acuerdo de paz — le miró con una sonrisa — y aquí estamos, viendo como Ian ejerce de profesor con ese crío.

Logan estuvo de acuerdo con su amigo, si Ian hubiese querido matar a ese muchacho ya lo habría hecho, sin embargo le estaba corrigiendo en las posturas e incluso le había dado una espada menos pesada, pues el chico era joven y bastante delgado.

Finalmente el chico se rindió, dejó caer la espada y se puso de rodillas para aceptar la pena de muerte. Ian le felicitó por algunos movimientos que le habían sorprendido y le dijo que fuese a su tienda para compartir una comida

con él. El joven no entendía nada y aunque fue custodiado por Fergus y Dilan, acató las órdenes sin dilación.

—Ha despertado — adivinó Ian cuando se fijó en la expresión de Logan, éste asintió en silencio — bien, ahora ella podrá ser feliz — metió la espada en su funda.

—También he venido porque los McGregor han vuelto a pedirnos ayuda ya que intentaron secuestrar a una de las hijas de Angus cuando ésta estaba cepillando a su yegua — se preparó para lo que se avecinaba.

—¿Cómo has dicho? — gritó tan fuerte que varios hombres se giraron a mirarle — los McIntosh no tienen ni idea de cómo funcionan los acuerdos de paz, vamos a tener que recordárselo — estaba furioso — ¿cuál de ellas fue?

—Athdara — respondió Logan cabreado por el ataque a una de las mujeres, en especial a esa mujer.

—¿Grizela está bien? — volvió a preguntar.

—Sí mi *laird*, sólo estaba una de las hermanas.

—Bien, coge a varios hombres e id a los dominios del clan McGregor y dile al viejo Angus esto de mi parte — le miró fijamente — nadie daña a un amigo y sale impune de ello — Logan asintió — dile que os de acceso a las defensas y os quedaréis allí hasta que yo vaya a buscaros.

—Entendido mi *laird* — Logan le saludó y estrechó su antebrazo con fuerza — os esperaremos allí.

—Logan — le pidió Ian — protegerles lo mejor que podáis, Angus es amigo de mi padre y ahora mío también, pero ¿atacar a las mujeres?

—Sólo por eso habría que cortarles la cabeza — masculló Logan.

Tras volver con los hombres y repartir las órdenes para vigilar la frontera hasta que llegasen los relevos, se montó en su semental y cabalgó intentando no pensar en lo que debía hacer.

Cuando entró de nuevo en el castillo se encontró con la pequeña Jeannie, esa niña le decía a todo el mundo que estaba enamorada de él y que cuando se hiciese mujer, sería su esposa. Él la sonreía con cariño e intentaba convencerla de que debía encontrar a un buen hombre, uno mucho mejor que él, pero la niña no cedía.

Metió al caballo en su cuadra y suspiró antes de encaminarse al castillo. Volver a verla sabiendo que probablemente sería la última vez, le estaba destrozando por dentro. Sin embargo, al atravesar las puertas del Gran Salón no pudo evitar sonreír.

Katherine le contaba a su hermano cuál era el significado del escudo de armas de su familia y lo hacía con tanta pasión y entrega que sin hacer ruido se apoyó en la pared para poder escucharla, ella había sacado sus propias conclusiones sobre la historia que él le contó y entonces se dio cuenta de que su padre le había dado más detalles.

—¡Mi *laird*! — exclamó sorprendida Idoia al entrar y verle apoyado en una pared, lo que llamó la atención de los hermanos que se giraron para mirarle.

—¡Mi señor! — el caballero intentó levantarse pero se desplomó de nuevo en la silla.

—No soy tu señor Jacobo de Bradbury — se acercó hasta él — y no te levantes o el magnífico trabajo que tu hermana hizo cosiéndote las heridas no habrá servido de nada — se estrecharon las manos — me alegra veros en pie y consciente.

—Y yo me alegro de volver a veros *laird* — le dijo con sinceridad — gracias por cuidar de mi hermana, al parecer habéis conseguido que se sienta como en su hogar.

—Es digna del clan — respondió él, sabía que Jacobo lo entendería, había viajado con su padre muchas veces a las Highlands y les comprendía.

—Lo es sin duda alguna *laird* — aún estaba muy débil y no confiaba del todo en su instinto, pero juraría que el gran Ian McRae se había fijado en Katherine.

Idoia colocó frente al joven una bandeja llena de comida y Katherine comenzó a partirle la carne en trozos muy pequeños, pero se detuvo ante la mirada llena de ira de su hermano.

Jacobo había sobrevivido a la muerte de milagro, pero aun así no podía permitir que el *laird* McRae viese que estaba tan débil que ni siquiera podía comer por él mismo, a fin de cuentas era el conde de Bradbury, sí, había perdido su castillo y sus tierras, pero seguía siendo el digno sucesor de su padre.

—Tenemos que hablar — le dijo muy serio el *laird* y Jacobo asintió —

¿podrías dejarnos a solas? — le preguntó a Katherine que se le quedó mirando con los ojos como platos.

Miró a su hermano y éste le hizo un gesto para que se fuese, ¡increíble! ¡Esto era increíble! Primero la dejaba sola durante los días más importantes de su vida y ahora la echaba de una conversación con su hermano y lo más hiriente, con el beneplácito de éste.

Ni siquiera se molestó en contestar, salió airada del Gran Salón, no tenía ni idea de a dónde se dirigía, pero tenía que salir de allí para no partirle la cara a los dos hombres más importantes de su vida... bufaba con cada paso que daba, se sentía tremendamente frustrada y furiosa.

Los hombres la observaron salir del salón y Jacobo estuvo a punto de darle una palmada en el hombro al *laird*, ¡menuda la que se le venía encima! Su hermana era una fiera cuando bufaba de esa manera, en parte sentía lástima por él.

—Está en peligro — dijo Ian cuando estuvo seguro de que no podía escucharles, Jacobo le miró horrorizado — la Corona cree que mató al sucesor del Rey, la están buscando por toda Inglaterra — se pasó las manos por el pelo en señal de frustración — no puedes llevártela de aquí.

—No entiendo nada, ¿a quién se supone que ha matado? — a él le habían contado otra cosa mientras estuvo cautivo — ¿a Enrique? — preguntó confuso.

—No, a Ricardo — le miró fijamente — sé que es incapaz de hacer algo así, pero no ha dicho mucho sobre cómo consiguió escapar.

—¿Por qué crees que es incapaz de matar? — preguntó cada vez más confuso — pero si el que ha muerto es Ricardo, ¡me alegro! Él traicionó a mi padre y sus hombres fueron los que atacaron nuestro castillo.

—¿Cómo ocurrió? Tanto vos como vuestro padre sois excelentes estrategas, se decía que el castillo de Durham era inexpugnable — se sentó a su lado y decidió obviar la pregunta que le había hecho.

—Nos traicionaron *laird* — le costaba respirar — alguien a caballo dijo que la comitiva en la que viajaba mi hermana había sido atacada y nos dejamos llevar por el miedo a perderla, mi padre ordenó que todos los efectivos saliesen detrás de ellos y diesen caza a los culpables.

—Pero no hubo tal ataque — se aventuró a adivinar Ian.

—Sí que lo hubo, por lo que supe después, claro — cogió aire — del grupo que envió mi padre, tan sólo escaparon con vida tres hombres, dos de ellos murieron más tarde, el último compartió celda conmigo, me contó que había señales de pelea en el carruaje, sangre seca y algunas piedras del vestido de Katherine tiradas en el suelo, pero ni rastro de ella o de alguien de la comitiva — cogió aire de nuevo — el caso es que mientras nuestro ejército iba en busca de mi hermana, alguien abrió las puertas del castillo y más de quinientos hombres entraron y empezaron a matar a todo el mundo, no hacían preguntas, no pedían nada, tan sólo nos aniquilaban.

—Y luego somos nosotros los salvajes — dijo Ian dejándose llevar por la imagen de su hermano al contarle lo que había visto cuando le envió a investigar al castillo inglés.

—Nosotros nunca pensamos así *laird* McRae — le recordó Jacobo y él aceptó con un gesto — yo me estaba preparando para ir tras mi hermana después de discutir con mi padre, él quería que fuese a pedir ayuda a la Corona, pero yo sólo quería ir tras ella, pero entonces me golpearon por la espalda y me llevaron ante mis padres a los que habían atado y pegado brutalmente, nos dejaron solos en su cuarto mientras desvalijaban el castillo, momento que mi madre aprovechó para soltarse y soltarnos a mi padre y a mí, me hizo cambiarme de ropa y usar la de uno de los criados, ella y mi padre hicieron lo mismo, pero cuando estábamos a punto de salir por el pasadizo secreto, varios hombres entraron en la alcoba espadas en mano, mi padre les contuvo para que mi madre y yo saliésemos, pero en cuanto atravesé la puerta mi madre la cerró tras de mí con el cerrojo — tenía tantas ganas de llorar... — no pude abrirla y pronto dejé de oír ruido alguno, salí corriendo en busca de la salida y nada más respirar el aire fresco, me golpearon por la espalda de nuevo y quedé inconsciente.

—Te han torturado — Jacobo asintió — ¿Qué querían saber?

—Donde estaba Katherine — le miró y pudo ver la ira llenando su mirada — hasta entonces pensaban que tan solo era un mozo de cuerdas, pero entonces un día, trajeron a una mujer a la celda que me conocía y ella empezó a gritar mi nombre, no conseguí que se callase y ahí empezaron las palizas — hizo una mueca de dolor, pero Ian hizo como si nada, un hombre tiene su orgullo — yo pensaba que mi hermana estaba muerta, igual que mis padres, hasta un día en

el que escuché a unos hombres hablar de que buscaban a la futura reina ya que había conseguido escapar de las garras de Ricardo y no querían cabos sueltos, empecé a fantasear con que volvería a verla porque estaba viva y eso me dio fuerzas para soportar todo lo que me hicieron.

—Eres el heredero del condado de Bradbury, tienes derecho a reclamarle tus tierras y tu fortaleza a la Corona y ella debe responder, ésa es vuestra ley — dijo con el estómago encogido.

—Sí, soy el heredero de un castillo que fue regado con la sangre de mis padres, amigos y personas de confianza a las que no pude proteger — cerró los ojos un segundo — no soy señor más que de desgracias *laird* McRae — le miró de frente — y tal y como estoy ahora mismo ni siquiera podría cuidar de mi hermana.

Ian comprendía lo mucho que le tendría que haber dolido y herido en lo más profundo hacer esa declaración. Y entendía lo que sentía Jacobo, él tampoco había podido proteger a su madre y se culpaba cada día por ello.

Charlaron un rato más poniéndose al día de cómo estaban las cosas en Inglaterra, al parecer, un hijo no reconocido del Rey Francisco había ofrecido un periodo de paz mientras el Parlamento decidía si le elegían rey o no, todo el mundo pensó que se alzaría con la corona, pero nada más lejos de la realidad, sólo quería que se calmasen las aguas, pues varias fortalezas se habían sublevado contra la Corona y tenían que controlar primero a sus propios nobles.

Nada se sabía de qué suerte habían corrido el Príncipe Enrique o su hermanastro Ricardo. La noche en la que tanto el Rey Francisco como su aguador y su sirviente personal murieron envenenados, Enrique había desaparecido de la faz de la tierra.

Ian dejó solo a Jacobo para que éste pudiese comer algo y después esperaba que fuese capaz de volver a su habitación por sus propios medios, era un hombre fuerte, él le había visto en el campo de batalla cuando su padre y él no dudaron en enfrascarse en una pelea a su lado cuando un pequeño clan quiso entrar en sus tierras con intenciones hostiles.

Esa noche celebraron la victoria en la lucha y tener un poderoso nuevo amigo y aliado.

Capítulo 15

Katherine se paseaba como un animal enjaulado en la alcoba del viejo Niall, había acudido allí con la esperanza de templar sus nervios, pero fue todo lo contrario, mientras más cosas le contaba al padre de Ian, más furiosa estaba.

—¡Me echó del Gran Salón! — gritó con los ojos llenos de ira — ¡y a mi hermano le pareció bien! — se paseaba de un lado al otro — ¿no se supone que los hermanos mayores están para proteger a sus hermanas? — el viejo se encogió de hombros — ¡son unos salvajes! Yo tenía que estar cuidando de mi hermano pero no... porque el señor todopoderoso, prepotente y estirado de tu hijo — miró de nuevo al hombre postrado en la cama — ¡me ha echado!

Niall la observaba divertido, le encantaba el carácter de esa mujer, era valiente, fuerte, decidida, noble y tan intensa como su hijo Ian, sí, sin duda sería una compañera perfecta para él, si es que ambos se decidían a reconocer lo que sentían el uno por el otro. Para él, tanto como para el resto de los que les rodeaban, les parecía de lo más obvio.

Ian entró en la habitación de su padre tras llamar a la puerta y se sorprendió al encontrarse allí a Katherine, durante un segundo había visto una vida en ella que no había visto desde que la conoció, tenía una postura firme y tuvo la sensación de que sería capaz de rebanarle el cuello si se hacía con una espada que pudiese levantar del suelo.

—Mi *laird* — dijo ella en un tono sumiso que sorprendió a Niall.

—Katherine — respondió Ian confuso — de momento no soy tu *laird* — le explicó.

—¡Oh! Pero sí que lo sois mi señor... — respondió mirando al suelo — a fin de cuentas me dais órdenes todo el día que yo debo acatar sin protestar — le desafió con la mirada un segundo, pero pronto fingió de nuevo que era una sumisa concienciada — si no le molesta mi *laird* — dijo con cierto tono que no le gustó nada a Ian — me retiraré a mis aposentos hasta recibir una nueva

orden de vos.

Sin mirarle a los ojos, pasó por su lado para salir de la habitación, rezando para que él no se moviese lo más mínimo, o sus cuerpos se tocarían y entonces es probable que ella perdiese todo su autocontrol y con él su dignidad.

Ian no estaba seguro de lo que acababa de ver. Por un segundo había vislumbrado a una Katherine totalmente diferente a la que él conocía y pensó que tal vez, eso era lo que él intuía que ella le ocultaba, pero por otro lado, ¿por qué motivo escondería alguien de esa forma tan radical su personalidad?

La siguió con la vista hasta que ésta entró en su habitación y cerró con un portazo que se escuchó en toda la planta, poco después él cerraba la puerta de la alcoba de su padre y se apoyaba en ella para intentar aclararse las ideas.

Niall se moría de ganas por preguntarle a su hijo qué ocurría con la inglesa, pero cuando abrió la boca, Ian comenzó a relatar todos los acontecimientos de la última semana y decidió dejar los temas más personales para más adelante. Ahora tenían demasiados frentes abiertos de los que preocuparse.

Hablaron durante un buen rato sobre las estrategias a seguir en cada uno de los temas a tratar. Por un lado le debían prestar ayuda al clan McGregor, pues eran amigos y aliados, pero lo más importante, Ian le había dado su palabra y eso era sagrado.

Por supuesto debían seguir escondiendo a Lady Bradbury en el castillo hasta que alguien pudiese darles más datos sobre cuál era realmente su situación con la Corona, no podían permitirse entrar en guerra con los ingleses por una mujer, pero Ian lo tenía muy claro, si alguien intentaba arrebatársela, moriría bajo su espada.

El hecho de tener a Lord Bradbury en sus territorios también les ponía en una situación comprometida, pero no iban a darle la espalda, él y su padre lucharon a su lado como hermanos y eso era más que suficiente para contar con la lealtad del clan.

Y a parte estaban los continuos intentos por parte de los Sutherland de cruzar reiteradamente sus fronteras, forzando una y otra vez el acuerdo de paz.

Y todo eso, Ian tenía que lograrlo con la cabeza fría, todo lo contrario a

como la tenía en realidad, pues le bullía con todo tipo de estrategias para obligar a la preciosa inglesa que le enseñase su verdadero carácter, que le diese un motivo para que el último de los muros cayese y pudiese confesarle por fin que estaba enamorado de ella, que la amaba tan profundamente que sería capaz de desatar una guerra con el país vecino sólo por mantenerla a ella a salvo.

Esa tarde en cuanto salió tan furiosa de la habitación de Niall McRae, entró en su alcoba dispuesta a demostrarle a ese terco, obstinado y cabezota que ella era perfectamente capaz de manejar la espada, el arco, montar a caballo como le diese la gana e incluso ponerle en algún aprieto en una lucha cuerpo a cuerpo, pero se sentó en la cama y suspiró. No merecía la pena, eso podría hacerlo con alguien que se preocupaba por ella, pero no era el caso.

De forma que solicitó que le llenasen la tina y se dio un relajante baño caliente para templar su carácter y sus nervios.

Cuando los dedos empezaron a arrugársele salió y con toda la calma del mundo se desenredó el pelo y después eligió un vestido para la cena de esa noche, encima no le iba a dar el gusto de verla sufriendo por él, de eso nada, de hecho, sería todo lo contrario, pensaría que no la había afectado lo más mínimo.

Durante todo el tiempo había tenido una idea en la cabeza, convencerse a sí misma que no merecía la pena seguir enamorada de un hombre con un carácter tan imposible que apenas podía comunicarse con él. Pero no fue capaz de hacerlo.

En cuanto le vio entrar en el salón y buscarla con la mirada, pudo sentir cómo su sangre se le licuaba en las venas, cómo su piel se erizaba y cómo anhelaba volver a tener esos labios tan perfectos sobre los de ella.

Ian intentó ir a hablar con la mujer que le quitaba el sueño, pero Logan fue en su busca para darle el parte del día sobre el ganado, además de recordarle de una forma muy poco sutil que tenía obligaciones para con los suyos que debía cumplir, lo que consumió sus energías. Revisó las caballerizas y se alegró de ver que una de las yeguas ya había dado a luz a un precioso potrillo que seguramente se convertiría en un semental. Cuando volvió al castillo, todos los del clan estaban allí para la hora de la cena.

Cada poco miraba fijamente a Katherine, estaba realmente hermosa esa noche, llevaba el vestido de color plata que tenía un escote de lo más sugerente y que estaba provocando que a él toda la sangre se le acumulase en un lugar muy concreto de su anatomía. Pero ella parecía que ni siquiera se había percatado de que estaba allí, hablaba animadamente con su hermano y con Nerys, las dos se llevaban muy bien y compartían muchos momentos juntas.

Por más que intentó hablar con ella, no fue posible, con lo que acabada la cena decidió levantarse y meterse en la cama en cuanto ella se fue con su hermano para cambiarle los vendajes.

A Katherine le había costado todo su autocontrol no mirarle ni una sola vez, estaba guapísimo y la hacía arder de deseo con tan sólo saber que él sí que la miraba a ella, pues Nerys se lo había dicho en dos ocasiones.

Después de hacerle las curas a Jacobo, los hermanos decidieron ir frente al fuego para hacerse confesiones nocturnas, tal y como hacían desde que eran niños.

—Dime una cosa Katherine — le dijo Jacobo aceptando el vaso que ella le entregaba — ¿eres feliz aquí? — ella le miró fijamente — me he dado cuenta de cómo miras a Ian McRae — ella se sobresaltó al escuchar su nombre.

Quería contestar, pero no podía. No sabía muy bien qué decirle a su hermano, mientras él había sido sometido a torturas, ella vivía cómodamente en un maravilloso castillo, rodeada de gente que la mimaba y con él, enamorándose como una estúpida del hombre dueño y señor del lugar.

—No tienes que sentirte culpable por seguir adelante con tu vida — la miró fijamente — papá y mamá siempre decían que cada día era un regalo y que una vez que no estuviesen, no deberíamos malgastar nuestras vidas en llorarles, sino aprovechar el tiempo que tenemos y vivir.

—Lo sé, pero... es que... debí ir a buscarte Jacobo, yo... cuando llegué al castillo, estaba envuelto en llamas, todos muertos, tan sólo Alfred tenía un hilo de vida y murió en mis brazos — sollozó al recordar — no sabía qué hacer, así que hui, lo más rápido y lo más lejos que pude... papá siempre decía que los highlanders eran de fiar, que McRae cumplía su palabra y pensé que quizá

podiese ayudarme a llegar hasta Londres, pero después ya no me sentía segura de esa idea... si alguien decidía que yo era la culpable de la muerte de Ricardo...

—Cuéntame lo que pasó — le pidió su hermano en un susurro.

—Intentó sobrepasarse, detuvo el carruaje, me dijo que todos habíais muerto y que iba a convertir a la futura reina en una vulgar ramera — se sonrojó al usar esa palabra — y yo... defendí — bajó la vista — sigo siendo pura, no tienes de qué avergonzarte.

—Katherine — la abrazó con cariño — ¿de verdad crees que algo de lo que hagas puede hacer que me avergüence de ti? — ella se encogió de hombros — no pequeña, claro que no — sonrió al caer en algo — tienes engañado a todo el mundo aquí, creen que eres una princesita desvalida, ¿cómo te las has arreglado?

—A veces salgo a cabalgar de noche — le susurró como si le estuviese contando una trastada y ambos estallaron en carcajadas.

Ian observaba a los hermanos sentados frente al fuego mientras bebían leche caliente con miel y sintió como los celos le consumían, le devoraban con ansia el corazón, era consciente de que Katherine acababa de recuperar a su hermano y merecía pasar tiempo con él, pero no podía evitar sentir lo que sentía, quería ser él quien la hiciese sonreír así, quería ser él quien la abrazase con fuerza, quien la reconfortase, quien la protegiese del mundo.

Una parte de él quería ir hasta ellos, obligarles a contarle de qué hablaban, de qué reían... pero sin embargo, lo que hizo fue apretar los puños y darse media vuelta para ir de nuevo a su alcoba, se metería en la cama y pasaría una terrible noche llena de sensuales sueños en los que una preciosa inglesa de pelo negro como la noche y ojos azules le torturaba con hermosas sonrisas, caricias prohibidas y besos robados... así era desde que la conoció y por lo visto, así seguiría siendo.

Los días siguientes pasaron sin pena ni gloria para nadie, Ian se fue hasta los dominios de los McGregor para ver cómo iban las cosas por allí y decidió darle algo de tiempo a Katherine para estar con su hermano, la distancia les vendría bien a los dos, sobre todo a él que casi le resultaba imposible mirarla sin arder de deseo y sin tener que forzar su voluntad una y otra vez para no

estrecharla entre sus brazos y besarla como soñaba con hacerlo.

Tras supervisar las nuevas medidas de seguridad, tomó la decisión de dejar a sus hombres algo más de tiempo para que entrenaran a los guerreros del clan vecino, él volvería a Nairn sólo, tenía la esperanza de poder intentar aclarar sus pensamientos, por lo que decidió dar un rodeo y disfrutar de las hermosas vistas que sus dominios tenían pues desde que la inglesa había despertado sus ansias de poseerla, también se había avivado la pasión y el amor que sentía por su tierra.

Tenía toda la intención de dejarse impresionar por las preciosas vistas que su amada Escocia le regalaba, un cielo con un intenso azul, nubes que tenían formas imposibles que desataban la imaginación, aroma a brezo y flores, la humedad salada que le envolvía por su cercanía al mar. La belleza salvaje del lugar siempre le subyugaba.

Y entonces fue cuando lo vio y su corazón dejó de latir, la sangre comenzó a hervirle en las venas y todos y cada uno de sus instintos más primarios despertaron con una fuerza tan arrebatadora que le costaba respirar con normalidad.

Capítulo 16

Su bella inglesa estaba subida a uno de los sementales, cabalgaba veloz como el viento mientras cargaba un arco con una flecha y disparaba sin detenerse, desde esa distancia no estaba seguro pero juraría que había hecho diana. Obviamente había sido la suerte del principiante. Salvo que había más de una docena de dianas y había flechas en el centro de todas ellas.

No entendía qué era lo que estaba viendo, para él, Katherine era una dama de alta alcurnia, educada y versada en la lectura y la escritura que cantaba como los ángeles y de buen corazón, pero como todas las damas de la alta sociedad, tuviesen más o menos valor y coraje, no debería saber manejarse con los animales, disparar un arco y menos aún, hacerlo con semejante puntería.

Se bajó del caballo sintiendo que la ira se apoderaba de él, ¡tenía que haberse fiado de sus instintos! ¡Esa mujer era una farsante! En ningún momento de todos los que habían compartido ella le dijo que supiese manejar un arco y las flechas y mucho menos que supiese cabalgar de esa forma... ¡por los Dioses! ¡Si él la había pasado a su caballo cuando la llevó al castillo para que no se lastimase en la carrera! Ahora entendía que ella estuviese tensa contra su cuerpo y él soñando que era porque sentía algo cuando estaban tan cerca... había sido un completo imbécil.

Siguió observando sin poder parpadear siquiera. Físicamente era exactamente igual a su Katherine, pero no tenía nada que ver con ella. La mujer que estaba a varios metros de él se movía con la elegancia de un felino y la rapidez de alguien que ha sido entrenado durante años, ¡pero si hasta era más ágil y rápida que algunos de los jóvenes guerreros del clan!

Iba a empezar a caminar para dirigirse a ella cuando la vio hacer un gesto extraño que hizo que se quedara clavado en el sitio. Sacó un puñal de un pliegue del vestido y sin ningún tipo de remordimiento, rasgó las mangas y la falda dejando al descubierto la hermosa y tersa piel de sus muslos.

La sangre le golpeaba con fuerza en las sienes, se le acumulaba en su virilidad, el corazón le martilleaba en el pecho y apenas podía respirar. ¿Cómo era posible? ¿Cómo había sido capaz de engañarle de esa manera? Se odiaba a sí mismo, debería estar lleno de furia por la traición, sin embargo sus ojos la devoraban con hambre, su cuerpo la reclamaba a gritos y su mente se debatía entre dejarse llevar por la sensación de traición o por el orgullo de ver que esa mujer era la mejor de todas cuantas había conocido.

Y entonces ella se sujetó de las riendas, el caballo no dejaba de galopar, ella dio un salto golpeó el suelo con los dos pies y se volvió a subir esta vez de espaldas a la marcha, con una agilidad y seguridad que le impresionaba, cogía flechas y las lanzaba a una velocidad pasmosa. Nadie en el clan era capaz de hacer algo así, ni siquiera él, lo cual era más bochornoso porque el arco no era algo que dominara del todo.

De repente el caballo se detuvo en seco, ella se bajó de un salto, cogió una de las espadas de los entrenamientos de los más jóvenes y comenzó a hacer una serie de movimientos que le dejaron totalmente helados. Esa mujer sabía manejar la espada.

Katherine estaba disfrutando como una niña pequeña con un juguete nuevo, su hermano había tenido una idea maravillosa, hacía un frío de mil demonios, pero no llovía, así que convencieron a varios hombres para que les llevaran hasta un claro cerca de la frontera este, un lugar seguro, querían tomar algo de aire fresco y charlar. Nadie les llevó la contraria y nadie se percató de las armas que ella había escondido en las alforjas de su semental.

Había echado mucho de menos las peleas cuerpo a cuerpo con su hermano, tirar con arco, cabalgar a toda velocidad, sentir la libertad del movimiento, sentir el hierro de la espada en su mano, el frío metal contra su piel caliente, moverse con rapidez, centrada en los movimientos... suspiró llena de emoción, desde que había lanzado la primera flecha había dejado de pensar en cierto highlander que la estaba volviendo loca.

Ian se tomó unos segundos para sentir la ira en su cuerpo, pero lo único que podía sentir era el intenso deseo que tenía por ella, como bien le remarcaba la dolorosa erección que tenía desde que la había visto a lomos del semental. Quería enfadarse, pero no podía, en su lugar, su alma se llenó de orgullo.

Comenzó a pensar en todo lo que pudo para controlar la erección que tenía, iba a ir a hablar con ella e iba a empezar a darle todas las explicaciones que había evitado dar hasta ese día. Le costó mucho tiempo poder controlar su cuerpo.

Finalmente se subió a su caballo y fue al galope hasta donde ella estaba. Le sorprendió ver allí a su hermano Jacobo, hasta entonces ni se había fijado en él.

—¡Así que sabes manejar el arco y la espada! — vociferó a pocos metros y a ella se la cayó la espada y casi la atraviesa un pie.

—¡Maldita sea! — exclamó para ella, aunque lo dijo en voz alta.

—Y también sabes maldecir — se bajó del caballo de un salto — eres una mentirosa — clavó sus ojos en los de ella.

—¿Cómo te atreves? — fue a darle una bofetada pero él le sujetó la mano — ¡no soy ninguna mentirosa! — le gritó poniéndose de puntillas.

—¿Ah no? ¿Y cómo lo llamarías tú? — la soltó con un gesto brusco — nunca dijiste una palabra.

Jacobo observaba la escena y aunque los modales del highlander no le gustaban lo más mínimo, lo cierto era que entendía que estuviese furioso, su hermana había estado escondiendo secretos y eso podría poner en peligro a su clan, y más aún cuando estaba siendo buscada por sabía Dios quién. Pero el verdadero motivo por el que no había dicho nada, era porque él conocía a su hermana y podía leer en ella abiertamente y lo que vio le gustó. Sonrió y se dispuso a disfrutar del espectáculo.

—¡Jamás me preguntaste! — volvió a gritarle fuera de sí — simplemente asumiste que como soy Lady Bradbury — hizo una reverencia para acompañar al tono burlón que usaba — no sé hacer otra cosa más que coser, cantar y alguna tontería más que hagan las damas de la corte.

—No conozco a ninguna dama de la corte, pero las mujeres de las Highlands tampoco hacen esas cosas — le espetó intentando controlar su tono de voz, aunque sin conseguirlo.

—¿Qué no? — se rio a carcajadas — no tienes ni idea — entonces le miró fijamente y volvió a reír — ¡es verdad! ¡No tienes la más mínima idea! — le espetó golpeándole el pecho con el dedo — ¡esto es increíble! El

todopoderoso Ian McRae no sabe lo que pasa en sus tierras con sus mujeres — Katherine no podía dejar de reír mientras que Ian apenas era capaz de controlarse.

—¿Qué es lo que no sé? — preguntó acercándose peligrosamente a ella.

La asió de los brazos con fuerza, ella intentó revolverse pero él la apretó con más intensidad, se inclinó para mirarla directamente a los ojos, entonces repitió la pregunta casi siseando, estaba tan tenso que apenas podía contenerse.

Pero entonces notó como algo duro y afilado se le clavaba directamente en la entrepierna, los ojos de ella brillaban con furia y tardó en darse cuenta de que Katherine empuñaba el puñal que se le estaba empezando a clavar de forma bastante molesta.

—¡Maldita seas! — la soltó y dio un paso atrás — ¿también manejas el cuchillo? — preguntó totalmente furioso a la par que incrédulo.

—Lo suficiente como para librarme de los hombres que se creen que pueden doblegarme por la fuerza ¡maldito escocés! — gritó ella y justo después lanzó el cuchillo, pasó justo al lado de su cabeza pero sin tocarle y se clavó con fuerza en un tronco tras él.

—Eso ha sido una estupidez, ahora estás indefensa — le dijo él, no era una amenaza, en realidad se sentía con ganas de jugar con ella, jamás le haría daño, pero quería ver de lo que era capaz.

Se volvió a abalanzar sobre ella, pero Katherine se agachó a tiempo, rodó y no pudo cogerla, se levantó casi de un salto y se colocó a su espalda totalmente erguida. Ian sonrió maliciosamente. Esa mujer era rápida y él la había subestimado dos veces, no lo haría una tercera.

Comenzó a caminar en círculos y ella hacía lo mismo, sus miradas estaban entrelazadas, el uno quería leer las intenciones del otro y a la vez tenían que esconder lo que ambos estaban sintiendo en esos momentos.

Si Ian amagaba hacia un lado, ella rápidamente se movía hacia el contrario, si intentaba acortar la distancia, ella se alejaba de él. El juego era divertido, pero ahora el deseo le nublabla el juicio y lo único en lo que pensaba era en estrecharla entre sus brazos y en besarla hasta hacerla jadear de placer.

—Dime una cosa Lady Bradbury — dijo divertido — ¿qué voy a conseguir cuando te pille? — preguntó y pudo ver cómo ella enrojecía al entender el significado de sus palabras.

—Para eso tendrás que pillarme primero — respondió altanera y él se rio a carcajadas.

—Voy a disfrutar de esto — un suspiro se escapó de su boca y ella se puso alerta — voy a disfrutar mucho de esto — la miró más lujuriosamente y sus ojos se detuvieron en la piel de su muslo derecho que ahora estaba a la vista.

—Deja de mirarme así — le ordenó y él volvió a reír.

—¿Y cómo vas a evitarlo? — la desafió recorriéndole el cuerpo con deseo y lujuria.

—¡Así! — gritó ella y acto seguido otro puñal le pasó rozando el hombro.

Ian no salía de su asombro, esa mujer ¡era increíble! Ahora sí que estaba completamente enamorado de ella. En cuanto lanzó el cuchillo salió a la carrera, obviamente quería alcanzar su caballo y tal y como la había visto saltar supo que si lo hacía no podría pillarla, pero el juego se había convertido en una cacería y Katherine de Bradbury era su presa.

Corrió detrás de ella, el corazón le latía acompasado, la excitación del momento era una dulce tortura, la joven corría como el viento y cuando estaba a punto de alcanzar las riendas del animal, él aumentó el ritmo y la pilló por la cintura justo cuando saltaba para subirse al semental. La estrechó con fuerza contra sí mismo, la giró bruscamente para poder mirarla con toda la pasión que sentía por ella y sin que pudiese negarse, la besó.

Un beso duro, feroz, intenso... un beso que dejaba claro el hambre tan desgarrador que sentía por ella, introdujo la lengua en su boca y se deleitó con su sabor, todo su cuerpo se tensó y cuando la sintió estremecerse volvió a la realidad.

La soltó lentamente dejándola resbalar por su cuerpo, no podía hablar y no podía dejar de mirarla a los ojos. Esos ojos que ahora brillaban llenos de algo que él no había visto hasta ahora, cuando puso los pies en el suelo, ella se quedó inmóvil un segundo y acto seguido se dio media vuelta, se subió al caballo de un salto y salió al galope.

Ian la observó alejarse y suspiró. ¿Qué había pasado en esos segundos?

¿Por qué le resultaba tan excitante esa mujer? debería estar furioso con ella por mentirle, debería estar buscando la forma de devolvérsela a la Corona y sin embargo anhelaba volver a pelear con ella, volver a verla volar sobre su caballo mientras lanzaba flechas que siempre alcanzaban el blanco y sobre todo, deseaba volver a tenerla entre sus brazos y volver a probar su sabor.

—Interesante — dijo Jacobo devolviéndole a la realidad, Ian se giró para mirarle mientras sonreía enigmático — muy interesante.

—¿Qué es tan interesante? — preguntó molesto acercando su caballo para que pudiesen volver al castillo.

—Que el gran Ian McRae ha caído embrujado por una mujer — le dijo cuándo le ayudó a subir a la montura.

—¿Quién la enseñó? — preguntó con curiosidad, ignorando a propósito sus palabras.

—Llevo entrenándola desde que era una niña — Ian le miró con los ojos como platos — ¿qué? Es una época difícil y eso la salvó de caer en las garras de Ricardo.

—Es cierto ¿verdad? Ella le mató — después de ser testigo directo de sus muchas habilidades estaba más que seguro de que era totalmente capaz de matar.

—Intentó abusar de ella, ¿qué tenía que hacer? — defendió a su hermana.

—Destriparle — dijo en un susurro, pero Jacobo le oyó y sonrió, Ian subió al caballo y aseguró al inglés que aún estaba muy débil — ¡menuda mujer! — exhaló por fin y rieron a carcajadas.

Cuando llegaron al castillo, Idoia les informó de que Lady Bradbury tenía algún tipo de malestar, pues había pedido que le llenasen la tina de agua caliente y dijo que ya bajaría ella a cenar cuando se encontrase mejor, los hombres rieron a carcajadas, dejando a la mujer con la boca abierta y sin comprender qué era lo que había ocurrido entre esos tres.

Ian disfrutó de la cena con el clan, por primera vez desde hacía mucho tiempo, disfrutó realmente de la cena con su familia, sus amigos... y entonces miró a su hermana y la vio apagada, sin brillo en los ojos, apenas había probado bocado y mantenía la cabeza baja. Fergus estaba sentado alejado de ella y tenía el mismo aspecto de ella.

—Atención — gritó para hacerse oír por encima del barullo — ¡Fergus! — le llamó al ver que éste no le miraba — ¿cuáles son tus intenciones con mi hermana? — preguntó y todo el mundo enmudeció.

—No hagas esto — le suplicó Nerys — por favor *bràthair* — negaba con la cabeza.

—Contesta — decidió presionar a su amigo un poco más e ignorar a su hermana.

—Ya lo sabes — se puso en pie y le desafió con la mirada — ya sabes cuál es mi intención, os he pedido su mano más de una docena de veces, ¿tengo que hacerlo otra vez? — estaba tan furioso que ni siquiera era consciente de las consecuencias de sus palabras — ¡pues lo haré! Y ya puestos mi *laird* — dijo con furia — te vale de pie como un hombre o prefieres que me humille, porque si es lo que tengo que hacer para tenerla a ella lo haré ¡maldita sea! — Le pegó una patada a la silla que salió volando — pero si no vas a permitir que sea mía, ¡mátame de una maldita vez! — le lanzó su espada, estaba rojo de ira, tenía los puños apretados y le dolía tanto estar lejos del amor de su vida que ya le daba todo igual.

—¿Sabes una cosa hermano? — preguntó Ian con una sonrisa — la semana que viene iba a anunciar públicamente vuestra boda, pero por haber destrozado una de mis sillas y estropearme la carne asada con tu espada, no podrás casarte con mi hermana hasta que talles una nueva silla y ases un cerdo para mí — le miró con una sonrisa — y más te vale que esté tierno y sabroso — le guiñó un ojo a su hermana que estaba más pálida que antes.

Todo el mundo le miró en silencio, estaban abrumados. Su *laird* estaba tan distinto que ni siquiera parecía él mismo, tan sólo unos meses atrás, por mucho que fuese su mejor amigo, el gesto de Fergus le hubiese costado la cabeza, y su hermana estaría encerrada en el torreón el resto de su vida. Sin embargo, ahora sonreía y miraba fijamente a su mejor amigo, con una pose paciente, sin duda esperando a la reacción de los novios a sus palabras.

—¿Lo dices en serio *bràthair*? — preguntó Nerys con el corazón galopando en su pecho, su hermano la miró con cariño y asintió con la cabeza — ¡Sí!

Nerys no se lo pensó, se puso de pie, subió encima de la mesa y se lanzó a los brazos de Fergus que aún estaba temblando por haber desafiado a su

laird justo antes de que le diese su bendición para casarse con la mujer por la que suspiraba desde que tenía uso de razón.

El impulso de ella saltando desde la mesa casi le derriba, pero consiguió mantener el tipo, al menos lo justo para estrechar entre sus brazos a la mujer a la que amaba y besarla como si le fuese la vida en ello.

Sin aflojar ni un poco el abrazo que le estaba dando a su futura mujer miró con renovado respeto a su *laird* y le susurró un “gracias”, Ian le miró y le advirtió sin palabras que la cuidase, él se lo prometió y entonces le dijo “hazla feliz”. Y así, con el permiso de su *laird*, esa noche la cena se convirtió en una pequeña celebración de compromiso.

Capítulo 17

Unas horas más tarde, Ian estaba sentado frente al fuego con una jarra de leche con miel a su lado y tres vasos. Miraba crepitar el hogar y así se sentía él, ardía por dentro, Katherine, su preciosa inglesa se había adueñado de su corazón y de su alma, al ver como su hermana sonreía y besaba sin cesar a Fergus sintió como la envidia le arañaba el corazón, él quería lo mismo con su inglesa.

Katherine le observaba desde la entrada al Gran Salón, aún estaba muy alterada por su enfrentamiento en el claro, pero verle ahí, frente al fuego, esperándola a ella, hizo que se le acelerara el corazón.

—Disfruta de la noche — le susurró Jacobo después de sonreírle, se giró y volvió a su habitación.

Ella siguió observándole durante un momento, lo cierto es que era un hombre impresionante, en todos los aspectos, físicamente era todo un sueño, un espécimen sacado de sus fantasías, ¿cómo no iba a serlo? Tenía unos formidables y muy bien definidos músculos que cuando los ponía en funcionamiento la hacía morderse el labio para no hacer algún ruido que la avergonzara como gemir, su pelo era suave y se convertía en toda una tentación acariciarlo, sus ojos eran dos pozos de miel en los que la maravillaba perderse, el sonido de su voz la excitaba, su olor la embriagaba... todo en él era perfecto. Él era perfecto.

En ese momento comenzó a caminar hacia él y se sentó a su lado.

—¿Tres vasos? — preguntó curiosa.

—Por si se nos unía tu hermano — dijo mirándola fijamente.

—Esta noche no — respondió ella con una sonrisa y a él el corazón le dio un vuelco, volvía a sonreírle, la noche ya era perfecta.

Se quedaron en silencio unos instantes, pero no era un silencio incómodo, entre ellos reinaba una calma llena de confianza, de secretos a

punto de ser revelados, de caricias disimuladas, de profundos sentimientos golpeándoles con fuerza.

—Peleas bien — le dijo él sin dejar de mirar el fuego — manejas el arco mejor que yo.

—Lo sé — respondió ella sin falsa modestia, él la miró divertido — ¡oh venga Ian! Que te he visto hacer prácticas de tiro — exclamó ella entre risas, pero él la miró serio.

—Es la primera vez que me llamas por mi nombre — sus ojos se clavaron en los labios de ella — me gusta ¿podrías repetirlo?

—Ian — su voz era casi un susurro en la oscuridad pero para él fue como sentir sus dedos sobre la piel.

—Tal vez puedas enseñarme lo que hago mal — decidió cambiar de tema para no abalanzarse sobre ella.

—No sujetas bien el arco — le dijo algo decepcionada — y tensas demasiado la cuerda.

—¡Vaya! Sí que tenías ganas de echármelo en cara — rio mientras le servía un vaso de leche, un sonido que a ella le llegó al corazón.

—No es eso — volvió a sonreírle cuando aceptó la leche caliente — es que cuando veo a otros tirar no puedo evitar recordar todo lo que mi hermano me decía a mí cuando me enseñaba — le explicó sin dejar de mirarle, se sentía hechizada.

—Es peligroso lo que haces con el caballo — sonó un poco más brusco de lo que quería y ella se tensó.

—Llevo años haciéndolo — se encogió de hombros para quitarle importancia y bebió un poco de leche para calmar los nervios que sentía siempre que estaba con él.

Se quedaron en silencio durante otro momento, ambos bebían de sus vasos y evitaban mirarse a los ojos.

—Nunca me has contado cómo murió tu madre — se aventuró a decir ella finalmente.

—¿Ves aquél venado? — ella asintió sin comprender — él la mató — posó el vaso en el suelo y la miro fijamente — mi madre era la mejor mujer que jamás

he conocido, pero era testaruda y creía que era invencible, mi padre y yo estábamos en una reunión de clanes, ella salió de caza sin escolta y aún no sé cómo ocurrió, sólo que Logan y Fergus nos vinieron a buscar y que al llegar, la sanadora no pudo hacer nada para salvar su vida — Katherine tenía los ojos llenos de lágrimas, el dolor que aún sentía al recordar era evidente — le maté con mis manos, no usé flechas, ni cuchillo ni espada.

—Ojalá yo pudiera hacer lo mismo con los que mataron a mis padres — dijo ella y le rozó el brazo con su mano para consolarle — tu madre estará orgullosa de ti, te has convertido en un gran hombre — él se giró para secarle una de las lágrimas que corría por su mejilla — queremos proteger a toda costa a los que amamos, pero a veces no es posible — ella le acarició el rostro — ahora lo entiendo — susurró más para sí misma que para que él la escuchase.

—Y matamos por ellos — respondió él dejándose consolar por su tierna caricia.

Los dos sintieron que la situación se les iba de las manos, Ian estaba a punto de lanzarse sobre ella, el perfume que la envolvía y a él le fascinaba, la suavidad de su piel, el brillante azul de sus ojos le estaban torturando y estaba a punto de ceder a sus instintos.

Pero entonces ella se puso en pie, estaba muy nerviosa, hasta él podía sentirlo. Le deseó buenas noches y se dio media vuelta, Ian no se lo pensó dos veces se levantó de un salto, le cogió la mano con delicadeza y cuando ella se giró para mirarle, rodeó su cintura con una mano y con la otra le acarició el cuello hasta posarla en su nuca bajo su preciosa melena oscura, sin dejar de mirarla fijamente, se acercó a ella y la besó con todo lo que su corazón sentía en ese momento.

Katherine estaba en una nube, se sentía dichosa y plenamente feliz. Los dulces, cálidos y suaves labios de Ian la estaban besando con deleite, con pasión reprimida, con un ardor que les iba a consumir a ambos y ella se rindió a ese beso. Entreabrió los labios invitándole a entrar y no lo dudó, la saboreó despacio, con cautela, disfrutando de cada segundo que ella le ofrecía.

Escucharon un ruido en las escaleras y eso les devolvió a la realidad. Se separaron bruscamente con el corazón latiéndoles a toda velocidad en el pecho, golpeando sus costillas para reunirse con el otro, las respiraciones

agitadas, sus miradas enlazadas sin esconder el profundo deseo que sentían en ese momento, pero ella era una dama y no se hacía eso en el Gran Salón con el *laird*, a oscuras y por la noche como si se lo estuviese robando a su verdadera esposa.

Se despidió de él con un gesto de cabeza y se dirigió a sus aposentos, esta vez, él no la detuvo.

Una vez a salvo entre las paredes de su cuarto, Katherine no podía dejar de pensar en lo que acababa de ocurrir, Ian la había besado, no se lo había imaginado, él se había levantado y la había besado y ¡qué manera de besarla! Había podido sentir la dureza de su excitación contra su cuerpo, encendiendo su deseo y la necesidad que sentía de él y eso la volvió completamente loca.

Ian se pasó las manos por el pelo claramente frustrado, esa mujer iba a acabar con él. La deseaba más que a nada en el mundo, pero era algo más, el amor que sentía por ella le estaba volviendo irracional, ¿cómo se había atrevido a besarla de esa forma? Pero ella le había devuelto el beso, de eso estaba completamente seguro.

Caminó hasta su habitación, se desnudó con rapidez y se metió en la cama, se avecinaba otra noche más llena de sueños eróticos con su preciosa inglesa y se sentía tan alterado que no estaba seguro de si debía resistirse o abandonarse a esos sueños en los que ella se entregaba a él.

Cuando se aseguró de que no había nadie de pie en el castillo, Katherine se metió en el baño de su habitación, se quitó el vestido verde musgo que llevaba y se quedó tan sólo con el camisón de lino, no era lo más bonito que tenía, pero tendría que valer, además planeaba que no le durase mucho sobre el cuerpo.

Había tomado una decisión, en realidad, ya la había tomado hacía tiempo, pero esta noche se había decidido a llevarlo a cabo, el futuro era incierto, nada era seguro y menos para ella. Lo que sí tenía claro era que iba a dejar de jugar al gato y al ratón, iba a dejar las cosas totalmente claras entre Ian y ella, y si era rechazada, entonces volvería con Jacobo a Inglaterra y se entregaría ella misma a la Corona.

Caminó descalza por el pasillo, no llevaba ni una vela que iluminase el camino, tampoco le hacía falta, sabía dónde iba.

Abrió la puerta con cuidado y se metió rápidamente.

—Soy yo *laird*, Katherine — susurró temerosa de que él pensase que era una intrusa y la matase.

—¿Milady? — rápidamente encendió una vela y todo su cuerpo reaccionó a su visión.

Ella no se lo pensó, caminó decidida hasta su lecho y sin pensárselo mucho se metió en él bajo las sábanas, no se atrevía a pegarse al highlander, pero no dejó de mirarle y estaba claro que no había mayor invitación que la que ella le estaba haciendo.

—¿Qué estás haciendo? — le costaba respirar — Katherine, no soy de piedra — le explicó intentando no saltar sobre ella.

—Y yo no quiero que lo seas Ian — susurró coqueta — te necesito — le dijo acercándose a él, estaban casi pegados — pase lo que pase mañana o pasado, te necesito esta noche, tengo que saber que esto que siento es real, que tú eres real, que todo esto no es un sueño — se sentó sobre él y se sorprendió al darse cuenta de que estaba completamente desnudo, había algo muy duro entre sus cuerpos que la hacía desear restregarse contra él — por favor Ian — le besó en los labios — esta noche seamos Ian y Katherine, esta noche no pensemos en nada más — volvió a besarle — ¿no me deseas?

—Más de lo que puedas imaginar — su voz estaba rota de deseo y pasión contenida — pero... ¿estás segura de lo que me estás pidiendo?

—No he estado nunca con ningún hombre — bajó la vista — pero sí sé que quiero y necesito estar contigo, por favor Ian, por favor... hazme sentir — clavó sus ojos azules en los de él y no había duda en ellos.

El *laird* no se lo podía creer, tenerla así de cerca era mejor que en sus fantasías, comenzó a acariciarle las suaves piernas colando sus manos bajo la tela mientras ella le besaba dulcemente, le volvían loco esos labios, eran curiosos, tímidos, dulces, deliciosos. Cuando llegó a sus caderas, se lanzó contra ella y la hizo girar para ponerla a ella en la cama, él se colocó sobre ella pero sin apenas tocarla.

La besó con pasión, tenía que controlarse o podría dañarla, además quería saborearla antes de que todo terminase para ambos. Le subió el camisón del todo y la dejó completamente desnuda ante él. La observó con

paciencia, le acarició el cuerpo con la mirada, después con la punta de los dedos, se le erizó la piel y él sonrió con el orgullo henchido.

—Eres la mujer más hermosa que jamás he conocido — le dijo antes de besarla.

Sus labios comenzaron en los de ella, poco a poco fue bajando por su mandíbula, su cuello hasta llegar a su pecho, allí se demoró, sabía que jamás la habían tocado de esa manera por cómo ella se arqueaba y abría los ojos por la sorpresa. Lamió con suavidad uno de sus pezones, para después soplar sobre él, cuando se erizó, él se lo metió en la boca saboreando la delicada piel.

Era increíble, miles de sensaciones le recorrían el cuerpo desde la cabeza a los pies, no podía distinguirlos porque eran demasiadas y muy intensas, necesitaba que fuese más despacio, que fuese más deprisa, no podía pensar, tan sólo podía sentir y se dejó llevar. Se había imaginado que Ian sabría cómo tratar a una mujer, pero lo que la estaba haciendo sentir tenía que ser pecado, pero no iba a mentirse a ella misma, estaba deseando pecar con el fabuloso hombre que tenía encima de ella.

Él cambió de un pecho al otro y continuó saboreando, chupando, lamiendo, mordiendo y ella jadeaba, se retorcía, le miraba encendida por el deseo y entonces supo que ella gritaría su nombre, no iba a parar hasta que ella gritase. Era una necesidad primitiva que iba más allá del deseo y la pasión, no podía explicarlo y lo último que quería hacer en ese momento era pararse a pensar. Los dioses le habían hecho el mejor regalo de su vida y él iba a aprovecharlo.

Bajó por su torso hasta llegar a su ombligo donde introdujo su lengua con suavidad y lo acarició, la mordió suavemente en un lateral y continuó bajando con un reguero de besos por su cuerpo, ella intuyó lo que iba a hacer, porque cerró las piernas con fuerza, pero él no se dejó vencer tan fácilmente, no después de lo mucho que había esperado para tenerla en su cama.

Volvió a subir por su cuerpo y cuando ella se relajó, se colocó entre sus piernas, la erección le golpeaba el vientre y comenzó a bajar de nuevo por su piel, esta vez no consiguió cerrar las piernas y antes de que ella recuperase el sentido común, él se lanzó a su entrepierna, saboreaba con fruición, había soñado tantas veces cómo sería lamer semejante manjar que ahora lo estaba

disfrutando, ella emitía pequeños gritos y se retorció sobre la cama mientras él la sujetaba de las caderas para hundir su lengua una y otra vez en su interior, la lamía de arriba abajo y se detenía en el botón de su placer, lo mordía con suavidad y ella gritaba más fuerte, volvía a introducir su lengua dentro de ella y cuando sintió que el orgasmo la invadía, introdujo dos dedos y con la boca seguía jugando con su clítoris.

Katherine se tapó la boca con la almohada mientras gritaba y jadeaba. Jamás había sentido un placer tan intenso atravesándola con semejante fuerza, sentía que la noche no acababa más que empezar, quería más, quería mucho más de Ian. Lo quería todo.

Éste se incorporó sobre ella y sin dejar de mover los dedos en su interior, le lamió los pezones de nuevo.

—Si me dices que pare ahora lo haré — le dijo con la mirada llena de deseo carnal — pero tendré que irme porque no soportaré no hacerte mía, te deseo tanto que me duele.

—No pares por Dios — suplicó ella — no pares nunca — él sonrió satisfecho.

Apoyó su erecto miembro en su entrada y permitió que ella se acostumbrase a la sensación, había notado que era muy estrecha y le preocupaba ejercer demasiada fuerza, poco a poco se fue introduciendo en su cuerpo mientras no dejaba de observarla.

Katherine se tensó al notar un ligero dolor e hizo una mueca, Ian lo vio y tomó las riendas, salió de ella mientras la besaba con devoción, sus manos le acariciaban el cuerpo con ternura y cuando comenzó a relajarse, lo intentó de nuevo, esta vez se introdujo un poco más y ella le besaba con furia, temía hacerla daño, iba dolorosamente despacio, sin dejar de mirarla, sin dejar de acariciar su piel, la excitaba con cada beso, cada caricia, cada delicado roce de sus dientes mientras se introducía más en ella, hasta que se topó con la barrera natural que confirmaba su virginidad.

—Mi amor — le susurró mirándola a los ojos, ya no había razón para no regalarle esas palabras — no hay otra forma de hacerlo mi vida — le prometió con la mirada — sentirás dolor pero te prometo que pasará y entonces gozarás más que antes, te lo juro — temía que ella no quisiese

continuar porque no estaba seguro de poder controlarse.

—Confío en ti — esas tres palabras eran las únicas con las que él no había contado.

Clavó sus ojos en los de ella y con un movimiento certero se impulsó hasta el fondo sintiéndose un animal salvaje al ver como su rostro se contraía por el dolor, se quedó quieto mientras le pedía perdón una y otra vez con sus besos, con sus caricias. Poco a poco ella comenzó a relajarse de nuevo y cuando se arqueaba de nuevo de placer, él comenzó a salir y a entrar lentamente, el deseo le estaba volviendo completamente loco, pero la primera vez, era para ella y la haría disfrutar. Tenían toda la noche por delante.

El dolor se fue atenuando hasta dar paso a un placer totalmente desconocido para Katherine, harta de agarrarse a las sábanas se permitió el lujo de tocar el fuerte cuerpo de Ian y se deleitó con el calor que desprendía, la firmeza de sus músculos y la tersura de su piel, dispuesta a investigar más, alzó la cabeza lo suficiente como para lamerle la mandíbula, él gruñó y aumentó el ritmo de las embestidas, sentía que todo su cuerpo iba a arder de tanto placer, le clavó las uñas en la espalda cuando sintió que su vientre se contraía de nuevo para estallar un segundo después en mil pedazos esparciendo sensaciones intensas de un placer abrasador por todo su cuerpo. Ian se dejó llevar poco después.

Cayó sobre ella sin dejar de besarla, sin dejar de acariciarla y sin salir de su cuerpo.

La noche les dio para dos encuentros íntimos más, parecía que no se cansaban el uno del otro, se prodigaban mil caricias, mil besos, miles de atenciones que hablaban más alto que sus voces. Sus cuerpos encajaban con armonía y parecía que podían leerse el pensamiento, se movían al mismo ritmo y ambos quedaron plenamente satisfechos.

Capítulo 18

A la mañana siguiente cuando Ian se despertó, estaba solo en la cama y eso le enfureció, comprendía los motivos de ella para salir a escondidas, pero comprenderla no le hacía sentirse mejor, una idea empezaba a formarse en su cabeza, era totalmente descabellada, una auténtica locura y era plenamente consciente de ello, pero no iba a humillarla públicamente tomándola como si fuese una mujer cualquiera, porque no lo era, su preciosa inglesa se merecía algo más.

Se sentía más feliz de lo que lo había estado en toda su vida, no había dormido demasiado, sin embargo estaba lleno de una energía como no había sentido nunca, por lo que al levantarse, pese a que se moría de ganas por ir a ver a Katherine y darle los buenos días que se merecía, decidió que lo mejor sería que descansara, a fin de cuentas la había mantenido despierta casi toda la noche, una orgullosa y masculina sonrisa se instaló en sus labios mientras entraba en la cocina para desayunar.

Comenzó a cortar algo de la carne asada que había quedado de la cena, cogió un buen trozo de pan negro y se sirvió un vaso de vino caliente, comía con avidez pero sin dejar de sonreír, estaba tan ensimismado que no se dio cuenta de que Idoia estaba sentada en un rincón de la cocina desayunando también y no le quitaba ojo.

—Buenos días mi *laird* — le dijo cuando fue a llevar el plato al fregadero.

—¡Buenos días mi hermosa Idoia! — la cogió en volandas y la besó con cariño en la mejilla — sin duda alguna, va a ser un maravilloso día — no podía evitarlo, la felicidad le salía por los poros.

—¡Cómo me alegra verle de tan buen humor mi *laird*! — ella le abrazó fuerte mientras él le daba vueltas en el aire.

Tras el efusivo y nada corriente saludo, Ian cogió una capa de pieles y salió con paso animado en dirección a las caballerizas, se montó de un salto en su semental y corrió veloz para ir a ver al ganado. Tenía una larga jornada

por delante, pero todo merecía la pena porque su preciosa inglesa estaría esperándole a su vuelta y ella se encargaría de cobijarle entre sus brazos, haciéndole sentir fuerte y poderoso, le quitaría el frío con sus cálidos besos y con su piel borraría el cansancio de sus músculos.

Katherine se había despertado entre los fuertes y poderosos brazos de Ian, suspiró emocionada al recordar lo que habían hecho durante toda la noche, se giró lentamente para observarle, dormía profundamente y estaba más guapo de lo que lo había visto nunca. Se permitió la licencia de observarle con los primeros rayos de sol que atravesaban las ventanas que no había cerrado cuando se acostó. Era un hombre alto, grande y fuerte, pero también tenía un cuerpo modelado para el pecado, tal y como le había demostrado esa noche en varias ocasiones, se estremeció de placer y sonrió.

Sin poder evitarlo, se acercó a él, le besó dulcemente en los labios y moviéndose con sigilo consiguió salir de su alcoba y meterse en la suya sin que nadie la viese, a ella no le importaba que pensarán que había cedido a la lujuria, es más, estaba convencida de que la alabarían por haber conseguido contenerse tanto tiempo, había escuchado muchas veces a las mujeres del pueblo hablar sobre lo atractivo que era el *laird* y más de una estaba convencida de que sería su mujer, pero todas estaban seguras de que no serían capaces a negarle nada que él les pidiera. Y ella las comprendía, estaba celosa, pero entendía perfectamente a lo que se referían y después de la increíble noche entre sus brazos lo entendía aún mejor.

Sonriendo de nuevo se metió en la cama para dormir algunas horas antes de ir a cabalgar, era todo lo que tenía que hacer durante el día, ya que Ian le había pedido por favor que no entrenase sin estar él presente y por la sonrisa tan seductora que le regaló acompañada de varios besos que la hicieron temblar de pies a cabeza, ella habría accedido a cualquier cosa.

Estaba cabalgando por la ladera donde iba algunos días a caminar y donde se suponía que no había ningún peligro, Ian había dado orden de que la dejaran pasear, estaba deliciosamente dolorida y lo estaba disfrutando, recordar lo que habían compartido la noche anterior la llenó el alma.

Se sentía más libre de lo que se había sentido nunca. El verde de los valles, el brillo del sol que ese día parecía que estaba tan feliz como ella, el suave viento que la envolvía con un dulce aroma de flores silvestres y brezo, el cielo de un intenso azul... la belleza salvaje de aquellas tierras la subyugaba y era consciente de que tenía a Escocia grabada en su corazón. Ante ella tenía el paisaje más hermoso del mundo y no pudo evitar fantasear con recorrer aquellas tierras al galope siendo perseguida por Ian McRae, el dueño y señor de todo lo que veía y de su corazón. Y lo deseó con toda su alma.

De repente se sintió observada y esa sensación no le gustó lo más mínimo, por lo que decidió volver al castillo y seguir soñando despierta mientras se arreglaba para la cena del clan donde volvería a ver a su highlander. Se convenció a sí misma de que esa sensación de angustia y temor a que la encontraran se debía a la tensión que tenía encima después de que su hermano le contase hacía un par de días que en Inglaterra sospechaban que ella había sido la artífice de la supuesta muerte del Príncipe Ricardo pero que no habían encontrado el cuerpo.

Sí, ella le había matado, pero había sido en defensa propia, él la hubiese violado y a saber qué más cosas horribles le hubiese hecho y por supuesto, estaba segura de que la hubiese matado sin pensárselo seguramente después de torturarla hasta cansarse, porque si algo había visto en los ojos de aquel hombre era su determinación a la hora de humillarla, pero claro, ahora él estaba muerto y no podía defenderse, seguramente a ella nadie la creería y para colmo de males el cuerpo había desaparecido y ella no tenía ni idea de dónde podría estar. Recordaba muy pocas cosas de aquella noche.

Azuzó a su caballo para volver al castillo a toda velocidad, quería quitarse esa horrible sensación de que estaba siendo vigilada constantemente cuando de repente un hombre salió de entre los árboles y le hizo una seña, tras ella había otros tres hombres y todos armados con arcos y apuntándola, el hombre misterioso quería una reunión y ella tendría que acceder.

—Buenos días milady — le dijo el hombre pelirrojo con brillantes ojos verdes, ella no respondió — voy a ir al grano Katherine de Bradbury — susurró su nombre y la piel del cuerpo se la erizó, el miedo comenzó a apoderarse de ella — si yo te he encontrado, los ingleses no tardarán mucho, sobre todo porque si no accedes a mi propuesta, voy a contarle al ejército de

Su Majestad que Ian McRae te escondía de ellos — Katherine palideció — exacto preciosa, ¿tienes idea de lo que le harán? — sonrió con malicia.

—Acepto — dijo ella sorprendiendo a todos.

—Aún no sabes de lo que se trata — respondió él con desconfianza.

—No importa, deme su palabra de highlander de que Ian y todo el clan McRae estará a salvo y yo accederé a lo que vos deseéis, sólo le pido que me permita dejar una nota en la que me pueda despedir — le miraba fijamente, no estaba bromeando, haría cualquier cosa por Ian — por favor caballero, permita que me despida, no quiero que malgasten sus vidas buscándome — el brillo en los ojos del desconocido se hizo más fuerte — dígame ¿tengo su palabra?

—Mi palabra de highlander es suya milady — concedió él con una sonrisa petulante pese a como se sentía por dentro — uno de mis hombres la acompañará para que deje su nota, no me importa como lo consiga, pero vuelva aquí lo antes posible y después le explicaré lo que deseo de vos.

Katherine intentaba pensar a toda velocidad en todas las opciones que tenía, ¿qué ocurriría si iba en busca de Ian y le contaba lo que ocurría? Que moriría, eso pasaría. Aquel hombre de rasgos irlandeses avisaría al ejército inglés y éstos arrasaría las Highlands, su maravilloso Ian pelearía con bravura, pero finalmente caería y eso ella no podía permitirlo. No, de ninguna manera, muchas personas dependían del *laird* y ella no provocaría más muerte y destrucción, la muerte de sus padres y de todos los habitantes de Durham había sido más que suficiente. No podía volver a pasar por ello y menos sabiendo que Ian y Jacobo serían las primeras víctimas. Apretó los dientes y dejó que la rabia la inundase. Espoleó a su caballo.

Había llegado a conocer bien el castillo y sabía cómo entrar y salir sin ser detectada, sabía que no debía cruzarse con nadie pues no sería capaz de mentirles a la cara, no podría fingir que todo iba bien sabiendo que sería la última vez que pisaría esas tierras, y tampoco podía permitir que alguien diese la voz de alarma, se coló en su propia habitación con el molesto hombre que la había acompañado y allí escribió una nota que dejó sobre la almohada.

Miró por última vez a su alrededor. De nuevo era arrancada de su hogar, sólo que esta vez lo hacía siendo plenamente consciente de sus actos. Y por mucho que Ian se enfadase con ella, su bienestar estaba por encima de ello, no

tenía la más mínima duda al respecto, por eso se había entregado a él aquella noche, porque en su alma y en su corazón, sabía que no habría nada comparable a lo que sentía por él, no sabía lo que le deparaba el futuro, pero de lo único de lo que jamás se arrepentiría es de haber pasado la noche amando a Ian, él era el amor de su vida y por muchas penurias que le deparase el destino, ella llevaría su recuerdo grabado a fuego en su corazón.

Se cambió la capa de pieles y tanto ella como su desagradable vigilante salieron rápidamente del castillo con el mismo sigilo con el que habían entrado, sin cruzarse con nadie. Al poco tiempo estaban de nuevo en el claro donde el hombre pelirrojo la esperaba impaciente rodeado de sus hombres. La ofreció subir al caballo con él y decidió que sería mejor parecer una mujer indefensa, así tal vez no la atasen y tendría la oportunidad de defenderse en caso de que la atacasen. Accedió de mala gana y tuvo unas terribles nauseas cuando él se pegó a su cuerpo, los hombres ataron su caballo y se lo llevaron con ellos.

El sol comenzaba a ponerse e Ian ya no soportaba más no ver a su preciosa inglesa, antes de quedarse dormidos le pidió que no entrenase sin él, cada vez que recordaba cómo se movía encima del caballo con el arco y las flechas tenía una erección, después de pasar la noche con ella, el deseo era mayor aún. Ansiaba volver a verla cabalgar con la melena al viento, totalmente concentrada... era la viva imagen de la seducción.

Al entrar en el castillo preguntó a Idoia por el paradero de Katherine, pero tanto ella como alguna joven más le dijeron que no la habían visto en todo el día y que como no vieron luz bajo su puerta, asumieron que seguía durmiendo.

Sonrió con orgullo masculino al pensar que no se había podido levantar de la cama después de estar con él y su ego se hinchó. ¡La de horas diurnas que se iba a pasar durmiendo su preciosa inglesa! Porque sí él estaba seguro de algo, era que ella volvería a compartir su lecho, pero sin la escapada al amanecer, no... jamás la dejaría salir de su cama, de su vida ni de su corazón. Ella le pertenecía y él le pertenecía a ella.

Entró en la habitación y al sentir el frío en el ambiente, su instinto le dijo que algo no iba bien, entró a grandes zancadas llamándola, pero no obtuvo

respuesta, corrió a abrir las pesadas cortinas para permitir el paso de la luz y se giró para observar el lecho. Ella no estaba, tan sólo había una nota bellamente escrita.

Ian rugió como un animal herido, gritó tan alto y tan fuerte que todo el mundo dentro del castillo corrió escaleras arriba y entraron en tromba en la alcoba de la inglesa, incluso las piedras parecieron estremecerse.

—¡Preparar los caballos! ¡Las espadas! — gritaba a sus hombres y a las mujeres — ¡tenemos que encontrarla!

Fergus se acercó a él con paso firme, no le temía, pero jamás le había visto así. Le tocó en el brazo y cuando le miró a los ojos se estremeció, ahora no era un hombre, era una bestia herida y por lo tanto resultaba mortal. Logan entró también en la habitación y entre los dos echaron a todo el mundo, cerraron la puerta y sentaron a su amigo en la cama.

—Desahógate mi *laird* — le dijo Logan — si vamos a la guerra por nuestra señora, te necesitamos con todos tus sentidos y ahora mismo estás ciego de ira.

—No hay guerra — dijo él en un siseo — me ha abandonado — apoyó la cabeza en sus manos e intentó ahogar un gemido de puro dolor.

No podía entenderlo, la noche había ido bien, ella se había mostrado entusiasta y se había entregado voluntariamente, él le dio la oportunidad de irse en varias ocasiones ¿por qué le había abandonado? ¿Por qué se había ido sola sabiendo el peligro que corría? Ahora sabía que podía defenderse, que no era tan vulnerable como parecía, pero aun así podría ocurrirle algo fatal y él no podría soportarlo, sabía que no podía vivir sin sus sonrisas.

Fergus no se creyó las palabras de su amigo, su amada Nerys le había jurado que la inglesa estaba enamorada de verdad de su *laird* y ninguna mujer enamorada abandona a su hombre. Ninguna. Al menos por voluntad propia. Por lo que sin decir nada, se levantó y salió de la alcoba cerrando tras de sí. Al cabo de unos minutos, volvía acompañado de Jacobo, él conocía a su hermana y podría ayudarles a entender todo lo que ocurría.

—¡Ian! — gritó Jacobo — ¿dónde está mi hermana? ¿Qué le has hecho? — le increpó.

—¡Nada que no quisiera que le hiciera! — se acercó a él furioso y Logan temió que se liasen a puñetazos, el inglés aún estaba débil y no aguantaría la

pelea — ¿acaso crees que yo quería esto? ¡Maldita sea! — sentía un dolor tan intenso que no podía pensar.

—Mi hermana no es así Ian, si ha huido en mitad de la noche y ella sola es por algún motivo que desconocemos — estaba furioso con el *laird*.

—No huyó en mitad de la noche — los tres hombres le miraron sorprendidos — sería al amanecer como muy pronto.

—¿Cómo estás... — Jacobo empezó a preguntar pero llegó a la respuesta antes de terminar de formular la pregunta, la mirada del *laird* le confirmó sus sospechas — ¡joder Ian! ¡Le has destrozado la vida! Ella no es una mujer cualquiera, nunca podrá encontrar marido si no está intacta — se acercó a él furioso — ¿se puede saber en qué estabas pensando?

—¡Ella no necesita encontrar marido! ¡Ya lo tiene! — rugió y hasta Fergus se encogió ligeramente — me pertenece Jacobo de Bradbury y me da igual quién opine lo contrario, ¡es mía! ¡Maldita sea! ¡Mía! Y cuando la encuentre pienso encerrarla en este castillo y atarla a la cama — le clavó la mirada llena de ira — ¡y me importa una mierda si estás de acuerdo o no!

—No voy a consentir que la esclavices Ian — éste desenvainó su espada — puedes matarme si quieres, estoy débil, te sería muy fácil, pero recuerda quién es ella, no saldrás vivo en cuanto vea una oportunidad de librarse de ti, es más fuerte que nosotros, no la conoces.

—Mi *laird* ¿qué es esto? — Logan cogió la nota, la había leído y estaba confuso.

—Una nota de despedida — dijo sombrío sin dejar de mirar a su futuro cuñado, aún le amenazaba con la espada.

Jacobo estiró la mano y Logan se la dio, estaba escrita en inglés y él solo comprendía algunas palabras. El caballero cogió el papel y comenzó a leer en voz alta.

“Aileana tenía razón, la lealtad nace en el corazón de una mujer enamorada, ahora entiendo sus palabras y las de mis padres. Gracias por todo Ian McRae.”

Volvió a leer la nota, ésta vez para sí mismo.

—¡Eres un completo imbécil! — gritó a Ian — ¡no te ha abandonado salvaje!

¡Ha huido para protegerte! — los tres hombres le miraban sin comprender — le conté a mi hermana que mi madre había arriesgado su vida para que yo me salvase, que ahora ya comprendía lo que significaba proteger a los amas, que cuando amas tanto a alguien, no hay nada más valioso que su vida para ti — seguían sin comprender — mis padres murieron para salvar a su hijo porque me querían más allá de lo razonable, lo mismo que mi hermana siente por ti, Katherine es igual que mi madre, ama de todo corazón y de forma irracional — Fergus sí que le comprendía ahora.

—Si lo que dices es cierto — intervino Logan — mi señora está en peligro.

Inmediatamente salió corriendo para el dispensario de armas, debían armarse, debían encontrarla y ponerla a salvo. Debían empezar a rastrear antes de que fuese demasiado tarde y no pudiesen encontrarla y traerla de vuelta al castillo.

En cuanto llegó al depósito de armas empezó a dar órdenes, gritaba a todo el mundo, les instaba a sacar todo el orgullo y el carácter de los highlanders. Jacobo, Ian y Fergus no tardaron en alcanzarle.

—¡Nos han robado a nuestra señora! — vociferó Ian — ¡y la queremos de vuelta! — observó a los hombres, confiaba en ellos, pero necesitaba sentir su apoyo.

—¡Sí! — el grito fue atronador, desgarrador, todos y cada uno de los bravos guerreros sin la más mínima pizca de duda apoyaron a su *laird*.

Se le encogió en corazón en el pecho. Sus hombres apoyaban a Katherine, le habían confiado su lealtad y eso le honró sobremanera, pero ahora no era el momento de dejarse llevar por sentimentalismos, no, ahora era hora de salir de caza y no volverían hasta que ella estuviese a salvo.

Capítulo 19

Katherine viajaba a lomos de otro de los caballos, pues al cabo de unas horas habían cambiado a los animales, seguía sin estar atada y aunque no dejaba de buscar una solución a su situación, no encontraba ninguna respuesta que le llevase hasta su libertad sin poner en peligro la vida de Ian. Puede que le ocurriesen cosas horribles, pero no iba a condenarle.

No había abierto la boca en todo el camino, los hombres bromeaban e insinuaban que ella sería la diversión del campamento y aunque le entraban náuseas sólo de pensarlo, no se dejó llevar por las sensaciones, no... ahora tenía que tener la mente fría, si ella fallaba, Ian moriría, la respuesta le parecía de lo más sencilla.

Se internaron en las profundidades del bosque y entonces la ataron a un árbol mientras ellos hacían sabía Dios qué, ella no desaprovechó la oportunidad, no quería dejar un rastro demasiado obvio y probablemente jamás la encontrarían, pero al menos si alguna vez, alguien veía el tronco de ese árbol, sabría que ella había estado allí. Sacó su puñal y comenzó a tallar disimuladamente.

Al cabo de una hora volvían a cabalgar, estaban rodeando una gran masa de agua en calma, tenía que ser un lago, pero no les preguntaría dónde estaban, si la veían presa del pánico o nerviosa, sabrían que la tenían en su poder y se esforzarían más en quebrarla. Todo el mundo la infravaloraba y ella siempre se había aprovechado de ello para salir airosa de los muchos líos en los que se había metido cuando era niña, esperaba que en esta ocasión no fuese diferente.

Cabalgaron durante dos días seguidos, iban cambiando de animales a las pocas horas, sólo descansaban un par de horas por la mañana y de nuevo por la tarde, por las noches cabalgaban sin descanso. Le ofrecieron comida y agua, sólo comió y bebió lo justo para tener las fuerzas suficientes para escapar en caso de que pudiese encontrar la forma de salvarle la vida a su highlander, era

lo único en lo que podía pensar.

Estaban atravesando un bosque cuando los caballos se detuvieron, el hombre pelirrojo silbó de una manera poco común y recibió como contestación el mismo sonido.

Al cabo de pocos instantes una gran cantidad de hombres vestidos de oscuro y con varias armas comenzaron a salir de entre las sombras, Katherine no reconoció ninguno de los rostros, pero tuvo la sensación de que esos hombres serían quienes se harían cargo de ella y los mismos que decidirían su destino, el miedo la atenazó el estómago con fuerza.

Con paso lento y algo torpe, un hombre alto tapado casi en su totalidad, se acercó a ella y la tiró del caballo, después la levantó de malas maneras, ella intentó revolverse pero recibió una bofetada que la volvió a tirar al suelo, antes de que pudiese levantarse, dos hombres más la sujetaron los brazos y el hombre al que no podía verle el rostro palpó su cuerpo, ella se agitó todo lo que pudo y recibió otra bofetada, nadie decía nada, tan sólo se reían a carcajadas, salvo el hombre que se ocultaba, ése ni se reía, ni hablaba, ni siquiera la miraba a la cara.

Entonces encontró lo que buscaba, su pequeño puñal, el regalo de su hermano, con el que más de una vez había salido de un apuro, se lo quitó y lo guardó en su cinturón, entonces se alzó y se descubrió ante ella.

—Volvemos a encontrarnos milady — le dijo, le costó reconocer la voz, incluso la cara de aquel hombre, pero cuando observó la cicatriz de su cuello, los recuerdos la golpearon con fuerza.

—Pero... — estaba confusa, creía de verdad que le había matado.

—¡Oh lo sé milady! Estáis encantada de verme de nuevo ¿verdad? — la sonrió de una forma tan libidinosa que el estómago se la encogió — aunque claro, dado que intentasteis matarme... a lo mejor no os alegra ver que volví del infierno sólo por vos — se agachó para mirarla de cerca — porque eso es exactamente lo hice milady, volver del infierno a por ti.

Y el pánico se apoderó de ella.

—¡No os dejéis engañar por su aspecto! — vociferó — está versada en el arte de la espada, el arco y los puñales — les enseñó la desfigurada cicatriz — la quiero constantemente atada de pies y manos y también amordazada, ¡a saber

qué clase de maldades puede hacer con esa boca! — estalló en carcajadas y el resto de los hombres le siguieron.

Mientras se reían sin parar, le ataron fuertemente las manos y los tobillos, también le pusieron una mordaza, le quitaron la capa de pieles y como si fuese un fardo la echaron sobre uno de los caballos.

Katherine intentaba pensar, pero la cabeza le golpeaba continuamente contra el lomo del animal y se estaba empezando a marear. No conseguía entender nada, ella le había clavado el puñal a ese bastardo del príncipe Ricardo en el cuello, él se había desangrado como un cerdo encima de ella... y sin embargo, ahora estaba allí y sin duda alguna, iba a cobrarse su venganza.

Ian intentó convencer a Jacobo de que esperase en el castillo, las heridas aún estaban recientes y si se le abrían los puntos podría morir, pero él no estaba dispuesto a que fuesen otros los que iban tras su hermana, era su pequeña, lo único que le quedaba en el mundo, por supuesto que él les acompañaría y la buscaría hasta su último aliento.

Rastrearon e incluso pidieron ayuda a algunos hombres del clan de los McGregor, pero por más que buscaron no encontraron ninguna pista, nada, ninguna esperanza de encontrar a Katherine ni viva ni muerta, aunque nadie quería pensar en esa posibilidad.

Estaban en una arboleda y Jacobo se estaba poniendo pálido por momentos, Logan se apiadó de él, detuvo al clan y le apoyaron sobre uno de los árboles para que recuperase el aliento mientras le comprobaban que las suturas aguantaban y no había signos de infección.

—Cuando éramos niños, solíamos escondernos en el bosque que había detrás del castillo — comenzó a relatar Jacobo — menudos sustos les dábamos a mis padres y a nuestra ama — de pronto se quedó en silencio, el rostro se le tensó y antes de que nadie pudiese hablar gritó — ¡que todo el mundo mire en los pies de los árboles! — le miraban como si estuviese loco — ¡venga! ¡Habrà unas pequeñas marcas hechas con cuchillo!

—¿Qué pasa? — preguntó Ian con esperanza.

—Tallábamos los árboles para dejarnos mensajes — explicó mientras palpaba la base de la enorme conífera — en el pie, así sabíamos que siempre nos

encontraríamos, nos inventamos un lenguaje para nosotros cuando Katherine se perdió en el bosque y el ejército tuvo que ir a buscarla.

—¡Os quiero a todos mirando la base de todos estos árboles! — gritó Ian y sus hombres comenzaron a buscar.

—Puede que no lo haya hecho — dijo Logan en un susurro.

—Lo habrá hecho — aseguró Jacobo — lo sé, sé que aunque crea que no iremos a buscarla, dejará una marca o algo, no puedo explicarlo, pero lo sé — su mirada se llenó de lágrimas sin derramar y Fergus le puso una mano en el hombro para prestarle su apoyo.

—Entonces encontraremos su mensaje — Ian no perdería la esperanza.

Buscaron durante casi una hora hasta que finalmente uno de los guerreros le pareció haber encontrado algo, todos los hombres se apartaron para que el caballero inglés interpretase las señales. Jacobo se sentía desfallecer, no por las heridas, que le dolían a rabiar, sino porque no podía perder a su hermana de nuevo.

Palpó las marcas y buscó en su memoria el significado, cerró los ojos y habló en voz alta.

—KB, volar hogar corazón roto, no traición, no huida, protección, amor — tardó unos segundos en comprender la frase y la explicó — Katherine de Bradbury salió de su hogar con el corazón roto, no por la traición, no huía, protegía a los que amaba.

Ian se agachó junto al árbol y palpó las marcas tan extrañas que le habían dado tanta información a Jacobo. No les encontró el más mínimo sentido, pero tenía que confiar, tenía que tener fe y esperanza, porque no podía perder a su amor. No cuando ella se había sacrificado para salvarle la vida. ¡Por los Dioses! Tenía ganas de azotarla por semejante tontería, pero que le apedrearan si no era lo más halagador y noble que había hecho alguna vez alguien por él.

Continuaron la marcha con la adrenalina dándoles fuerzas, su señora se comunicaba con el mundo y sin quererlo, les estaba guiando hasta ella. Iban de arboleda en arboleda buscando más marcas en los árboles.

Las horas pasaban demasiado rápidamente y no conseguían encontrar más pistas con mensajes en clave, habían visto un par de marcas en dos arboledas más que según el caballero inglés eran las iniciales de su hermana,

pero no había más palabras y eso les empezaba a minar el ánimo. ¿Acaso estaría en serios problemas?

Tanto Ian como Jacobo mantenían la esperanza de que se defendería si intentaban dañarla, confiaban ciegamente en que un pequeño puñal le salvase la vida de nuevo.

Katherine estaba exhausta, ya no podía más, había vomitado lo poco que había comido porque la llevaban de un lado al otro a empujones o sobre un caballo como si fuese una alfombra, le dolía la cabeza, tenía los músculos agarrotados y se sentía indefensa y vulnerable sin su cuchillo. Tenía las manos en carne viva y se había arrancado varias uñas al tallar con pequeñas piedras los árboles en los que la ataban.

Por fin llegaron a una especie de campamento, tenía la impresión de que viajaban hacia el sur, pues la lluvia era menos constante e incluso le parecía que el sol amagaba con salir y brillar. La bajaron bruscamente del caballo y no fue capaz de mantenerse en pie, por lo que cayó al suelo y se mordió el labio, un hilo de sangre le corrió por la garganta.

—¡Cuidado con la mercancía! — gritó Ricardo — ¿acaso crees que voy a disfrutar de su cuerpo si está lleno de sangre? — la levantó con fuerza — bueno... esperemos que no se te hinche mucho — miró su labio de cerca y se lo pellizcó con los dedos, ella hizo una mueca de dolor — acostúmbrate preciosa, porque te quedan interminables noches en mi compañía.

Katherine hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para no estremecerse, tan sólo le miraba llena de ira, puede que él ultrajase su cuerpo, pero jamás le mostraría el miedo que sentía, jamás lograría arrancarle el alma, jamás tocaría su corazón, Ian estaba en él y ella le protegería hasta su último aliento.

Aunque desde que sabía que detrás de todo estaba Ricardo, tenía la extraña sensación de que había algo más que se escapaba a su comprensión. No alcanzaba a ver la lógica de los actos cometidos contra ella y su familia, al usurpador no le servía de nada el castillo de los Bradbury si iba tras el trono de Inglaterra, no tenía ningún sentido.

Dos hombres que olían como un par de venados muertos, la llevaron a

rastras hasta una de las tiendas montadas, la tiraron sobre una cama y después de mirarla con deseo salieron de la tienda entre risas.

Ella sabía que en ese momento comenzaba su infierno particular y estaba dispuesta a hacer lo necesario para salir con vida de todo eso, porque al enamorarse de Ian había desechado la idea de vengarse, porque creía que el artífice de la muerte de su familia estaba muerto, pero ahora sabía la verdad y habían amenazado al amor de su vida... sí, la venganza la mantendría con vida y cuando lograra escapar, mataría y con la sangre derramada de sus captores encontraría la paz.

Las palabras que Idoia le había dicho el día que se conocieron le vinieron a la mente “todos somos capaces de hacer lo impensable si las circunstancias son propicias”, cerró los ojos aceptando que esa mujer tenía mucha razón.

Justo en ese momento Ricardo entró en la tienda despojándose de la capa, la miró furioso y se quitó las botas, después se desabrochó la camisa y los pantalones. Katherine sentía cómo el terror se apoderaba de ella, pero se aferró a sus recuerdos, se aferró con todas sus fuerzas a su sed de venganza y al profundo amor que sentía por Ian, estaban a punto de profanar su cuerpo, pero ni siquiera iba a resistirse, no pensaba desperdiciar nada de energía cuando sabía que no tenía ninguna oportunidad de salvarse, tan sólo rezaría para que terminase lo antes posible.

Ricardo se puso de rodillas en el lecho, estaba totalmente desnudo y erecto. Tenía el puñal de ella en la mano y la miraba enardecido de deseo. Le rajó el vestido desde el escote hasta el bajo e hizo lo mismo con el camisón de lana que llevaba debajo, su cuerpo quedó totalmente expuesto ante aquel animal que la miraba como si fuese a devorarla. Dejó el cuchillo en el suelo y comenzó a acariciarle los pechos. Ella ni se inmutó, tan sólo le miraba, pero sus ojos estaban vacíos.

—Vas a gritar preciosa — le dijo al oído — te aseguro que vas a gritar.

Ella no respondió. Furioso, le pellizcó con fuerza un pezón, estaba seguro de que le había hecho daño, pero aparte de notar como apretaba los dientes, no emitió sonido alguno, entonces la giró sobre la cama, le arrancó el destrozado vestido y le alzó las caderas exponiéndola para él, antes de que Katherine pudiese imaginarse lo que estaba a punto de ocurrir, el bastardo la

azotó con fuerza.

Su cuerpo se tensó, pero de nuevo seguía en el más completo silencio. Volvió a golpearla con más fuerza y observó encantado cómo la figura de su mano se marcaba en la blanca piel de ella, pero seguía sin gritar y él estaba empezando a perder el entusiasmo, algo que Katherine observó también, enseguida ató cabos y fue consciente de lo que tenía que hacer para sobrevivir a aquella pesadilla.

Los golpes se sucedieron hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas, pero no gritó, no dijo ni una sola palabra, tan solo puso la cara contra las sábanas y se imaginó que estaba durmiendo en su alcoba en Nairn, que despertaba al amanecer con los dulces besos y caricias de Ian. Y dejó de sentir dolor.

—¡Maldita zorra! — bramó en su oído — ¡quiero que grites! ¿Me has oído? ¡Grita! — introdujo dos de sus dedos dentro del cuerpo de ella y sintió un dolor punzante que la atravesó, apretó las muelas todo lo que pudo y siguió en silencio.

Al cabo de unos segundos notó como el miembro viril sin vida intentaba entrar en ella, pero aunque no se estaba resistiendo, él no pudo someterla ni penetrarla y ahí sí que Katherine emitió un sonido, comenzó a reír, de forma histérica, desesperada, catártica. En ese instante no la importaba que la matase porque ella le había vencido, de nuevo había podido con él y eso la hizo sentir poderosa, tanto era así, que ni siquiera sentía miedo.

Durante unos segundos Ricardo se quedó en blanco sin saber qué hacer, esa maldita mujer no hacía más que dejarle en ridículo una y otra vez. La abofeteó, la tiró al suelo, la azotó con furia hasta que la sangre corría por su piel, pero ella no dejaba de reír, los ojos le lloraban de la risa, hasta las lágrimas que le recorrían el rostro se burlaban de él.

Al cabo de un minuto se le ocurrió una nueva forma de humillación.

Se acercó a ella con uno de sus cintos de cuero y se lo apretó al cuello, se puso un batín y la sacó ante sus hombres completamente desnuda. La situación era completamente irreal para ella, tan sólo podía ver a un hombre fingiendo ser lo que no era, e hicieran lo que hicieran con ella, iba a disfrutar de humillarlo públicamente. A fin de cuentas era un hombre y por miserable y

rastrero que fuese, si le dejaba sin orgullo, le anularía como hombre y a ella con eso le bastaba.

Los hombres comenzaron a vitorearla y a silbar como perros en celo, durante un momento se asustó cuando uno de ellos le tocó un pecho como si estuviese exprimiendo un limón, ¡por Dios! ¿Esos hombres habrían estado con alguna mujer en su vida?, no tenían ni idea de cómo tratarla, quería gritarles, pero se contuvo, tenía que esperar a que fuese el momento apropiado, aquél en el que ese bastardo hijo de Satanás saldría peor parado.

Entonces él alzó la mano, tenía una sonrisa asquerosa en la boca, todo el mundo se quedó en silencio, estaban expectantes y ella cogió aire.

—¡Decidme mi señor! — le increpó Katherine alzando la voz — ¿ya sois capaz de tomar a una mujer o aún no se os levanta? — miró a los hombres que intentaban contener la risa — ¡futuro Rey de Inglaterra! — Se carcajeó — ¡menos mal que un país no se gobierna en una alcoba! ¡De lo contrario deberíais dejar gobernar a alguno que sea capaz de usar lo que tiene entre las piernas! — volvió a gritar.

Estaba dispuesta a disfrutar de la humillación de aquel bastardo, ya había carcajadas por doquier, pero un golpe la dejó inconsciente.

Capítulo 20

El clan McRae llevaba casi tres días de camino buscando a su señora, pero hacia horas que no encontraban más pistas, estaban a punto de rendirse cuando un hombre a caballo se acercó al galope, todos desenvainaron la espada, estaban cansados, hambrientos y sedientos, pero iban a matar a aquellos que se habían llevado a su inglesa.

El hombre bajó de su caballo de un salto y puso la rodilla en la tierra.

—¡Vengo en paz! — se anunció en voz alta — ¡me envía Angus McGregor! — volvió a gritar.

Ian se acercó a él con la ira instalada en su rostro, la espada en alto y el cuerpo tan tenso que parecía de metal.

—¡Habla! — le alzó cogiéndole de la capa.

—Al volver de Londres decidí dar un rodeo y descansar en una posada cerca de Forth, pero al acercarme por el sur vi a unos hombres vestidos para la lucha y decidí seguirles.

—¿Eran hombres del Rey? — preguntó Jacobo ansioso.

—No, eran soldados, pero sin insignia ni estandarte.

—¿Sabes dónde tienen el campamento? — preguntó Logan.

—Al norte del bosque de Forth, es un lugar alto desde donde se ve con claridad.

—¡Maldita sea! — espetó Ian furioso — una emboscada sería imposible — el hombre asintió — ¿cuántos son?

—Un millar por lo menos *laird* — dijo nervioso por la expresión del highlander.

—¿Un millar?! — exclamaron todos al mismo tiempo.

Todos pensaban lo mismo, ellos eran casi trescientos hombres, sabían que valían por dos de cualquier ejército, incluido el inglés, pero no podrían

con un millar de hombres que estaban en una posición estratégica inmejorable para ellos. Les verían llegar y antes de que pudiesen alcanzar a uno solo de ellos, habrían muerto varios de su clan.

La cabeza les bullía con miles de ideas, a cual más disparatada. Entonces Ian tomó una decisión.

—No voy a dejarla en las manos de esos salvajes — le dijo a Fergus mirándole a los ojos y él le comprendió — lo harás bien — se abrazaron con cariño.

—No haré nada sin ti mi *laird* — le dijo tensando la mandíbula.

—Fergus, llévate a los hombres, volved a casa y proteged al clan — no podía arrastrarles a una misión suicida, pero tampoco podía abandonar a Katherine.

—¡Tú te has vuelto loco! — le increpó Logan.

—¡Claro que estoy loco! — le gritó — no lo entiendes, la necesito tanto como respirar Logan, ella es mi principio y mi fin, ella lo es todo para mí, atravesaré Escocia para encontrarla — le palmeó en el hombro — hermano, volved a casa y vivir una larga y feliz vida — pero Logan le ignoró.

—¿Queréis volver a casa o queréis salvar a nuestra señora? — bramó el highlander desafiando con la mirada a su *laird*, gritó tan alto que hasta los árboles se agitaron — ¿Qué respondéis? — les inquirió.

—¡Salvar a Lady Katherine! — el bosque se llenó con sus voces y todos alzaron sus espadas al aire para mostrar su arrojo y valentía.

—Es un suicidio Logan — protestó Ian.

—Nos importa poco mi *laird*, ella es nuestra señora, no la abandonaremos a su suerte, ni siquiera porque tú lo ordenes — subió a su caballo y comenzó a galopar.

Todos le siguieron en silencio. Habían tomado una decisión, nadie les robaba a su señora y salía impune, de eso nada, Katherine les pertenecía, todos tenían su imagen en la cabeza, las heridas que les había curado, las risas que les provocaba a sus hijos, las sonrisas de sus mujeres por contar con ella, sus bellas canciones cuando paseaba por la aldea. No, ellos eran highlanders y ella era su señora. No abandonaban a uno de los suyos y no lo harían con ella.

Cabalgaron sin descanso siguiendo las indicaciones del hombre del clan

aliado, Ian tenía claro que los McGregor eran un clan del que fiarse y con el que podrían mantener negocios que les reportarían muchos beneficios, pero tan sólo por la información tan valiosa que les acercaba a su mujer, ya valía la pena protegerles y aliarse con ellos.

En vez de ir directamente hasta aquella población, el hombre les guio hacia un riachuelo que pasaba cerca, justo por la parte menos accesible a su localización y por lo tanto la menos vigilada. Ni lo pensaron, empezaron a quitarse el exceso de metal y a atar unos caballos a otros, pues tendrían que hacer el camino a pie, y en esas estaban cuando un hombre andando se acercó a ellos.

Jacobo fue el primero en acercarse a él con la cara desencajada.

—¡Mi señor! — se postró en el suelo — ¿de verdad sois vos? — alzó la vista para confirmar sus sospechas.

—Levántate Jacobo de Bradbury — le ayudó al ver que tenía dificultades — sí, soy yo, príncipe Enrique y futuro rey de toda Inglaterra, cuando consiga matar al bastardo de mi hermano, claro.

—Soy Ian McRae — el *laird* se presentó, intentaba controlarse pero estaba furioso, ese hombre quería casarse con su inglesa.

—Sé quién sois *laird* McRae — le miró fijamente y le ofreció la mano que él aceptó — su nombre le precede, y también sé que tenemos una amiga en común ¿no es cierto?

—No es una amiga — siseó y el príncipe sonrió.

—No puedo culparle, su belleza es inigualable — volvió a sonreír — al igual que su valentía y su honor, pero no estoy aquí por ella — aclaró con rapidez — mis espías me han hablado de unas huestes en el bosque de Forth y os encuentro aquí a vos... — miró a los highlanders — ¿acaso queréis pelear por el trono?

—No me interesa su trono — dijo Ian escupiendo las palabras — sólo me interesa rescatar a Katherine — el futuro rey abrió los ojos como platos.

—¿Ellos la tienen? — preguntó confuso.

—Mi señor — intervino Jacobo — mi hermana fue atacada por Ricardo y ella le mató, se escondió en las highlands hasta poder pedirle ayuda, pero ha

decidido entregarse a esos hombres para salvar la vida de Ian McRae.

—Ojalá le hubiese matado de verdad — dijo Enrique sinceramente sorprendido — ¿ella se entregó para salvaros? — preguntó clavando sus ojos en los del highlander — impresionante *laird*, que una mujer os entregue así su alma y su corazón...

—Creemos que son cerca de un millar — dijo Logan para salvar a su *laird* de esa situación, había orgullo y envidia en las palabras del rey, pero Ian estaba a punto de cortarle la cabeza, estaba seguro de eso.

—Mi ejército se compone de tres huestes de más de mil quinientos hombres cada una — respondió orgulloso.

—Están en una posición propicia — argumentó Fergus que también había visto como su *laird* se descontrolaba por segundos.

—Les haremos salir — sonrió el príncipe — sé que anhelas venganza *laird* McRae, pero Ricardo es mío, no puedo ceder en eso.

—No me importa quién le corte la cabeza a ese bastardo si la recupero, pero si ella está muerta, le mataré con mis propias manos — le dijo con la mandíbula tensa.

—Es justo — concedió el futuro monarca.

Acto seguido se dio media vuelta e hizo una señal, en apenas unos instantes varios hombres se acercaron a caballo.

Entre todos discutían cuál sería la mejor estrategia, aunque no conseguían ponerse de acuerdo.

Ian casi no se podía creer lo que estaba ocurriendo, ingleses y escoceses trabajando juntos en armonía para salvar a una mujer y eso que ellos no conocían a Katherine. Sí, probablemente el ejército inglés estaba allí para devolverle el trono a Enrique, pero él prefería pensar que lo hacían por ella, temía tanto no encontrarla con vida que apenas se permitía pensar.

Extendieron un mapa en el suelo e intentaron diseñar varias posibles rutas en las que no resultasen perdedores, pero no encontraban la solución. En las mentes de todos empezó a surgir la misma idea, necesitaban a alguien dentro que les allanase el camino, pero ¿quién podría ser tan letal y pasar inadvertido?

No hubo highlander que no se ofreciese, también había muchos ingleses, pero sabían que serían descubiertos y probablemente morirían, Jacobo llevaba un tiempo dándole vueltas a algo, pero aunque sabía que su idea era la mejor, primero tendrían que comprobar que Katherine seguía con vida y lo cierto era que no sabía cómo plantear el asunto.

Finalmente y sin que nadie se percatase, habló con el hombre que había descubierto el campamento que buscaban y le preguntó si podría colarse, dejar algo y volver a salir, el hombre asintió sin comprender muy bien qué era lo que pretendía aquel caballero inglés, pero era el único que empezaba a tener un plan.

—Pero yo no puedo luchar mi señor — le explicó el escocés con una profunda pena en los ojos — una malformación me impide tener la fuerza necesaria para empuñar una espada o tensar un arco.

—No te preocupes, tú sólo házselo llegar — respondió el inglés poniendo todas sus esperanzas en ese hombre.

Jacobo cogió uno de los carcaj de los highlanders y le talló unos símbolos, no le preocupaba que alguien que no fuera ella lo viera, nadie podría entenderlo. Después se lo dio al hombre lleno de flechas y un arco, él debería llevarlo cerca de la tienda más grande, si pudiese dárselo a ella sería mejor, pero sabía que si su hermana estaba con vida encontraría la forma de ponerse en contacto.

El delgado y enjuto hombre se escabulló, trepó por un árbol y se perdió entre sus ramas.

Todos en el claro estaban con el corazón en un puño, salvo Ian y Jacobo, nadie tenía fe en que Katherine fuese capaz de ayudarles, pero les veían tan convencidos que no se atrevían a llevarles la contraria. En todo caso en un par de horas tendrían la respuesta del explorador.

Katherine estaba sin atar en la tienda de Ricardo, aún mantenía el cinturón atado en su cuello al que había añadido una pesada cadena de eslabones, seguía desnuda y no había nada con lo que cubrirse. Bien, era evidente que ese hombre conseguía lo que quería a través del miedo y la humillación, se había librado del miedo, pues podía avergonzarle hasta el

punto de no poder forzarla y tampoco tenía pensado dejarse humillar, se sentó en el suelo dolorida por los golpes recibidos y cerró los ojos, suspiró, la primera imagen que le vino a la cabeza fue la de Ian cuando observó su cuerpo desnudo, ella estaba muy nerviosa y temía que no le gustase, pero él le susurró una y mil veces que era una auténtica belleza, que su piel era una invitación al pecado y que sus curvas eran la delicia de cualquier hombre.

Eso la servía, si un hombre como Ian McRae le decía mirándola a los ojos con hambre y deseo incontrolado que ella era hermosa, es que sin duda alguna lo era, por lo que aunque la pasease entre aquel grupo de asesinos como si fuese una vulgar perra como Dios la trajo al mundo, ella resistiría, porque el amor de su vida le dijo que no tenía nada de lo que avergonzarse, que era perfecta. Y ella se lo creyó con todas sus fuerzas.

Intentó escuchar algo fuera de la tienda, los hombres parecían un puñado de palurdos borrachos, no usaban correctamente las expresiones del inglés, sin embargo, no tenían acento escocés, estaban metidos en algún tipo de pelea y sin duda alguna, Ricardo estaría con ellos.

Entonces escuchó un crujido detrás de ella y se tensó, le parecía de lo más extraño que alguno de los hombres del usurpador la atacase en la propia tienda de su jefe, pero de esa panda de salvajes se esperaba cualquier cosa. Escuchó la tela rasgándose y un soplo de aire frío le lamió la espalda.

—Milady no grite — un susurro con acento escocés, ella no respondió, ni siquiera se inmutó — me envía su hermano Jacobo — abrió los ojos por la sorpresa pero no dijo nada — toque esto milady — le puso el carcaj en las manos y ella lo tocó, una lágrima escapó de sus ojos — no tengo con qué cubriros mi señora — podía sentir la rabia del hombre por su situación.

—Noble caballero, dígame a mi hermano lo siguiente, noche abierta, bajo las estrellas — se tragó las lágrimas — el clan Mc — le costaba pronunciar las palabras.

—Ian McRae está también esperando mi señora, está a salvo, el ejército inglés va a apoyarnos, Enrique está vivo y reclamará su trono cuando mate a Ricardo — la tocó suavemente en el hombro — aguante milady, aguante un poco más mi señora, se lo ruego, aguante, ya estamos aquí y la hemos encontrado.

Pero ella no respondió, tan sólo apretó un poco más fuerte el carcaj,

paseaba los dedos sobre los grabados de su hermano... sí, ese era su idioma, el que ellos crearon cuando eran niños y que les había librado de tantas regañinas, ¿cómo la habían encontrado? Las preguntaban paseaban por su cabeza a toda velocidad.

Suspiró, ahora sí que ya no tenía miedo, ni se sentía humillada y mucho menos vencida, más bien todo lo contrario, no tenía hambre ni sed pese a no haber bebido nada, no sentía dolor, no sentía nada negativo... Ian, su amor, el hombre de sus sueños había ido a buscarla y la rescataría, la cobijaría entre sus brazos y curaría sus heridas con besos, caricias y palabras de amor. Se sentía invencible, aguantaría, claro que aguantaría, lo que hiciera falta si el premio era volver a los brazos de su highlander sobre el cadáver de Ricardo.

Se apoyó sobre uno de los troncos que sujetaba la tienda y cerró los ojos, aún había luz de día, tenue, débil, pero aún había luz, tenía por delante al menos de dos a tres horas antes de que esos malditos usurpadores, ladrones, violadores y asesinos pagasen con sus vidas.

Nadie entró a molestarla, cosa que agradeció. No quería comer nada pues no se fiaba que no la envenenasen y se negaba a beber por el mismo motivo. Se quedó dormida sin darse cuenta, su cuerpo y su mente estaban agotados, le había exigido muchísima concentración no hablar ni gritar y controlar cada músculo de su cuerpo.

Todos los hombres empezaban a desesperarse, los únicos que guardaban la calma eran Ian y Jacobo, ellos jamás perderían la fe en ella, no después de que el explorador les dijese que estaba viva, serena y que aunque la habían golpeado, no la habían quebrado, durante una hora estuvo elogiando a la mujer de cabello negro que aguantaba estoicamente.

Enrique se estaba poniendo nervioso, sus hombres también se impacientaban, pero Ian le pedía calma y él confiaba en ese highlander, sabía que era un hombre de palabra y que no le fallaría, quería rescatar a Katherine y era consciente de que jamás la pondría en peligro innecesariamente. Aunque empezaba a sospechar que ella no era la típica dama desvalida.

Capítulo 21

—¡Tú! Despierta — el usurpador la golpeó con el pie y se sobresaltó — mañana al amanecer morirás — le dijo un Ricardo algo ebrio — si hubieses gritado, tal vez vivirías... pero como decidiste humillarme — paseó su dedo por sus pechos — putas como tú las hay a puñados en la corte.

Ella no se movía, lo que más le preocupaba era que viese el carcaj, las flechas y el arco, no era capaz de recordar si lo había tapado, no parecía que se estuviese fijando en los detalles, pero no se podía fiar de alguien como él.

La manoseó un poco más y finalmente salió de la tienda más frustrado de lo que entró. Ella esbozó una sonrisa, ¡qué simple era dominarle! No le extrañaba nada que no hubiese ascendido al trono, era un inútil. Pero cuando abrió la tela para salir, ella vio el cielo totalmente oscuro lleno de preciosos puntitos brillantes y el pánico casi la domina, se había quedado dormida. Su cerebro comenzó a funcionar a toda velocidad. Si hubiesen llevado a cabo el ataque, ella les habría oído, si hubiesen matado a alguien, estaba convencida de que se lo restregarían... ¿seguirían esperando?

Rápidamente comprobó que seguía sin estar atada y sonrió, ¿pensaban dominarla sólo por el hecho de quitarle la ropa? Sólo había una persona en este mundo que conseguiría todo lo que se propusiera de ella y lo haría con sólo decir su nombre.

Asió el carcaj, comprobó que tenía suficientes flechas, se lo colocó a la espalda y comprobó la cuerda del arco, sabía que su hermano se lo había ajustado. Adoraba que la conociese tan bien. Salió por la parte trasera de la tienda, por el mismo hueco que usó el hombre que la visitó y que había disimulado pero no cerrado. Se escabulló entre las sombras y se ocultó tras un tronco.

El primer vigilante estaba bebiendo de una jarra y le caía más vino por las comisuras de los labios de lo que le entraba en la garganta. Preparó la flecha, apuntó y disparó. Ni un solo ruido, efectiva y letal. Así la definía su

hermano cuando iban de caza.

Se movió en la noche, apenas había luna, por lo que sería más difícil verla y se escondió tras otro árbol, el siguiente que moriría no estaba borracho, es más, estaba bastante alerta y miraba en su dirección pero Katherine no se amilanó, apuntó con pulso firme y disparó. Cayó fulminado, hizo algo de ruido, pero no parecía que nadie se hubiese dado cuenta.

Tenía que concentrarse, seguramente habría más hombres vigilando la parte trasera de la tienda del jefe, sin embargo se movió en ambas direcciones pero no vio a ningún otro soldado. Entonces corrió de nuevo a la tienda, prendió la punta de la flecha en la pequeña hoguera y tras ocultarse de nuevo entre los árboles, lanzó el ardiente proyectil al cielo y unos segundos más tarde una lluvia de fuego cayó sobre el campamento y todo se iluminó.

Katherine se ocultó todo lo que pudo, una cosa era no sentirse humillada y expuesta ante un grupo de bárbaros borrachos y otra muy distinta hacerlo delante de Ian, sus hombres, su hermano y el ejército inglés.

Los gritos, las peleas y los choques de espadas no tardaron en acompañar al fuego.

Ricardo no entendía nada, ¿cómo era posible que les hubiesen pillado por sorpresa? Habían pagado mucho dinero para que nadie hablase de su ubicación, en cuanto escuchó las primeras voces se escondió tras una tienda, seguramente los escoceses estarían buscando a la inglesa. Sus hombres les matarían y después seguirían con sus planes. Salvo que los únicos que caían eran los mercenarios a los que él les había pagado una fortuna.

Ian recorrió las tiendas buscando a Katherine, empezaba a estar desesperado, ya ni siquiera blandía su espada, tan sólo quería encontrarla y entonces sintió el frío metal contra su garganta.

—Pero mira a quién tenemos aquí, el *laird* Ian McRae — dijo con sorna Ricardo — si te mueves te mato — le dijo — ¿la estás buscando? — Ian clavó sus ojos en los del traidor — ¿la has probado? Sabe dulce, muy dulce — se lamió los labios y le sonrió.

—Vas a morir bastardo — su voz era un siseo.

—Pero antes morirás tú — se acercó a él con un puñal, tenía la intención de

clavárselo en la espalda.

—¡Ricardo! — gritó una voz femenina que les heló a todos la sangre, los highlanders entendieron de golpe el mito de la *banshee* — ¡grita para mí bastardo!

Y una flecha surcó el cielo para clavarse directamente en el corazón del hermano traidor del rey.

Ian dirigió rápidamente la vista hacia donde estaba Katherine y lo que vio le dejó extasiado. Era la perfección hecha mujer, totalmente erguida sobre un pequeño montículo de tierra, un rayo de luna la bañaba y la hacía aún más hermosa y mística, tenía las piernas ligeramente abiertas y firmemente apoyadas, el arco aún en su mano y toda su deliciosa piel a la vista. Quiso taparla para que nadie más pudiese verla, pero no era capaz de moverse. No podía dejar de mirarla.

Sus miradas se encontraron y no pudo evitar sonreírle, estaba furioso con ella por pasar por un infierno para salvarle, pero ¡por los Dioses! Era tan hermosa, tan perfecta, tan fuerte, valiente y leal que si no estuviese ya locamente enamorado de ella, en ese momento se arrastraría para suplicarle su amor.

Ella le sonrió y se ocultó en la noche. Ian corrió hacia ella mientras se quitaba la capa de pieles para ponérsela en cuanto estuviese a su lado. La encontró agachada, tapándose con vergüenza lo que antes había mostrado orgullosa, un rayo de luz de luna la iluminó y la ira de Ian le atravesó retorciéndole las entrañas, estaba llena de moratones, cortes y sangre seca.

—No es tan grave como parece — susurró ella cuando vio que se fijaba en uno de los cortes.

—No hables Katherine, te juro que estoy tan enfadado contigo que apenas puedo contenerme — suspiró mientras le ponía la capa sobre los hombros — si no fuese porque eres el amor de mi vida, la mujer más exuberante, sensual, preciosa, fuerte, valiente, leal, maravillosa, cariñosa y terca que jamás he conocido y si no me hubieses robado el corazón, ahora mismo no sé qué sería capaz de hacerte — la miró fijamente — te quiero tanto que me duele — la estrechó entre sus brazos sin hacerla daño y la elevó para que sus pies dejaran de tocar el suelo — mi preciosa inglesa, mi mujer perfecta.

La inglesa no estaba preparada para semejante declaración por parte del highlander, las palabras se le clavaron en el corazón como dagas ardiendo, grabando así en lo más profundo de su ser una veneración que la hizo estremecerse. ¿Ella amaba con esa intensidad al escocés? Todo su cuerpo le dio la respuesta en apenas un latido, sí, ella le amaba con la misma intensidad pues estaba claro que lo más importante en esta vida era la felicidad de su *laird*.

Pero aun siendo plenamente consciente de todo lo que ella sentía por él, algo en su interior le gritaba que debía protegerse, que seguramente esas palabras habían atravesado su garganta por el fragor de la batalla, porque aún tenía la sangre tan alterada que seguramente le confundiría. ¿Cómo era posible que un hombre como él la amase a ella?

—Ian — no se atrevía a mirarle — gracias por venir a rescatarme — cerró los ojos culpándose por no atreverse a decirle lo que de verdad deseaba contarle.

—He atravesado Escocia para encontrarte y lo haría mil veces más — la besó dulcemente en la mejilla — ¿No me vas a decir que me quieres? — preguntó él divertido — porque yo te he dicho que te amo de varias formas — ella le miró con los ojos encharcados y él temió que le hubiesen hecho algo que no fuese capaz de superar — da igual que lo digas o no, yo sé que me amas — la pegó más a él — porque la lealtad nace en el corazón de una mujer enamorada — le susurró al oído y sintió como ella se estremecía — ahora vamos a dejar que los ingleses se diviertan con esta panda de ladrones y vámonos a casa mi señora.

—Yo no tengo casa — susurró ella.

—Claro que la tienes — afirmó convencido — donde quiera que yo esté, tu tendrás tu hogar, tu casa, tu familia, tu marido.

Katherine se estremeció de nuevo en sus brazos, Ian la cogió asegurándose de teparle totalmente el cuerpo y salió de entre las sombras hasta donde estaba el resto del clan, estaba totalmente entumecida, muerta de hambre, sed y frío.

Jacobo la vio en brazos del highlander y se acercó a ella lo más rápido que pudo.

—Mi pequeña — la besó en la frente — sabía que seguías con vida y sabía

que sobrevivirías — volvió a besarla con cariño — mi pequeña, te quiero hermana mía.

—Gracias por creer en mí — le dijo con una sonrisa.

Continuaron andando y observaron que había muchos cadáveres en el suelo con flechas clavadas y cabezas cortadas, pero también había un buen puñado de hombres maniatados con las miradas fijas en el suelo y siendo custodiados por varios ingleses.

Tal y como creía Katherine, Ricardo jamás se hubiese alzado con la corona, no tenía la más mínima oportunidad, no era más que un ser caprichoso que se excitaba maltratando a las mujeres, un hombre así jamás podría gobernar Inglaterra.

El Rey Enrique se acercó a ellos y sonrió, Katherine se revolvió para que Ian la soltase, pero éste la miró muy seriamente y negó con la cabeza, el monarca inglés rio a carcajadas.

—Milady — le hizo un gesto con la cabeza — sois sin duda alguna la mujer más valiente y honorable que he conocido — ella se ruborizó — lo que habéis hecho esta noche tiene el agradecimiento de un país y de un rey — se inclinó ante ella — ¿os veré alguna vez en la Corte? — preguntó con una sonrisa y ella negó ligeramente, el rey suspiró — ¡ah! Inglaterra pierde un tesoro que gana Escocia — Ian le miró fijamente y agradeció el comentario, no quería enfrentarse a un rey, especialmente a ese — le deseo una feliz vida milady y si alguna vez me necesita, cuente con mi apoyo, pues desde este instante la considero una amiga a la que confiaría mi vida — hizo otra reverencia.

Dicho todo lo que quería decirle a la joven, se dio media vuelta, se llevó a Jacobo lejos de los oídos curiosos y al cabo de unos instantes, el rey inglés salía del campamento seguido por sus hombres que arrastraban a los que habían capturado.

En ese momento la atención volvió a recaer sobre Katherine. Todos los highlander la miraban con admiración y orgullo, en ese momento todos alzaron las espadas, ella se estremeció y los guerreros le ofrecieron las empuñaduras. No sabía qué decir ni qué hacer, aún no estaba segura de lo que significaban algunas de sus costumbres y miró a Ian para que la ayudase.

—Te ofrecen sus vidas mi señora — clavó sus ojos en los de ella — ahora

tienes que decidir matarles o dejarles con vida — se horrorizó por las palabras del *laird*.

—¡Jamás les mataría! Me han salvado la vida — exclamó en voz alta.

Los highlanders gritaron al unísono su nombre y clavaron las espadas y una rodilla en la tierra. Seguía sin tener la menor idea de lo que significaba toda esa ceremonia, pero parecía realmente importante, como si de sus gestos dependiese la vida de esos hombres, en ese instante la responsabilidad de mantenerles a salvo la golpeó con fuerza, volvió a mirar a Ian.

—Ahora te ofrecen su lealtad por salvar sus vidas — le susurró al oído.

—Pero... soy inglesa — su voz casi se rompe al no considerarse digna de semejante honor.

—Mi señora — Logan se alzó — nuestra señora nace donde elige nacer — le guiñó un ojo — eso no la hace menos digna a nuestros ojos — una lágrima cayó por sus mejillas que se limpió deseando que ninguno de esos valerosos hombres hubiese visto — y ahora milady, ¿podemos irnos ya a casa? Hace un frío de mil demonios.

Todos estallaron en risas, Ian la apretó más contra él y subieron a los caballos, les quedaba una larga travesía de vuelta a casa.

Tanto su hermano como el hombre al que amaba intentaron sonsacarle todo tipo de información, pero ella se negó a dar nombres, había visto al hombre pelirrojo con el que salió del castillo de Nairn en el campamento de Ricardo, cuando salió en los brazos de Ian, estaba muerto con varias flechas clavadas en el pecho, no tenía sentido que los McRae se vengasen con su clan, ellos no eran responsables de las decisiones de su líder.

El explorador se adelantó y volvió al cabo de una hora con un sencillo vestido para Katherine, ella se lo agradeció con los ojos llenos de lágrimas, intentó controlarlas, pero cuando el hombre le dijo que moriría por ella, no pudo seguir aguantando más y lloró desconsolada.

Toda la comitiva paró y la rodearon, la vergüenza podía con ella, pero no era capaz de dejar de llorar, había tenido tanto miedo, casi estaba a punto de rendirse, se había aferrado a una quimera, a un clavo ardiendo, a un imposible... y sin embargo allí estaba Ian, abrazándola con fuerza mientras le susurraba palabras de amor delante del resto del clan. Justo como ella lo había

imaginado.

Capítulo 22

Tras varios días de camino, vislumbraron el castillo del clan McRae y apretaron el paso, todos deseaban volver a casa, estar con sus familias, con sus hermanos pero sobre todo deseaban que Katherine de Bradbury, ahora señora de Nairn, volviera a sonreír como solía hacerlo.

Atravesaron las puertas del patio interior entre los gritos y los vítores de las mujeres, los niños y los soldados que se quedaron protegiendo al clan. Katherine no sabía dónde meterse, seguro que todos se imaginaban lo que le había ocurrido y la veían como alguien indigno, vitoreaban a los valientes que habían arriesgado la vida por salvarla a ella, quiso volver a llorar, pero no se lo permitió, al menos fingiría que le quedaba algo de dignidad.

Ian bajó del caballo y la ayudó a bajar, la sujetó por las caderas y ella hizo una mueca de dolor que le rompió el corazón. Durante todo el camino había imaginado miles de escenas en las que su preciosa inglesa era ultrajada y los celos y la ira le estaban destrozando por dentro, pero ella no parecía nada dispuesta a hablar y él no quería hacerla recordar detalles que tan sólo le harían más daño. Así que se resignó y decidió darle todo el espacio y el tiempo que ella necesitase, se moriría poco a poco por dentro, pero lo más importante era ella y su bienestar.

—¡Mi señora! — la pequeña Jeannie se abrazó a sus piernas — gracias a los Dioses que ha vuelto mi señora — tenía el rostro lleno de lágrimas que la conmovieron hasta lo más profundo.

—Creía que querías que me fuera del castillo — le dijo Katherine con una sonrisa.

—Nunca mi señora, ¡nunca! — la abrazó más fuerte y la inglesa aguantó el dolor de las heridas que tenía en las piernas — además soy demasiado joven para nuestro *laird*.

Poco a poco todos los habitantes del castillo salieron a saludarla, la habían echado de menos, por supuesto todo el mundo sabía que se había ido

por voluntad propia para salvar la vida de su *laird* y entre regañinas cariñosas y besos, se le pasó poco a poco el miedo que tenía a que le pidieran a Ian que la echasen de allí.

Entraron en el castillo y de repente todos se quedaron sin habla.

—¡Oh Dios mío! — exclamó Katherine tapándose la boca con las manos — Niall... — sollozó.

—Sí, milady — respondió él con una sonrisa — ése es el efecto que tienes en mí — le guiñó un ojo — desapareces unos cuantos días y consigo levantarme de la cama y te juro que si no hubieses entrado por esa puerta estaba dispuesto a montar un caballo y salir yo mismo a buscarte — dijo mirándola a los ojos.

—Yo... yo no sé qué decir mi señor — respondió con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Ven aquí pequeña — abrió los brazos y ella corrió a refugiarse en ellos — no te haces una idea de lo mucho que te he echado de menos — la besó en el pelo — no vuelvas a hacerme algo así, no puedo perder a todas las mujeres a las que quiero — ella le miró temblando — prométemelo Katherine, prométeme que jamás volverás a abandonarnos.

—Lo prometo Niall — se abrazó más fuerte a él.

—¡Bien hecho Niall! — exclamó Logan — ¿también vas a quitarle a Ian el puesto de *laird*? — Nada más terminar la frase recibió un puñetazo que le derribó, miró a su *laird* desde el suelo con una sonrisa insolente — ¡qué mal perder tienes!

—Eres un bufón — rugió Ian a punto de perder los papeles, pero se giró hacia su padre — me alegro mucho de verte de nuevo en pie padre — se acercó a él y le ofreció la mano, se estrecharon los antebrazos — me alegro mucho — le hizo un gesto con la cabeza para despedirse.

Con todo el dolor de su corazón, comprendió que Katherine jamás le amaría como él la amaba a ella, para él estaba siendo una tortura no tocarla, abrazarla, besarla... sin embargo, no había dudado ni un solo segundo en lanzarse a los brazos de su padre. No es que estuviese celoso, era su padre y jamás le traicionaría así... sí, estaba celoso. A él no le había abrazado de esa forma, apenas le miraba y si él la rozaba ella se estremecía.

Se giró y con los ojos cerrados se dispuso a meterse en su alcoba, se

daría un baño caliente y después dormiría varios días, los que hicieran falta para que la necesidad que tenía de volver a verla sonreír para él dejaran de destrozarle el corazón.

Entonces sintió un cálido y suave contacto en su brazo que le erizó la piel.

Se giró de nuevo y sus ojos de color miel se quedaron hechizados por los enormes lagos que eran los ojos de ella, durante un segundo el mundo se detuvo para ellos.

—¿Podrías llevarme a la cama por favor? — le suplicó casi en un susurro — me duele bastante la rodilla y no creo que sea capaz de subir las escaleras.

—Por supuesto milady — la cogió en brazos y comenzó a subir, las risas, los vítores y los silbidos no tardaron en atronar el Gran Salón, Ian se giró en mitad de las escaleras — ¡mañana os quiero a todos limpiando las caballerizas y después iréis a comprobar el estado de las pezuñas de todas las reses! — bramó, les miró fijamente — ¡si oigo alguna tontería más os pondré a limpiar las piedras del castillo una a una! — clavó su mirada en Logan que levantó las manos intentando aplacar el ánimo del *laird*.

Continuó subiendo las escaleras, cada vez le dolía más y más el pecho, tenerla en sus brazos y no poder besarla le estaba matando, el corazón le latía a toda velocidad y hubiese entregado gustoso al clan entero tan sólo por un beso y una sonrisa de ella.

—Has sido muy duro con ellos — susurró ella apoyada en su ancho pecho — tan sólo estaban bromeando.

—Sí, son de lo más divertidos — se lamentó — hemos llegado milady — abrió la puerta y se encontró a Idoia arreglando la cama, en cuanto les vio se lanzó a ellos y les besó.

—¡Gracias a los Dioses! — exclamó la mujer — ahora ya podré dormir tranquila teniéndoles en casa, tiene la tina lista para darse un baño — sonrió con cariño a Ian y les dejó a solas.

El *laird* la llevó hasta la cama y la posó con delicadeza, la miró durante unos segundos luchando consigo mismo para no abalanzarse como el hombre hambriento que era y se dio media vuelta para irse.

—Ian — susurró Katherine — no quiero quedarme sola — apretó los puños y

se contuvo de maldecir, no podía negarle nada y menos con esa voz.

—Lo siento mucho milady, pero lo que me pides no es posible — ni siquiera podía mirarla a la cara — no puedo estar aquí contigo mientras te das un baño, duermes o lo que sea que quieras hacer.

—¿Por qué no? — preguntó con curiosidad.

—¿Acaso no te das cuenta mujer? — estalló y la miró con furia — te quiero, ¿cuantas veces tengo que decírtelo? Dímelo, dime cuantas veces tengo que decir que te amo más que a mi vida para que vuelvas a sonreírme, para que me abracés, para que me mires como lo hacías antes — no dejaba de gritar — ¡Dime! ¡Maldita sea! Dime lo que tengo que hacer para que sea digno a tus ojos, ¿qué hago para que me ames? Sé que soy el responsable de la tortura a la que te han sometido y lo siento más de lo que imaginas... — estaba a punto de derrumbarse, tan sólo se tenía en pie por puro orgullo.

Katherine no salía de su asombro, ¿acaso Ian creía que no era digno? ¿Qué ella le culpaba de lo ocurrido? Era cierto que no le abrazaba, pero era porque temía perder el poco autocontrol que le quedaba, tampoco le sonreía, porque temía que a él ya no le gustase y no soportaría ver el rechazo en sus ojos y evitaba mirarle porque le dolía demasiado saber que jamás volvería a compartir el lecho con él. Le amaba por encima de todas las cosas, pero también le deseaba de una forma enfermiza.

—¿De dónde has sacado la idea de que no te quiero Ian McRae? — preguntó finalmente llenándose de valor — atravesaría el infierno una y mil veces por protegerte, por tener la seguridad de que estás a salvo, por saber que eres feliz... — él se quedó de piedra — te amo de una forma irracional, evito tocarte, mirarte o sonreírte porque soy consciente que después de lo que me han hecho... no quieras saber nada más de mí, pero no veas fantasmas donde no los hay, porque si alguna vez he amado a alguien, esa persona eres tú.

Se miraron a los ojos durante unos instantes hasta que finalmente Ian cayó de rodillas delante de ella y la besó con tanta ternura que ella se echó a llorar.

—Nunca vuelvas a llorar porque te bese — le limpió las lágrimas — quiero saber lo que te hicieron, necesito saberlo... pero te juro que pasase lo que pasase, tan solo me importa que estés a mi lado, que me quieras y que me

permitas volver a besarte.

La besó con deleite mientras le quitaba el vestido poco a poco, ella no estaba segura de estar preparada para lo que estaba a punto de suceder, sí, deseaba a Ian tan arduosamente como siempre, pero no sabía si sería ético compartir el lecho con él sin contarle lo que había ocurrido y por otra parte no creía que confesar le fuese a poner de buen humor.

—¿Me dejas bañarme contigo? — le pidió rozando sus labios con la punta de sus dedos, ella asintió levemente ruborizándose.

Ian la cogió en brazos intentando no tocar ninguna herida y la metió en la tina con suavidad, acto seguido comenzó a despojarse de sus ropas y se metió detrás de ella, la abrazó con ternura y la besó en el cuello. Katherine se deshacía con sus caricias.

Las grandes y varoniles manos comenzaron a lavar la delicada piel femenina dejando al descubierto muchos más golpes de los que había visto, intentó controlarse, pero no pudo, su cuerpo se tensó como un arco, el instinto asesino le gritaba que necesitaba venganza.

—Estás tenso — susurró ella mientras se acomodaba más contra él.

—Te hizo daño, me está costando sobrellevarlo — confesó.

—¿Me repudiarías? — preguntó con un dolor sordo en el corazón.

—No — ni siquiera se lo pensó — no Katherine, jamás te culparía a ti por las acciones de otros, me aterra que me cuentes lo que te ocurrió, pero necesito saberlo porque me está volviendo loco, lo único que temo es no poder sanar todas tus heridas.

—No me violó — dijo con la voz temblorosa, él la abrazó con fuerza — me tocaba y quiso hacerlo, lo intentó, pero para que... — bufó incómoda — para que... — se removió — ya sabes, para que pudiese hacerlo, tenía que pegarme y yo tenía que gritar, me negué a hacerlo, no hice ni un solo ruido y entonces... — volvió a bufar — su... su... cosa — dijo al fin — se puso — bufó de nuevo — ¡oh por Dios! — exclamó — que no pudo hacerlo, en definitiva — jamás le había costado tanto explicar algo.

—Hay una cosa que no entiendo — le dijo él al oído — eres capaz de lanzar una flecha y matar a un hombre totalmente desnuda en medio de casi cinco mil hombres mostrando en todo su esplendor la belleza de todo tu hermoso cuerpo

— le acarició el costado bajo el agua — y no puedes decirme sin mirarme a la cara que el bastardo si no hacía llorar a una mujer no se le levantaba el miembro y que protegiste tu honor humillándole.

—Pero me has entendido — replicó ella.

Ian la alzó y le dio la vuelta, ahora se miraban a los ojos.

—Quiero que me toques, que me acaricies, que veas como responde un hombre de verdad a los estímulos de una mujer como tú — su voz sonaba a deseo prohibido, a promesa de un placer intenso.

Katherine le miró a los ojos y se ruborizó, pero él cogió su mano con suavidad y se la llevó hasta su miembro, ella le tocó tímidamente, estaba en posición relajada, entonces Ian la miró con deseo y pasó un dedo por entre sus pechos, el miembro de él saltó dentro de la mano de ella. La acercó más y la besó con ternura pero también con pasión reprimida y su miembro se endureció más y más entre sus manos que ahora le acariciaban con curiosidad.

Todo iba perfectamente hasta que él se fijó en la pierna amoratada e hinchada de ella, inmediatamente su instinto protector superó a todo lo demás, comenzó a lavarle el cuerpo y el pelo, en cuanto terminó con ella, él hizo lo propio y acto seguido la hizo salir de la tina, la secó con cuidado la delicada piel y tras ponerle un camisón de lana, la tumbó en la cama, él se secó y se vistió rápidamente para salir de la alcoba.

Katherine pasó de estar en su Paraíso particular acariciando la viril anatomía del hombre al que amaba, a ser tratada como algo frágil, siendo lavada con tanto cuidado que la dejó sin habla, acto seguido la metió en la cama y la dejó sola. No era capaz de comprender los repentinos cambios de humor del *laird*, aunque decidió darle el beneficio de la duda.

Esperó pacientemente sobre la cama, la verdad es que la rodilla le dolía muchísimo. No se había permitido el lujo de pensar en ello hasta que estuviera a salvo, pero ahora mirando el aspecto que tenía, se dio cuenta de que probablemente la tuviera rota.

—¡Por los Dioses! — exclamó la sanadora en cuanto entró a la habitación — mi *laird* me ha dicho que era grave, pero es peor de lo que imaginaba.

—¿Está rota? — preguntó ella.

—Voy a tener que tocarte, te va a doler muchísimo, pero no puedo hacer nada sin saber lo que tengo delante — se aseguró de que entendiese lo que le decía.

—Podrá con ello — dijo Ian colocándose a su espalda, la abrazó con fuerza y cuando la curandera la tocó él fundió sus labios con los de ella.

Katherine estaba abrumada por las sensaciones. Sentía un dolor agudo en la rodilla pero se difuminaba a medida que el highlander le metía la lengua en la boca, al cabo de pocos segundos, no existía nada más para ella que el calor que su cuerpo emanaba, su delicioso aroma y la forma en la que le acariciaba la cara para besarla.

—Puedes soltarla mi *laird* — dijo la sanadora con una sonrisa y ambos la miraron — no es rotura, o al menos una que yo pueda notar, pero sí que está lesionada, vamos a empezar por este ungüento tres veces al día — le explicaba mientras le ponía el remedio sobre la zona inflamada — durante tres días reposo absoluto y después veremos que hacemos.

Ian la miró y la agradeció con un gesto su rapidez y su amabilidad, en cuanto salió de la alcoba y se quedaron a solas, salió de donde estaba, saltó poniéndose sobre Katherine pero sin tocarla y sin hacerle daño.

—Tres días con sus tres noches compartiendo lecho contigo — sonrió orgulloso — cuando salgamos necesitaremos ingerir una enorme cantidad de comida — la besó con urgencia — no voy a separarme de ti nunca más — era una promesa.

—Ian... no estoy muy segura — dijo ella avergonzada.

—¿Qué más necesitas? — preguntó él temiendo que ella se negase a compartir la alcoba — ¿acaso es porque no estamos casados? — le miró fijamente — porque podemos solucionarlo en un momento, nos casamos y después tendremos una noche de bodas de varios días — le dedicó una sonrisa, se sentía plenamente satisfecho consigo mismo.

—Estás bromeando — exclamó ella pero él negó con la cabeza — ¡no voy a casarme contigo porque quieras meterte entre mis piernas! — dijo profundamente ofendida — y si eso es lo único que te gusta de mí, ya puedes irte porque no va a volver a suceder — se cruzó de brazos y miró a la pared.

—Milady — susurró confuso — perdóname, no ha sido lo más romántico del mundo, pero por favor — intentó acariciarle el rostro pero ella se giró — lo

decía en serio Katherine, nos casaremos.

—¡Por encima de mi cadáver! — bufó, estaba furiosa y se sentía humillada.

—Tendrás que casarte conmigo milady — aseguró con una sonrisa que pretendía ser conciliadora — ya he probado tu cuerpo — la bofetada que recibió le aturdió.

—Sal de aquí y no vuelvas — le dijo sin mirarle a la cara.

Ian no lograba comprender qué era lo que acababa de ocurrir. Todo iba maravillosamente bien entre ellos, se habían confesado su amor y él le había pedido que se casase con él, pero entonces ella se había enfurecido y le había abofeteado.

Su orgullo se resintió y aunque no pudo comprenderlo, tampoco iba a suplicarle, si ella prefería estar sola, era algo que se podía solucionar de una forma muy sencilla. No dijo una palabra más, tampoco es que tuviese idea de qué podría decir para no volver a desatar su ira, tenía la impresión de que cualquier palabra que saliese de su boca, ella la malinterpretaría.

Se pasó las manos por el pelo y bufó exasperado. Salió de la alcoba dando un portazo y se dirigió a sus aposentos, estaba ciego de ira y frustración, ¡jamás conseguiría entender a esa mujer! nada más cerrar la puerta detrás de él se desnudó y se metió en la cama, no iba a poder dormir, pero lo intentaría, haría cualquier cosa que le impidiese hacer lo que más deseaba, que era ir a la habitación de su mujer, meterse con ella en la cama y hacerle entender a través de la pasión y el deseo todo lo que no conseguía que entendiese con palabras.

Katherine estaba tumbada en la cama roja de ira, el remedio de la curandera había surtido efecto y apenas le dolía, claro que no sentía nada de nada en esa pierna, era una sensación muy extraña, como si no formase parte de su cuerpo. Sentía que necesitaba levantarse y salir corriendo, cabalgar a toda velocidad o dispararle con su arco a algo... o quizá a alguien.

El highlander no había entendido nada de lo que ella le había dicho, fue cierto que durante el camino de vuelta a Nairn y al entrar en el castillo, la actitud de ella no había sido la más cariñosa del mundo, pero se suponía que lo habían solucionado bañándose juntos, ¡por el amor de Dios! ¡Ella le había tocado íntimamente! ¿Y él le viene con eso de casarse para poder acostarse

con ella?

—¡Te detesto Ian McRae! — gritó con todas sus fuerzas — ¡eres un salvaje!
— volvió a gritar.

Poco le importaba que alguien la escuchase o no, sólo quería gritar y gritar hasta quedarse afónica. Ese maldito hombre tan viril y atractivo como estúpido, terco y orgulloso había conseguido enfurecerla de verdad.

—¿Ya has dejado de gritar? — una sonriente Nerys entró en su alcoba, ella la fulminó con la mirada — ¡Vaya! Así que por fin te has dejado de toda esa tontería de “sí mi *laird*” — le dijo mientras se acercaba a su cama — ¡me alegro! Mi padre dice que tienes un carácter de mil demonios y me moría de ganas por comprobarlo.

—Ya lo has comprobado — dijo secamente.

—Bien... — se sentó a su lado en la cama — ¿y qué ha hecho el salvaje de mi hermano? — preguntó con una sonrisa en los labios.

Katherine necesitaba desahogarse con alguien, pero claro, estaba hablando con su hermana y no podía decirle lo que había ocurrido entre ellos, probablemente ya lo supiese, pero no había por qué confirmar nada. Tenía claro que odiaba a todos los hombres y lo que menos deseaba era pertenecerle a uno, pero tampoco quería que nadie en Nairn la juzgase.

Nerys esperó a que su futura cuñada empezase a hablar, porque si tenía algo claro, era que la inglesa se desposaría con su *laird*, no había más que verles juntos para darse cuenta de que entre ellos había algo real y tangible, aunque ellos se empeñasen en negarlo. Sonrió cuando vio la determinación en sus ojos de no revelar nada.

Decidió contarle cualquier cosa que la relajase, así que comenzó a contarle que en primavera se casaría con Fergus, tan sólo faltaban tres meses y estaba muy emocionada, las niñas de la aldea le harían una corona de flores y ya había empezado a buscar una tela apropiada para su vestido de novia. También le contó que había tenido una charla bastante tensa con su padre por haberse negado a darle permiso a Fergus para casarse con ella.

A Katherine iba a estallarle la cabeza, si la palabra boda volvía a ser pronunciada en su presencia iba a gritar toda clase de improperios.

—Estoy deseando casarme con él — suspiró una enamorada Nerys.

—¡Claro! Así él podrá meterse entre tus piernas siempre que quiera porque pasarás a ser de su propiedad — dijo llena de amargura.

—El matrimonio es mucho más que eso — replicó confusa por el tono que había utilizado la otra mujer — ¿qué te pasa? — preguntó preocupada.

—¡Tú *laird*! — bufó — ¡eso me pasa! — tenía ganas de gritar un poco más.

La hermana de Ian se dio cuenta de que no iba a llegar a ningún entendimiento con la inglesa, estaba demasiado furiosa y alterada como para razonar, se despidió de ella y salió con la intención de ir a hablar con su hermano, pero cuando vio salir de allí a uno de los mozos con la cabeza gacha y expresión turbada, se lo pensó mejor.

Capítulo 23

Los tres días que la curandera le había dicho que debía permanecer en cama fueron una tortura. Le llevaban comida y bebida continuamente y cada pocos minutos alguien del castillo se pasaba a verla por casualidad. Empezaba a estar más que harta.

Finalmente cuando Idoia entró por quinta vez esa tarde, Katherine completamente desesperada le había sonsacado que su *laird* había dado la orden de no dejarla sola mucho tiempo, pues temía que intentase moverse y se lastimase más aún la rodilla. Y esa fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de ella. ¡Nadie iba a controlarla y menos ese salvaje!

Se levantó con furia de la cama y al apoyarse en el suelo, la pierna le tembló pero apretó los dientes, se calzó y salió dispuesta a decirle cuatro cosas a ese presuntuoso y egocéntrico que era el amo y señor de aquellas hermosas tierras y de su corazón, aunque eso último no pensaba decírselo a él.

Abrió la puerta de su alcoba y no se fijó en nada más que el hecho de que Ian estaba en mitad de la habitación.

—¡Si quieres saber cómo estoy ven tú a preguntar! — se quitó una de las zapatillas y se la tiró a la cabeza, falló por poco — ¡salvaje! ¡estúpido! ¡terco! — le lanzó la otra zapatilla y esta vez le dio de lleno en el pecho.

Acto seguido se dio media vuelta y aunque estaba descalza no le importó, se irguió pese al dolor que le atravesaba la pierna y caminó resuelta hasta su cama, necesitaba volver a estirar la pierna en alto. Después le pediría a la sanadora un poco más de ese unguento que no le hacía sentir nada, era una lástima que no hubiese un remedio parecido para el dolor tan persistente y agudo que tenía en el corazón.

Ian no podía creer lo que acababa de ocurrir. Estaba tan tranquilo en su habitación hablando con Logan sobre la situación en el territorio de los McGregor cuando Katherine, más hermosa que nunca había abierto la puerta, le había gritado y le lanzó sus dos zapatillas, la primera logró esquivarla por

las plumas, pero la segunda le había dado de lleno en el pecho.

—¿Qué mujer mi *laird*! — exclamó Logan realmente impresionado — ¡si no la quieres tú, me la pido yo! — silbó maravillado.

—¿Acaso no tuviste suficiente con el puñetazo del otro día? — gruñó Ian.

—¡Joder! Por una mujer como esa, me dejaría clavar la espada — se rio a carcajadas.

—Sigue hablando así y es probable que lo consigas — le dijo lleno de ira, gruñó desesperado — esa mujer va a acabar conmigo — confesó dejándose caer en la cama.

—Hermano — le dijo poniéndose serio, algo muy raro en él, se sentó a su lado — está claro que la amas con todo tu corazón, ¿Por qué no te casas con ella y termináis con todo esto? — Ian le miró confuso.

—¿Por qué te crees que está enfadada? — el otro se encogió de hombros — ¡porque le pedí que se casara conmigo! — Logan abrió los ojos como platos — ¡me abofeteó! — aún le escocía.

Logan se echó a reír a carcajadas. Estaba encantado con la idea de ver a su *laird* totalmente enamorado de una mujer como Katherine, sin duda alguna, era la mujer perfecta para él y por mucho que ambos lo negasen, era evidente que se amaban más allá de lo racional, ¿cómo si no se explicaría que ella renunciase a su vida por proteger a Ian? ¿Y cómo podría explicar él que atravesó media Escocia para rescatarla? Sí, definitivamente era algo maravilloso y digno de presenciar.

Dejó de reírse cuando se dio cuenta de cómo la furia brillaba en los ojos de su *laird*, al menos intentó no hacerlo descaradamente. Finalmente optó por salir de la alcoba antes de que Ian decidiese volver a golpearle.

La pequeña caminata furiosa, le costó a Katherine otros tres días de reposo en cama, de verdad llegó a temer que enloquecería. Ya no soportaba pasar encerrada ni un minuto más, todos los habitantes del castillo seguían haciéndole visitas de cortesía, pero al menos podía comer tranquila o leer sin tener que responder siempre las mismas preguntas.

Cuando la sanadora por fin le permitió levantarse, Katherine la abrazó con fuerza.

En cuanto se quedó de nuevo sola se levantó para elegir un atuendo apropiado, tenía la firme intención de bajar a la comida en el Gran Salón y dejar al salvaje y estúpido orgulloso del *laird* con la boca abierta.

Se probó tres vestidos nuevos que habían aparecido como por arte de magia en su armario, finalmente se decidió por uno de color borgoña, era algo más ajustado que los demás y su escote era un poco más pronunciado, no se vestiría de forma vulgar enseñando más de la cuenta y sin dejar nada a la imaginación, pero desde luego que iba a fomentar todo tipo de pensamientos pecaminosos en ese maldito highlander que no había ido a verla en toda la semana.

Le pidió a Idoia que la peinase y la buena mujer no tardó ni un segundo en ponerse manos a la obra. Nada más ver el vestido estirado sobre la cama entendió que su señora quería mostrar su mejor aspecto y ella la ayudaría a conseguirlo, aunque no es que necesitase mucha ayuda, pues era una mujer muy hermosa.

Le hizo una trenza lateral en la parte delantera a ambos lados de la cabeza, las unió en la nuca y se las sujetó con un precioso broche de oro y rubíes que sacó de uno de los cajones de la cómoda. Sacó otro pequeño cofre con un colgante.

Katherine miró la pieza realmente fascinada, era una talla en madera de roble realmente exquisita de una rosa plenamente abierta. Era precioso. Lo acarició con delicadeza mientras Idoia le explicaba que Ian lo había tallado y se lo había regalado a su madre cuando tan sólo tenía diez años.

—¿Esta era la alcoba de Aileana? — preguntó incómoda.

—¡Oh no mi señora! — se apresuró a responder la mujer — la señora compartía aposentos con su marido, cuando murió se trasladaron aquí todas sus cosas porque esta alcoba no estaba siendo usada, de todas formas ni ella ni Niall eran capaces de estar una noche separados — suspiró — se amaban tanto que cuando ellos entraban en una sala le juro señora que el amor sustituía al aire.

—Eso es muy hermoso — ella también suspiró — tiene que ser increíble sentir algo así, saber que la persona dueña de tu corazón haría un pacto con el mismísimo diablo por ganar tu corazón — volvió a sonreír.

—¡Cómo si vos no supierais cómo es! — le respondió divertida, ella alzó una ceja y la mujer rio más fuerte — venga mi señora, mi *laird* daría su vida por usted, tal y como vos misma hicisteis para protegerle.

Katherine decidió no responder por miedo a lo que podría salir de su boca. Sí, amaba a Ian de una forma intensa y totalmente irracional, pero no tenía claro que lo que él sintiese fuese más allá de la lujuria y el deseo desenfrenado, entendía que un hombre como él fuese tremendamente sensual pero aunque le había dicho que la amaba, ella sentía que lo decía tan sólo por conseguir lo que quería de ella, como si tuviese que mentirle para eso, ella se había entregado voluntariamente a él.

Cuando Idoia terminó de peinarla se miró en el espejo y aunque aún se la notaban algunos de los golpes que el usurpador le había propinado, dio por buena la imagen que se reflejaba. En cuanto se quedó a solas se quitó el camisón de lana y se colocó el vestido que había elegido. Se puso las zapatillas y suspiró antes de salir de su habitación.

Bajó las escaleras poniéndose cada vez más y más nerviosa, el corazón le golpeaba en el pecho, sentía como la sangre corría por sus venas y tenía un extraño calor extendiéndose por su cuerpo. Pero no fue nada cuando entró en el Gran Salón y todo el mundo se quedó en el más profundo silencio.

Idoia le había dicho a Ian que esa noche, Katherine cenaría con todo el mundo en el Gran Salón y eso le puso en estado de alerta, llevaba varios días sin saber nada de ella pues aunque le había costado cada pizca de autocontrol que tenía, se negó a preguntar a los habitantes del castillo, su padre se había burlado de él y su hermana estaba bastante enfadada, aun así, decidió que si ella era la que se había enfadado, ella sería quien debería disculparse.

Se vistió con una camisa y el kilt con sus colores, se ajustó el *sporrán* y se pasó las manos por el pelo totalmente frustrado. No había hecho nada malo, pero se sentía como si le hubiese fallado por algún extraño motivo. En cuanto estuvo listo se preparó para la visión tan radiante que les regalaría la inglesa a los presentes.

Todo el mundo estaba ya en la mesa y ella aún no había aparecido, en un par de ocasiones estuvo a punto de ir a buscarla él mismo, se estaba

impacientando y eso no era bueno para nadie. Pero entonces todo el mundo se quedó en silencio y él supo que ella acababa de llegar.

No controló sus movimientos, tan sólo su cuerpo decidió tomar el mando. En cuanto la vio enfundada en ese vestido tan sugerente de color rojo algo dentro de él estalló con furia, ¿cómo se atrevía a vestir así delante de tantos hombres? Era totalmente inaceptable.

Con grandes zancadas llegó hasta ella, no dijo ni una sola palabra, tan sólo la asió de la cintura, la elevó ligeramente en el aire y salieron al pasillo, estaba a punto de dejarla en el suelo, pero pasó una de las doncellas con una gran bandeja de comida y decidió subir con ella a su cuarto.

—¡Suéltame salvaje! — gritó mientras le golpeaba en el pecho con fuerza.

Katherine se revolvía y gritaba, pero ni tenía fuerza para soltarse ni parecía que al highlander le afectasen lo más mínimo sus palabras, aunque le gritase al oído. Se imaginó que la llevaría a alguna de las alcobas y todo su cuerpo se tensó, no porque tuviese miedo, sino porque no se veía capaz de negarse a Ian. Llevaba demasiado tiempo pensando en él.

De pronto se dio cuenta de que el laird seguía subiendo por unas escaleras que ella no sabía que existían y aunque sintió una ligera punzada de miedo, pese a estar enfadada con él, sabía que jamás le haría daño.

Ian abrió la puerta del torreón de una patada y la cerró detrás de ellos. El ambiente estaba helado, húmedo y enrarecido, era evidente que hacía mucho que ni él ni nadie subían allí arriba, pero ahora, necesitaba que ella no pudiese escapar de él, necesitaba tenerla en un entorno que no le gritase en apoderarse de ella a cada instante.

—¿Acaso te has vuelto loco? — le gritó de nuevo en cuanto la dejó en el suelo.

—Vas a escucharme Katherine — sus ojos se clavaron en los de ella.

—¡Sácame de aquí! — le exigió ella.

—No — respondió de forma tajante — no vas a salir de aquí hasta que accedas a casarte conmigo y hasta que te cambies de vestido — la miró de forma lujuriosa, la luz de la luna entraba por el enorme ventanal.

—¡Por supuesto mi lord! — dijo burlándose de él — me casaré contigo para

que puedas tomar todas las decisiones por mí, para que mi voz ya no cuente para nada, para que me digas cómo debo vestirme y comportarme, para que puedas usar mi cuerpo siempre que te venga en gana — le golpeó en el pecho.

—No — volvió a repetir tajante — te casarás conmigo porque te quiero a mi lado, no detrás de mí, no puedo prometer que no te protegeré de todo lo que considere que supone un riesgo para ti, pero eso voy a hacerlo igualmente aunque no te cases conmigo, te diré cómo debes vestirme cada vez que te empeñes en llevar un vestido demasiado sugerente, porque en el Gran Salón hay ahora mismo más de veinte hombres que no dudarían en desafiarme por probar esa piel que muestras orgullosa y yo usaré tu cuerpo, pero tú usarás el mío siempre que quieras.

Se miraron a los ojos desafiándose intensamente, los dos se morían de ganas de zanjar de una vez por todas toda esa situación. Katherine era muy consciente de que por mucho que se negase o que intentara convencerse a sí misma, su cuerpo, su corazón y su alma le pertenecían a ese maravilloso hombre que tenía allí delante.

Ian no podía dejar de mirar el medallón de madera que él mismo había tallado cuando era un niño y se lo había regalado a su madre, pero no porque se sintiera abrumado por los recuerdos o porque echara de menos a Aileana... no. No era capaz de quitar sus ojos de él porque descansaba orgulloso en el pecho de la preciosa inglesa y que subía y bajaba por la respiración agitada de su amada.

—Di algo por los Dioses — suplicó él mientras hacía acopio de su fuerza de voluntad para no estrecharla entre sus brazos y besarla tal y como ella se merecía.

—¿Por qué me quieres? — le miró a los ojos — podrías tener a la muchacha que quisieras de toda Escocia y yo no soy nada fácil de llevar.

—No quiero a ninguna otra mujer, te quiero a ti, porque lo mismo que me vuelve loco es lo que más me gusta, porque jamás he conocido a nadie como tú, porque eres la más bella estrella del firmamento, porque eres la mujer de mis sueños, porque eres tú — no dejó de mirarla a los ojos en todo momento.

—¿Y qué hay de eso de usar mi cuerpo cada vez que desees? — volvió a desafiarse.

—No hagas eso Katherine — le pidió él en un susurro — no hables de nosotros como si perderme en tu piel no fuese algo digno de veneración, no insinúes que tan sólo es una forma de desahogarme, yo no quiero usar tu cuerpo, quiero amarte y quiero que tú me ames a mí, intensa, apasionada y deliciosamente — ella gimió y él sonrió — no puedo evitar desearte a cada instante del día, te tenga delante o no, pero sé que yo también te provooco muchas sensaciones aunque te empeñes en intentar ocultarlo.

—¿Por qué no puedes hablarme siempre así? — preguntó ella sintiendo cómo se derretía por dentro.

—*Abair ach beagan is abair gu maith e* — dijo él en gaélico y con voz ronca, ella le miró desconcertada — significa: habla poco y habla bien — le explicó mientras le rozaba los labios con la punta de los dedos.

—Creía que sólo querías casarte para poder compartir mi lecho — dijo mirando al suelo.

—Mi vida — le levantó la cara para que pudiese verle — quiero casarme porque he encontrado a mi alma gemela, además tengo la suerte de que su cuerpo sea tan hermoso que me vuelva loco — la miró con una sonrisa que ella le devolvió — pero ese vestido tiene que desaparecer.

—Como ordenes mi *laird* — dijo ella haciendo una reverencia.

Acto seguido tiró de uno de los cordones del corpiño y rápidamente la tela se le arremolinó a los pies dejando su cuerpo totalmente desnudo y expuesto a la ávida mirada de Ian que parecía que estaba a punto de darle un infarto.

—Te he dicho en más de una ocasión que no soy de piedra — le dijo con la voz cargada de deseo.

—Sí que lo eres — le susurró ella acercándose y pegando su cuerpo al de él — tómate esposo — le dijo al oído justo antes de atrapar su erección entre sus dedos.

—Como ordenes mi señora — la asió por las caderas y la instó a rodearle la cintura con las piernas.

En cuanto ella se abrazó a él, se sentó en el suelo y antes de que ninguno se diese cuenta su miembro estaba entrando en ella. El deseo le estaba consumiendo, su cuerpo la anhelaba con frenesí, su alma suplicaba que jamás

se separasen.

Se dejaron llevar por la pasión mientras sus cuerpos se unían a la luz de la luna.

Capítulo 24

Cuando volvieron a entrar en el Gran Salón, ella llevaba el mismo vestido, los silbidos, las risas y los aplausos atronaron la estancia, Ian les fulminó con la mirada mientras que Katherine intentaba ocultarse tras él, pues se sentía profundamente avergonzada. Él la cogió de la mano con firmeza y la guio a través del salón, se sentó en su mesa con ella a su izquierda, cogió uno de los cuchillos y comenzó a jugar con él entre sus dedos mientras miraba fijamente a cada miembro del clan. En menos de un segundo todos los presentes enmudecieron.

Un par de muchachas se acercaron con premura para llevarles una fuente de carne caliente.

—No sé por qué motivo pensé que el torreón sería un buen lugar para conversar sin ceder al ardiente deseo que siento por ti — le dijo al oído y ella se ruborizó más aún y toda la piel de su cuerpo se erizó.

—¿Por qué me siento a tu izquierda? — le preguntó para quitarse de la cabeza la imagen de ellos en el torreón.

—Porque el corazón está a la izquierda mi señora — volvió a susurrarle y su piel se erizó de nuevo.

—¿Intentas seducirme? — preguntó ella nerviosa.

—Siempre mi señora — le sonrió con picardía — ¿funciona?

Ella le miró fijamente y cogió entre sus dedos el mismo cordón del que había tirado en el torreón para dejar caer su vestido y pudo ver con claridad como Ian tragaba con dificultad, la mandíbula la tenía tensa y su mirada se había oscurecido con la promesa de un placer infinito. Tiró un poco de él y el highlander tuvo un ataque de tos.

Todo el mundo le observaba toser, estaba totalmente pálido, sin embargo, Katherine intentaba esconder una sonrisa traviesa.

—¿Se encuentra bien *laird*? — le preguntó ella mirándole con deseo en los

ojos.

—Voy a hacer que te arrepientas de lo que has hecho, milady — su voz sonaba amenazantemente sensual y provocativa y eso provocó que apretase los muslos para controlar su propio cuerpo.

Se miraron fijamente a los ojos durante unos segundos, el hambre que sentían el uno por el otro, el deseo desenfrenado, la lujuria instalada en sus ojos... ambos se devoraban con la mirada para deleite de todos los presentes que no se perdían ni un solo detalle de lo que ocurría entre ellos.

Cuando por fin terminó la cena, Ian estaba ansioso por perderse en la oscuridad de su alcoba con Katherine en sus brazos y si no fuese por la enorme erección que tenía y que no podía disimular, ya la habría cogido en brazos y habría salido corriendo. Pero en ese momento Logan comenzó a relatar cómo había transcurrido el día, una historia se unió a otra y al final el *laird* pudo controlar su cuerpo de puro aburrimiento.

Poco a poco los integrantes del clan se fueron a sus respectivas casas y en el salón sólo quedaron Logan, Fergus, Jacobo, Katherine y por supuesto, Ian.

—Logan, Fergus — comenzó serio — mañana saldréis para apoyar al clan de los McGregor, si al final hay lucha, quiero que la aldea esté preparada.

—Como ordenéis mi *laird* — respondieron al unísono.

—Y Fergus... — le miró fijamente — intenta que no te maten, no me apetece lo más mínimo tener que darle explicaciones a mi hermana.

—¿Darle explicaciones? — se rio a carcajadas — mi mujer no se conformaría con una explicación — le guiñó un ojo y se levantó de la mesa.

—Bueno pareja — dijo Logan con una sonrisa en los labios — ¿cuándo lo vais a hacer oficial? — les preguntó alzando las cejas.

—¿Qué se supone que debo hacer oficial? — preguntó Ian algo molesto.

—Habéis desaparecido del salón, habéis vuelto más tarde claramente... — hizo una pausa — satisfechos — sonrió con descaro a su *laird* — y habéis comido cogidos de la mano entre miraditas que me han provocado incluso a mí.

—¡Por Dios! — exclamó Katherine.

—Logan — le reprendió Ian.

—¡Venga Ian! ¡Con semejante mujer no sé cómo has podido aguantar tanto! — la miró a los ojos — mi señora, ya tiene nuestra lealtad y nuestros corazones, mientras el *laird* esté contento, por mí como si quiere encerrarle en su alcoba durante una semana — se acercó a ella — buenas noches milady — la besó en la mano como todo un caballero y se marchó del castillo claramente satisfecho.

—Bien — dijo Jacobo que no había dicho una palabra hasta entonces — parece que ya está todo claro — se levantó de la silla.

—¡Jacobo espera! — Katherine le levantó detrás de él — por favor... — le suplicó.

—Katherine — se volvió furioso hacia ella — tengo que aceptar que metas a este hombre en tu cama, ¿pero hacerlo a la vista de todo el mundo? ¡Por Dios! — se giró dándole la espalda.

—¡Jacobo! — gritó Ian y toda la estancia retumbó, se giró para mirar al *laird* — lo que haga con mi mujer o deje de hacer no es asunto tuyo.

—Aún no estáis casados — protestó el inglés.

—¿Necesitas una ceremonia para aceptarlo? — se acercó a él con paso firme — bien, mañana nos casaremos — estaban a tan sólo un palmo y se retaban con la mirada.

—¡Yo no quiero casarme mañana! — se quejó ella — Ian... Ian por favor mírame — se puso entre su hermano y el highlander — no quiero casarme mañana mi amor, no tengo vestido y no son formas de hacer las cosas.

—¿Pero acostarte con él antes de la boda sí? — dijo lleno de ira Jacobo, ella le miró con los ojos como platos — sé que le amas Katherine, pero intenta no perder la dignidad por el camino.

Sin darles tiempo para replicar, salió del salón con el paso más firme del que pudo hacer gala. La inglesa observó atónita cómo su hermano le daba la espalda, algo que no había pasado nunca en su vida, las lágrimas asomaron a sus ojos y entonces unos fuertes brazos la rodearon apretándola contra un pecho firme y poderoso.

Ian tuvo que controlarse para no liarse a puñetazos con su futuro cuñado,

entendía lo que sentía, su propia hermana estaba haciendo lo mismo con Fergus y al principio quiso arrancarle la cabeza, pero ahora sabía que no podían evitarlo y esperaba que con el tiempo, Jacobo entendiese que Katherine ya era a todos los efectos una mujer casada. Habían hablado asuntos del clan delante de ella y nadie se había opuesto, al igual que con él mismo. Todos les aceptaban como uno más.

Ian convenció a su preciosa inglesa de ir a su alcoba entre besos, caricias robadas y miradas llenas de significado, al final Katherine cedió y le acompañó ligeramente ruborizada a la par que muy excitada.

Nada más entrar a la habitación, miró asombrada a Ian que la observaba sin perderse un solo detalle de sus movimientos. Justo enfrente de la enorme chimenea había una enorme y mullida alfombra, además de una jarra con leche y miel y dos copas.

—¿Ahora vamos a sentarnos junto al fuego en tu habitación? — preguntó muy nerviosa.

—Aquí podemos hacerlo desnudos antes o después de haber hecho el amor frente al fuego — la atrapó entre sus brazos y la miró fijamente — te quiero Katherine.

—Yo también te quiero Ian — apoyó su cabeza en el poderoso y musculado pecho y suspiró.

Cuando el sol empezó a entrar por la ventana, Katherine se despertó e intentó moverse con cautela, pero esta vez no le sería nada fácil, su highlander la abrazaba con fuerza y tenían las piernas entrelazadas. Lo intentó un par de veces antes de resoplar frustrada.

—Déjame dormir mi preciosa inglesa — le dijo con voz ronca Ian.

—Tengo que irme antes de que alguien sepa que estoy aquí — susurró moviéndose.

—Ya lo sabe todo el mundo, de hecho tu ropa está en mi armario — dijo él enterrando su nariz en el pelo azabache de ella.

—¿Qué has dicho? — se giró por la fuerza y le miró aterrorizada.

—Lo que le dije a tu hermano es cierto Katherine, a todos los efectos ya eres mi esposa y si sólo hace falta una ceremonia para que te lo creas, hoy mismo

la tendrás.

—¡Otra vez con eso! — exclamó furiosa — ¡qué no quiero casarme hoy! — le gritó — Ian no me hagas esto... por favor — le suplicó — si todo el mundo sabe que compartimos cama sin estar casados, cuando nos casemos pensarán que es porque estoy embarazada y quería atraparte... ¿no puedes entenderlo?

—No — dijo secamente — ninguno de mis hombres ha comentado nada al respecto y mi padre tampoco se opone — ella le miró con desconfianza — Katherine, sé todo lo que ocurre en mi clan — dijo con orgullo.

—¿En serio? — replicó ella furiosa — ¿cómo sabes que tu hermana cabalga casi todos los días conmigo? Y por cierto, también maneja la espada, supongo que la está entrenando Fergus, pero lo cierto es que lo hace muy bien.

—¿Qué mi hermana hace qué? — preguntó casi en un gruñido.

Saltó de la cama y se puso el kilt, se lo estaba abrochando cuando una desnuda Katherine se puso entre la puerta y él.

—Detente — le ordenó — ¿qué se supone que vas a hacer? — le preguntó mirándole fijamente — ¿acaso tendrás el valor de negarle a ella que viva su vida como quiera? Además, ¿qué tiene de malo que entrene con la espada y sepa manejar a un caballo? Yo lo hago y si no recuerdo mal me dijiste que te seducía la idea.

—No es lo mismo Katherine — gruñó sabiendo que iba a perder esa pelea.

—Claro... ella es del clan, es tu hermana — le clavó sus bellos ojos azules — ¡Dios no quiera que se sepa que se acuesta con su futuro marido o que sabe defenderse! — Se apartó de la puerta — adelante mi *laird* — le dijo desafiándole — irrumpe en su alcoba y exponla a la vergüenza pública tan sólo por querer ser feliz, conmigo no te ha costado nada — le dijo mientras se sentaba en la cama.

—Eres imposible — dijo él al cabo de un rato, cuando las palabras de ella le atravesaron la conciencia — pero tienes razón.

Se quitó el kilt y caminó desnudo y con paso decidido para convencer a su preciosa e inteligente mujer de que era demasiado impulsivo y aunque tuviese que lamerla de arriba abajo, conseguiría que le perdonase.

Cuando se quedó profundamente dormida en sus brazos, Ian la miró con

todo el amor que sentía por ella, la besó con cariño y se vistió.

Al llegar al Gran Salón, Fergus y Logan le estaban esperando, ya contaba con eso, pero con lo que no contaba era con que Jacobo también estuviese preparado para marchar. Le miró desafiante y se sentó esperando una explicación.

—Voy con ellos McRae — le dijo furioso, éste asintió — no puedo quedarme aquí mientras humillas a mi hermana cada noche.

—No la humillo en absoluto Bradbury — gruñó — a mí tampoco me hace gracia que mi hermana se acueste con Fergus y no por eso les echo de mi castillo.

—¡A mí no me metas en tus problemas familiares! — protestó divertido el highlander y se llevó una mirada reprobatoria de los otros dos.

—¿Nerys no te dice que calladito estás más guapo? — le preguntó en un susurro Logan que estaba reprimiendo una carcajada.

—Mira Ian — suspiró Jacobo — sé que aquí hacéis las cosas de forma distinta, pero para mí no está bien que una mujer decente comparta cama con un hombre sin casarse antes — le miró con preocupación en los ojos — ¿qué le ocurrirá si te cansas de ella?

Los highlanders se tensaron ante semejante falta de respeto. Logan y Fergus se prepararon para retener a su *laird* en caso de que atacase al caballero inglés. Ian le miró fulminándole con la rabia corriendo a raudales por su cuerpo.

Entendía al hombre, de verdad que lo hacía, pero al parecer jamás comprendería que lo que él sentía por su hermana no era algo pasajero, había conocido mujeres de sobra como para poder identificar a la que sería su última mujer.

¿Cansarse de ella? ¡Jamás! La respuesta se la gritó su corazón sin tardar. Katherine tenía unas cualidades externas que la hacían exquisita, pero lo que de verdad le había conquistado eran esos ojos azules y su forma de mirar. Todos sus movimientos eran deliciosamente sensuales, cuando se concentraba en algo él sentía que su corazón explotaría de orgullo. Era inteligente, valiente, leal, honrada, sincera, amable, cariñosa... no le había encontrado aún una sola pega.

—Logan, manda a algunos de los chicos con los McGregor, ninguno de vosotros abandonará Nairn hasta que yo os de permiso para ello — bramó.

Inmediatamente se puso en pie, cogió una de las capas de pieles y salió del Gran Salón.

Capítulo 25

Cuando Katherine se despertó, tenía una bandeja de comida y una jarra de leche caliente en una mesita al lado de la cama, pero lo que la hizo sonreír como una niña fue el delicado ramillete de flores blancas y moradas que había encima de la almohada con una nota bajo ellas en la que ponía: *'S tusa gràdh mo bheatha.*

No entendía mucho del gaélico, pero aún sin saber lo que ponía, su corazón le decía que eran bellas palabras escritas con amor por un hombre maravilloso.

Se levantó de la cama con el ánimo renovado, sabía que probablemente se enfrentaría a las miradas reprobatorias de todos los habitantes del castillo, de Nairn y de las Highlands, pero aunque después llorase por la vergüenza, ahora mismo estaba disfrutando, pues estaba enamorada y a ella la amaban con la misma intensidad.

Tras asearse decidió comprobar si lo que le había dicho Ian era cierto y en su armario estaban sus ropas, abrió sin saber muy bien qué era lo que debía esperar, pero al ver sus vestidos perfectamente colocados el corazón le dio un vuelco, no porque se avergonzara, sino porque se sentía bien, muy cómoda con la idea de entregar su corazón a un hombre y compartir con él su espacio vital.

Se vistió rápidamente y bajó con intención de ir hasta la cocina pues se moría de hambre y estaba segura de que la hora del desayuno ya habría pasado.

La entristeció no encontrarse con Ian, pero Idoia le dijo que tenía mucho trabajo mientras la felicitaba por su inminente boda, como no quería contradecirla, simplemente se quedó callada, pero algo dentro de ella se rompió y de repente tenía ganas de llorar. Sabía que Ian terminaría casándose con ella, pero probablemente lo haría cuando se quedase en estado, pues en ningún momento él le había dado su palabra de highlander.

Pasaron un par de días y el ambiente en el castillo era muy tenso, tal y

como se temía Katherine, apenas le dirigían la palabra y durante las comidas se hablaba de la situación de los clanes y del ganado. Se acercaba la primavera y eso suponía un aumento del trabajo.

Los días eran horribles para ella, los soportaba porque iba con Nerys a cabalgar o a pelear, su hermano se había negado a volver a entrenar con ella, pese a que le veía hacerlo con otros miembros del clan. Pero no derramó ni una sola lágrima, apretaba los dientes y sonreía.

Nadie entendía por lo que ella misma estaba pasando. Habría dado su vida por Ian McRae, y lo habría hecho con una sonrisa porque le amaba más de lo que era capaz de explicar con palabras, era cierto que éticamente su actitud era mucho más que reprobable, pero... ¿cómo podía negarse cuando él se acercaba a ella y le susurraba al oído que la amaba más que a su vida? ¿Cómo resistirse a esas manos atrevidas y a esa visión que él le ofrecía de su perfecto cuerpo? Deseaba que alguien le diese las respuestas para tener una actitud más digna, pero no podía evitarlo, en cuanto Ian entraba en la alcoba, ella se olvidaba de que era Lady Katherine de Bradbury, tan sólo era Katherine, una mujer enamorada.

Durante esos días, Ian apenas descansaba, comía a las carreras y enseguida se ponía de nuevo a trabajar, quería dejarlo todo más o menos controlado, pues si todo salía como tenía planeado, le esperaban al menos un par de días lejos de todo su territorio, no físicamente, pero sí mentalmente, si todo salía según sus planes, durante ese par de días le devolvería el liderazgo a su padre. Rezaba a sus dioses para que le ayudasen.

Al tercer día el ánimo de la inglesa estaba algo más bajo que el día anterior, Ian había tenido que irse al amanecer por un problema en las caballerizas y ella le echaba mucho de menos. Como cada mañana se aseó y se vistió para bajar a desayunar, el castillo estaba misteriosamente silencioso y eso le produjo una sensación extraña en lo más profundo de su ser.

Al llegar al pie de la escalera, la pequeña Jeannie la estaba esperando con una enorme y preciosa sonrisa que le llegó al alma, no se había dado cuenta de cuán necesarias se habían convertido las muestras de cariño de todo el mundo, hasta ese preciso instante en el que se dio cuenta de que las había perdido.

Con un nudo en el estómago, la besó con cariño y ésta le pidió que

cerrase los ojos y se dejase guiar, según le explicaba mientras caminaban, la niña tenía una sorpresa para ella y quería impresionarla, la inglesa tuvo que contener las lágrimas. Esa niña era un ángel.

Al fin le dijo que se detuviera y Katherine tenía la sensación de que estaba en el Gran Salón, sólo que no olía como ninguna de las estancias del castillo, necesitó todo su autocontrol para no abrir los ojos, pero se sentía como si estuviese en medio de un jardín, había un aroma floral que la inundaba. La niña le dio permiso para abrir los ojos.

Y lo que vio ante ella hizo que se le parara el corazón.

Efectivamente estaba en mitad del Gran Salón como ella creía, pero estaba rodeada de un montón de maravillosas y preciosas flores de varios colores que impregnaban el ambiente con su delicado aroma. Casi todos los miembros del clan estaban presentes, de pie, mirándola fijamente con una sonrisa en los labios.

Entonces miró hacia la chimenea que ocupaba gran parte de la pared, aquella que había sido su confidente durante tantas noches y le vio. Se olvidó de respirar.

Ian estaba más guapo y más seductor que nunca. Llevaba un kilt con los colores de su clan, rojo y verde con hilos dorados, una camisa blanca que se ceñía en sus poderosos brazos, su pelo castaño algo húmedo le caía libre sobre los hombros, sus maravillosos ojos color miel la miraban con tanto amor que sintió como una ola de calor la envolvió.

Durante unos segundos no supo qué hacer hasta que un gesto casi imperceptible de Ian le dijo que se acercase a él. Ella lo hizo, le seguiría al fin del mundo.

En cuanto estuvo a un par de pasos de él se detuvo al notar como él se tensaba, la miró fijamente a los ojos, entre ellos no hacían falta palabras, pero las hubiese agradecido porque se sentía profundamente confusa y abrumada.

Sin mediar palabra, el poderoso Ian McRae clavó una rodilla en el suelo y le ofreció un maravilloso anillo. Ella se quedó sin habla.

—Katherine, *'S tusa gràdh mo bheatha* — le dijo las mismas palabras que había en la nota bajo las flores que días atrás le dejó sobre la almohada — eres el amor de mi vida — le explicó el significado — y seré el hombre más

afortunado de la tierra, si accedes a casarte conmigo.

No supo qué contestar. Se quedó completamente paralizada durante unos momentos, tenía claro que amaba a Ian, pero no sabía por qué motivo su garganta se había cerrado completamente.

—¡Mi señora responda por los Dioses! — exclamó Logan divertido, el *laird* le miró furioso pero rápidamente volvió a mirar a la que esperaba que fuese su mujer.

—Ian — susurró ella — ¿Por qué? — preguntó sin saber muy bien qué respuesta esperaba.

—Porque eres tú, para toda la eternidad mi corazón y mi alma te pertenecen — habló con el corazón en la mano y apenas pudo controlar los nervios en su voz.

—Entonces la respuesta es sí — anunció ella sonriéndole — no puedo permitir que el corazón que yo amo vague en solitario.

El highlander le puso el anillo en el dedo y acto seguido se levantó para estrecharla entre sus brazos. La besó con amor, con intensidad y pasión, la besó dejando claro que la quería con cada fibra de su ser.

—¡Está hecho! — bramó y todos los presentes gritaron — doy mi palabra de highlander, me casaré con Katherine de Bradbury — y el salón estalló en algarabía.

El resto del día fue una celebración, el tiempo acompañaba y salieron al patio exterior a bailar, a cantar, a beber y a disfrutar. Todos eran felices, incluso Jacobo se había acercado a felicitar a la pareja, la alegría no le llegaba a los ojos, pero le prometió a su hermana que siempre estaría ahí para ella.

Había miembros de otros clanes, entre ellos por supuesto los McGregor con Angus a la cabeza, acompañado de sus dos preciosas hijas Athdara y Grizela, una con los ojos verdes y el pelo rojizo y la otra con el pelo dorado como el sol y unos ojos de un intenso color castaño.

Katherine y ellas congeniaron en el mismo instante en el que se conocieron.

Tras resolver unas cuantas cuestiones, casi al anochecer, Fergus, Logan,

Jacobo y varios hombres más acompañaron a Angus McGregor y a sus hijas hasta sus dominios, la situación se había vuelto insostenible y habría lucha entre los clanes.

Eso le estropeó la fiesta a Ian, pues esperaba que los McIntosh hubiesen cambiado de planes al saber que ellos apoyaban a Angus, pero no era así. Lamentaba tener que retrasar la boda hasta que todo se calmase.

De vuelta en sus aposentos, Katherine disfrutaba de unas tiernas caricias por parte de su futuro marido mientras se relajaban frente al fuego.

—Me encanta el anillo Ian — dijo ella casi en un ronroneo — es el más hermoso que he tenido jamás — él se llenó de orgullo, se sentó irguiendo la espalda y la atrajo hacia sí, su suave espalda contra su duro pecho.

—Mi amor — le susurró al oído — está hecho especialmente para ti — cogió su mano entre las de él — está hecho de oro y zafiro, el oro simboliza la eternidad, así como el símbolo de los antiguos celtas que se ve en el centro, el zafiro es del mismo color que tus ojos cuando me miran mientras te deshaces de placer entre mis brazos.

Ella se estremeció por sus palabras y observó con detalle el anillo que adornaba su dedo. En verdad tenía un tallado impresionante, el nudo celta, un símbolo de un amor eterno, de unión más allá del plano físico, una forma de que todo el mundo supiese nada más verlo que Ian McRae la amaba profundamente y para siempre. Y su corazón estalló de felicidad.

Ian se maravilló una vez más al sentir la respiración agitada de su preciosa inglesa, sabía que se equivocaría una y mil veces con ella, pero el día que estuvieron en el torreón había aprendido una cosa sobre ella, si la susurraba palabras al oído que le saliesen directamente del corazón, ella se derretía en sus brazos. No sabía cómo lo hacía, pero podía intuir sin equivocarse cuando le hablaba con el corazón en la mano. Sin duda alguna, sus vidas iban a ser intensamente fascinantes.

Tal y como había planeado Ian, durante los dos días siguientes apenas salieron de la alcoba, se bañaban juntos, hablaban frente al fuego, hacían el amor, reían y jugaban como los enamorados que eran. Al segundo día, Katherine le pidió que la acompañase de nuevo al torreón y el deseo hizo que la sangre le hirviese en las venas.

No era el lugar más indicado para seducir a su preciosa inglesa, pero si ella quería ir al torreón, allí irían, si ella lo pidiese la llevaría al fin del mundo. Pero cuando entraron él se quedó tenso en la puerta.

—¿No te gusta? — preguntó Katherine lamentando haber hecho enfadar a Ian.

—*Mo bana-phrionnsa* — la estrechó entre sus brazos — ¿qué significa esto exactamente? — la miró a los ojos.

—Yo... pensé... — se estaba poniendo muy nerviosa, no parecía enfadado, pero tampoco entusiasmado — verás, es que... — bufó por la frustración de no encontrar las palabras, él sonrió — aquel día esto estaba húmedo y oscuro, pero para mí fue tan maravilloso, era como si no hubiese nadie más en toda Escocia y pensé que si lo adornaba un poco, quizá podríamos pasar aquí algún tiempo — bajó la vista solo para toparse con su increíble físico, entonces cerró los ojos.

—Katherine — le susurró contra sus labios — abre los ojos y mírame mi amor — la besó dulcemente — esto es como si fuese nuestro refugio en el mundo — ella asintió levemente.

—Sé que puede parecer una tontería, pero nuestra alcoba está al alcance de todo el mundo y sé que no puedes ni debes alejarte demasiado del clan — suspiró nerviosa — lo siento, es una estupidez.

—No lo es mi vida — la abrazó más fuerte — no lo es, has buscado un lugar donde estaremos aislados sin dejar desprotegidos al clan — la besó con todo su amor — ¿te das cuenta de que ya piensas como una escocesa? — la guiñó un ojo y ella se sintió morir de amor.

Comenzaron a besarse con cariño, entre tiernas caricias y miradas cómplices, pero no tardaron en caer en la suave y mullida alfombra que Katherine había llevado hasta allí, el fuego ardía en la pequeña chimenea e impedía que sus pieles se erizasen por el frío pese al calor que ambos desprendían.

Ambos se sorprendían de que el deseo no menguase lo más mínimo entre ellos, pues siempre que estaban a solas les era casi imposible no fundirse el uno con el otro. Katherine estaba entre los fuertes brazos de Ian mirando por el pequeño ventanal que tenía unas vistas maravillosas del mar del norte.

—Las vistas son increíbles — suspiró y se apoyó contra el duro cuerpo de Ian.

—Tú eres más bella — le dijo entre suaves y dulces besos en el cuello.

—*Tha gaol agam ort* Ian McRae — cerró los ojos abandonándose a las sensaciones.

—¿Estás aprendiendo gaélico? — preguntó sorprendido y ella sonrió divertida.

—Lo estoy intentado, si voy a ser la señora del castillo, más me vale que pueda comunicarme con todos sus habitantes — se giró entre sus brazos — pero sea en el idioma que sea, lo cierto es que te amo — le dijo mirándole fijamente — más de lo que jamás he amado a nadie.

—Lo mismo que yo a ti mi preciosa inglesa — la besó dulcemente — te quiero con cada fibra de mi ser, mi amor — volvió a besarla — ¿me enseñarás tu idioma secreto? — le preguntó con una sonrisa, pero ella pareció dudar.

—Eso es algo que comparto sólo con Jacobo, ni siquiera mis padres conocían ese lenguaje de símbolos — el pesar tiñó su mirada — no quiero ocultarte nada Ian, te lo juro, pero... mi hermano ya cree que le he traicionado a él y a nuestro apellido y no quiero que también piense que ya no es importante para mí.

—No te preocupes mi vida, inventaremos un lenguaje tan sólo para nosotros — la besó con amor pese a la rabia que sentía por dentro, iba a tener unas palabras con su futuro cuñado.

Bajaron hasta la cocina abrazados y sonriendo para comer algo pues ambos estaban hambrientos, y allí precisamente dándose de comer el uno al otro, les encontró uno de los guerreros que lamentó profundamente interrumpir un momento tan íntimo entre sus señores.

Los Sutherland se habían introducido en su territorio con intenciones hostiles.

El hombre aún jadeaba pues había estado cabalgando sin descanso desde la frontera oeste, incluso el semental estaba agotado. Les explicó que una horda de salvajes highlanders había atacado el campamento de vigilancia y que había numerosos heridos, cuando él se había ido aún no había muertos, pero Dilan, el encargado de la zona no creía que la situación no empeorase en pocos minutos.

Capítulo 26

Ian rugió dando órdenes a todo el mundo, mandó guarecer en el castillo a las mujeres y los niños, también a los ancianos y a los heridos. Dotó a los guerreros con las armas y tras darle un beso a su preciosa inglesa, salió al galope con su semental.

La situación era preocupante, siempre habían existido unas relaciones tensas con el clan Sutherland debido a la historia común que les unía, ya que la tatarabuela de Ian era la hija del *laird* que enamorada de su tatarabuelo, un hombre que trabajaba para el clan, abandonó a su familia para vivir una vida feliz al lado del hombre al que amaba cuando ellos la repudiaron.

La paz había durado generaciones, había sido tensa y habían amenazado miles de veces con entrar en guerra, pero finalmente siempre se mantenían en sus territorios.

Hasta ese día.

Ian cabalgaba veloz como el viento, todos sus músculos estaban tensos, las dos espadas colgaban de su cinturón y tenía el arco a la espalda con el carcaj lleno de flechas. Le seguían casi todos los hombres del castillo.

Por lo que había sabido en los últimos años, los Sutherland no estaban pasando su mejor momento, muchos niños nacían muertos o gravemente enfermos, nadie sabía exactamente el motivo o más bien se negaban a querer reconocerlo, pues las antiguas leyes prohibían las relaciones entre familiares, pero para el clan del oeste, traer a extraños era motivo de ejecución.

Al llegar al lugar a Ian se le cayó el alma a los pies. ¡Cuánta destrucción tan sólo por venganzas del pasado!

En el castillo los niños lloraban y las mujeres intentaban tranquilizarles, Idoia compartía su dolor, se apiadaba de ellos y hacía lo que podía para confortarles, la sanadora nada podía hacer porque no había muchos heridos o

enfermos y Nerys intentaba tranquilizar los ánimos de los recién llegados.

La única que se sentía encerrada era Katherine. Ella no sabía qué era lo que tenía que hacer, pues en el fondo sentía que esas gentes aún no la habían aceptado como su señora y no se atrevía a darles órdenes. Algo en su interior le decía que estaban en peligro, era como si una voz casi apagada le susurrara que algo no estaba bien, que no estaban a salvo, que debía hacer algo para proteger a esas personas, ellos eran ahora su pueblo y quería ser digna de ellos.

Entonces vio a uno de los pocos guerreros a los que Ian había dejado en el castillo y se lo llevó aparte pues no estaba dispuesta a quedarse de brazos cruzados, prefería ser el hazmerreír de toda Escocia por exagerar ante una intuición antes que mirar cómo la historia se repetía. No, no podría soportar quedarse sin hacer nada mientras el temor y un mal presentimiento se apoderaban de ella.

—¿Soy tu señora? — le preguntó nerviosa pero mirándole fijamente a los ojos.

—*Aye* — respondió el hombre confuso.

—No hablo gaélico, ¿puedes entenderme? — le cogía las manos con más fuerza de lo que cabría esperar de una mujer.

—*Aye* mi señora — volvió a responder afirmativamente, esta vez asintió también haciendo exageradamente un gesto con la cabeza.

—Bien, quiero que cojas a tus hombres y les armes con arcos y flechas, encender unas teas y colocar una cada dos hombres, las espadas tenerlas cerca, pero no en vuestros cintos, colocaros en el muro sur.

—Mi señora — la interrumpió desconfiado — los Sutherland vendrán por el oeste.

—No, os garantizo que no — le miró a los ojos — es la misma táctica que usaron con el castillo de mi padre, confía en mí — le suplicó — por favor, te lo suplico, dejaremos algunos hombres en el muro oeste y si es por allí por donde finalmente aparecen, te prometo que te pediré disculpas públicamente o lo que sea que quieras, pero por favor... permite que haga todo lo posible para evitar que el castillo caiga, confía en mí — tenía los ojos llenos de lágrimas sin derramar, el miedo se apoderó de ella y el guerrero sintió que

ella realmente temía por todos ellos.

—*Aye* mi señora, con mi vida — clavó una rodilla en el suelo.

Acto seguido le besó el anillo que era la muestra de compromiso con su *laird* y salió vociferando a los guerreros que se armasen tal y como ella había organizado, nadie le comprendía demasiado y desconfiaban de las órdenes, pero el highlander había visto el terror en sus ojos y algo le dijo que ella podría tener razón. Prefería las burlas del su *laird* antes que soportar el deshonor de no proteger todo lo que le rodeaba hasta con su último aliento.

Mientras los hombres se apostaban, Katherine con la ayuda de Nerys organizó a las mujeres más jóvenes y fuertes en los muros oeste y este, encendieron fuegos en los que pusieron a hervir varias ollas con aceite y agua, si intentaban trepar les arrancarían de las piedras.

Niall se levantó de su cama y llegó con un gran esfuerzo al Gran Salón, pues le costaba una gran cantidad de esfuerzo y concentración ponerse en pie y caminar, pero no dudó ni por un segundo, él no permanecería en la cama mientras asediaban su hogar, se armó ante la atenta mirada de su clan y se apostó en la entrada del castillo. Si iban a morir, él lo haría como un guerrero, no como un lisiado y desde luego sería en pie y no en la cama. Todo el mundo se sintió orgulloso de su antiguo *laird*.

Nerys quería enviar una misiva a Fergus y a Logan para que volviesen al castillo y les ayudasen, pero Katherine la convenció de que eso sería peligroso, pues realmente no sabrían cuál era la situación real de la zona y podría conducirles hasta una emboscada. Katherine entendió lo que el resto de las mujeres aún no podían comprender, si Nairn caía, los McGregor no tendrían ninguna posibilidad.

Su hermano estaba allí con ellos, cerró los ojos un momento y se despidió de él mentalmente. Rezó a su dios para que protegiese a los inocentes, las imágenes del castillo de sus padres en Durham la estaban torturando, las llamas apoderándose de los tapices, mujeres y niños asesinados a sangre fría, muerte y dolor grabados con el fuego de la avaricia.

Apenas podía soportar seguir en aquella situación. Organizó a las muchachas que trabajaban en el castillo y les dio órdenes sobre racionar la comida y la bebida, si les sitiaban no podrían salir a los campos a por

cereales o carne. Tendrían que sobrevivir con lo que había en la despensa.

Se reunió con los hombres en el muro sur y comprobó que todo estaba tal y como ella había decidido, su padre y su hermano la habían enseñado estrategia militar durante años y aunque en el fondo tan sólo estaba siguiendo sus instintos, confió ciegamente en las enseñanzas aprendidas.

Los hombres la saludaron y ella les dio unos consejos rápidos sobre cómo mejorar su puntería, no podían desperdiciar las flechas. Los highlanders la escuchaban con los ojos como platos, ¿acaso su señora sabía tirar con arco? Pero ellos no hicieron preguntas y ella tampoco perdió el tiempo en aclararles las dudas, simplemente les corregía la postura, les daba algunas directrices y volaba de un guerrero a otro.

Cuando terminó de comprobar que las mujeres estaban también en sus puestos y las enormes ollas hervían, se dirigió con paso apresurado a la alcoba que compartía con Ian. Se puso dos camisones de lana y uno de los vestidos de invierno, ya casi era primavera, pero no podía confiar en que el tiempo la acompañase.

Rasgó sus vestiduras con el nuevo puñal que Jacobo talló para ella y comprobó que podía moverse con libertad. Se colocó un saco con sus utensilios para coser heridas y un bote de ungüento para evitar infecciones. Asió uno de los cintos de Ian y se lo colocó en las caderas. Corrió hasta la sala de armas y cogió dos de las espadas de los aprendices, ella no podía con las enormes espadas de lucha, se puso un carcaj lleno de flechas y cogió un arco, lo reguló para ella y caminó hacia las caballerizas.

—Mi señora — la interrumpió el guerrero con el que había hablado justo cuando estaba a punto de montar — ¿dónde creéis que vais?

—A luchar al lado de Ian, si voy a ser su mujer es para caminar a su lado, no para quedarme encerrada esperando la noticia de su muerte — le dijo con arrojo.

—Pero vos sois... — no se atrevía a terminar la frase.

—Una mujer, una mujer inglesa — terminó ella por él — mira el lado positivo, si hago que me maten, una escocesa será vuestra señora.

Saltó a uno de los sementales y salió al galope.

—Yo os quiero a vos mi señora — se lamentó el highlander cuando ella ya no

podía oírle — Dioses os suplico que protejáis a esa mujer — rezó con el miedo atenazándole el corazón aunque extrañamente orgulloso de ella.

Katherine cabalgó con rapidez, más veloz de lo que lo había hecho nunca, el semental que estaba montando no la conocía, pero podía sentir que era un animal potente, rápido, peligroso, intenso, le recordaba tanto a su bravo *laird* que tuvo que ahogar un grito. Temía por su vida, el corazón le galopaba en el pecho, su sangre le ardía en las venas, sentía la imperiosa necesidad de llegar hasta él... y rezó para llegar a tiempo y ser el apoyo que él necesitaba en estos momentos. Quería ser digna de él.

Ian luchaba con la espada contra dos de los guerreros de los Sutherland, Dilan había caído y estaba gravemente herido, casi todos los hombres habían sido alcanzados por flechas o por las espadas enemigas y les estaban sitiando con un enorme aro de fuego que rodeaba el campamento.

Al llegar y ver el alto muro de fuego, las historias sobre antiguas batallas acudieron a la mente de Katherine, su abuelo le había contado cómo su bisabuelo había ganado la batalla de Durham, por lo que el Rey les otorgó el castillo y el ducado. Y supo lo que tenía que hacer.

Se bajó del caballo y lo escondió lejos de la lucha, caminó sigilosamente hasta un punto donde no se veían figuras de hombres y con tierra apagó un pasillo de fuego, se situó justo en el medio y se dejó llevar por su instinto.

Encendía flechas con las llamas que la rodeaban y las lanzaba con rapidez, su vista cambiaba de un enemigo a otro y no fallaba nunca. Entonces encontró a Ian justo cuando una espada le rajó el muslo, gritó como una posesa y comenzó a lanzar más flechas incendiadas. Quería correr y calmarle el dolor, curarle, besarle y protegerle con su vida, pero sabía que su mayor cualidad era su habilidad con el arco, decidió confiar en la capacidad de su highlander para protegerse de los hombres que le atacaban, ahora eran tres contra uno.

Ian y Dilan observaban las ardientes flechas volar y no fallar en sus objetivos, el *laird* sintió una oleada de orgullo al saber de dónde procedían, su señora había acudido a ayudarle y eso le dio las fuerzas suficientes para pelear con más fuerza, a fin de cuentas, él era el hombre y por nada del mundo caería ante los ojos de Katherine. Demostraría que era un bravo guerrero totalmente digno de una mujer como ella, su inglesa se sentiría orgullosa de él y nada conseguiría separarles.

Sus estocadas comenzaron a ser más agresivas, más poderosas, más letales. Las flechas surcaban el cielo y terminaban con rapidez con sus enemigos.

La pelea no duró mucho más. Cuando el último de los Sutherland cayó, Katherine corrió a los brazos de Ian desesperada por alcanzarle.

—¡Mi amor! ¡Mi amor! — gritaba presa de la adrenalina de la lucha.

—Estoy bien mi señora — la miró con amor en los ojos y el corazón lleno de orgullo — no debiste venir — esa advertencia la hizo salir de su estado de miedo por perderle.

—¡El castillo! — gritó y se agitó entre sus brazos — ¡Ian! ¡El castillo, van a sitiario! — él no conseguía entenderla — recuerda las historias que te conté, por favor, confía en mí... he apostado a los hombres en el muro sur y a las mujeres en los muros oeste y este pero Ian... no son suficientes, por favor... el castillo va a caer.

—¿Estás segura? — preguntó recordando la historia del castillo de los Bradbury, entonces miró a su alrededor — ¡joder! El aro de fuego de la batalla de Durham — ella lo confirmó con un gesto y la soltó enseguida — ¡todos los hombres que podáis empuñar un arma o lanzar una flecha! ¡Montad y volved al castillo! ¡Lo están sitiando! — gritó mientras intentaba correr.

—Espera Ian — Katherine sacó rápidamente su saco de curas, pero él negó con la cabeza — estás sangrando mucho — cerró los ojos un instante — dame un momento — cogió su puñal y lo puso sobre una de las muchas llamas que aún quedaban a su alrededor, cuando el metal brilló, ella suspiró — lo siento, pero hay que cortar la hemorragia.

Puso el metal candente sobre la herida del muslo de Ian que bramó de dolor haciendo que los árboles se estremecieran. Con la pierna dolorida estrechó a su mujer en brazos y la besó intensamente.

Salió al galope seguido de muchos de los hombres que aún se tenían en pie, aunque a duras penas.

Katherine observó lo que había a su alrededor y quiso llorar. Las tiendas estaban ardiendo, había hombres agonizando por doquier, había decenas de muertos... y de repente se sintió transportada a aquella noche en la que escapó de las manos del príncipe Ricardo y volvió a su hogar. Cayó de rodillas al

suelo y rezó con toda su alma para que esta vez el castillo no cayese, para que no se perdiera ni una sola vida de un niño inocente, para que ninguna madre perdiese su vida por proteger a su bebé.

Con las lágrimas corriendo libremente por su rostro, se levantó con furia, cogió su saco para empezar a coser las heridas más graves, se acercó primero a Dilan, le conocía y tenía una herida horrible en el pecho, necesitaba agua, pero la habían gastado toda intentando apagar el fuego. Corrió a por uno de los caballos que aún estaban presos y se dirigió a un pequeño lago con varios útiles.

Volvió con ellos llenos de agua y comenzó a lavar las heridas y a coserlas tan rápido como podía, les ponía el unguento mientras les pedía perdón por no ser delicada con su dolor. Trabajó sin descanso mientras revisaba todas las heridas de los valientes guerreros de su clan. Ella les sentía como suyos y aunque ellos no sintiesen lo mismo por ella, no le importaba en esos momentos.

Cuando el sol comenzó a caer, estaba desfallecida, pero no se rindió, no podía, aún había hombres con heridas, se quedó sin hilo y entre sollozos les curó las heridas cerrándolas con fuego, tal y como había hecho con Ian. Les quedarían cicatrices, pero al menos no se desangrarían, les suplicó mentalmente para que entendiesen que no podía hacer otra cosa.

Se aseguró de que el último de los hombres estaba estable, ella poco más podía hacer, pero con la ayuda de algunos de los hombres que insistían en que tenían fuerzas, los reunieron a todos bajo una de las tiendas que habían conseguido salvarse en su mayoría y sin saber que más podía hacer, les cantó la nana que su madre le cantaba a ella.

Capítulo 27

Cuando Ian y los hombres llegaron al castillo se toparon con una pesadilla hecha realidad. Tal y como le había advertido Katherine, el ataque más fuerte había sido por el muro sur, pero gracias a que los hombres estaban preparados y pese a ser tan sólo unos pocos, habían conseguido diezmar a las fuerzas atacantes, los que habían intentado trepar por el muro estaban en el suelo retorciéndose de dolor.

Desenvainaron las espadas y comenzaron a pelear, pero con la atención dividida de los Sutherland, éstos no tardaron en caer.

Los hombres de los McRae entraron en tropel en el castillo para ver al viejo Niall armado y protegiendo a las mujeres y a los niños más débiles. Todos le vitorearon por su arrojo e Ian, lleno de orgullo y con el fragor de la batalla aún rugiendo en sus venas, le abrazó con fuerza.

Milagrosamente nadie había resultado herido de gravedad, tan sólo un par de flechas habían arañado a algunos de los hombres del muro, pero la sanadora ya se había encargado de ellos y podían seguir luchando.

—Mi *laird* — dijo uno de los guerreros — mi señora... ¿cómo lo sabía? — preguntó desconcertado.

—Así fue como cayó su castillo — le palmeó en el hombro.

—Nos ha salvado — dijo con el corazón encogido.

—Milady tiene muchas más armas de las que puedas imaginar — sonrió orgulloso — ¿queda alguno con vida? — asintió levemente — bien, a los calabozos, sin pan ni agua durante dos días.

Después revisó a los hombres y a las mujeres que habían luchado con honor y tras felicitarles, mandó preparar varios carros y caballos, había que ir a por los caídos de la frontera oeste.

Cuando llegaron al claro todos sintieron ganas de llorar. Habían conseguido apagar el fuego que había empezado a extenderse por el bosque,

los hombres sangraban pese a las heridas cosidas, Ian buscaba desesperado a Katherine pero no la veía por ninguna parte.

Uno de los hombres que más que caminar se arrastraba, se acercó a él para decirle que había caído exhausta. Estaba inconsciente dentro de la tienda. Había curado sus heridas, había corrido como el viento en busca de agua y tierra para apagar el fuego y peleó como un salvaje cuando un par de hombres de los Sutherland la atacaron en la orilla del lago.

Se le congeló la sangre en las venas, ¿había peleado contra dos hombres ella sola? Corrió hasta la tienda y la vio tumbada sobre unas pieles, sus ojos cerrados, su cara teñida de cenizas y tierra con surcos debido a sus lágrimas, el vestido rajado desde los muslos a los tobillos, las manos ensangrentadas, el pelo enmarañado y totalmente inerte.

Intentó contener sus movimientos y se arrodilló a su lado, parecía que ya no pertenecía al mundo de los vivos y eso le rompió el corazón, puso el oído sobre su pecho y cerró los ojos aliviado cuando sintió su débil latido.

Trasladaron a todos los heridos al castillo y llevaron a Katherine a la alcoba del *laird*, la sanadora y él la sumergieron en la bañera llena de agua caliente y aceites esenciales. No tenía heridas abiertas de gravedad, aunque la rodilla volvía a estar hinchada y amoratada. Ian estaba totalmente centrado en cada uno de sus movimientos, rezaba mentalmente para que despertase.

La sanadora revisó todo su cuerpo y no encontró nada que requiriese que fuese cosida. Le puso unguento en todas las uñas y en un par de cortes superficiales que tenía en los brazos. Le vendó la rodilla y la metieron en la cama, su piel necesitaba respirar, por lo que era mejor que solo la sábana tocara su cuerpo.

Cuando salió de la alcoba se encontró a todos los guerreros sentados en el enorme pasillo. Estaban preocupados por su señora y querían entrar a verla, pero ella se lo impidió, seguramente su *laird* les cortaría la cabeza si la veían tan sólo tapada por una sábana. Les informó de que debería despertar por ella misma y entonces sabría si se recuperaría.

Ian se sentó en la butaca al lado de la cama. Miraba a la mujer que descansaba con una imagen tan pacífica que era contradictoria a lo que realmente era ella. Katherine de Bradbury, futura señora de Nairn era una

mujer guerrera, una luchadora, una estratega. Había salvado la vida de todo el clan y la única que aún permanecía en cama era ella. Había luchado y peleado hasta casi su último aliento.

El corazón le latía en el pecho con una mezcla de orgullo, miedo, amor e ira que le estaba destrozando. Tenía que despertar porque él no podía vivir sin ella, porque la necesitaba para poder seguir respirando.

Llamaron a la puerta y entró Jacobo seguido de Logan y Fergus.

—¿Cuánto lleva inconsciente? — preguntó el inglés con preocupación.

—Dos días — respondió sin mirarlos.

—Mi *laird* — Fergus se acercó y le tocó en el hombro — los hombres dicen que es una valkiria — Ian sonrió.

—Sin duda alguna lo es — respondió sin mucho ánimo, se enfrentó a la mirada de Jacobo — vienes a llevártela a Durham ¿verdad? — lo cierto era que él mismo había pensado en sacarla de Nairn pues pese a lo mucho que la amaba, verla casi muerta por protegerles a ellos le estaba destrozando.

—¿Lo permitirías? — preguntó el inglés.

—Sí — respondió con el corazón estallándole en el pecho — no puedo volver a verla así y está claro que jamás conseguiré que se quede en la alcoba como una dama — dijo con pesar — no sé cómo mantenerla a salvo.

—No es algo que tú debas hacer por ella — respondió Jacobo — ¿quieres protegerla? Enséñala a ser más fuerte, entrena con ella, pelea y muéstrale cómo lucháis los highlanders.

—Hablas como si fuese a despertar — le dijo Ian con los ojos llenos de lágrimas.

—Es que ha despertado — le hizo una seña con la cabeza y se giró rápidamente.

—Me diste tu palabra de highlander — le recriminó ella con el dolor marcado en sus ojos — prometiste que te casarías conmigo y que me amarías toda tu vida — una lágrima rodó por su mejilla.

—No pensé que pudiera perderte Katherine — se arrodilló a su lado —

milady, no vuelvas a hacerme pasar por esto.

—Ibas a permitir que mi hermano me llevase a Durham — el dolor atravesó su corazón — ibas a alejarme de ti.

—No mi amor, tan sólo quiero que estés a salvo — intentó tocarla pero ella se apartó — no sé cómo mantenerte segura y eso me destroza por dentro, esta es una tierra peligrosa para una mujer.

—¡Pues yo he sobrevivido! — le gritó llena de dolor — ¡y tú maldito escocés no eres más que un cobarde y un estúpido! — sus ojos eran de un azul intenso — ¡Jacobo! Marcharé contigo en cuanto lo estimes oportuno.

—Lo siento hermanita — dijo el inglés — no podemos volver a Durham, ya no nos pertenece — todos le miraron sorprendidos — cedí el castillo a la Corona, de todas formas no podríamos volver allí, ahora pertenecemos al clan de los McRae, si aquí el *laird* lo consiente, de lo contrario, Angus McGregor ya me ha ofrecido asilo.

—¡No hablas en serio! — gritaron Ian y Katherine a la vez.

—Genial, ahora resulta que estoy aquí atrapada — bufó ella llena de frustración y con el corazón roto.

—¡Sois unos McRae! No podéis pertenecer a dos clanes — proclamó Ian.

Logan y Fergus observaban la escena y tuvieron que contener unas sonoras carcajadas. Sin lugar a dudas, esa inglesa era peor que cualquier escocesa. ¡La adoraban!

—Vale, todos fuera — gruñó Ian que veía a Katherine cada vez más furiosa.

Todos salieron sin decir una palabra mientras intentaban retener las carcajadas que soltaron en cuanto llegaron al pasillo. Hasta que escucharon algo estrellarse con fuerza contra la puerta, callaron de golpe, bajaron al Gran Salón y siguieron riendo a carcajadas que no podían ni querían detener. Habían sido unos días duros para todos, pero ver a Lady Katherine repuesta y con ganas de dar guerra les había alegrado el alma.

La voz se corrió rápidamente. La inglesa había despertado y estaba discutiendo con el *laird*. Una sonrisa pícaro se instalaba en todos los rostros.

Mientras, en la habitación de Ian, éste intentaba pensar en qué era lo que podía decir o hacer para que Katherine dejara de estar furiosa con él, sabía

que había vuelto a equivocarse con ella, que había traicionado su confianza y que seguramente la había hecho demasiado daño, pero tenía que encontrar la forma de que ella entendiese lo que ocurría.

Verla pelear le había llenado de orgullo y durante un segundo había imaginado con qué fiereza protegería a sus hijos, pero al verla en la cama inconsciente, su corazón le había estallado en el pecho, él era el hombre, él debía protegerla y sin embargo era ella la que corría a los brazos del peligro para protegerle a él, lo más difícil que había hecho en toda su vida, era imaginar no tenerla a su lado, pero no podía seguir siendo un riesgo para ella.

Katherine se sentía terriblemente dolida. Ella habría sacrificado su vida e incluso su alma por salvar la vida de Ian, sin embargo, él estaba dispuesto incluso a romper su palabra de highlander porque ya no la quería más a su lado. Su hermano tenía razón, ya se había cansado de ella y pronto la sustituiría por otra más bella.

—No sé cómo explicarte lo que siento — le dijo él en un susurro.

—Es fácil — respondió ella — ya conseguiste de mí lo que querías y ahora me mandas lejos para que no te estorbe.

—No hables así Katherine, sabes que no es cierto — la miró dolido — sabes que te amo más que a mi vida — ella hizo un gesto que le hirió — sé que eres capaz de protegerte, pero es que ésa es mi obligación, yo debo sacrificarme por ti y tu felicidad, sin embargo, eres tú la que se pone en peligro para salvarme a mí.

—Es lo que haces por las personas a las que amas — murmuró ella sin mirarle — así lo creían mis padres, tu madre y yo también lo creo.

—¿Y qué hago si te pierdo? — preguntó mirándola a los ojos — ¿cómo sobrevivo sin ti? — le sujetó las manos con desesperación — ¿qué puedo hacer si dejas de iluminar mi mundo con tu sonrisa?

—Pero querías enviarme lejos, me perderías de todas formas — replicó ella.

—Estarías a salvo — bajó la vista — tu corazón seguiría latiendo, estarías a salvo, tus padres y tu hermano te mantuvieron a salvo, yo no sé hacerlo.

—No digas tonterías — le alzó la cabeza — ¿eso te ha contado Jacobo? — clavó sus ojos en los de él — me mantuve a salvo yo solita, con cuatro años me perdí en el bosque y aunque me buscó el ejército no me encontraron, volví

sola al castillo, con diez años me enfrenté a un oso joven y también salí bien parada, por eso mi hermano me enseñó a pelear, porque no conseguían mantenerme dentro de los muros del castillo.

Ian abría los ojos como platos. ¡Esa mujer realmente era una valquiria! Por los Dioses... enfrentándose sola a los peligros del bosque y a osos siendo una niña... realmente no era una dama de alta alcurnia y de echo no conseguía comprender cómo era posible que fuese tan comedida en público o que tuviese unos modales tan exquisitos.

—Si te preguntas por qué nadie me toma por lo que soy — respondió leyéndole la mente — es porque me pasé toda la vida engañando a mi madre, ella quería a una damisela, me crio para ser la perfecta esposa de un caballero... — se encogió de hombros — aunque en el fondo sabía que yo jamás sería así.

—Eres temeraria — dijo con una sonrisa.

—Mi hermano y mi padre me explicaron muchas veces que se sentían morir cada vez que me pasaba algo y entiendo que no te guste verme en una cama si sientes algo por mí, pero no intentes atarme y tampoco intentes alejarme de ti, eso no se hace con las personas a las que amas.

—Vas a conseguir matarme, lo sabes ¿verdad? — la miró con amor — pensé que te había perdido para siempre, pensé que... los hombres me contaron que peleaste con dos Sutherland y yo... simplemente no pude soportarlo Katherine, entiéndelo, por favor.

—Gané — replicó con orgullo — les vencí y estoy aquí, he necesitado descansar, pero es que mi cuerpo no está hecho para pelear durante días, mírame Ian, estoy bien, me duele un poco la rodilla pero eso es todo, yo no quiero matarte, sólo quiero estar a tu lado, caminar de la mano contigo, pelear juntos y si hay que morir, hacerlo uno en brazos del otro... ¿por qué no puedes entender que para mí eso es demostrar mi amor?

—No quiero que mueras — respondió.

—Ni yo tampoco quiero que mueras tú, pero es inevitable — le miró fijamente — eres un bravo guerrero Ian, eres poderoso, intenso, sensual, el hombre más atractivo que jamás he contemplado... y es tu fuerza, tus caricias, tus besos, tu forma de amarme lo que me da las fuerzas para hacer lo que hago, pienso en ti

y mi cuerpo se llena de energía, mis músculos se tensan y puedo con todo, tan sólo con la esperanza de volver a tus brazos, sabiendo que nada ni nadie más conseguirá sanarme.

—Vamos a tener que llegar a un acuerdo mi señora, porque no creo que pueda pasar por esto otra vez — la rozó suavemente la mandíbula con los dedos y ella se estremeció — tengo que saber que estás a salvo, tengo que poder protegerte — la besó en el hombro desnudo.

—No vuelvas a dejarme sola Ian — una lágrima se escapó de sus ojos.

—¿Me has perdonado? — suplicó con una sonrisa.

—¿Vas a dejarme ir?

—Jamás mi señora — la besó en los labios — jamás, además creo que el clan me depondría si lo permitiese, mis guerreros te aman más a ti que a mí.

—Tus palabras me han herido Ian — otra lágrima rodó por su mejilla — nunca me he sentido tan cerca de la muerte como cuando te escuché decir que me dejarías ir con Jacobo de vuelta a Durham.

En ese momento el *laird* comprendió que por mucho que amase a Katherine, ella jamás le perdonaría que hubiese roto su palabra. El dolor de ella le caló hasta los huesos y pudo sentir dentro de él la desesperación y el miedo que anidaban en su corazón. Y quiso matarse por ello.

No hablaron más, él quería besarla y suplicarle perdón, pero ella se había girado y le daba la espalda, se sintió miserable y también como un cobarde y un estúpido, tal y como ella le había dicho momentos antes. Se despidió de ella y salió de la habitación con el ánimo por los suelos y deseando la muerte.

Capítulo 28

La sanadora acudía cada día a comprobar el estado de la rodilla de la inglesa, el resto eran rasguños sin importancia que estaban curando muy bien, pero lo que realmente la preocupaba era el desinterés que mostraba por la vida, ya no sonreía y el color había empezado a desvanecerse de sus mejillas.

Ian trabajaba más tiempo y más duramente que antes de que Katherine llegase a las Highlands. Todo el clan sabía que estaba atravesando algún tipo de mal momento, pero nadie se atrevía a preguntarle, ni siquiera Logan o Fergus que fueron los únicos que lo intentaron querían repetir la experiencia.

En cuanto el sol comenzaba a iluminar el horizonte salía al galope para comprobar el ganado y cómo se volvía a levantar el campamento de la frontera oeste y volvía al anochecer para compartir la cena con el clan, después se metía en la alcoba con Katherine, pero apenas la miraba y no compartía el lecho con ella, se tumbaba en la alfombra frente al fuego y le daba vueltas una y otra vez a lo mismo, ¿cómo podía conseguir su perdón? ¿Cómo podía vivir en paz sabiendo que ella no dudaría en volver a ponerse en peligro?

Katherine ya no podía pasar ni un día más en la cama, sentía como las fuerzas abandonaban su cuerpo pese a no hacer absolutamente nada aparte de comer y levantarse para hacer sus necesidades, eso era todo lo que le permitían. Y ya estaba harta, ese día cuando la sanadora fue a supervisar cómo evolucionaba la rodilla, le pidió ayuda para vestirse y poder bajar a comer con todo el clan. Le dio permiso sin dudarlo, estaba convencida de que ese era el camino para que ella recuperase el ánimo.

Pero lo que no se imaginó cuando bajó al Gran Salón era lo que allí le esperaba. Casi todos los miembros del clan apoltonados esperando volver a verla en pie. Los hombres clavaron una rodilla en el suelo y las mujeres le sonreían con cariño, pero lo que la llegó al alma fue cuando la pequeña Jeannie la abrazó con fuerza.

—¡Nuestra valkiria! — gritó entusiasmada la niña y fue seguida por los gritos

del clan.

Recibió el cariño y las sonrisas de todo el mundo con un calor extendiéndose por el cuerpo, les amaba a todos y cada uno de ellos, Ian tenía razón, ya pensaba como una escocesa, esas gentes que la aclamaban y que la levantaban en el aire, que la besaban con descaro... eran su pueblo y ella les defendería del mundo entero con uñas y dientes.

La hora de la comida llegó y estaba ansiosa por ver a su highlander, pese a que compartían alcoba, él no le dirigía la palabra y se negaba a compartir la cama, ella le dejaba las sábanas apartadas para que se metiese en ella y la abrazase, pero él prefería dormir en la alfombra frente al fuego.

Se habían convertido prácticamente en dos desconocidos y eso les rompía el corazón a ambos.

Katherine estaba esperando con un plato de deliciosa comida frente a ella a que Ian entrase en el salón, pero eso no ocurría, algunos hombres intentaban darle conversación y las mujeres le contaban lo bien que estaban curando sus hombres gracias a sus cuidados en el campo de batalla, ella sonreía, pero no le llegaba a los ojos, quería que Ian volviese, quería que la abrazase y que la besase porque le echaba tanto de menos que le dolía incluso respirar.

Se obligó a comer algo y por primera vez bebió un poco de vino. Jacobo la observaba en silencio, él también la echaba mucho de menos y como ocurría con el *laird*, había sido culpa de él por pretender cambiar su carácter, el mismo que les hacía reír a carcajadas, el mismo carácter que les volvía locos y todo aquello que la hacía única y especial.

Cuando todo el mundo se retiró del salón, Jacobo preparó una jarra de leche caliente con miel y dos copas, la guio hasta la alfombra que ahora había frente al hogar y la hizo sentarse mientras le preparaba una de las copas con la dulce bebida.

—No es de noche — apuntó ella sin saber muy bien qué era lo que quería su hermano.

—Hay cosas que no pueden que esperar — se sentó a su lado y la miró con cariño, finalmente suspiró — eres demasiado especial Katherine y ni siquiera eres consciente de ello.

—Jacobó, sabes que te quiero pero si vas a regañarme de nuevo o a explicarme todo lo que he hecho mal, ya lo sé — hizo el amago de levantarse pero él se lo impidió.

—No has hecho nada malo — volvió a suspirar — eres igual que madre — ella le miró sin comprender — salía por las noches a cabalgar por el bosque, era excelente manejando el arco y volvía completamente loco a padre.

—No lo sabía — murmuró ella.

—¡Claro que no! — rio su hermano — ella siempre decía que tú eras su más preciado tesoro y que haría de ti una mujer que invitase a todo hombre a protegerla — rio un poco más — pero con cada una de tus aventuras, se daba cuenta de que tenías el mismo espíritu que su pueblo, ardiente, apasionada, intensa y sobre todo sin miedo — la miró de nuevo a los ojos — por eso te dejaba hacer todo lo que querías, porque comprendía que a un ave tan exótico como tú no se le puede encerrar, aunque los barrotes sean de oro, y cuando el príncipe Enrique pidió tu mano, todos temíamos el día en que te repudiasen por tu forma de ser, pues éramos conscientes de que en la Corte jamás habrían visto a nadie como tú.

Se quedaron en silencio durante unos instantes en los que ambos se perdieron en sus recuerdos. Katherine recordaba cómo se subía escalando al muro donde estaban los guardias apostados, su madre aparecía instantes después tras ella intentado pillarla y los hombres reían a escondidas, pero ninguno se sorprendía, eso siempre llamó la atención, ahora era consciente del motivo, veían en ella el mismo carácter indomable de su madre. Lloró en silencio, para ella habría sido un regalo poder cabalgar por el bosque con ella, compartían cuentos, costura, canto, secretos... pero jamás compartieron la libertad.

—Dime una cosa Katherine — él interrumpió sus pensamientos — ¿alguna vez has pedido perdón?

—¿Por qué habría de hacerlo? — le miró furiosa — no he hecho nada malo, tú mismo lo has dicho hace unos instantes.

—No haces nada malo hermanita... salvo que cuando te arriesgas, crees que sólo tu cuerpo está en peligro, pero eso no es cierto, también pones en peligro los corazones y las vidas de más personas, por ejemplo el mío y el de Ian —

ella le fulminó con la mirada — es cierto Katherine, atravesamos media Escocia para ir a por ti porque decidiste que tu vida valía menos que la nuestra ¿tienes idea del infierno que vivimos? — se mantuvo en silencio escuchando atentamente — dices que amas a Ian, sin embargo no dudas en lanzarte a una pelea de espadas con dos highlanders... ¿quién le habría devuelto su corazón sangrante si tú mueres? ¿O es que acaso eres tan necia como para no ver que muere de amor?

—He intentado perdonarle Jacobo, pero no me lo pone fácil — se defendió.

—¿Y has intentado que él te perdone? — le cogió una mano entre las suyas — Katherine, recuerda las palabras de padre y madre, morimos por los que amamos... si Ian no puede protegerte, morirá en el intento, si te importa su vida en algo, busca la forma en la que sin dejar de ser tú, él pueda salvarte, de lo contrario, con boda o sin ella, vuestras almas estarán condenadas.

Sin esperar su respuesta, se levantó y salió con paso firme del Gran Salón, por fin empezaba a comprender la actitud de Ian, pensaba que se había aprovechado de su hermana de alguna forma, pero tras su paso por Daltra, el territorio de los McGregor, empezaba entender su forma de actuar y que no hubiese podido reprimir sus instintos, también comprendía que el instinto protector de él chocase de frente con el carácter indomable de su hermana.

En cuanto llegó a las caballerizas, montó a uno de los sementales y salió al galope.

Katherine se quedó sentada frente al hogar apagado un buen rato. Las ideas daban vueltas y más vueltas en su mente, las palabras de su hermano le habían calado hondo, jamás había infravalorado su vida pero tampoco había pensado que el hecho de que a ella le ocurriese algo podría destruir a las personas a las que quería.

Los habitantes del castillo la veían con la mirada perdida y una copa en la mano y no se atrevían a interrumpirla pues últimamente la veían muy decaída y nadie sabía bien qué decir o qué hacer para que se encontrase mejor.

Ian estaba intentando comerciar con un pequeño clan al sur que se dedicaba a la cría de maravillosos sementales, con el ataque de los Sutherland habían perdido a muchos de ellos y tenía que reponer los animales perdidos.

Sin embargo, el pequeño clan no quería nada de lo que ellos tenían y empezaba a perder la paciencia, al final de día, la reunión terminó con una amenaza del *laird* McRae de que si no llegaban a un acuerdo en su siguiente jornada, serían derrotados y se quedarían con todos sus caballos.

Esa noche no le apetecía lo más mínimo volver al castillo, sólo de pensar en que su preciosa y maravillosa inglesa estaría en la cama ignorándole se le rompía el corazón. Apenas lograba contenerse para no abalanzarse sobre ella para besarla y tomarla como deseaba. Echaba mucho de menos el sonido de su voz, su sonrisa, el tacto de su piel...

Cuando se dio cuenta, estaba observando las estrellas en la frontera oeste. Lo que quedaba del clan de los Sutherland le había enviado una misiva en la que solicitaban un nuevo acuerdo de paz, aún no les había respondido.

—Hace una bella noche — la voz femenina le sorprendió — no pensabas volver a casa ¿verdad? — el negó con la cabeza y ella se sentó a su lado — no puedo decir que no lo entienda — suspiró — yo misma he pensado muchas veces cómo sería irme y no volver.

El silencio se hizo entre ellos y ninguno se atrevía a romperlo, tan sólo miraban las estrellas, uno al lado del otro, dolorosamente cerca pero sin tocarse, tan sólo escuchando sus respiraciones aceleradas.

—Ian — dijo ella finalmente y él la miró — lo siento mucho — abrió los ojos como platos — de verdad que lo siento, no corro al peligro porque crea que mi vida no vale nada... ni siquiera era consciente de que corría hacia situaciones que suponían un riesgo para mí... no pensaba en esas cosas, tan sólo vi una oportunidad de mantenerte a salvo y no pensé más allá de eso.

—Yo también lo siento Katherine — sentía como el corazón le gritaba que la necesitaba más que respirar, como si él no fuese consciente de ello — no quise romper mi promesa, es que — cogió aire con fuerza.

—Temes más mi muerte que el hecho de vivir sin mí — terminó de decir ella por él y asintió con la cabeza — no soporto la idea de encerrarme en el castillo a coser y cantar como deben hacer las buenas mujeres casaderas — bufó frustrada — pero tampoco quiero perderte por ser como soy.

—No creo que yo amase a nadie tan intensamente como te amo a ti si no fueses como eres — le dedicó una sonrisa que a ella le calentó el corazón — pero me

destroza saber que corres peligro y que no puedo protegerte.

Ella le tendió un trozo de madera con unos extraños símbolos grabados en él. Ian miró los símbolos sin entender nada, pero sintiendo en lo más profundo de su ser que era algo extraordinariamente importante para ellos.

—Te necesito Ian, sálvame. Eso es lo que pone — ella le miró con los ojos llenos de lágrimas — y es verdad, te necesito más que respirar y necesito que me ayudes a ser la mujer que debo ser para que me ames y no me eches nunca de tu lado.

—Yo no quiero que cambies — al ver el dolor en sus ojos y que estaba dispuesta a rechazar a una parte de sí misma para complacerle le hizo enfurecerse consigo mismo — no quiero que cambies — repitió — sólo quiero encontrar la forma de tener la certeza de que estarás a salvo.

Volvieron a quedarse en silencio, a Katherine se le estaba rompiendo el corazón por dentro, no podía ni quería alejarse de Ian, le necesitaba demasiado y entonces cayó en la cuenta de que había sido él quien primero se arriesgó a decirle que la amaba, ella tardó aún varios días en hacerlo. Siempre era ella quien se interponía entre ellos.

—Te quiero Ian McRae — le dijo sentándose a horcajadas sobre sus piernas — te necesito aquí y ahora, dentro de mí, necesito volver a sentirte porque si no es probable que me vuelva loca.

—No voy a tomarte en mitad del bosque como si fuésemos animales Katherine — respondió metiendo sus manos bajo la falda de ella — ¿me has perdonado? — le preguntó inquieto.

Ella no respondió, simplemente se lanzó a besarle con toda la pasión y el amor que sentía por el hombre que la acariciaba encendiendo cada fibra de su ser.

—¿Y tú a mí? — volvió a besarle — no es justo que me enfade porque quieras mantenerme a salvo, así que no tengo nada que perdonar.

Ian la estrechó entre sus brazos y la besó con pasión, con ardor, con vehemencia, con adoración, pero sobre todo con el profundo amor que sentía por ella. Se levantó del suelo con ella enredada en su cuerpo y se dirigió hacia uno de los caballos, cuando llegaron hasta ellos, hizo el ademán de dejarla en el suelo pero ella se negó a bajar.

—Llévame entre tus brazos Ian — le dijo seductoramente — me encantó cabalgar contigo y me gustaría repetirlo.

Él no tardó nada en subirla a su caballo para montar tras ella, la apretó contra su cuerpo y comenzó a cabalgar en dirección al castillo, mantuvieron silencio durante todo el trayecto, cada uno pensando en el gran avance que habían hecho esa noche. Por fin habían aprendido a hablar y a escucharse el uno al otro.

Nada más llegar al castillo, Ian ni siquiera se molestó en llevar el caballo a la cuadra, se bajó de un salto, sujetó las caderas de Katherine en un gesto claramente posesivo y la ayudó a bajar, después la estrechó entre sus brazos y comenzó a caminar hasta su alcoba, les quedaban muchas horas por delante para demostrarse con sus cuerpos lo mucho que se amaban el uno al otro.

La ropa comenzó a volar por el dormitorio en cuanto la puerta se cerró tras ellos, los besos, las caricias y los sugerentes susurros llenaron el ambiente.

Capítulo 29

El sol entraba tímidamente en la alcoba a través de los pesados cortinajes. Ian se despertó abrazando a Katherine, era la mujer más hermosa que jamás había contemplado y se sentía profundamente dichoso de tenerla entre sus brazos, aun así, sabía que no se estaba comportando como un hombre honorable y mucho menos como un *laird* juicioso.

La amaba con todo su corazón y era plenamente consciente de que cada noche que ella pasaba entre sus brazos era un regalo de incalculable valor, pero debía hacer las cosas bien, porque su preciosa inglesa era la mujer definitiva, su alma gemela, la mitad de su ser, su *càraid*.

Acarició sus largos mechones negros como el ébano con suavidad mientras se deleitaba con el suave resplandor que el astro rey le ofrecía a su piel de alabastro. Sin duda alguna esa mujer tenía que ser una valquiria, poseía el valor y el coraje de un guerrero además del corazón puro y la belleza de una diosa.

—Si sigues mirándome así, voy a derretirme — dijo Katherine con voz soñolienta.

—Cásate conmigo — le susurró al oído mientras la abrazaba con fuerza — sé mi mujer para el resto de mi vida, mi *càraid* — el cálido cuerpo femenino se tensó de repente — venga inglesa — la besó en el hombro — cástate conmigo y permite que todo el clan me envidie, quiero amarte cada instante del día, adorarte como te mereces.

—Ian — se dio la vuelta para poder mirarle a los ojos — lo que dije ayer... no quiero presionarte, me entrego a ti por propia voluntad.

—Tampoco podrías negarte — sonrió seguro de sí mismo — te seduciría con cada roce, cada caricia, cada beso robado — su voz era intensa, profundamente sensual — provocaría que el deseo te inundase y después, cuando el fuego de tus ojos me diese la respuesta que busco, te haría mía hasta que gritases mi nombre y me jurases amor eterno.

Katherine le miraba con los ojos como platos, totalmente ruborizada y la sangre hirviendo de deseo, apenas podía contener sus manos para recorrer ávidamente la piel de su highlander, perderse en la vorágine de sensaciones seductoramente placenteras que sabía que él le proporcionaría.

No podía apartar sus ojos de los de él, esos pozos de miel la invitaban a bañarse en ellos, a dejarse llevar por el deseo, la pasión, la ternura... entre ellos había un lazo más fuerte del que crearía cualquier rito de matrimonio, aunque sin duda alguna deseaba ser la mujer de Ian, anhelaba llevar en el dedo su alianza, poder vestirse con sus colores, pero lo que más deseaba era poder besarle o tener un detalle cariñoso con él a la vista de todo el mundo.

—Sí — respondió firmemente pese a que todo su interior se estremeció por la emoción — me casaré contigo Ian McRae.

El poderoso *laird* se abalanzó sobre ella y la puso bajo el peso de su cuerpo, el tenerla a su merced, totalmente desnudos, acariciándose con cada parte de sus cuerpos le proporcionaba una sensación de poder irresistible, siempre había luchado por su clan, jamás se había rendido, con sus propias manos habían levantado graneros, establos, cabañas... y con sus propias manos construiría un hogar para la mujer a la que amaba.

Cuando lograron salir de la cama, se bañaron juntos y bajaron al Gran Salón cogidos de la mano mientras se dedicaban besos robados a cada paso, sonrisas pícaras llenas de sentimientos y ojos brillantes de deseo y amor.

Su vida comenzaba ahora y estaban ebrios de emoción.

Pero al entrar en la estancia, Jacobo, Logan y Fergus les esperaban con una sombría expresión en la cara que no presagiaba nada bueno. Ambos se tensaron, se miraron un segundo y apremiaron el paso hasta llegar a ellos.

—Mi *laird*, mi señora — comenzó Fergus — tenemos que hablar.

—Eso no presagia nada bueno — gruñó Ian, tenía la sensación de que el día estaba a punto de atragantársele.

—No lo es — continuó Logan — mi señora, sentaos y por favor, responded a estas preguntas que vamos a plantearle — ella frunció el ceño con desconfianza.

—¿A qué viene ese tono tan formal? — preguntó quitándole las palabras de la boca a Ian.

—Milady, sois la señora del castillo, os debemos lealtad, obediencia y respeto — intervino Fergus, tanto la inglesa como el escocés se miraban sin entender nada.

—¡Oh por los Dioses! — exclamó Logan de nuevo ganándose una reprobadora mirada de los otros dos guerreros — Ian, Katherine, tenemos que saber cómo supiste qué hacer exactamente para proteger al castillo, tenemos que saber qué fue lo que ocurrió en el campo de batalla y sobre todo mi señora — se arrodilló ante ella — tenemos que saber quién os llevó del castillo y cómo conseguisteis salir de allí con vida.

Nada más terminar de pronunciar esas palabras, Ian derribó a Logan y se enzarzaron en una pelea brutal, los puñetazos volaban y siempre daban en el blanco, el sonido de las patadas y los gruñidos que emitían los guerreros llenaron el ambiente y retorcieron el corazón de la inglesa. Fergus intentó detenerles pero Jacobo se lo impidió, ya iba a ser imposible salvar la cabeza de Logan, no había razón para perder a otro guerrero de confianza.

Katherine agradeció estar sentada porque de repente se sentía como si estuviese siendo juzgada por un tribunal, tardó un segundo más de la cuenta en reaccionar a las palabras que le habían sido dirigidas. No había burla en ellas, tampoco censura, más bien era una especie de ira contenida, curiosidad y preocupación.

Miró a su hermano fijamente a los ojos, pero éste estaba intentando sostener a Fergus mientras su futuro marido y uno de sus mejores amigos se pegaban una paliza lanzando y tirando todo a su alrededor. Observó atentamente la escena y sin decir nada se puso en pie y salió en dirección a la cocina.

Al cabo de unos minutos volvió al Gran Salón, Ian estaba a punto de estrangular a Logan que se esforzaba por sacarse al *laird* de encima, sin pensárselo dos veces, les arrojó el agua helada que llevaba en la cazuela.

Ambos hombres dejaron de pelear en el momento mirándola con incredulidad.

—¿Vais a dejar de comportaros como unos animales sin cerebro? — preguntó poniendo los brazos en jarras y miró furiosa a los dos hombres — ¿se puede saber con qué parte del cuerpo estáis pensando? — volvió a dirigirles una

mirada tan helada como el agua que les lanzó — responderé a todas las preguntas que sean necesarias y lo haré delante de todo el clan para que todo el mundo quede libre de dudas.

—¡No harás tal cosa! — bramó Ian — ¡mi mujer no tiene por qué dar explicaciones!

—¡Pero las daré Ian McRae! Porque aún no soy tu mujer, porque ellos quieren saber, porque yo necesito que no me culpen de nada y porque ¡maldita sea! — golpeó con el pie el suelo con fuerza — ¡soy yo la que tiene que tomar la decisión! — vociferó clavándoles la mirada a todos ellos, retándoles a que la desafiaran.

Ian no entendía a qué venían todas esas preguntas que claramente tan sólo buscaban humillar a su mujer y él no podía permitirlo, ¿cómo era posible que cada vez que atravesaban un periodo dulce como la miel, algo ocurriese y la paz se volatilizase? Katherine no dejaba de desafiarle y ahora hasta los hombres de su confianza lo hacían.

—Ian — la voz de Niall atravesó la estancia — por mucho que te duela, todo esto es necesario — se acercó hasta Katherine y la besó en la mejilla con cariño — no omitas nada pequeña, quedará entre nosotros y procuraremos venganza — ella le dedicó una sonrisa llena de cariño.

—Bien — suspiró y se levantó para coger la mano del *laird*, necesitaba su contacto para poder hablar — esto fue lo que ocurrió...

Comenzó a relatarles lo ocurrido, desde el principio. Los recuerdos la estaban destrozando pero tenía claro que si no despejaba todas las dudas, si permitía que tan sólo uno de los hombres se fuera de allí sin estar plenamente convencido, la semilla de la desconfianza germinaría dando lugar a un frondoso árbol que se caería encima de ellos en el peor momento posible.

—Aquella noche fue la primera que pasé con Ian — miró al suelo ruborizada — y al amanecer volví a mi alcoba para poder dormir un poco más, al despertar de nuevo, sólo me apetecía gritar a los cuatro vientos que había encontrado el amor verdadero, ése por el que merece la pena vivir y morir... — miró con una sonrisa sincera al *laird* que le apretaba la mano con fuerza — nuestros padres decían: vivimos, protegemos y morimos por los que amamos — clavó sus ojos en Niall y en Jacobo — no hay mayor verdad en esta vida...

— sonrió de nuevo — salí a cabalgar por la ladera este, Ian me dijo que era la zona más segura y aunque no quería que entrenara, no pudo impedirme cabalgar, de forma que eso hacía cuando unos hombres salieron a mi encuentro, intenté volver al castillo lo antes posible pero me cortaron el paso apuntándome con arcos — la mano del *laird* casi le aplastaba la suya — Ian me haces daño — le susurró y él aflojó la presión, le sonrió en agradecimiento — ellos me conocían, sabían mi nombre pero no me dijeron el suyo — miró al suelo de nuevo — me ofrecieron un trato y acepté, puse como condición volver al castillo para dejar la nota, uno de sus hombres me siguió en todo momento — suspiró — cabalgamos durante interminables días hasta que llegamos al campamento donde me encontrasteis.

Las fuerzas comenzaban a abandonarla y sintió la necesidad de sentarse, Ian la cogió en brazos, se dirigió a una de las enormes butacas que había cerca del hogar y la sentó encima de él, abrazándola con firmeza, apoyándola en silencio. El resto de los hombres les siguieron, permanecieron en pie mientras esperaban el final de su relato, todos sus músculos tensos, la sangre hirviéndoles en las venas, sus corazones clamando venganza... y no habían llegado a la peor parte.

—Lo que allí ocurrió — miró a Ian a los ojos pidiéndole permiso y suplicándole que le diera parte de su fortaleza — Ricardo, el hermanastro del Rey... él estaba detrás de todo, él... — los ojos se la llenaron de lágrimas pero apretó los dientes para continuar — intentó violarme pero no lo consiguió, él... necesitaba que yo gritase y no lo hice — una lágrima se escapó de su control — quiero decir que para que pudiese... yo tenía que gritar y tan sólo cedí porque sabía que no podía defenderme de él pero entonces su... — bufó — no pudo violarme, entonces me pegó pero yo no dejaba de reír, pese al dolor, pese a sus incesantes golpes no dejé de reír — miró a Ian de nuevo y se perdió en esos ojos que ahora eran del color del cobre y fríos como el metal — me puso un cinto alrededor del cuello y me expuso desnuda ante sus hombres, volví a desafiarle y me golpearon de nuevo, cuando desperté, estaba en la tienda donde el espía McGregor me encontró y me dio el arco y el carcaj — miró a su hermano con cariño — allí le di un mensaje en clave para mi hermano y lo que ocurrió después ya lo sabéis.

—Jamás te perdonaré esto Logan — las palabras de Ian cortaron el aire como un cuchillo que se clavó en el corazón de su guerrero, él tampoco podría

perdonárselo a sí mismo.

—Mi *laird* — dijo ella con una sonrisa — tienen derecho a saber y si tú me quieres, no me importa contar esto una y mil veces — le besó dulcemente en los labios — el hombre que me ofreció el trato resultó muerto en la escaramuza con el ejército inglés — volvió a mirar a su hermano — ¿recuerdas las historias del abuelo Bradbury? — él asintió — así supe cómo defender el castillo y ayudar en la frontera oeste... mi abuelo era un gran estratega, probablemente el mejor de Inglaterra — les explicó a los demás e Ian asintió con la cabeza — el Rey Francisco, padre de Enrique, consultaba a menudo con él sobre la protección de las zonas más vulnerables del país — cogió aire — me las contaba cuando era niña y yo me pasaba tardes enteras sentada a sus pies escuchándole, me contó cómo había peleado por Durham, cómo había sitiado al enemigo con un gran aro de fuego y mi hermano me contó cómo cayó el castillo de mis padres — otra lágrima rodó por su mejilla, ésta vez se la limpió con rabia.

—Katherine — Jacobo estaba a punto de estallar — no tienes nada de lo que avergonzarte, eres una dama y juro que rebanaré la cabeza del que diga lo contrario — tenía los puños apretados a los lados de su cuerpo — las emboscadas tuvieron que ser obra de alguien que nos conoce, alguien que forma parte de nuestra familia.

—¡Oh Dios! — exclamó ella — ¿acaso creéis que soy la responsable del ataque? — les miró horrorizada mientras temblaba por la rabia contenida.

Los hombres la miraron en silencio y esa fue toda la respuesta que ella necesitó, se puso de pie casi de un salto y se enfrentó a su hermano y a los escoceses.

—Si esa es la opinión que tenéis de mí después de todo este tiempo y de lo que he hecho por el clan, no sois quien yo creía — miró a su hermano llena de dolor — no te reconozco Jacobo, somos familia, ¿cómo has podido creer tan siquiera un instante que yo traicionaría a Ian?

Se dio media vuelta para salir del salón pero el *laird* la detuvo con firmeza. Temblaba de ira, los ojos ardían en un tono oscuro que jamás había visto antes en ellos, el toque de sus manos era fuerte, pero ella se agitó y logró soltarse.

—¡No seré la señora de una atajo de salvajes! — gritó sintiendo como el corazón le estaban en el pecho — no me lo pidas Ian, aquí delante de tu familia, de tu clan, declaro roto nuestro compromiso — miró a Logan y a Fergus — y para que os quedéis tranquilos os informo de que volveré a Inglaterra y me alejaré cuanto pueda de las tierras escocesas — las lágrimas pujaban por salir, pero logró contenerlas.

—No me abandones — le suplicó Ian — por favor Katherine.

—Tenemos obligaciones que atender — le miró todo lo fríamente que pudo — tú te debes a tu clan, yo ya no le pertenezco a nadie — clavó sus ojos en los de su hermano y apretó las muelas para controlar sus emociones y las lágrimas que pugnaban por salir — partiré en una hora como mucho.

Dicho lo cual se dio media vuelta y salió corriendo en dirección a su alcoba. La cabeza le bullía por las emociones, ella que lo había dado absolutamente todo por el clan McRae... que les había empezado a considerar familia y ahora resulta que ellos la veían como a una traidora, incluso su hermano había dudado de ella.

Tenía el corazón roto, casi literalmente destrozado por el dolor, la pena, la humillación... todo por lo que había pasado no había servido absolutamente para nada y eso la estaba destrozando por dentro. Jamás podría perdonarle a su hermano que no confiase en ella.

Entró en su cuarto y cerró la puerta atrancándola con una de las barras para candelabros que había en las esquinas, sabía que Ian no tardaría en ir detrás de ella y no podía soportarlo. Era imposible, lo suyo no lo quería el destino, ni su Dios, ni los dioses escoceses... dos veces se había prometido con el mismo hombre y dos veces algo lo había truncado. No, definitivamente no iba a desafiar al poder superior intentando casarse con Ian. Lo suyo debía terminarse ahora y ella se encargaría de que así fuese.

En cuanto Katherine salió del Gran Salón, Fergus, Niall y Jacobo sujetaron a Ian que tenía la intención de volver a golpear a Logan. Éste intentó explicarse, pero tan sólo consiguió recibir un puñetazo que casi le tumbó en el suelo.

—Vete de mis tierras Logan, ya no eres un McRae — le fulminó con la mirada

mientras se zafaba del agarre de los otros hombres — tienes dos lunas para irte de mi territorio, después te daré caza si aún permaneces en él.

Retó a los hombres a desafiarle con la mirada. Niall no podía creer que su hijo hubiese desterrado a su mejor amigo, en verdad una mujer podía volver completamente loco a un hombre pensó, mientras intentaba buscar una solución a la situación que tenían entre manos.

—Eres su hermano — le dijo a Jacobo con el corazón bullendo de rabia y odio — no puedo comprender cómo has sido capaz de traicionarla de esta manera — su tono hirió el corazón del inglés, él tampoco lo entendía — la acusáis de traicionar al clan pese a sus esfuerzos por salvar a los guerreros, preguntarle a Dilan lo que pasó en el campo de batalla, preguntarle a las mujeres si ellas la consideran una traidora — miró a su padre y negó con la cabeza — le jurasteis lealtad — la rabia y la impotencia le invadía destrozándole — no tenéis honor — gruñó con odio en la mirada y en la voz.

Salió corriendo en dirección a los aposentos de Katherine y en cuanto llegó comenzó a aporrear la puerta, pero no recibió respuesta alguna, intentó forzar la puerta pero ésta estaba atrancada con algo y por más patadas que dio, por más que la embistió no hubo forma de que cediese. Los hombres se agruparon tras él pero les ignoró, temía que a ella le hubiese dado por hacer alguna locura. Empezaba a conocer a Katherine y sabía que la ofensa recibida la habría herido profundamente.

Cuando consiguió forzar la puerta entró en tromba en el cuarto, pero lo que vio le heló más la sangre que cualquier otra cosa, su preciosa inglesa estaba hecha un ovillo frente al fuego llorando desconsolada, su pelo caía suelto por la espalda y estaba descalza.

Se acercó sigilosamente a ella, pero cuando trató de abrazarla, ella se apartó y le miró tan fríamente que sintió como se congelaba el aire a su alrededor, igual que su corazón.

—Para mí no ha cambiado nada — le dijo sinceramente — no creo en sus palabras, sé que no me has traicionado — intentó acercarse de nuevo, pero ella volvió a alejarse, ni siquiera le miraba — por favor, no hagas esto — le susurró, pero ni siquiera le miró.

Derrotado y agotado del continuo tira y afloja que tenía con ella, por

primera vez en toda su vida, Ian se dio por vencido, si quería estar sola, se lo había ganado. Había sido humillada y juzgada de una forma cruel por parte de su círculo de confianza, ¡por los Dioses! Hasta su hermano dudaba de su palabra.

Se moría por hacer justicia, su corazón le pedía a gritos que derramase la sangre de los que tanto daño le habían hecho, pero él era el *laird* y no podía dejarse llevar por los impulsos, deseaba cortarles la cabeza a todos los que estaban en aquel maldito salón.

Por lo que se dirigió a la cocina y salió por la parte de atrás del castillo. Si veía la cara de alguno de esos hombres, no podría contenerse, por lo que lo más sensato sin duda alguna era salir a cabalgar, quizá trabajar con los animales hasta que la noche se hiciese cerrada o hasta caer exhausto.

Su cerebro no dejaba de dar vueltas una y otra vez a una pregunta, se sentía profundamente furioso porque dudasen de su inglesa, sin embargo no era capaz de obviar el comentario que había hecho Jacobo... él había dicho: “las emboscadas tuvieron que ser obra de alguien que nos conoce, alguien que forma parte de nuestra familia” y por los Dioses, él también empezaba a creerlo.

El corazón le estalló en el pecho con fuerza, una batalla se libraba en su interior. La lógica aplastante contra la lealtad del amor. Sólo alguien que hubiese conocido hasta el último detalle de las batallas de los Bradbury podría haber llevado a cabo semejante acción, habían recreado hasta el último detalle y sin embargo, algo en su interior le decía que Katherine no era la responsable, que ella era inocente, que tan sólo había hecho caso de sus instintos y había protegido a su pueblo.

Y en ese preciso instante comprendió lo que ella quiso decir con aquella hiriente frase de que “no podía ser la señora de un atajo de salvajes”... ¿quién iba a respetarla si no confiaban en ella? sus guerreros le habían dado su lealtad, pero ésta no duraría, en pocos días, semanas quizá, la desconfianza se extendería como la pólvora y el clan podría incluso entrar en guerra entre sus propios miembros.

No sabía qué podía hacer. No podía abandonar a su clan, pero tampoco podía alejarse de ella, al mismo tiempo no hacerlo suponía un desafío a todos aquellos que habían depositado su fe en él, tenía que elegir entre su familia o

la mujer a la que amaba. Cerró los ojos y exhaló el aire de sus pulmones. O se destrozaba el corazón o se destrozaba el alma, porque no podría tener ambas cosas.

Capítulo 30

Katherine estaba sentada frente al fuego intentando poner en orden sus ideas. Había comprendido casi inmediatamente que si los hombres de confianza de Ian e incluso su propio hermano dudaban de ella, el resto del clan jamás la aceptaría como su señora. Se sentía morir por dentro.

Comprendía la lógica de las palabras de su hermano, ella también lo había pensado en alguna ocasión, sólo que no había tenido mucho tiempo para hacerlo con detenimiento porque si su escocés estaba cerca, ella apenas podía pensar con claridad... sin embargo, jamás habría pensado que Jacobo dudase de su lealtad.

—Mamá, papá — miró al techo de su habitación — ¿cuántas veces se puede romper un corazón? — otra lágrima cayó — al parecer mi destino es no tener un hogar, no poder casarme con Ian, no volver a compartir risas y confidencias con Jacobo... ¿qué va a ser de mí ahora?

Empezaba a estar realmente agotada de todo lo que la rodeaba, había pasado por demasiadas cosas en muy poco tiempo y eso claramente la estaba trastornando. Sabía exactamente lo que tenía que hacer, pero su propio corazón se revelaba contra ella y se retorcía ante la necesidad que sentía de huir de aquel castillo, de alejarse de Ian para siempre.

Y lloró de nuevo, lloró hasta que no pudo más.

Cuando al fin se secaron sus lágrimas, los primeros rayos de sol entraban por la ventana. Se levantó sintiendo un profundo dolor en cada músculo de su cuerpo, tenía la mente agotada, le costaba pensar con algo de claridad, se acercó al enorme ventanal y contempló maravillada por última vez las preciosas vistas que le regalaban.

Verdes praderas, árboles imponentes, gentes trabajando, riendo... ajenos a su pena y a su dolor, pero ¿cómo podría culparles? A fin de cuentas, ella era una inglesa, una traidora por naturaleza según las enseñanzas de esas personas, lo mismo que a los ingleses se les enseñaba que los escoceses eran unos

salvajes.

Aspiró con fuerza el aroma a tierra húmeda, madera, flores silvestres, rosas salvajes, humo... iba a echar mucho de menos todo lo que la rodeaba en esos momentos. Se esforzó por grabar en su mente las imágenes, los sonidos, y los olores. Atesoraría cada detalle para que la consolaran en la solitaria y amargada vida que le quedaba por delante.

Y entonces decidió que ya era hora de partir, lo había demorado demasiado tiempo, no tenía nada y nada se llevaría con ella. Solo que al salir de la habitación, no pudo resistirse al deseo de contemplar por última vez el bravo mar del norte desde el torreón que ella había decorado para que fuese su rincón romántico, ese lugar en el que ella y su amado escocés compartirían momentos íntimos.

Abrió la puerta y se asomó por la ventana y entonces, en la pequeña cala vio algo que le congeló el corazón y llenó sus ojos de lágrimas. En el preciso momento en el que empezaba a tener muchas de las respuestas a las preguntas que la atormentaban, otras tantas, totalmente nuevas, aparecían.

Durante un momento pensó en bajar corriendo espada en mano y decapitar a esa criatura demoníaca que tanto dolor, desconfianza y traiciones había causado. Pero se detuvo justo antes de salir de la torre, tenía que ser más lista, tenía que conseguir que admitiese ante alguien con la reputación intacta que todo había sido obra suya. Porque si estaba segura de algo es que no era una casualidad que semejante aberración maligna estuviese en el mismo clan que ella.

Al cabo de unos minutos salió del torreón y con paso decidido bajó hasta el Gran Salón, se estaba sirviendo el desayuno y aunque ella no tenía hambre, decidió que iba a amargárselo a todos los demás, se sentía como si le hubiesen declarado la guerra y por los Dioses que ella saldría victoriosa.

—¡*Laird* McRae! — gritó en cuanto puso un pie en la enorme estancia, todo el mundo la miraba con recelo y en silencio, incluso Ian se había tensado — le dije ayer que me iría pero primero tengo que conseguir algunos víveres, solicito ante vos y el consejo que me permitáis permanecer en sus territorios hasta que consiga los medios para volver a Inglaterra.

—Katherine — gruñó Ian — no tienes por qué irte, vamos a casarnos y serás

la señora de Nairn — dijo con convicción.

—No *laird* McRae — negó ella apretando sus puños para controlar sus emociones — no me casaré con vos ni con nadie, todo el mundo sabe de lo que se me acusa — miró a todos los presentes y la mayoría asentían ligeramente con la cabeza — no pienso permanecer en un lugar donde se me juzga tan a la ligera y desde luego no tengo la más mínima intención de permanecer en Escocia, una semana, es todo lo que le pido, al finalizar ese plazo, me iré — comenzó a dar media vuelta pero se giró de nuevo para enfrentarse a Ian — lo que si haré será trasladarme inmediatamente a una de las cabañas abandonadas cerca del muro oeste.

—Esa zona no es segura — farfulló Fergus y ella le fulminó con la mirada, estaba resentida con él.

—Mírelo de esta forma milord — sonrió malvadamente — si me matan nadie tendrá que preocuparse de mí — clavó su azul mirada en los oscuros ojos del escocés y aunque él le mantuvo la mirada, por dentro se sintió igual que cuando su madre le regañaba de niño.

Sin dar tiempo a la réplica, salió con paso firme y decidido hacia su habitación para coger una capa y salir en dirección a la cabaña, Ian se levantó y fue tras ella, la alcanzó justo al atravesar el segundo arco.

—*Laird* McRae, nuestras relaciones se terminan aquí y ahora, queda libre de compromiso y le sugiero que si no quiere sublevaciones en sus territorios no se acerque mucho a mí — Katherine alzó la voz para que todos pudiesen oírla. Le miró llena de dolor, nadie podía verles, o al menos, ella esperaba eso y susurró — volveré por la noche y hablaremos en la torre, finge que te has cansado de mis desafíos Ian, confía en mí — le suplicó en un susurro.

Se dio media vuelta y salió corriendo por las escaleras mientras él la miraba totalmente confuso. Su lucha interna aún no se había decidido, pero en ese momento, esa pequeña batalla la ganó su corazón, ella le había pedido que confiase en ella y por los Dioses que lo haría.

Volvió al salón con un fingido gesto de frustración en el rostro, se dio cuenta de que nadie en el salón hablaba, tan sólo le miraban esperando algún tipo de reacción y él les dio lo que querían.

—¡Maldita inglesa! — gruñó lo suficientemente alto como para que la mayoría

le oyese.

El día se les hizo eterno a ambos.

Katherine pasaba frío en una vieja cabaña desvencijada e Ian intentaba dar lo mejor de sí mismo para conseguir quitarse de la cabeza las palabras de su preciosa inglesa. En su pecho ardía la esperanza de que ella hubiese encontrado la solución a todos sus problemas, seguramente había una razón lógica para todo el desastre que se avecinaba. El único inconveniente era que no sabía en quién podía confiar y eso le estaba destrozando tanto como el hecho de no estar con ella.

Cuando la noche por fin cayó, Katherine se escabulló entre las sombras y dio gracias a Dios porque la luna hubiese decidido no mostrarse en todo su esplendor, eso le ayudaría a ocultarse mejor aún. Caminó escondiéndose en las sombras hasta que llegó al castillo y entró por la cocina, donde sabía que a esas horas no habría nadie. Atravesó las salas, los pasillos y las escaleras con rapidez y sigilo hasta llegar al punto de encuentro donde su maravilloso highlander estaría esperándola.

Abrió la puerta temerosa y en cuanto puso un pie dentro de la estancia, unos poderosos brazos la rodearon y la atraparon con fuerza entre ellos, acto seguido unos ardientes labios se cerraron sobre los suyos y después el fuego se apoderó de ella. Oyó como la puerta se cerraba con suavidad mientras Ian la tumbaba en el suelo y se colocaba sobre ella.

Los besos dieron paso a las caricias, caricias prohibidas, sensuales, carnales, primitivas... roces que hablaban de posesión, de pasión, de ardiente deseo y ella se dejó llevar. Sus manos volaron por el cuerpo de él arrancándole la camisa de lino y arañando con sus uñas la formidable espalda masculina.

Antes de que alguno de los dos decidiese pararlo, Ian se colocó entre las piernas de Katherine y se introdujo con fuerza. Estaba furioso con ella, ahora sabía que las palabras que le había dirigido no eran ciertas, pero el dolor en su corazón permanecía y eso le estaba destrozando, necesitaba que ella entendiese lo profunda y sinceramente que él la necesitaba a su lado.

El deseo carnal se apoderó de ellos y el momento compartido se volvió crudo, intenso... no hubo palabras de amor, tan sólo gemidos y sollozos

callados a besos violentos, no hubo caricias tiernas, tan sólo roces pensados para desatar el fuego allí donde se producían, no hubo miradas llenas de amor, tan sólo reproches y pasión desenfrenada.

Minutos más tarde con la respiración aún acelerada, Katherine le contó a Ian lo que había visto en la cala bajo la ventana de esa misma torre y le explicó con detalle el plan que llevaba todo el día trazando.

Dos días más tarde, Katherine entró en la capilla del santuario y se postró de rodillas llorando desconsoladamente, sus gritos y lamentos se oían en toda la estancia y retumbaban en las paredes, entonces sintió el frío metal contra su garganta.

—¡Al fin te pillo a solas! — la voz le heló la sangre — eres muy difícil de matar Lady Bradbury — siseó en su oído — mandé a un grupo de escoceses estúpidos y a un inglés degenerado a por ti pero milagrosamente conseguiste sobrevivir ¿cómo? — la empujó al suelo y cayó de bruces — ¿cómo es posible que no hayas muerto?

—¿Por qué haces esto? — preguntó limpiándose el labio herido — dime Ivy, ¿por qué? — clavó sus ojos azules en los oscuros ojos de ella.

Ahora que la tenía delante apenas podía reconocerla. Habían jugado juntas en los bosques alrededor del castillo de sus padres, cuando se hizo mujer hipnotizó a su hermano Jacobo que durante años la cortejó e incluso llegó a insinuarle que se casaría con ella. Esa mujer había sido a todos los efectos la pareja de su hermano cuando eran felices en Durham, hasta que Jacobo se fue para conocer a la mujer con la que se casaría por decreto paterno.

Ya no quedaba nada de lo que antes fue, no había calidez en su mirada, no había sinceridad en su sonrisa, no quedaba calor en su cuerpo. Ahora sus ojos eran oscuros como las noches cerradas de invierno e igual de fríos, su sonrisa era malévol y desprendía una energía que hacía que se la erizase el vello de la nuca.

La mujer inglesa de su pasado no respondía, durante unos segundos tan sólo la miró fijamente. Le había costado varios intentos matar a esa pequeña bruja y al final había tenido que descubrirse para hacerlo ella misma. Llevaba

meses observándola, le había costado mucho esfuerzo permanecer en la sombra intentando mover los hilos para conseguir su muerte, pero había conseguido librarse siempre, y además se había prometido con el *laird*. Esa fue la gota que colmó su paciencia.

Giraba alrededor de Katherine mientras los recuerdos la invadían, ellas solían ser amigas, caminaban, reían y cabalgaban juntas por el bosque que rodeaba Durham, entre preciosas flores silvestres ella se había enamorado locamente de Jacobo y no había tardado en entregarse a él. Cerró los ojos un latido para controlar las lágrimas que llevaban tanto tiempo retenidas.

—¿Qué por qué lo hago? — rio de forma fría — porque no me queda nadie Katherine, porque estoy sola en el mundo, porque tu hermano me quitó todo lo que me quedaba y yo se lo voy a quitar a él — le acarició la garganta con la espada.

—Ivy — susurró mientras la miraba desde el suelo y sentía el metal contra su cuello — ¿qué fue lo que ocurrió? Sé que vas a matarme, lo veo en tus ojos y no rehúso morir, pero quiero que me digas la verdad, por favor Ivy... si alguna vez te importé, dime la verdad.

—¡Estaba embarazada! — gritó ella y hasta las piedras se estremecieron — Jacobo me dejó embarazada, acudí a tus padres y ellos me negaron el matrimonio con él, al día siguiente salieron todos en busca de la prometida tan maravillosa que le tenían preparada — escupió las últimas palabras y la miró con tanto odio que ni siquiera los recuerdos templaron su frío corazón — perdí a mi bebé — una lágrima se escapó de sus ojos — tu hermano me abandonó y eso mató a mi bebé — volvió a mirarla fijamente — por eso les maté a todos.

—¡Dios! — exclamó Katherine en un sollozo — ¿tú provocaste el ataque al castillo de mi padre? — asintió con una sonrisa en los labios — ¿también estabas detrás del ataque en la frontera oeste de Nairn? — ella rio con fuerza.

—Eso fue lo mejor de todo — volvió a reír — tu padre y tu abuelo eran grandes estrategas, deberías estar orgullosa, aunque no vivas para disfrutarlo — le clavó la espada un poco más y un hilo de sangre comenzó a bajar por su piel — ¿no te parece una idea maravillosa? Tu padre, tu madre y el hombre al que amas... todos muertos por las tácticas de guerra de tu abuelo.

—Ian McRae no está muerto — sollozó la inglesa, llevaba sin verle ni hablar con él dos días.

—Aún no lo está — sonrió con maldad — pero lo estará.

—No le mates por favor — se puso de rodillas, no le importaba lo más mínimo suplicar — ya me tienes a mí Ivy, mátame pero déjale vivir, él no sabe nada de ti, no te buscará... por favor, no le mates.

—No he llegado tan lejos para dejar un cabo suelto Katherine — se agachó para quedar a su altura — ¿tienes idea de con cuántos salvajes escoceses me he tenido que acostar para conseguir llegar a ti? Para que desconfiasen de ti — negó con la cabeza — todos en este maldito clan, también morirán.

Y en ese preciso momento un ruido atronador llenó la capilla.

Varios highlanders, con Ian a la cabeza, aparecieron gritando y blandiendo las espadas, estaban por todas partes, habían escuchado perfectamente todas y cada una de las palabras que había pronunciado la mujer extranjera que amenazaba a Katherine, y en cada uno de los corazones escoceses reinaba el murmullo de la traición, el desasosiego de haber dudado de su futura señora, la ira por haber sido engañados y haber caído en algo tan vil.

Ivy miraba a su alrededor alarmada, no tenía escapatoria, en pocos segundos la tenían totalmente rodeada y entonces recordó que tenía algo con lo que negociar, se giró para atacar a la que antaño había sido su amiga, pero ésta ya no estaba en el suelo a sus pies, la muy bruja se había escabullido y ahora estaba detrás del cuerpo del *laird* McRae.

Alzó la barbilla desafiándoles a todos, si iba a caer, lo haría luchando. Estaba totalmente dispuesta a morir peleando contra esos salvajes, pero entonces vio el rostro del hombre que tantas noches la había mirado con amor, con deseo, con anhelo... sólo que ahora sus ojos eran fríos, llenos de horror y desprecio y clavando sus ojos en los de él, se hundió la espada en el estómago.

Todos los hombres corrieron a intentar ayudarla, pero no había nada que hacer, Katherine se arrodilló a su lado e intentó taponar la herida con su propio vestido para evitar su muerte, pero el fin era inevitable y la inglesa tardó muchos latidos en darse cuenta de que la vida había abandonado a la

mujer que yacía en el suelo.

Ian observaba a su preciosa inglesa llorar llena de dolor mientras intentaba contener la sangre del pequeño cuerpo de la traidora mujer, era una de las cosas que amaba de ella. Pese a las muchas veces que le había hablado de venganza, no era capaz de llevarla a cabo. Katherine no poseía una sola fibra en todo su ser que fuese capaz de vengarse a sangre fría de alguien.

La cogió con delicadeza de los brazos y la impulsó a levantarse, ella le miró con un pesar tan profundo que se le paró el corazón. La abrazó con fuerza y se la llevó de aquel lugar. Una vez fuera la cogió en brazos y caminó con ella hasta su alcoba, la metería en la cama y no saldría de allí hasta que todo el mundo supiese la verdad.

El resto de los highlanders observaron a su señora sin atreverse a decir nada, la vergüenza y la humillación les hicieron mantener las distancias, la habían fallado y no merecían que ella les perdonase.

Jacobo cayó de rodillas al suelo al lado del cuerpo sin vida de Ivy. Durante muchas noches habían compartido cama, conversación, recuerdos, comida... él recordaba perfectamente cómo le contaba una y otra vez las aventuras de su bravo abuelo y como le aseguró aquella noche junto al río, ebrio de cerveza, que él haría caer el castillo que ella eligiese y se lo regalaría en su noche de bodas.

Toda esa muerte, toda esa destrucción... había sido porque él le había hecho una promesa a una mujer estando totalmente borracho. Salió de allí a la carrera, cogió uno de los sementales y cabalgó lo más rápido que pudo.

Cuando el sol estaba en lo más alto, unos golpes interrumpieron el profundo silencio que reinaba en la alcoba del *laird*.

—Bueno milady — dijo con una sonrisa Niall en cuanto atravesó la puerta — parece que nunca dejas de sorprenderme — caminaba con dificultad, aunque había mejorado bastante — bien hecho pequeña — la cogió de la mano y la besó con cariño — muy bien hecho.

—No he hecho nada que merezca dar las gracias milord — respondió ella abatida — esa mujer sufría porque perdió lo único que tenía y tomó demasiadas malas decisiones, pero aun así...

—Ciertamente perder a un hijo es una clase horrible de infierno — concedió el anciano — pero perder a alguien a quien amas no te da derecho a arrebatarse la vida a los demás — la miró con cariño — además, cuando tú llegaste estabas sola en el mundo y que yo sepa jamás intentaste matarnos a todos — ella negó horrorizada, tan sólo pensar en ello la encogía el corazón — esa mujer tuvo el final que merecía y al menos, murió con algo de dignidad.

—No hay dignidad en la muerte — rebatió ella.

—Sí que la hay milady, por supuesto que la hay — se sentó a su lado — un guerrero muerto en el campo de batalla, muere con honor, una mujer que muere al parir, muere con honor, aquel que muere por proteger a los suyos, que da su vida a cambio de la de aquellos a los que ama, muere con honor — la miró fijamente — protegemos a los que amamos.

—Y morimos por ellos — terminó Katherine por él.

—Así es mi pequeña, así es — la besó de nuevo en la mano — y ahora, si todas las crisis, las luchas, las venganzas y las intrigas se han terminado, me gustaría ver a mi hijo casarse antes de que una banshee venga a por mí — la guiñó un ojo.

—Dios no lo quiera milord — respondió ella con una sonrisa en los labios.

Epílogo

Tres semanas más tarde, Katherine observaba las maravillosas telas que su apasionado escocés había hecho traer de la India expresamente para ella, por supuesto las delicadas sedas la fascinaban, pero se había gastado un dinero excesivo en algo tan nimio, ese dinero le habría venido bien a su clan.

Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos. El *laird* había trabajado muy duro para concederle hasta el más nimio y tonto de aquellos absurdos detalles que ella pensaba que necesitaba para poder casarse y ahora que faltaba tan poco tiempo, se daba cuenta de que lo único que ella deseaba de verdad, con todo su corazón era llegar al altar de la mano de su padre.

Las lágrimas no tardaron en anegar sus ojos, pero apretó los dientes y consiguió controlarlas, si Ian entraba ahora en la alcoba y la veía llorar, se desesperaría por cumplirle hasta el último de sus caprichos y aunque no dudaba de los muchos talentos que su futuro marido poseía, ciertamente, no podía resucitar a los muertos.

Se acercó de nuevo a la cama y de nuevo acarició las telas, eran de un blanco tan puro que reflejaban con fuerza la luz del sol.

—Si continuas mirándolas así, voy a sentir envidia — la profunda y sensual voz del *laird* la hizo suspirar.

—Creo que es excesivo Ian — se levantó para acurrucarse en su fuerte pecho, protegida por sus brazos.

—Nada es excesivo — le susurró al oído — tengo tanto que compensarte que nada de lo que pidas será suficiente.

—Tienes que dejar de hacer estas cosas amor mío — le miró con cariño — ya está todo olvidado, te lo prometo, te quiero, me quieres y vamos a casarnos en tan sólo una semana.

—Jamás dejaré de intentar protegerte, de mimarte, de cuidarte, de proporcionarte hasta el último de tus deseos mi *càraid* — se deleitó con el

sabor de sus labios — porque cada día del resto de mi vida, pretendo hacerte saber que te amo más que a nada en este mundo.

Ian se moría de ganas por hacer el amor con su preciosa inglesa, pero sus hombres le estaban esperando en el Gran Salón, faltaba tan sólo una semana para el enlace y todo el mundo estaba bastante nervioso.

Milagrosamente consiguió reprimirse y tan sólo la sujetó con posesión de las caderas para apretar su delicado cuerpo contra su dura erección y el beso se volvió más salvaje.

—Te quiero Ian McRae, *tha gràdh agam dhut* — dijo ella turbada por la intensidad del beso.

—Te quiero Katherine de Bradbury, *tha gràdh agam dhut* — la miró con tal veneración que ella casi jadea — adoro escucharte en gaélico, mi idioma es más sensual en tus labios — la rodeó con más fuerza y la besó en el cuello.

Acto seguido salió de la alcoba dejando a la mujer en un estado de excitación tal que tuvo que apretar los muslos para controlar el deseo tan abrasador que sentía en las venas.

Se acercó de nuevo a las carísimas telas y al fin eligió una de ellas. Ésta se diferenciaba en que tenía unos diminutos hilos de plata entretejidos con la seda y cuando el sol incidía en ellos, parecía que resplandecía con luz propia. Bueno, sin duda alguna le hacía falta mucha luz. Estaba a punto de convertirse en la señora de Nairn, mujer del *Laird* McRae.

Sin duda alguna su vida comenzaba ahora. Miró al cielo y suspiró.

—Papá, mamá — les dijo con el corazón en un puño — no es una locura, le amo con todo mi corazón y no podría vivir sin él ni un solo día — suspiró — ojalá os sintáis orgullosos de mí, os echo mucho de menos, os quiero con toda mi alma y por favor, velad por mi querido Jacobo — una punzada de dolor le atravesó el corazón al pensar en su hermano, hacía demasiado tiempo que no tenía noticias de él.

Miró por la ventana y al ver a sus preciosas Highlands brillando con todo su esplendor, sonrió. Los Dioses la favorecían, el brezo estaba florido, en el aire había un dulce aroma a flores silvestres y rosas, las gentes trabajaban entre risas y ella se sentía totalmente honrada porque la permitieran despertar cada día rodeada de belleza salvaje, de amor, de pasión, de lealtad, de

entrega... de felicidad.

CONTINUARÁ...

No te pierdas la segunda parte de la trilogía *Highlands*: “A través del honor”, te cautivará.

* La nana que canta Katherine es una canción real de la cantautora Vanesa Gil, los arreglos los hizo Carlos Mansa, el vídeo podéis verlo aquí:

<https://www.youtube.com/watch?v=WVU2jw5tM5A>

Se llama: Duerme, mi niño-Making off.avi

No os la perdáis porque además de una preciosa voz, es una bella persona.

De nuevo, gracias por dejarme usar esta maravillosa letra en mi novela.

AGRADECIMIENTOS:

Siempre le doy las gracias a mis amigas porque ellas son las que me animan cada día a que siga haciendo lo que hago, también a mi familia, porque es evidente que sin ellos, no podría estar ahora escribiendo estas líneas. Pero en esta ocasión tengo que darle las gracias a una persona a la que respeto y con la que he podido contar en momentos decisivos. Gracias Ana B. F., además de ser mi lectora 0 de esta novela, es una gran amiga.

No me olvido de las personas que cada día se toman la molestia de dedicarme unas palabras en las redes sociales y que me hacen sonreír. Por favor, seguir así, me animáis a esforzarme más.

De nuevo agradecerle a Vanesa Gil no sólo porque me permitiese usar la letra de su preciosa nana en mi novela, sino porque hablar con ella fue todo un placer. GRACIAS.

Ya sólo me queda agradeceros haber llegado hasta aquí, espero que hayáis disfrutado de la novela.

¡Podéis seguirme en las redes sociales!

Facebook: www.facebook.com/AlexiaSeris

Twitter: [@AlexiaSeris](https://twitter.com/AlexiaSeris)

Pinterest: www.pinterest.com/alexiaseris/

Y también en mi página personal donde encontraréis relatos cortos:

www.alexiaseris.com

¡¡GRACIAS por leerme!! ¡¡Besos!!

¡¡Y espero vuestros comentarios en Amazon, en Facebook y donde queráis!!

Besos. Alexia Seris.